Dennis Bennett es el autor de NINE O'CLOCK IN THE MORNING (A las nueve de la mañana), su relato personal de cómo descubrió el poder y la vida a través de la experiencia carismática conocida como el bautismo en el Espíritu Santo.

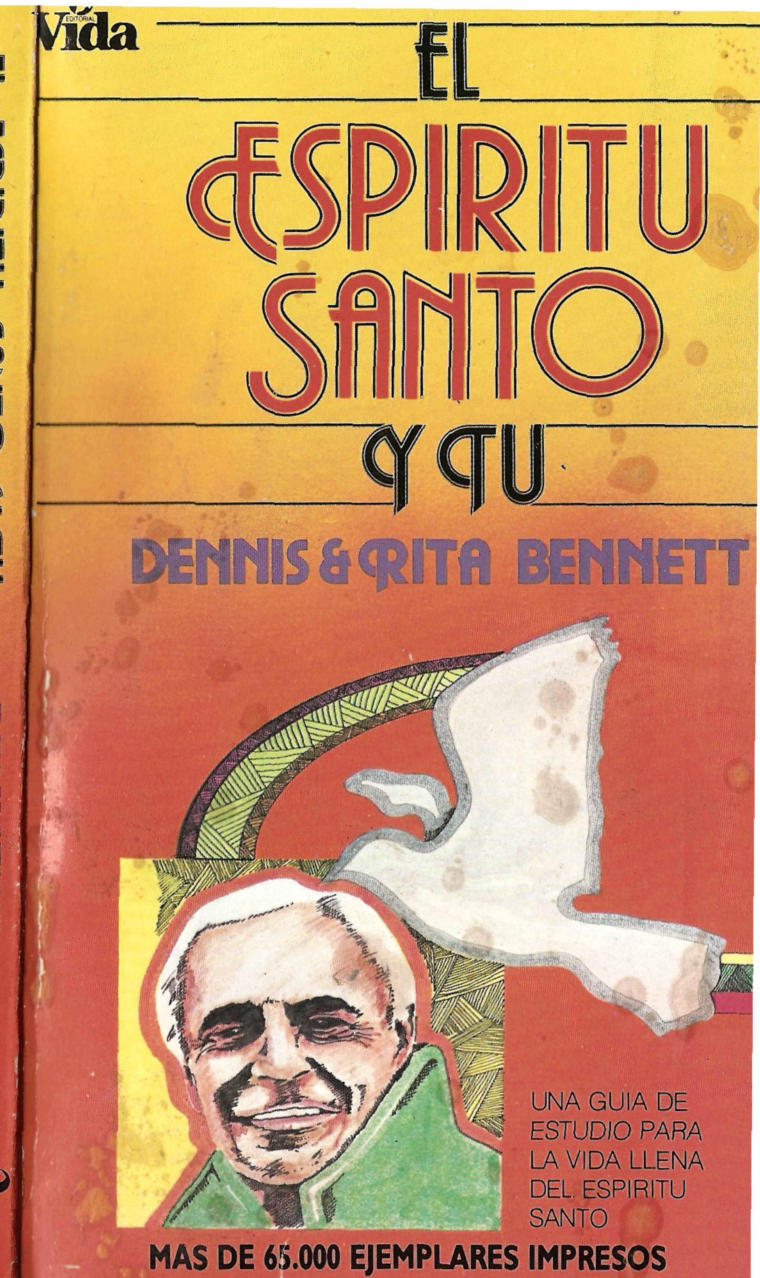
EL ESPIRITU SANTO Y TU es la aplicación de la experiencia del bautismo como una excitante y diaria aventura cristiana. Dennis y Rita Bennett comparten vitales experiencias con el lector.

El término medio de los cristianos de la primitiva iglesia, estaban familiarizados con un Jesucristo sobrenatural. Este es, justamente, el tema de este libro: un cristianismo sobrenatural.

ISBN 0-8297-0439-6

EL ESPIRITU SANTO Y TU ■ BENNETT

Editorial Vida



EL ESPIRITU SANTO Y TU

Una guía de estudio para la vida llena del Espíritu Santo

POR
DENNIS Y RITA BENNETT



ISBN 0-8297-0439-6

Categoría: Espíritu Santo

Este libro fue publicado en inglés con el título
The Holy Spirit and you por Logos International

Cuarta impresión, 1993

DEDICATORIA

Este libro está dedicado a la gloria de

DIOS EL PADRE,

DIOS EL HIJO, y

DIOS EL ESPIRITU SANTO

INDICE

Prefacio

Este libro comparte algunos de los conocimientos adquiridos a través de una década de activo testimonio, enseñando, viajando y experimentando la obra y las manifestaciones de nuestro Señor, el Espíritu Santo, en numerosos lugares. Mucho de su material iba destinado a escribir una segunda parte del libro de Dennis *Nine O'Clock in the Morning* (A las nueve de la mañana), pero estimamos mejor dejar que esa obra se redujera exclusivamente a relatar la historia de cómo la renovación moderna de la fe alcanzó nuestras vidas, y dejar sus enseñanzas y explicaciones para un libro separado.

La parte correspondiente a los dones espirituales y al fruto del Espíritu Santo fue tomada principalmente de *A Study Guide of the Spirit-Filled Life* (Un estudio-guía de la vida llena del Espíritu) un folleto preparado por Rita para instruir a los que han recibido el bautismo en el Espíritu Santo. Este folleto ha gozado de una amplia difusión y muchos de aquellos que están familiarizados con él, lo leerán con agrado en esta edición ampliada.

Pueden considerarse los últimos diez años como una década de testimonio, ya que el bautismo en el Espíritu Santo ha tomado carta de ciudadanía en las iglesias "tradicionales". Miles de pastores y sacerdotes, y millones de laicos de las más tradicionales denominaciones, han recibido al Espíritu Santo como en el día de pentecostés. Y ahora, a medida que el testimonio progresa con fuerza cada día más creciente, se advierte una gran necesidad de enseñanza. Alguien ha señalado que el primer síntoma de la recuperación de un enfermo es cuando se despierta su apetito. El pueblo de Dios ha estado muy enfermo, cercano a la muerte, pero ahora la Iglesia de Dios

está convaleciente, ¡y hambrienta! Tenemos la esperanza de que este libro logre suplir parte del alimento necesario para una total recuperación.

Nosotros, Dennis y Rita, somos episcopales (anglicanos), pero a través de las páginas de este estudio se advertirá claramente que no nos inclinamos por ninguna denominación cristiana en particular. Nuestro mayor deseo es que la gente encuentre en sus vidas al Señor Jesucristo, y reciba el poder del Espíritu Santo, haciendo caso omiso de su denominación, en caso de tenerla. Ocasionalmente hacemos referencias que se aplicarían especialmente a nuestra propia denominación o alguna similar, pero la información dada ayudará a todos a comprender mejor a estas iglesias en particular. Nos ocupamos de todo aquello que pueda unir a las iglesias carismáticas, y hemos evitado la discusión de temas que han dividido a los cristianos a lo largo de los siglos. Los problemas espinosos son para que los resuelva el Espíritu Santo, ¡no nosotros!

No pretendemos ni creemos ser poseedores de toda la verdad, ni siquiera estamos seguros que en los años venideros no hayamos de modificar algunos de nuestros puntos de vista, pero hemos escrito estos estudios con sinceridad e iluminados por la luz de que disponemos en este momento. En el transcurso de estos años hemos escuchado la palabra de numerosos predicadores y maestros notables y hemos leído innumerables libros sobre este tema. Sería materialmente imposible hacer mención de todos aquellos que el Señor utilizó para darnos conocimiento y comprensión. Solamente podemos agradecer al Espíritu Santo que fue quien nos enseñó a todos. Cuando en el libro hemos citado concretamente a un autor, hemos indicado la fuente, por supuesto. Pero nuestra fuente escrita más importante, demás está decirlo, es la Escritura misma. Y también hemos aprendido mucho de nuestras propias experiencias.

Esperamos y oramos para que este libro *El Espíritu Santo y tú*, sea de ayuda a muchos, tanto a los que han sido bautizados en el Espíritu Santo desde años atrás, como para los que recién entran o están pre-

parándose para entrar en esta área de la experiencia cristiana. Terminamos con las palabras de San Pablo:

"Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo. Gracias doy a mi Dios siempre por vosotros, por la gracia de Dios que os fue dada en Cristo Jesús; porque en todas las cosas fuisteis enriquecidos en él, en toda palabra y en toda ciencia ... de tal manera que nada os falta en *ningún don*, esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo ..." (1 Corintios 1:3-5, 7.)

Seattle, Washington
25 de enero de 1971

En el amor de nuestro Señor Jesús,
Dennis y Rita Bennett

1

El primer paso

Varios años atrás, en uno de los estados de Nueva Inglaterra, la esposa de un comerciante cristiano, amigo nuestro, lavaba los platos que habían sido utilizados para el desayuno, cuando escuchó que llamaban a la puerta de calle. Al salir para atender el llamado vio a su vecina, parada en la vereda y con una mirada de infinita tristeza en los ojos.

—He venido para despedirme— le dijo la visita—. Por mucho tiempo hemos sido vecinas, y si bien no nos hemos tratado mayormente, he creído oportuno informarle que nos mudamos.

—¿Por qué?— le preguntó la dueña de casa—. ¿Ha conseguido un nuevo puesto su marido, o algo por el estilo? Pase, por favor y tome asiento. Dígame qué ha sucedido.

La vecina se dejó caer pesadamente en una silla. —No— dijo —no se trata de eso. Vamos a perder la casa, porque no podemos pagar las cuotas. También perderemos el automóvil.

Sin decir otra palabra se quedó mirando fijamente sus manos abiertas que descansaban sobre su falda. Luego levantó los ojos. —Ya que estamos, le contaré toda la historia. Juan y yo nos vamos a divorciar.

—Pero ¿por qué? ¿Qué puede haber sucedido?

—Tanto mi esposo como yo somos alcoholistas empedernidos— dijo tristemente la mujer—. No podemos librarnos del vicio. Hemos perdido nuestro dinero y prácticamente todos nuestros bienes. Lo que más nos

aflige es nuestro niño; no quisiéramos que fuera la víctima de un hogar destrozado, con todo lo que eso significa.

La pobre mujer estaba al borde de las lágrimas.

—Pero— dijo la esposa de nuestro amigo —¿no sabes que hay una solución?

La vecina levantó la vista bruscamente: —¿Qué quieres decir? Hemos probado todos los medios No podemos cumplir con el programa que nos fijó la sociedad de Alcohólicos Anónimos. Hemos consultado a un psiquiatra, pero aún en el caso de que fuera ésa la solución, no tenemos el dinero para pagar las consultas.

—¿Por qué no le pides a Jesús que te ayude?

Ahora fue la vecina la que se quedó perpleja. —¿Jesús? ¿Qué tiene que ver él con todo esto?

—¡Por supuesto que tiene que ver! ¡El es el Salvador!— exclamó la esposa de nuestro amigo.

—Oh— dijo la vecina —estás hablando de religión y todo eso. Yo soy religiosa. Es decir, creo en Dios, y siempre traté de ser una persona decente.

Se rio haciendo una mueca, y añadió:— Por lo visto no lo he logrado.

—No, no, no es eso lo que quiero decir. Me refiero a que Jesús es el *Salvador*, él salva, rescata a la gente. El te librará de tu situación, si le pides que se haga cargo de todo. Supongo que quieres salir del hoyo en que te encuentras. Es decir, que quieres ser diferente, que quieres ordenar tu vida.

La vecina miró por un instante a la dueña de casa. —Nunca nadie me lo dijo de esa manera— exclamó—. ¿Quieres decir que es así de simple? ¿Solamente *pedirle* a él?

La esposa de nuestro amigo asintió. —¡Ajá! El vive y está aquí mismo. ¡El lo hará!

La vecina permaneció por un rato en silencio y luego, de pronto, se dejó caer sobre sus rodillas y levantó las manos en un gesto de rendición. —No sé cómo expresarlo— dijo —pero te ruego, Jesús, que me ayudes a salir de este problema. ¡Por favor te pido que te hagas cargo!

A continuación se puso de pie y sin más se fue a su casa.

Dos días después el marido de la vecina tocó también él a la puerta de calle. —¿Qué ha pasado con mi esposa?— preguntó con aspereza. ¡Yo también quiero de lo mismo!

Los esposos cristianos le explicaron al hombre la realidad de lo que había experimentado su esposa, ¡y le llegó el turno a él de ponerse de rodillas sobre el piso de la cocina y pedirle a Jesús que se hiciera cargo de *su* vida!

¿Qué sucedió después? Desapareció el problema del alcohol, que no era más que un síntoma del vacío de sus vidas. No se perdió el hogar. No se disolvió el matrimonio. Jesús *salva*. Jesús salvó su hogar, su matrimonio, su salud, y probablemente sus vidas. Jesús no duda un instante en acudir de inmediato para solucionar las necesidades más apremiantes de la gente. Recordemos que dos de sus grandes milagros los hizo para dar de comer a los hambrientos. A decir verdad, casi todos sus milagros fueron para satisfacer las necesidades físicas de la gente. Ocurre a menudo que el primer paso a dar para ser cristianos es nada más que un grito en demanda de ayuda. (Hechos 2:21.)

Pero otras cosas ocurrieron, además, al matrimonio de ex-alcohólicos. Toda su vida sufrió un cambio notable. Eran diferentes. Algo sucedió *dentro* de ellos.

La palabra "salvar" en nuestras Biblias, traduce el original griego *sozo* que significa, de acuerdo a nuestro vocabulario; "proteger o rescatar de peligros naturales y aflicciones ... salvar de la muerte ... sacar con mano firme de una situación llena de peligro mortal ... resguardar o evitar el contagio de enfermedades ... evitar la posesión demoníaca ... devolver la salud perdida, mejorar, guardar, mantener en óptimas condiciones ... tener buen éxito, prosperar, andar bien ... salvar o proteger contra la muerte eterna ..."[1]

[1] W. F. Arndt and F. W. Gingrich, eds. *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature* (Diccionario Griego-Inglés del Nuevo Testamento y otros escritos del cristianismo primitivo) (Chicago. University of Chicago Press. 1957.)

Abrazar la fe cristiana no significa aceptar una filosofía o un juego de normas, o creer en una lista de principios abstractos; abrazar la fe cristiana significa permitir a Dios que entre y *viva en nosotros*. (Colosenses 1:27.)

Abrazar la fe cristiana significa *arrepentirnos*. (Hechos 2:38; 26:18.) Y eso, a su vez, significa querer se diferentes, admitir que estamos en el mal camino y que queremos volver a la buena senda. Muchos vienen a Jesús, como el matrimonio de nuestro relato, porque saben que están en un callejón sin salida, camino a la destrucción. Si están dispuestos a cambiar, Jesús los acepta y atiende a sus necesidades.

Abrazar la fe cristiana significa *convertirnos*. (Hechos 3:19; Mateo 18:3.) Y para eso hay que darse vuelta y caminar en la dirección opuesta —la verdadera dirección— con Jesús.

Abrazar la fe cristiana significa ser *perdonado*. (Salmo 103:11-12.) Y eso significa ser despojados de nuestros pecados como si jamás hubieran existido y que no queden ni rastros de ellos. Más aún, significa ser perdonados cada día, *¡vivir* en estado de perdón! (1 Juan 1:9.)

Abrazar la fe cristiana es *nacer de nuevo*. (Juan 3:1-21; 1 Pedro 1:23.) Y aquí llegamos al meollo del asunto. Un erudito y anciano dignatario fue a Jesús de noche buscando respuestas a sus interrogantes. Jesús le dijo:

—Nicodemo, tienes que nacer de nuevo.

El anciano sacudió la cabeza. —¿Cómo es posible que un hombre ya grande vuelva a nacer? ¿Puede acaso entrar de nuevo en el vientre de su madre para volver a nacer?

Jesús le respondió: —No seas tonto, Nicodemo. Para un hombre docto y erudito es muy pobre la respuesta que me has dado. No estoy hablando del nacimiento físico; eso ya sucedió. Tienes que nacer del Espíritu.

¿Qué quiso decir Jesús?

La Biblia nos enseña que Dios creó al hombre con la capacidad suficiente para conocerle y corresponderle. Pero desde el comienzo el hombre interrumpió esa relación y cuando lo hizo, murió espiritualmente

y transmitió esa muerte espiritual a todos sus descendientes. Lo más recóndito de nuestra personalidad toma el nombre de "espíritu" o *pneuma* en griego, y fue creado con el propósito principal de conocer a Dios. Los animales tienen cuerpo y alma, pero los hombres tienen cuerpo, alma y espíritu. (1 Tesalonicenses 5:23.) Cuando el hombre, en el comienzo, destruyó la relación con Dios —lo que llamamos la caída del hombre— murió esa parte recóndita, o quedó fuera de acción, y siempre desde entonces el hombre actuó a impulsos de su alma y de su cuerpo. (Génesis 2:17.) ¡No es de extrañar entonces que nos hayamos metido en semejante enredo! El "alma", *psyquis* en griego, es el componente psicológico, formado por nuestro intelecto o voluntad, y nuestras emociones. Esta parte de nuestra personalidad es maravillosa *cuando* está bajo el control de Dios a través del Espíritu, pero es capaz de cosas terribles cuando está descontrolada.

He aquí el porqué la historia de la humanidad está plagada de odio, derramamiento de sangre, crueldad y confusión; los seres humanos están muertos espiritualmente: "muertos en vuestros delitos y pecados", (Efesios 2:1) procurando vivir de acuerdo al alma pero fuera de todo contacto con Dios y, por lo tanto, perdidos. (Lucas 19:10.) La palabra "perdido" significa que no sabemos dónde estamos, a dónde vamos, o para qué somos. Si no se corrige esta situación, naturalmente significa el infierno, significa que la persona se perderá eternamente, y morará en la oscuridad, en el miedo, en la rebelión, en el odio, separado de Dios para siempre; y no solamente eso, sino que será parte de la interminable destrucción del diablo y sus ángeles, porque allí no habrá "tierra de nadie". Por lo tanto, la necesidad más urgente y apremiante es renacer, volver a la comunión con Dios; y eso, exactamente, es lo que Jesucristo nos ofrece. Por medio de Jesús, y por Jesús solamente —no hay otro camino— se manifiesta la vida de Dios que alienta su vida en nosotros. (Juan 10:10.)

Sin embargo, las iniquidades que cometimos cuando estábamos perdidos y fuera del contacto con Dios, levantaron un muro divisorio de pecado y de culpabilidad que hacían imposible recibir esta nueva vida. (Isaías 59:2.) Dios es amor pero también es justicia. No puede "dejar pasar por alto" lo que hacemos, de la misma manera que un padre amante no puede "dejar pasar por alto a su hijo" si sabe que es culpable de un delito. El padre tendría que insistir ante el muchacho para "que se entregue" a las autoridades. Pero si el joven estuviera realmente arrepentido, sería una buena ocasión para que el padre ofreciera pagar la multa, o cumplir una sentencia, o aún morir en su lugar, si tal cosa fuera posible. En ese caso se habría satisfecho tanto a la justicia como al amor.

Y esto es justamente lo que hizo Jesús. Satisfizo los requerimientos de la justicia al morir por nosotros. Jesús era Dios en carne humana, la encarnación de la segunda persona de la divinidad, el Dios Creador, por quien el Padre creó el universo. (Efesios 3:9; Hebreos 1:2.) El no tuvo ni pecado ni culpa. Cuando Jesús murió en la cruz, porque era Dios y porque era inocente, satisfizo totalmente la justicia en beneficio de todos los pecados que el hombre había cometido o que cometería en el futuro.

De esta manera resolvió Jesús el problema de nuestra culpabilidad que nos mantenía apartados de Dios, y cuando murió y resucitó quedó expedito el camino al Padre para enviar al Espíritu Santo, por medio de quien fue posible que la vida de Dios se hiciera presente y morara en nosotros. El único requisito que se nos exige a nosotros es que reconozcamos que hemos vivido en el error y pidamos perdón. Luego debemos pedirle a Jesús que venga y viva en nosotros y que sea nuestro Señor y Salvador. Por medio del Espíritu Santo, Jesús entra en nuestras vidas, nuestros pecados son borrados por su sangre derramada, y obtenemos una vida diferente. Y el Espíritu Santo se une a nuestro espíritu (1 Corintios 6:17) haciéndolo pasar de muerte a vida; "nace de nuevo" y se transforma en lo que Pablo llama una "nueva criatura". (2 Corintios 5:17; Apocalipsis 21:4-5.)

Esa nueva vida creada por el Espíritu Santo en nosotros, es lo que Jesús llama "vida eterna". Esto va mucho más allá de un mero "seguir andando"; es la *vida de Dios* en nosotros, la clase de vida que

nunca se acaba, que nunca se cansa, que nunca se aburre, que es siempre gozosa y lozana. (1 Juan 5:11.)

Cuando Jesús dijo que un niño pequeñito era lo más grande en el reino de los cielos, estaba haciendo un comentario sobre la vida eterna. Una niño nunca se cansa de hacer la misma cosa una y otra vez. "¡Léemelo de nuevo, mamita!" "¡Hazlo de nuevo, papá!" Esta permanente y continuada frescura y falta de tedio expresa con mucha aproximación la vida que Dios nos quiere dar. "¡He aquí hago nuevas todas las cosas!" Y no una sola vez, sino continuadamente, dice Jesús. ¡Es el permanente renovador! Se nos ha prometido que andaremos en "novedad de vida" que es lo mismo que decir vida eterna: siempre lozanos, siempre renovándonos. La palabra "eterno" significa literalmente "sempiterno", que nunca envejece.

Isaías dice: "Los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán las alas como águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán." (Isaías 40:31.)

¿Cómo aceptamos el perdón y recibimos esta nueva vida?

1. Dándonos cuenta que hemos estado extraviados, yendo en una dirección equivocada y que estamos ansiosos de andar en los caminos de Dios.
2. Admitiendo que estuvimos equivocados y pidiéndole al Padre que borre nuestras culpas y pecados, con la sangre de Jesús.
3. Pidiéndole a Jesucristo, el Unigénito Hijo de Dios, que entre en nuestras vidas y sea nuestro Salvador y Señor. (Apocalipsis 3:20.)
4. Creyendo que él ha venido en el instante en que lo pedimos. Agradecerle por salvarnos y darnos la nueva vida. (1 Juan 5:11-15.)

He aquí una sencilla oración que podemos elevar si decidimos recibir a Jesús:

"Querido Padre, creo que Jesucristo es tu Hijo Unigénito, que se hizo un ser humano, derramó su sangre y murió en la cruz para limpiar mi culpa y mi pecado que me separaban de ti. Creo que se levantó de entre los muertos, físicamente, para darme nueva vida. Señor Jesús, te invito a que entres en mi corazón. Te acepto como mi Salvador y Señor. Te confieso mis pecados y te pido que los borres. Creo que has venido, y vives en mí en este preciso instante. ¡Gracias, Jesús!"

Cuando decimos esta oración, podemos sentir o no que algo ha ocurrido. Nuestro "espíritu" que toma vida a través de Jesucristo, se esconde más profundamente que nuestras emociones; de ahí que a veces se exterioriza una reacción emocional y otras veces no. Sea que sintamos o no sintamos algo de inmediato, descubriremos que somos distintos, porque Jesús cumplirá lo que ha prometido. Jesús nunca falta a su palabra. El dijo: "El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán." (Mateo 24:35.)

2

El desbordamiento

Si hemos recibido a Jesús como nuestro Salvador en la forma descrita en el capítulo anterior, se habrá cumplido su promesa y desde ese instante Dios vive en nosotros. Por medio del Espíritu Santo se ha unido a nuestro espíritu, la parte más recóndita de nuestro ser, está vivo, y no solamente vivo sino que está lleno del maravilloso gozo, y del amor y de la paz y de la gloria de Dios mismo.

"Si alguno está en Cristo" dice el apóstol Pablo, "nueva criatura es." (2 Corintios 5:17.) También, al hablar de los cristianos, dice que están sentados en lugares celestiales con Cristo. (Efesios 2:6.)

Al llegar a este punto puede ocurrirnos lo que a muchos:

"Bueno, en realidad *soy* distinto. Algo sucedió cuando invité a Jesús a entrar en mi corazón, y por un tiempo tuve esa honda sensación de amor y de gozo de que me están hablando. Quise hacer partícipes a todos de mi experiencia. Pero estoy perdiendo ese primer entusiasmo. La vida ya no es tan diferente. Me doy cuenta todavía que las cosas han cambiado en el fondo de mi ser, pero la mayor parte del tiempo me siento igual que antes. Por las mañanas, cuando me aparto para orar, siento a veces la presencia de Dios, ¡pero durante el día lo pierdo de vista, por así decirlo!"

¿Por qué ocurre esto? No es difícil comprenderlo si recordamos y tomamos en serio lo que dijimos en el capítulo anterior. En realidad, muchos problemas muy difíciles en la experiencia cristiana, se entienden fácilmente si aceptamos lo que la Biblia nos dice sobre la naturaleza del hombre como un ser tripartito: espíritu, alma y cuerpo. (1 Tesalonicenses 5:23.) Si todavía pensamos en términos de un doble aspecto —alma y cuerpo— inevitablemente confundiremos nuestras reacciones psicológicas con nuestra vida espiritual, y esto no sólo confunde el entendimiento, sino que, además, en esta era psicológica, nos puede inducir a falsas enseñanzas. Muchos excelentes maestros de la Biblia en el día de hoy, bajo la presión de la psicología, identifican el espíritu del hombre con la "mente inconsciente" o con la "psiquis profunda", simplemente porque no toman en serio la forma apropiada en que la Biblia hace la distinción entre el alma y el espíritu. (Hebreos 4:12.) Pero si hacemos esta distinción no solamente podremos apreciar lo que sucede en el bautismo en el Espíritu Santo, sino que podremos dar razón de otras cosas que nos han mantenido perplejos en nuestra vida cristiana.

En ocasión de recibir a Jesús como nuestro Salvador, nuestro *espíritu* cobró vida, comenzó a hacer valer sus derechos en esta nueva vida y a ocupar el lugar que le correspondía como cabeza de nuestra alma —esa porción psicológica de nuestro ser (intelecto, voluntad y emociones)— y de nuestro *cuerpo,* esa porción psíquica. Sin embargo, nuestro cuerpo y nuestra alma estaban acostumbrados a ser dirigentes y a veces no pasa mucho tiempo antes de que ambos dominen otra vez nuestra nueva vida en el espíritu, y reasuman el comando. Cuando oramos por la mañana, las interferencias de nuestra alma y de nuestro cuerpo alcanzan su más bajo nivel; nuestro espíritu tiene la oportunidad de hacernos saber que está presente; y en éste, como en otros momentos, vislumbramos, en lo más profundo de nuestro ser, que la nueva vida es un hecho real y concreto. Pero no bien recomienza el fragor de la existencia, automáticamente depositamos nuestra confianza en el alma y en el cuerpo en lugar de hacerlo en el espíritu. Estuvimos tan acostumbrados a vivir de acuerdo a nuestros pensamientos, sentimientos y deseos —de acuerdo a

nuestra alma, nuestro ser psicológico— y a las demandas de nuestro cuerpo, que bien pronto dejamos de oír la voz del espíritu recién nacido, escondido en lo más hondo de nuestro ser. Pareciera que es necesario que algo le ocurra a nuestra *alma* y a nuestro *cuerpo* antes de que nuestro *espíritu* pueda ejercer un control más firme y decidido.

Este "algo" que debe suceder es que el Espíritu Santo que vive en nuestro espíritu, necesita *desbordar* para llenar nuestra alma y nuestro cuerpo. La Escritura describe todo esto de diversas formas. Así como la experiencia de aceptar a Jesús es relatada en la Biblia de diferentes maneras, así también se recurre a variadas descripciones de la experiencia que le sigue: "bautismo en (o con) [1] el Espíritu Santo", "recibir el Espíritu Santo", "Pentecostés", "recibir el poder", el Espíritu Santo "vino sobre" o "se derramó sobre" una persona. Son todas expresiones que traducen una misma verdad, vista desde diferentes ángulos.

Difieren mucho las opiniones en cuanto a la terminología a utilizar. No queremos erigir barreras verbales para nadie, de manera que si nos inquieta el hecho de usar cualquiera de estos títulos para referirnos a esta segunda experiencia, lo mejor será llamarla "experiencia X-2" o algo por el estilo. De cualquier manera, creemos estar pisando sobre un terreno bíblico firme cuando utilizamos la expresión "bautismo en el Espíritu Santo" ya que una impresionante cantidad de personajes bíblicos la usaron: Dios el Padre (Juan 1:33), Dios el Hijo (Hechos 1:5) y Dios el Espíritu Santo, que es, por supuesto, el inspirador de las Escrituras donde se hallan estas expresiones; también figura Juan el Bautista (Mateo 3:11; Marcos 1:8; Lucas 1:33), los cuatro evangelistas, Mateo, Marcos, Lucas y Juan, en los evangelios citados, y el apóstol Pedro (Hechos 11:16). Si leemos cuidadosamente estas referencias, y las comparamos unas con otras, constataremos que en ningún caso se

[1] La preposición griega *en* utilizada en esta frase, puede traducirse "en" o "con".

refieren a la salvación sino a una segunda experiencia.

Esto es lo que en la Escritura se llama "el bautismo en el Espíritu Santo", porque se trata, efectivamente, de un bautismo, significando con ello un verdadero empapamiento, un desbordamiento, una saturación de nuestra alma y cuerpo con el Espíritu Santo. Cuando la Biblia habla de Jesús "bautizando" en el Espíritu Santo, de inmediato visualizamos algo externo, alguien a quien se *introduce dentro* de algo. Sin embargo, en griego la palabra *bautizar* significa "cubrir totalmente" —se utiliza en el griego clásico para referirse a un barco que hizo agua y se hundió— de modo que no hace realmente a la cuestión si Jesús nos sumerge en el Espíritu Santo en el sentido externo de la palabra; o si nos inunda desde afuera; o si Jesús induce al Espíritu Santo a desbordarse desde donde mora *dentro* de nosotros para cubrir nuestras almas y nuestros cuerpos. Probablemente sean ciertas ambas imágenes. El "viene sobre nosotros" tanto desde adentro como desde afuera, pero es importante recordar que el Espíritu Santo está viviendo *en* nosotros y por lo tanto es desde adentro de donde él puede inundar nuestra alma y nuestro cuerpo. Jesús dice:

"El que cree en mí... ríos de agua viva correrán *de su* vientre (el Espíritu Santo)" [2] (Juan 7:38), y la *Biblia Amplificada* dice: "Desde lo más recóndito de su ser correrán..." Cuando recibimos a Jesús como Salvador, *entra* el Espíritu Santo, pero a medida que perseveramos en confiar y en creer en Jesús, el Espíritu Santo que habita en nosotros puede *fluir* copiosamente para inundar, o bautizar, nuestra alma y cuerpo y vivificar el mundo en derredor.

Por ello es que una y otra vez en la Escritura, la primera evidencia normativa que aparece de esta experiencia pentecostal es una efusión:

"Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas..." (Hechos 2:4.)

Algunos están perplejos por la expresión "recibir

[2] En bastardilla pertenece a los autores.

el Espíritu Santo". Un cristiano puede formularse la siguiente pregunta: "¿Cómo puedo *recibir* el Espíritu Santo si ya está viviendo dentro de mí?" Esta expresión puede entenderse fácilmente si recordamos que estamos refiriéndonos a una Persona, no a una cosa o a una parte de algo. Hay quienes hablan del Espíritu Santo de una manera cuantitativa, como si pudiéramos recibir *una porción* del Espíritu Santo en el momento de la salvación, y *otra porción* en una fecha posterior. Pero si el Espíritu Santo es una Persona, como que lo es, entonces o está en nosotros o no lo está.

Todos sabemos lo que significa "recibir" a una persona. Imaginemos por un momento el hogar de la familia Brown. Son las 5:40 horas de la tarde, y el señor Brown acaba de llegar del trabajo y se está duchando antes de la hora de cenar. La señora Brown está dando los toques finales a una comida especialmente preparada, porque los Brown han invitado a la familia Jones a cenar. La invitación ha sido fijada para las 6 de la tarde, pero 15 minutos antes sonó el timbre de la puerta de calle. La señora de Brown se aturde un poco, porque todavía no ha terminado de hacer la salsa; tiene restos de harina en la nariz; ¡y su cabello está desgreñado!

—¡Susie!— le grita a su hija —por favor atiende a los Jones; muéstrales el diario de la tarde o habla con ellos; ¡todavía no estoy lista!

Y para colmo, en ese preciso instante suena el teléfono en la cocina, y la señora de Brown contesta.

—¡Hola! ¿María?— pregunta la voz por el teléfono—. Soy Helen. ¿Está la familia Jones en tu casa?

—Sí— respondió la señora de Brown —aquí están.

—¿Y cómo están?— preguntó Helen.

—Bueno, en realidad no lo sé —dijo la señora de Brown armándose de paciencia—. No los he *recibido* todavía. No he terminado de preparar las cosas en la cocina.

—Te conviene apurarte y recibirlos— dijo Helen—. Resulta que yo sé que tienen muy buenas noticias para ustedes, ¡y que les han llevado algunos hermosos regalos!

La señora de Brown cuelga el auricular, termina rápidamente lo que estaba haciendo, se arregla el cabello, se da unos toques de polvo en la cara y entonces, en compañía de su marido, recibe a sus amigos, escucha las noticias que tienen para ellos, y aceptan los regalos que han traído. La Persona del Espíritu Santo ha estado viviendo en nuestra "casa" desde el momento de nuestro nuevo nacimiento, pero ahora reconocemos su presencia y recibimos sus dones.

Resumiendo, digamos que la primera experiencia de la vida cristiana, es la *llegada* del Espíritu Santo, por medio de Jesucristo, para darnos nueva vida, la vida de Dios, la vida eterna. La segunda experiencia es cuando *recibimos* o damos la bienvenida al Espíritu Santo, con lo cual Jesús lo induce a que haga posible que exterioricemos esta nueva vida de nuestros espíritus, a que bautice nuestras almas y nuestros cuerpos, y luego el mundo que nos rodea, con su poder refrescante y renovador. "¡Ríos de agua viva correrán de su vientre!" La palabra utilizada aquí es *koilia,* que se refiere literalmente al cuerpo físico, significando con ello que es por medio del cuerpo físico —y sus palabras y acciones— que entramos en contacto con el medio ambiente y con la gente que nos rodea. El mundo no recibirá ninguna ayuda ni aceptará ningún desafío mientras no escuche ni experimente la vida de Jesús que brota de nosotros.

Imaginemos un canal de irrigación en el sur de California u otra región cualquiera habitualmente árida la mayor parte del año. El canal está seco como también lo están los campos aledaños. La vegetación está seca y muerta. De pronto se abren las compuertas del dique y el canal se llena de agua. ¡Antes que nada, es el *canal* mismo el que se siente renovado! La fresca corriente arrastra el detritus y apaga el polvo. A continuación el pasto crece y las flores se abren a lo largo de sus márgenes, mientras los árboles a cada lado del canal cobran frescura y verdor. Pero no termina ahí la cosa; a lo largo del canal los granjeros abren las compuertas y el agua bienhechora se derrama por los campos haciendo que "el desierto florezca como la rosa".

Así ocurre con nosotros. El depósito, el pozo, está en nosotros cuando nos hacemos cristianos. Entonces, cuando permitimos que el agua de vida del Espíritu que está depositada en nosotros fluya hacia nuestras almas y cuerpos, somos *nosotros* los primeros en recibir sus efectos vivificantes. De una manera novedosa, nuestras mentes toman conciencia de la realidad de Dios. Comenzamos a pensar en él, aun a soñar con él, con más frecuencia y regocijo que antes. Nuestras emociones reaccionan adecuadamente y empezamos a sentirnos felices en él. También responde nuestra voluntad y queremos hacer lo que él quiere que hagamos. De la misma manera responden nuestros cuerpos, no solamente con una sensación de bienestar, sino con renovadas fuerzas, salud y juventud. Luego el agua de vida fluye hacia otros, que comprueban lo que puede el poder y el amor de Jesús en su pueblo. Ahora está en condición de utilizarnos para vivificar el mundo que nos rodea.[3]

[3] En las iglesias Episcopal, Luterana, Ortodoxa y Católica Romana, el término "confirmación" es utilizado con el alcance del rito tradicional, *significando con ello conferir esta experiencia* del bautismo en el Espíritu Santo. Literalmente la palabra "confirmación" significa "fortalecer". El Libro de Oración Común, dice así: "La Iglesia provee la Imposición de las Manos, o Confirmación, en lo cual . . . recibo los dones fortalecedores del Espíritu Santo." Esto se hace doblemente claro por la selección de versículos que se toman de los Hechos de los Apóstoles y que son leídos en el servicio de confirmación, es decir la historia que se relata en Hechos 8:14-17 de cómo Pedro y Juan impusieron sus manos sobre los conversos de Felipe en Samaria para que "recibieran el Espíritu Santo". Desgraciadamente, el rito de la confirmación, como tantas otras cosas, tiende a transformarse en un mero hecho formal, sin esperarse de él verdaderos resultados; pero a pesar de ello se oye de casos de personas que en el momento en que el obispo les impuso las manos se sintieron liberados por el Espíritu de una manera novedosa. Una señora en Louisiana le dijo a Dennis:

"Estoy *muy contenta que vino aquí para* hablarnos de estas cosas. Veinte años atrás, cuando el obispo me impuso las manos, *me sentí llena de Algo, ¡y hablé en un nuevo lenguaje!* Yo no sabía de qué se trataba, ni tampoco lo sabía el obispo." Smith Wigglesworth, ese gran santo de los comienzos del movimiento pentecostal, nos cuenta en sus memorias la manera en que a la edad de nueve años fue confirmado en la Iglesia Anglicana y cómo se sintió rebosante con el gozo y la presencia del Señor

durante días, no pudiendo comprender cómo los otros niños del *coro no* estaban igualmente inspirados y cambiados. También nos dice de qué manera, años después, la esposa de un vicario anglicano le *impuso* las *manos* y oró para que recibiera el bautismo del Espíritu Santo y que en ese momento completó su experiencia al hablar en nuevas lenguas y *magnificar* a Dios.

3

¿Qué dicen las Escrituras?

Esto es lo más importante de todo. De nada vale la habilidad que tengamos para exponer nuestras teorías: si no concuerdan con las Escrituras, son inaceptables. ¿De qué manera actuó el Espíritu Santo entre los primeros cristianos del Nuevo Testamento?

En primer lugar hablemos de Jesús. Si alguien hubo en quien habitó el Espíritu Santo, ese alguien fue Jesús. Fue *concebido* por el Espíritu Santo, es decir, que su nacimiento físico se produjo por la acción directa del Espíritu Santo. Fue la encarnación de la Palabra de Dios. Por la acción del Espíritu Santo, el Unigénito Hijo de Dios, el Verbo Creador, quien fue desde la eternidad con el Padre, por quien fueron creados los mundos, tomó sobre sí mismo forma humana en alma y cuerpo. Una vez hecho esto, sin embargo, dejó de lado su poder, es decir, que provisoriamente aceptó las limitaciones de su naturaleza humana (Filipenses 2:7-8). [1] Su cuerpo humano, si bien perfecto, era verdaderamente humano, con todas las limitaciones de un cuerpo humano. Su alma, su ser psicológico, si bien perfecto, también estaba sujeto a limitaciones. La Biblia nos dice que "Y Jesús *crecía* (en su alma) y en estatura (en su cuerpo) y en gracia para con Dios y los hombres". (Lucas 2:52.) Se sometió al proceso del crecimiento y del desarrollo como cualquier niño humano. Las tontas historietas

[1] Literalmente: "Se despojó a sí mismo."

que aparecen en algunos de los "evangelios" apócrifos, que hablan de Jesús realizando fantásticos milagros durante su niñez —dando vida a gorriones de arcilla, matando a sus compañeros de juegos y resucitándolos luego— no pasan de ser más que eso, es decir, tontas historietas. Los primeros cristianos las reconocieron como tales y debido a la sabiduría del Espíritu Santo, las descartaron y no forman parte de las Escrituras aprobadas. Lo que en realidad sabemos, a través de las Escrituras, es que Jesús vivió en Nazaret hasta alcanzar la edad de 30 años y nadie tenía la menor idea de que él era Dios encarnado. Aún su propia madre, María, no tenía más que una leve sospecha. ¿Cómo sabemos esto? Porque cuando Jesús comenzó su ministerio su madre estaba maravillada y preocupada por él; ni siquiera sus hermanos y hermanas creían en él. Los habitantes de la aldea donde se crió, dijeron: "¿Quién se cree que es? Nosotros le conocemos; ¡es el hijo del carpintero!" Estaban tan indignados que trataron de matarlo (Mateo 13:54-58; Lucas 4:16-30).

¿Qué pasó con Jesús en el lapso transcurrido desde que vivió en la aldea de Nazaret trabajando como carpintero (probablemente también como albañil y herrero) y el momento en que súbitamente abandonó la aldea y comenzó a proclamar: "¡El reino de los cielos se ha acercado!" y a curar enfermos, y echar fuera demonios, y aún a resucitar a los muertos, como prueba de su pretensión de ser el Mesías-Rey de Dios? La respuesta es bien fácil: "Recibió el poder del Espíritu Santo." Desde el comienzo nació del Espíritu Santo, pero cuando comenzó su ministerio a la edad de 30 años, el Espíritu Santo se manifestó en él de una nueva manera. Leemos en los cuatro evangelios de cómo Juan el Bautista vio al Espíritu Santo descender y posarse sobre Jesús. Jesús era, desde la eternidad, el Unigénito Hijo de Dios, mucho antes de que la multitud a orillas del Jordán oyera la voz de Dios hablándole desde el cielo y reconociéndole como Hijo. De la misma manera el Espíritu Santo estaba en Jesús desde el comienzo de su vida terrenal, mucho antes que Juan el Bautista lo viera posarse sobre él en forma de paloma. No obstante, y en esta

línea de pensamiento, el Espíritu comenzó a manifestarse, por medio de Jesús, con un nuevo poder. Comenzó su ministerio. El Espíritu le llevó al desierto para ser tentado del diablo, y luego de su victoria, leemos: "Y Jesús volvió *en el poder del Espíritu* a Galilea, y se difundió su fama por toda la tierra de alrededor." (Lucas 4:14.) ¿Por qué se demoró hasta este momento la plena manifestación del Espíritu Santo? Una de las razones es que de esa manera Jesús podía vivir una vida normal en Nazaret sin ser detectado como una Persona especial. El Padre mantuvo a su Hijo oculto, por así decirlo, hasta el momento apropiado para revelarlo ante el mundo. Pareciera que el mismo diablo se vio engañado por esto. Satanás lo enfrentó recién después que Jesús fuera revelado en la plena potencia del Espíritu. Pudiéramos ver en el intento de Herodes de matar a Jesús en su infancia, un esfuerzo de parte de Satanás de librarse del Hijo de Dios, pero más bien pareciera que el príncipe de la oscuridad no se percató de la existencia de Jesús hasta que fue bautizado en el Espíritu Santo.

Otra razón que explicaría esa demora sería la de que Jesús podría así mostrarnos, por su ejemplo, lo que habría de ocurrirnos a nosotros. El bautizante en el Espíritu Santo fue, a su vez, bautizado por el Espíritu Santo.

El Padre le dijo a Juan el Bautista, que aquél sobre quien viere descender el Espíritu y que reposara sobre él, habría de ser el que bautizaría con Espíritu Santo. (Juan 1:33.) Bien podría ser que ésta fuera la razón por la cual Juan le dijo a Jesús: "Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?" (Mateo 3:14.) Si bien es cierto que eso lo dijo Juan antes de que efectivamente el Espíritu descendiera sobre Jesús, es posible que Juan hubiera percibido proféticamente que Jesús iba a ser el bautizante en el Espíritu Santo.

Parece que fue práctica universal en la iglesia primitiva el bautismo con agua en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, o en el nombre de Jesús —ambas fórmulas son utilizadas en el Nuevo Testamento— como el "signo exterior visible" de la "gracia interior del Espíritu", de la salvación y de la nueva vida en Cristo. Partimos de la base de que quienes lean este libro y acepten a Cristo, recibirán o habrán recibido el bautismo por agua a la manera de cada congregación cristiana a la cual pertenezcan, y de acuerdo y en concordancia con la comprensión de lo que las Escrituras enseñan al respecto. Pero notemos, sin embargo, que el bautismo con agua es el signo exterior de un bautismo que nos introduce en Jesús (salvación) (1 Corintios 12:12), pero no el bautismo *por* Cristo que nos bautiza en el Espíritu Santo (Pentecostés) (Lucas 3:16). Probablemente sea esta la razón por la cual Jesús mismo nunca bautizó a nadie con agua, durante su ministerio en la tierra, si bien habrá instruido a sus discípulos en ese sentido, antes de su crucifixión. Juan 4:1 dice: "Cuando, pues, el Señor entendió que los fariseos habían oído decir: Jesús hace y bautiza más discípulos que Juan, (aunque Jesús no bautizaba, sino sus discípulos), salió de Judea, y se fue otra vez a Galilea." Tal vez Jesús se abstuvo de bautizar él mismo con agua, para dejar claramente sentado que él tenía otro bautismo que hacer: que él habría de bautizar "en Espíritu Santo y en fuego".

No hay duda que una de las razones por las cuales los conversos de Juan siguieron a Jesús es que ellos habían oído que Jesús tenía otro bautismo para darles. Por la forma en que Juan había hablado, los discípulos imaginaban que habría de ser una experiencia maravillosa, y que esta experiencia sería tan clara y positiva como había sido su bautismo por agua. Probablemente esperaban que sucediera en cualquier momento, pero esperaron en vano. Ellos siguieron a Jesús viéndole hacer milagros, sanando a los enfermos; luego fue crucificado, y resucitó de entre los muertos; y hasta ese momento ¡ninguno había sido bautizado con el Espíritu Santo!

Después que Jesús murió y resucitó, apareció a sus discípulos la misma noche del día en que resucitó, y los invistió de la *nueva vida en el Espíritu* de lo cual hablamos en el capítulo primero. (Juan 20:22.) El Espíritu Santo vino a vivir en ellos, dando vida

a sus espíritus: "nacieron de nuevo del Espíritu", de la misma manera que lo hemos sido nosotros si hemos aceptado a Jesús como Salvador. Este nuevo nacimiento para nosotros, corresponde al hecho de que Jesús fue "concebido por el Espíritu Santo", por lo cual nuestros espíritus nacen de nuevo del Espíritu Santo. Pero Jesús aún no había ascendido para ocupar su lugar "en lo alto" con su Padre, por lo que no podía derramar el Espíritu Santo "sobre toda carne", pero podía —y así lo hizo—, otorgarlo individualmente para que morara en unos cuantos, que eran sus primeros escogidos.

Les dijo que habría para ellos una nueva experiencia y que se mantuvieran a la expectativa. Sus palabras finales, antes de la ascensión, fueron para recordarles esto.

Si tuviéramos la oportunidad de decir algunas palabras finales a nuestros amigos y familiares antes de separarnos de ellos por un largo lapso, ¡no cabe duda que escogeríamos cuidadosamente esas palabras! Jesús las eligió bien. Hasta ese momento su mensaje más importante había sido: "debes nacer otra vez." Pero ahora que sus seguidores ya habían recibido el nuevo nacimiento les dio la segunda instrucción importantísima: "¡Esperen hasta recibir el poder!" (Lucas 24:49.)

Jesús les dijo: "Juan ciertamente bautizó con agua, más vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días." (Hechos 1:5.) El creyente sigue el modelo que Jesús ha diseñado. El nuevo nacimiento en el Espíritu corresponde a lo que en Jesús significó ser concebido por el Espíritu Santo. El creyente es bautizado con agua, de la misma manera que lo fue Jesús. Después de esto, dijo Jesús, debemos esperar el bautismo en el Espíritu Santo, recibiendo el poder del Espíritu, tal cual lo recibió él.

De manera que estos 120 seguidores de Jesús, que habían nacido de nuevo, esperaron, según él les ordenó. Alababan a Dios, oraban, iban al templo; ¡hasta tuvieron una asamblea y una elección! (Hechos 1:15-26.) No leemos, sin embargo, que hablaran a nadie sobre Jesús. El poder para hacerlo con efectividad

lo recibirían en el día de pentecostés.[2] Jesús les había dicho: "Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra." (Hechos 1:8.) Un "testigo" es una persona que no solamente ve que sucede algo, sino que está dispuesta a declarar que vio cuando tal cosa ocurrió.

Diez días después de que Jesús los dejó para volver a su Padre, el día de la fiesta de pentecostés, la fiesta de las primicias, vino el poder, con el estruendo de "un viento recio" con llamas como de fuego y los discípulos "fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen". (Hechos 2:4.) Es importante recordar el hecho de que el Espíritu Santo *ya habitaba en ellos* desde que Jesús los invistió de la nueva vida en el Espíritu en la noche de la resurrección. Esta nueva vida era el Espíritu Santo unido a sus espíritus. "El que se une al Señor, un espíritu es con él", (1 Corintios 6:17) dice Pablo, y también dice que: "Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él." (Romanos 8:9.) Ahora, en la fiesta de pentecostés, el Padre, por medio del Señor Jesús, ya ascendido y sentado a su mano derecha, derramó el Espíritu Santo desde "lo alto" *sobre toda carne;* es decir, que el nuevo nacimiento, la nueva vida en Cristo, está ahora a disposición de todos los que le invoquen. Ha venido el Espíritu Santo. Dios se ha hecho asequible al hombre de una nueva manera. "¡El reino de los cielos se ha acercado!" Pero al par que el Espíritu Santo fue derramado sobre toda la raza humana, también se agitó *dentro* de esos primeros seguidores —había morado en *ellos* desde que Jesús los invistió especialmente en la noche después de la resurrección— y comenzó a fluir de ellos

[2] No hay duda alguna que hay cristianos que si bien alegan no haber tenido una "experiencia pentecostal", testifican con éxito; ¡pero cuánto más eficaces serían de haber recibido la plena emancipación del Espíritu! La evidencia más característica del reavivamiento de Pentecostés es el tremendo aumento en el testimonio cristiano, que ha resultado en una renovación espiritual en todo el mundo y que desde hace casi cien años va en progresivo aumento.

en formidables manifestaciones de poder. Los anonadó —eso es lo que quiere decir la Escritura cuando expresa que "cayó sobre ellos" o "vino sobre ellos"— bautizando sus almas y cuerpos en el poder y en la gloria que ya moraba en sus espíritus. Esta segunda experiencia, el *derramamiento* del Espíritu Santo, también les ocurrió a otros que recibieron a Jesús, pero nuevamente aquí los primeros beneficiarios fueron los 120 seguidores escogidos. Los hizo desbordar en el mundo en derredor, inspirándolos para que alabaran y glorificaran a Dios, no solamente en sus propias lenguas sino en otros lenguajes, y al hacerlo domeñó sus lenguas para su servicio, liberó sus espíritus, renovó sus mentes, vivificó sus cuerpos, y les dio poder para testificar. La multitud que se juntó quedó atónita ante el sonido emitido por estos galileos que hablaban y alababan a Dios en el idioma de lejanos países. Los que escucharon no eran extranjeros sino judíos piadosos de todas las naciones. (Hechos 2:5.) Habían venido a su tierra para el día de la gran fiesta. Miraban asombrados cómo esta gente humilde alababa a Dios en idiomas que bien sabían ellos que eran incapaces de haber aprendido, lenguajes de países donde se habían criado los que escuchaban, y otras lenguas que no reconocían, "lenguas humanas y angélicas". (1 Corintios 13:1.)

Algunos se burlaban, diciendo: "¡Están borrachos, eso es todo!" Pero Pedro respondió: "¡No, no están borrachos! Después de todo, ¡son apenas las nueve de la mañana! Pero *esto es lo* dicho por el profeta Joel: ... en los postreros días, dice Dios, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne." (Hechos 2:13-17.) Tan convincentes fueron las señales, que tres mil de esos "hombres devotos" aceptaron a Jesús como al Mesías, se arrepintieron de sus pecados, fueron bautizados, y recibieron asimismo, ese día, el don del Espíritu Santo.

Es raro el hecho de que aún notables eruditos de la Biblia digan que: "Pentecostés sucedió sólo una vez", cuando con toda claridad el Nuevo Testamento relata varios "pentecosteses". El próximo tuvo lugar en Samaria. Los samaritanos formaban el remanente de los

israelitas del Reino del Norte. Ellos y los judíos, el pueblo del Reino de Judea del Sur, estaban en permanente disputa. Se odiaban a muerte. En Hechos 8 leemos de cómo Felipe —no el apóstol, sino uno de los siete nominados para ayudar a los apóstoles (Hechos 6:1-6) fue a Samaria y les habló de Jesús a los samaritanos. Era un territorio difícil, pero los samaritanos escucharon a Felipe, a pesar de ser judío y proclamar un Mesías judío, porque le vieron hacer las obras de poder que Jesús hizo, y le oyeron hablar con autoridad, tal como habló Jesús. El Espíritu Santo en Felipe impresionó a los samaritanos con la verdad y la realidad de lo que estaba diciendo, y aceptaron a Jesús, nacieron de nuevo del Espíritu y fueron bautizados con agua. (Hechos 8:5-12.)

Cuando los apóstoles en Jerusalén oyeron de esta puerta abierta en Samaria, enviaron a Pedro y a Juan para ver qué es lo que estaba sucediendo. No bien llegaron los dos notaron que algo faltaba. El Espíritu Santo no estaba "cayendo" sobre los nuevos creyentes. Pedro y Juan no dudaron que los samaritanos habían nacido de nuevo del Espíritu, pero estaban preocupados por el hecho de que el Espíritu no hubiera "descendido" sobre ellos; por lo tanto "les imponían las manos y recibían el Espíritu Santo". (Hechos 8:1-17.) Observemos que Pedro y Juan esperaban que el Espíritu Santo ya hubiera "descendido" sobre los conversos samaritanos. Lo cierto es que ésta es la primera vez que se menciona la imposición de manos para recibir el Espíritu Santo. Nada se nos dice de imposición de manos para los 3.000 convertidos en pentecostés, ni por supuesto, a los 120 primeros. Tampoco dice nada más adelante el mismo capítulo de imposición de manos al eunuco etíope. (Hechos 8:27-40.) Hemos de presumir que muchas veces el derramamiento o bautismo del Espíritu Santo seguía espontáneamente a la salvación, como ocurrió más tarde con Cornelio, en Cesarea de Filipo. (Hechos 10:44.) Pero en este caso Pedro y Juan consideraron que era necesaria una imposición de manos para animar a los samaritanos a recibir el Espíritu Santo. El Espíritu Santo moraba en estos conversos samaritanos. Estaba listo para inundar sus almas y cuer-

pos, a bautizar, a rebasar, pero ellos tenían que responder, que recibir. No bien lo hicieron, el Espíritu Santo comenzó a exteriorizarse desde ellos como ocurrió con los primeros creyentes en el día de pentecostés. Sin duda alguna exhibieron las mismas señales, hablando en nuevas lenguas y glorificando a Dios. No lo dice así específicamente la Escritura, pero la mayoría de los comentaristas concuerdan que eso es lo que ocurrió. El sólido y conservador Matthew Henry, dice así, por ejemplo:

"Relata (v. 16), que el Espíritu Santo no había descendido aún sobre ninguno de ellos, con esos poderes *extraordinarios que eran transmitidos a aquellos* sobre quienes asentaba el Espíritu Santo, como ocurrió el día de pentecostés. Ninguno de ellos estaba investido con el don de lenguas, que parece haber sido entonces el efecto inmediato más corriente de la exteriorización del Espíritu... Esto era un signo de primera magnitud para aquellos que no creían, y utilísimo para los creyentes. Carecían de éste y de otros dones, y solamente eran bautizados en el nombre del Señor Jesús, y de esa manera se comprometieron con él y tomaron conciencia de él, lo cual era necesario para la salvación, y con esto se gozaron y se dieron por satisfechos (v. 8) a pesar de no hablar en lenguas..."

"Les impusieron las manos para significar con ello que sus oraciones habían sido contestadas, y que les había sido conferido el don del Espíritu Santo; y en base al uso de esta señal, recibieron el Espíritu Santo y hablaron en lenguas."[3]

Un observador, por lo menos, quedó hondamente impresionado: Simón, el hechicero, que había engañado a los habitantes de Samaria por muchos años con su magia negra. Corrió a Pedro, con oro en sus manos y dijo:

"¡Yo los haré ricos si me dicen cómo hacen estas cosas! ¡Denme ese poder para que a cualquiera a quien yo le imponga las manos reciba este Espíritu Santo!" (Hechos 8:18-24.) Pedro, por supuesto, le

[3] Matthew Henry, *Commentary on the Whole Bible* (Nueva York: Revell), VI, 100.

respondió a Simón con toda firmeza que el don de Dios no se podía comprar con dinero, pero aún queda en pie la pregunta: ¿Qué fue lo que vio Simón?

En esta ocasión dice que "por la imposición de las manos de los apóstoles se daba el Espíritu Santo", (Hechos 8:18) y esto ha llevado a algunos a sostener que el Espíritu Santo era *distribuido* por los apóstoles: los samaritanos no pudieron recibir el Espíritu Santo en tanto que Pedro y Juan no viajaron desde Jerusalén para "darlo", al no poder hacerlo Felipe, que no era apóstol. Pero esto no armoniza con el resto de la Escritura. Ya hemos señalado algunos casos de personas que recibieron el Espíritu Santo y no se menciona para nada la imposición de manos.

Recordemos que cuando Pablo recibió el Espíritu Santo, si bien se le impusieron las manos, fueron las manos de un desconocido de quien la Escritura solamente dice que: "Había entonces un discípulo... llamado Ananías..." (Hechos 9:10.) A pesar de que la Escritura no registra, con respecto a este hecho, que Pablo hablara en lenguas, sabemos que lo hacía según 1 Corintios 14:18: "Doy gracias a Dios que hablo en lenguas más que todos vosotros."

El próximo "pentecostés" relatado en los Hechos de los Apóstoles, tuvo lugar en la localidad de Cesarea de Filipo, que era un centro de las tropas de *ocupación romanas. En este lugar, un devoto oficial* romano, de nombre Cornelio, que creía en Dios de todo su corazón, recibió la visita de un ángel que le indicó pidiera a Pedro —que a la sazón estaba en Jope, la ultrajudía comunidad de la costa— que viniera para decirle lo que tenía que hacer. (Hechos 10:6.)

Pedro, naturalmente, hubiera deseado no tener que ir y hablarles de Jesús y del bautismo del Espíritu Santo a los soldados romanos. Hasta ese momento se creía que el nuevo nacimiento y el bautismo en el Espíritu Santo eran patrimonio exclusivo de los creyentes judíos. Si un gentil, es decir un no-judío, quería recibir a Cristo y al Espíritu Santo, previamente tenía que hacerse judío, y someterse a todos los complicados requerimientos de la ley judía. Sin embargo, el Espíritu Santo hizo ver con toda claridad

a Pedro, por medio de una serie de visiones y de instrucciones directas, que tenía que ir con los romanos cuando lo invitaran, y así lo hizo. (Hechos 10:2-23.) Ante el gran asombro de Pedro, cuando llegó a la casa de Cornelio y comenzó a hablarles de Jesús a los romanos allí reunidos, respondieron de inmediato. Lo primero que Pedro y sus compañeros que le habían acompañado vieron y oyeron fue que estos romanos, llenos de júbilo *¡hablaban en lenguas y magnificaban a Dios! (Hechos 10: 24-48.) Habían* abierto sus corazones a Jesús, quien les dio nueva vida en el Espíritu, y de inmediato permitieron que esa nueva vida los llenara y rebosara. Pedro y sus amigos no salían de su asombro, pero reconocieron de inmediato que Dios "estaba derramando el don del Espíritu Santo sobre los gentiles", primero en ocasión de la salvación y luego en el bautismo en el Espíritu Santo. Por ello es que Pedro dijo: "¿Puede acaso alguno impedir el agua, para que no sean bautizados estos que han recibido el Espíritu Santo también como nosotros?" (Hechos 10:47.) Defendiéndose contra las críticas dirigidas contra él al volver a Jerusalén por haber bautizado a no-judíos, Pedro dijo:

"Y cuando comencé a hablar (a los romanos), cayó el Espíritu Santo sobre ellos también, como sobre nosotros al principio. Entonces me acordé de lo dicho por el Señor, cuando dijo: "Juan ciertamente bautizó en agua, más vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo." Si Dios, pues, les concedió también el mismo don que a nosotros que hemos creído en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo que pudiese estorbar a Dios?" (Hechos 11:1-17.)

Observemos que Pedro habla del don del Espíritu dado *a los que creyeron,* clara referencia de que los romanos primero *creyeron* y luego el Espíritu Santo cayó sobre ellos.

Transcurrieron 30 años antes de que nuevamente el libro de los Hechos relatara otro "pentecostés". Tal vez el Espíritu Santo dejó pasar un lapso tan prolongado para mostrar que estas cosas no mueren. Durante su segunda visita a Efeso, Pablo recibió el saludo de un grupo de doce hombres que sostenían ser discípulos. Pablo no se dio por satisfecho, pues intuía que faltaba algo, y por ello les preguntó: "¿Recibieron ustedes el Espíritu Santo cuando creyeron?" (Hechos 19:2.) Nuevamente constatamos aquí que se espera que la experiencia de la salvación sea seguida por el bautismo en el Espíritu, pero que los primeros cristianos reconocieron que *podría* haber una demora, pues de lo contrario ¿por qué se habría molestado Pablo en formular esa pregunta? Más bien hubiera puesto en tela de juicio su *salvación.*

"*¡Ni siquiera hemos oído si hay* Espíritu *Santo!*" (Hechos 19:2) replicaron los efesios. Investigando más a fondo, Pablo descubrió que no sabían ni de Jesús, y los guió para aceptar a Jesús, bautizándolos con agua, y a continuación leemos: "Y habiéndoles impuesto Pablo las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo; y hablaban en lenguas, y profetizaban." (Hechos 19:6.) Nuevamente aquí la distinción es bien clara. Recibieron a Cristo y fueron bautizados con agua como un signo exterior; luego, estimulados por la imposición de manos hecha por Pablo, respondieron al Espíritu Santo que vino a morar en ellos y exteriorizaron su alabanza a Dios en nuevos idiomas, Hebreos 6:12.

Hemos procurado en este capítulo mostrar el modelo bíblico de lo que el autor de la carta a los Hebreos llama la "doctrina de bautismos". El apóstol Pablo, en Efesios 4:5 dice que hay "un Señor, una fe, un bautismo", si bien es claro que en el Nuevo Testamento este "un bautismo" se divide en tres. En 1 Corintios 12:13, Pablo dice: "Por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo ... y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu." Aquí se refiere al bautismo espiritual en Cristo que tiene lugar en el instante de aceptar a Jesús como Salvador. Esto era seguido del bautismo con el Espíritu Santo, en el cual el Espíritu Santo que ahora mora en el creyente se vierte al exterior para poner de manifiesto a Jesús ante el mundo, por medio de la vida del creyente. Ya fuera antes o después del bautismo con el Espíritu Santo, en ambos casos se exigía el signo exterior del bautismo con agua, símbolo de la limpieza interior efectuada por la sangre de Jesús, la muerte del "viejo hombre" y la resurrección a una

nueva vida en Cristo.[4] ¿A cuál de estos tres bautismos se refiere Pablo cuando habla de "un bautismo"?

Un artista puede mirar un cuadro que está pintando de diferentes maneras. Puede mirar para asegurarse que es una composición bien equilibrada; puede mirar de nuevo para controlar los efectos lumínicos del reflejo de él sobre el agua o los árboles; nuevamente lo mira desde otro ángulo para evaluar la perspectiva. Hemos estado analizando los diferentes aspectos de la tarea salvadora de Dios para con el hombre. Es preciso mirar a estas tres experiencias —la salvación, el bautismo por agua y pentecostés— separadamente, separación que la hemos establecido artificialmente, debido a nuestros pruritos, perdiendo así el panorama general. En la iglesia primitiva las tres experiencias estaban estrechamente ligadas, pero en el día de hoy no ocurre así habitualmente.

Habiendo examinado el cuadro de distintas maneras, en el curso de nuestro estudio, debemos dar un paso atrás y contemplarlo en su totalidad. Pablo dice que hay "un Señor", y sin embargo la Divinidad es tres en uno: Padre, Hijo y Espíritu Santo. El hombre es una unidad, si bien está compuesto por la trinidad de cuerpo, alma y espíritu. El Cuerpo de Cristo en la tierra es uno, pero formado por muchos miembros. De modo que cuando Pablo habla de "un bautismo" pareciera referirse a la acción combinada por la cual Jesucristo viene a vivir en nosotros, el signo exterior por el cual queda sellada esta acción, y el derramamiento del Espíritu Santo a través de nosotros para ministrar a un mundo perdido.

Nuestra recomendación es que todo aquel que encuentre difícil entender estas cosas por medio del razonamiento, trate de experimentar la realidad de Dios en la plenitud del Espíritu. La comprensión intelectual vendrá después. Como lo dijo el gran San Agustín: *"Credo ut intelligam"*, es decir: "Yo creo para lograr entender."

[4] La norma establecida en el Nuevo Testamento era la de aceptar a Jesús, recibir el bautismo en agua, y ser bautizado con el Espíritu Santo. Sin embargo, en dos de los cinco relatos de los Hechos, aceptaron a Jesús, fueron bautizados con el Espíritu Santo, y recién entonces bautizados con agua.

4

Preparándonos para el bautismo en el Espíritu Santo

El Espíritu Santo viene a vivir en nosotros cuando recibimos a Jesús, y somos nacidos de nuevo en el Espíritu. El bautismo en el Espíritu Santo es el fluir del Espíritu. No podemos pretender que el Espíritu se derrame a través de nosotros, a menos que viva en nosotros; de manera que antes de solicitar ser bautizados en el Espíritu Santo, tenemos que asegurarnos que ciertamente hemos recibido al Señor Jesús como Salvador, y hemos invitado a su Espíritu a que viva en nosotros.

Jesús es el camino a Dios. No hay otro. Es el único camino por el cual podemos conocer a Dios y recibir su vida. Jesucristo es verdaderamente Dios y verdaderamente Hombre. Este es el significado de la encarnación: Dios, real y verdaderamente, se hizo hombre en el claustro materno de la virgen María. De aquí que Jesús sea el punto de unión entre Dios y el hombre.

Hay otras filosofías y otras religiones que se refieren a Dios, y algunas de las cosas que dicen son ciertas; pero si queremos que Dios mismo venga a vivir en nosotros lo podemos *encontrar* solamente por medio de Jesucristo. *Sea lo que fuere que decidamos hacer, no pidamos ser "bautizados en el Espíritu Santo" a menos que hayamos recibido a Jesucristo como nuestro Salvador personal, so pena de caer en una profunda confusión espiritual.*

Al llegar a este punto alguien podrá preguntar:

"¿Pero qué diremos de las personas que nunca han oído de Jesús? ¿Qué diremos de los componentes de otras culturas y de otras religiones? ¿Se perderán simplemente porque nunca oyeron?" Podemos responder solamente:

1. Nadie entrará al reino de los cielos, excepto por Jesucristo.
2. Para los que nacieron desde que Jesucristo vino al mundo, la decisión debe ser tomada en la vida presente. *No habrá oportunidad de aceptar a Cristo después de la muerte.* (Hebreos 9:27.)
3. Dios dispone de medios para alcanzar a la gente en esta vida de lo cual ni siquiera tenemos idea. Abrigamos la esperanza de que Dios es capaz, de alguna manera, de ofrecer la oportunidad de conocer a Jesús a todos aquellos que lo aceptarían si tuvieran la oportunidad de conocerle. Sabemos que Dios quiere que todos vayan a él, y que "no se complace en la muerte del impío". (Ezequiel 33:11.) Sin embargo, Dios, que es omnipotente y omnisciente, se ha limitado a sí mismo, en su trato con los hombres, dándoles *realmente* libre albedrío.
4. La mejor y verdadera respuesta a quienes sienten que sería terrible que algún ser humano no tuviera la oportunidad de conocer a Jesús, es que también Jesús estaba preocupado por lo mismo, y dio él la respuesta: "¡Vayan por todo el mundo y cuénteselo a todos!" (Marcos 16:5.)

Los cristianos han fracasado tan tristemente en hacer eso (una reciente encuesta ha demostrado que el 95 por ciento de todos los cristianos nunca le han hablado a nadie sobre el Salvador) que muchas personas inteligentes y con hambre espiritual, buscan las respuestas en sitios inadecuados. Muchos se han visto enredados en las creencias habitualmente denominadas los "cultos" mientras que otros están investigando lo "oculto".

En términos generales se utiliza la palabra "culto" para caracterizar grupos religiosos que enseñan algún otro camino a Dios que no sea Jesucristo y/o cuyas enseñanzas añaden, restan o contradicen las estable-

cidas por el Espíritu Santo. La mayoría de los cultos enseñan que Jesucristo es algo menos que Dios. Algunos de estos cultos han subsistido por mucho tiempo, habiendo adquirido un elevado rango, y considerados a menudo como "iglesias", pero eso no cambia la situación; por el contrario, la hace más peligrosa.

Al referirnos a estos cultos no lo haremos con nombre propio; nos preocupan las *enseñanzas* erróneas, no las personas, nombres o títulos. Muchos de los adherentes a los cultos suelen ser personas espléndidas y bien intencionadas, dedicadas con todo celo a su causa, por la cual están dispuestos a los mayores sacrificios. Sus actitudes humanas y su comportamiento son a veces mejores que las de aquellos que pretenden ser creyentes ortodoxos.

Una de las enseñanzas erróneas de la que participan algunos de los cultos mejor conocidos, es la llamada "ciencia del entendimiento". Este culto enseña que Dios es "la mente universal"; que la "mente" es la única realidad, y que nos "salvaremos" aclarando nuestra manera de *pensar*. Sostienen que lo único real son los pensamientos y las ideas; la materia no es real; la enfermedad no es real; el pecado no es real; tales cosas no son más que "errores de una mente finita". Sostienen que Jesús de Nazaret no fue un personaje divino, sino un ser humano lleno, en grado sumo, del "Espíritu de Cristo". Nosotros también podemos ser llenados del "Espíritu de Cristo" y llegar a ser como Jesús. (El "Espíritu de Cristo" viene a ser algo así como un espíritu generalizado de amor y buena voluntad entre las personas.) No lo consideran a Jesús como el camino, sino como el que "indica el camino". De acuerdo a ello no habría necesidad del perdón de los pecados, pues es suficiente pensar correctamente. La curación está demás, puesto que la enfermedad no es real, y desaparecerá no bien sean corregidos los pensamientos equivocados. [1]

[1] A menudo se plantea la pregunta si estas "curaciones" que, según dicen, se practican como resultado de esta filosofía, son curaciones "cristianas". La respuesta es obvia. Los cristianos aceptan el hecho de que las personas enferman. La enfermedad es obra de Satanás. Jesús cura las enfermedades. Eso es curación cristiana, y conduce a la gente a Jesús como Salvador, no solamente de sus cuerpos, sino también de sus almas y espíritus. Los grupos de "ciencia de la mente o de los pensamientos", por el contrario, creen que la persona no está enferma, y que lo que tiene son malos pensamientos. Una vez corregidos estos pensamientos, desaparece la enfermedad. Nada tiene que ver esto con Jesucristo. No habiendo enfermedad, no puede haber sanidad. Ciertamente no testifican sobre el poder salvador de Jesús, ni conducen a la gente a aceptar a Jesús como Señor.

Uno de los grupos más fuertes de esta "ciencia de la mente o de los pensamientos" y que publica gran cantidad de literatura sobre la oración, contando con numerosos adherentes entre miembros de las iglesias, también enseña la *reencarnación*. Esta falsa enseñanza ha obtenido una gran popularidad por el aporte de otro culto organizado en base a la actividad que un hábil clarividente que pretende poseer una gran capacidad para diagnosticar las enfermedades por medios psíquicos. La *reencarnación* es la creencia de que nacemos una y otra vez en distintos cuerpos en esta tierra para asegurar nuestro crecimiento espiritual y expiar nuestros pecados. Son incontables los miles de personas que son engañadas por esta enseñanza, y lo más notable es que muchas de ellas pertenecen a iglesias tradicionales.

Entre los cristianos no hay cabida para la creencia en la reencarnación. Es totalmente antibíblica y anticristiana. La Escritura dice: "Está establecido para los hombres que mueran *una sola vez,* y después de esto el juicio. (Hebreos 9:27.)

La enseñanza de la Escritura es que en el reino de Dios nos encontraremos y nos conoceremos los unos con los otros, felices para siempre en una comunión que nunca jamás será destruida. Cuando encuentre a mi madre en el cielo ¿será otra persona, luego de 50 o más "reencarnaciones"? ¡Qué ridículo!

La enseñanza de la reencarnación se acompaña generalmente de la denominada ley de karma, que dice que debemos nacer una y otra vez para expiar nuestros pecados, y lograr así nuestra propia salvación. Sostiene que nuestras aflicciones en esta vida son provocadas por nuestros pecados en vidas anteriores; el pecado puede ser eliminado únicamente si vivimos

de nuevo recibiendo el condigno castigo. Esto está a un millón de kilómetros de las buenas nuevas de que Jesús murió en la cruz para borrar nuestros pecados.

Otro poderoso culto, aceptado corrientemente como una variante del cristianismo, pretende ser la única "iglesia" verdadera, siendo falsas todas las demás. Enseña que Dios el Padre fue y es un hombre, un ser de "carne y hueso", que se transformó en un "todopoderoso dios". También enseña que los hombres, si cumplen con las enseñanzas del culto, pueden llegar a ser "dioses omnipotentes" y regir sobre sus planetas propios, que poblarán con sus "hijos espirituales" ¡que han concebido con sus numerosas "esposas espirituales"! Surge, como obvio, que uno de los principales requisitos para obtener la plena salvación, de acuerdo a este culto, es casarse. Según este grupo Jesús murió en la cruz para que todos los hombres entiendan que pueden salvarse guardando las enseñanzas de este culto en particular. Este grupo, como otros, enseña que la Biblia no es suficiente para indicar el camino a la salvación; debe ser complementada por otros libros y escritos. En realidad, las enseñanzas más importantes de este culto no son tomadas de la Biblia, sino de sus libros especiales, uno de los cuales fue supuestamente descubierto escrito en "planchas de oro" y enterradas, y otros libros escritos por "profetas" con el correr de los años. Mucha gente se siente atraída por este culto debido al énfasis que ponen en la acción social.

Otro de los cultos más fuertes, que distribuye su literatura en las esquinas de las calles, y visitan asiduamente los hogares ofreciendo "estudios bíblicos" niega la triple naturaleza de Dios (la Trinidad), diciendo que Jesús no fue Dios que vino en la carne, sino una especie de ser "intermedio", *un* Dios. Este grupo, al igual que los otros, ha hecho su propia traducción de las Escrituras, adecuándola a sus singulares doctrinas.

La mayoría de los cultos niegan la resurrección corporal de Jesús. Alegan que su "resurrección" lo fue solamente de su "espíritu". Esto, por supuesto, está en abierta contradicción con lo que Jesús afirmó en

la noche de la resurrección cuando apareció ante sus amigos: "¡Palpad y ved que yo mismo soy! ¡Un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo!" (Lucas 24:39.)

Los cultos, naturalmente, niegan la "segunda venida" de Jesús a la tierra en forma real y física.

Otro tipo de culto es el "ecléctico". Enseña que debemos aceptar lo "bueno" de todas las religiones; que Jesús de Nazaret no fue más que uno entre "grandes maestros". Junto a esto se acompaña a menudo la pretensión de que ha surgido otro "gran maestro" ¡para tomar el lugar de Jesús! Aquí el error básico estriba en la idea que la religión es una "búsqueda de la verdad", y que Jesús no fue más que uno entre los grandes "maestros de la verdad". (Esto es lo que se enseña en nuestras universidades, en la mayoría de los cursos de "religión comparada".) Pero el cristianismo no es una búsqueda de una "verdad" abstracta o metafísica, sino el adquirir una nueva relación con Dios: una nueva vida. El cristianismo enseña que Dios alarga su mano hacia el hombre: "El Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido." (Lucas 19:10.)

De lo que llevamos dicho surge con toda claridad que los cultos o niegan que Jesús sea divino (excepto en el sentido de "todos los hombres son divinos", ¡y que Jesús pudiera estar un poco a la cabeza de los otros!), o niegan que sea único, es decir que habría otros salvadores también. Niegan su resurrección o lo espiritualizan. Ponen énfasis en su papel de "gran maestro". Por supuesto, nada tendrán que decir sobre la sangre de Jesús que borra los pecados del hombre.[2] No importa cuán ética y moral sea la enseñanza; no importa cuán benévola, hermosa y

[2] A veces los cultos hablan sobre la "sangre de Jesús", pero no como un remedio para el pecado. Escogen frases tales como "el poder en la sangre", pero para ellos significa un poder oculto que puede *hacer* cosas en su beneficio.

El "poder de la sangre de Jesús" no es un "poder" espiritual generalizado, sino el poder para borrar los pecados. Desde el momento en que los cultos no creen generalmente en el pecado, ¡no es de esperar que todo esto les interese!

atrayente; no importa cuán lógica; si no presenta a Jesús como el divino Hijo de Dios hecho carne, que murió en la cruz y derramó su sangre para el perdón de los pecados, levantándose de nuevo, físicamente, de entre los muertos, podemos tener la más absoluta seguridad de que estamos frente a un culto falso Si constatamos que se hace mucho hincapié en las enseñanzas de Jesús, pero poco sobre su persona, es seguro que estamos en presencia de un culto falso.

El cristianismo no está fundado sobre la *enseñanza* de Jesús, sino sobre la persona de Jesús. Lo que importa no es tanto lo que enseñó, sino lo que él es. Como dige el adagio: "No es lo *que* conocemos sino a *quien* conocemos lo que hace la diferencia." Además, si Jesús es aclamado nada más que como un "gran maestro", ¿qué hacemos con su propia pretensión de ser Dios, e Hijo de Dios?[3] Si su pretensión es falsa, o está faltando a la verdad o está equivocado; ¡ninguna de las dos posiciones guardaría relación con el papel de "gran maestro"!

Habitualmente el culto se centraliza alrededor de un fuerte líder a quien se lo presenta dotado de autoridad y poderes sobrenaturales. A veces sostienen que el líder es un "mesías" o una "encarnación de lo divino" y, otras veces, personal y literalmente un "dios".

Muchos de los cultos extraen sus ideas directamente de religiones paganas, del budismo o del hinduismo, por ejemplo. Ya dijimos algo sobre la reencarnación, que es el verdadero meollo de estas religiones, pero también debemos mencionar el "panteísmo", es decir, que Dios *es* todo; la creación *es* Dios. Dios es lo bueno y lo malo, lo alto y lo bajo, macho y hembra, amor y odio, vida y muerte, la rosa y la víbora de cascabel.[4]

[3] Por ejemplo: Marcos 14:61-64; Juan 5:18, 23, 26, 39,; 6:33-35, 38, 46-51; 8:58; 20:28-29.

[4] El diablo se deleita con la confusión. En términos generales, toda vez que estamos confundidos en nuestra manera de pensar o en nuestras definiciones, debemos sospechar que por algún lado ronda el enemigo. Cuando a la luz se la llama oscuridad, a lo de arriba se llama abajo, se confunde el macho con la hembra, etc., tenemos que pensar de inmediato que estamos en presencia de una falsa doctrina. Por ejemplo, algunos de los cultos hablan del "dios padre-madre". Varios de los falsos maestros, hoy en día, aseguran que Adán, el primer ser humano, era simultáneamente macho y hembra, y que luego estos dos aspectos se separaron. Y esto, por lo general, lleva a la doctrina del "apareamiento del alma": toda persona tiene en algún sitio, su "otra mitad". Esta forma de pensar abre las puertas de par en par para todo tipo de abusos, tragedias y perversidades.

No puede haber una verdadera diferenciación entre el bien y el mal, según ellos, pues Dios no sólo creó el bien y el mal, sino que *es* las dos cosas. El "cumplimiento", para estas religiones, no es un cumplimiento personal en Dios, sino una pérdida total de la persona en el "todo" o en la nada del "Nirvana".[5]

Estas religiones paganas han experimentado un reavivamiento, no solamente en el Oriente, sino también en los Estados Unidos. Aun el mahometanismo ha ganado adeptos, en una forma algo modificada, entre los adherentes de algunos de los grupos "militantes".

Algunas personas no comprometidas con ningún culto en particular, nos dirán que sienten interés por la "metafísica" y que son "buscadores de la verdad". La metafísica es la rama de la filosofía que traduce el intento del hombre de introducirse en lo desconocido. Es comprensible que una persona que aún no ha encontrado a Dios, quiera usar su mente inquisitiva para especular sobre lo que está "más allá", pero este tipo de especulación lo lleva muchas veces al

[5] El mandato de Jesús de que el hombre debía "negarse a sí mismo" ha sido identificado por algunos como el concepto indobudista de la "pérdida del yo". El contenido íntegro de la Sagrada Escritura está en contra de esta interpretación. Las Escrituras nos dicen que Dios desea que tengamos participación y comunión con él, que seamos sus criaturas, que lo disfrutemos, que seamos sus *amigos*. Todo esto de ninguna manera puede significar una pérdida de la identidad, sino una exaltación de la identidad en Cristo. Las religiones orientales solucionan los problemas derivados del yo por el simple expediente de eliminarlo; resuelven el problema de la vida escabulléndose de la misma. El cristianismo nos mueve a librarnos del *falso* yo, el "viejo hombre", para que nuestra verdadera naturaleza, la nueva criatura en Cristo, pueda alcanzar su máxima realización.

campo de raras enseñanzas o extraños cultos. La metafísica confunde al alma y al espíritu, al pensar que lo espiritual es un aspecto de lo psicológico, y que el espíritu no es otra cosa que el "profundo inconsciente" o algo por el estilo.[6]

Job 11:7. "¿Descubrirás tú, los secretos de Dios?", preguntan las Escrituras, y la respuesta es: "No, no es por la investigación intelectual o filosófica como encontraremos a Dios." A Dios lo podemos buscar únicamente con nuestros "corazones" con nuestra necesidad o hambre interior que nos mueve a encontrar al Dios personal, no a un juego de principios abstractos. La gente dice: "Busco la verdad", pero Jesús dice: "¡Yo soy la verdad!"

La metafísica, es decir el intento de la *mente* de entrar en contacto directo con Dios, en lugar de hacerlo por medio del espíritu, puede llevar fácilmente a las personas a la más peligrosa de las áreas, es decir al área de lo psíquico o de lo oculto. Cuando Satanás actuó y tomó el control de este mundo luego de la caída del hombre, creó un reino espiritual espúreo, y cualquier ser humano que trate de encontrar a Dios, o de entrar en contacto con Dios, o de influenciar a Dios, por sus propios esfuerzos psicológicos, echando mano a sus pensamientos, a su voluntad o a sus sentimientos, corre el riesgo de entrar en contacto con el mundo "espiritual" de Satanás, que con más propiedad se podría denominar el mundo de las experiencias "psíquicas". Hoy en día, las ideas y prácticas psíquicas y ocultas, están dominando la escena y son aceptadas por incontables miles de personas, muchas de las cuales son "buenos miembros" de iglesias. De hecho, son justamente aquellas personas que con más determinación "investigan" sobre Dios según esos métodos, las que más fácilmente caen víctimas de esas prácticas.

Podemos resumir las creencias "ocultas" o "psíquicas" de la siguiente manera:

1. *Precognición* o *"buenaventura"*. Se basa en la idea de que un ser humano puede válidamente predecir el futuro por medio de visiones, bolas de cristal, naipes, quiromancia, tablas ouija,[7] meditaciones, dro-

[6] Se da el caso de personas que profesan creencias indudablemente ortodoxas, que se ven envueltas en dificultades cuando tratan de ser "metafísicos" y echan mano a lo "intelectual". La identificación antes mencionada del alma con la mente consciente y el espíritu con la mente "inconsciente" o "subliminal" es un buen ejemplo de esto. Esta identificación es totalmente falsa y, sin embargo, atrae al metafísico porque quiere que todo sea comprensible y explicable según el intelecto, de manera que todo, en última instancia, sea una parte del "entendimiento" y por lo tanto controlable por la mente y la voluntad del hombre. Es típico que las personas con inclinaciones metafísicas, confrontadas con el hecho de que Dios contesta las oraciones o cura a los enfermos, responderán:

"Esto se produce como resultado a la "ley superior". La inferencia de esta respuesta es que algún día *el hombre* comprenderá y utilizará esa "ley superior". Las curaciones cristianas y las oraciones contestadas no son el resultado a la obediencia a una "ley superior" sino la obra de un Dios soberano y omnipotente, que no está sujeto a ninguna ley excepto la suya propia. Todas las así llamadas leyes son simplemente la descripción de la manera en que Dios escoge las cosas, de acuerdo a su propia naturaleza.

[7] *Nos sentimos inclinados a hacer "mención desfavorable"* especial sobre las tablas "ouija". Consisten en una pequeña tabla lustrada sobre la cual está impreso el alfabeto y números de uno a diez, con las palabras "sí" y "no". Sobre esta tabla se desliza un pequeño trozo de madera en forma de corazón, cuyo dorso está forrado en fieltro, llamado "plancheta". La persona o personas que usan la tabla colocan sus manos sobre la plancheta, que se mueve para deletrear mensajes, indicando las letras del alfabeto. Estos adminículos son considerados como un juego, pero no lo son. El enemigo se vale de esas tablas para oprimir y esclavizar a los que practican eso que parece un juego. Desgraciadamente se venden millones de esos dispositivos como juegos para niños. Nuestro consejo es que, si hubiera uno de esos juegos en algún hogar, sea quemado de inmediato, pidiendo la protección de la sangre de Jesús, y rogando al Espíritu Santo que quite toda la maldad que pudiera haber entrado por el uso de esa tabla. Debemos ser especialmente cuidadosos en lo que nuestros niños puedan verse mezclados cuando visiten otros hogares. En muchas reuniones, los jóvenes y aun los niños participan de algún juego o actividad en el que entra lo oculto o lo psíquico. Más de una vez una fiesta nocturna termina en una sesión espiritista de aficionados o consultando una tabla ouija. Hemos oído de casos en que las maestras aconsejaban a sus estudiantes traer a clase y utilizar una tabla ouija. ¡Y hasta hemos oído de casos en que maestros de la escuela dominical han hecho lo mismo! Hay que explicar estas cosas a los niños, para que estén bien prevenidos. Recordemos que su mejor protección, por supuesto, es que han encontrado al Señor Jesús y le han aceptado como su Salvador personal, y

gas, etc. Agazapado detrás de este concepto de "precognición" se esconde la idea de un "destino" fijo, un futuro inmutable que ya ha sido trazado y no puede ser modificado. Esta es una idea totalmente antibíblica. Los cristianos no creen en el "destino" sino en un Dios viviente, que guía todas las cosas. Dios es "el eterno" —significando con ello el "sempiterno", independiente del tiempo— fuera del tiempo. El tiempo es su *creación*. Dios conoce el futuro, no porque lo *prevé* sino porque lo *ve;* ya está *allí*, de la misma manera que está en el presente y en el pasado. A Moisés le dijo que él se llama "YO SOY". El futuro depende de las libres acciones de seres libres, y de Dios. Si Satanás es capaz de engañar a la gente para que piensen que pueden conocer el futuro, también los puede hacer creer que "lo que será, será" y adoptar una actitud fatalista de la vida. La rara contradicción es que la gente quiere conocer el futuro en un esfuerzo para cambiarlo; pero si el futuro dependiera de un "destino" fijo, ¡sería inútil tratar de cambiarlo o evitarlo!

A menudo se confunde la buenaventura o la precognición con *profecías* bíblicas. Una de las personas más populares de nuestros días que dicen la buenaventura, es una mujer cuya vida ha sido el tema de un éxito de librería, y que ha sido consultada por altos funcionarios del gobierno. Su destreza con la bola de cristal y demás cosas que componen su equipo de buenaventura, ha llenado los titulares de los diarios, y es aclamada por algunos líderes presuntamente cristianos, como una "profetiza a la usanza del Antiguo Testamento", a pesar de la naturaleza de sus actividades notoriamente ocultas. Lo cierto es que la buenaventura está condenada con toda firmeza en la Biblia. (Deuteronomio 18:10-13.) La profecía bíblica no es vaticinar sino anticipar. El sortílego o adivino dice: 'Tengo el poder para atisbar en el futuro, ¡y te diré lo que veo!" El profeta bíblico dice: "Estaba hablando con Dios, ¡y *él* me dijo que te dijera...!" Si un profeta pronostica el futuro, es porque Dios lo ha elegido para compartir algo que Dios va a realizar. Generalmente se impone una condición: "Si no haces tal y tal cosa, yo haré tal y tal otra." El profeta no pretende poseer poderes especiales de precognición; simplemente afirma que Dios le ha hablado.

---

han recibido el bautismo del Espíritu Santo. Hasta el momento de recibir el Espíritu Santo, la mayoría de los cristianos están ajenos al peligro de tales cosas, lo cual dificulta nuestra tarea, pero Dios nos dará sabiduría.

2. *Percepción extrasensorial*: *telepatía, clarividencia,* etc. La *telepatía* o *lectura del pensamiento* sostiene la idea de que un ser humano puede detectar y leer los pensamientos de otra persona, o puede proyectar sus propios pensamientos a otro.

No hace mucho, Dennis habló en Montreal, Canadá, con una señora muy activa en actividades cristianas, una creyente "fundamentalista".

—Estoy estudiando telepatía— le dijo con un leve tono de desafío en la voz—. ¿Por qué dice usted que está mal? ¡La Biblia no dice nada al respecto!

—¿Quieres decir que estás aprendiendo a leer los pensamientos? —le preguntó.

Asintió con la cabeza.

—Dime— le preguntó Dennis—. Después que aprendas a leer los pensamientos, ¿cuánto tiempo crees que durará tu matrimonio?

Se mostró sorprendida, y Dennis aprovechó la coyuntura: —¿Cuántos amigos te quedarán cuando sepan que puedes leer sus pensamientos?

—Ya veo lo que me quiere decir— respondió lentamente.

La telepatía o lectura del pensamiento es una de las prácticas psíquicas prohibidas por Dios. Nada hay que podría destruir más rápidamente la comunidad y confraternidad humanas que la supuesta capacidad para leer los pensamientos de las otras personas.

La *clarividencia* es la idea de que un ser humano puede obtener información desde una fuente situada más allá de sus sentidos físicos por medios "ocultos" o psíquicos.

La clarividencia ha sido ampliamente publicitada últimamente por el surgimiento de un nuevo culto

centralizado alrededor de las andanzas de un famoso clarividente, que sostiene poder diagnosticar y recetar por medio de sus poderes ocultos.

La rabdomancía debe ser incluida en esta categoría. Se trata de la utilización de una varilla en forma de horqueta que, según se afirma, se inclina hacia abajo para indicar la presencia de agua u otros materiales. ¡Ha corrido la voz últimamente, de que a los soldados de las fuerzas armadas de ultramar se les está enseñando la técnica de la rabdomancía para detectar la presencia de minas terrestres! Los que ejecutan esta técnica rara vez creen que están comprometidos en prácticas psíquicas u ocultas; más bien piensan que están aprovechando algún oscuro principio "científico", como ser, por ejemplo, "rayos". Sin embargo, se trata de una sutil forma de clarividencia, y al igual que otras prácticas psíquicas, terminará abrumando a las personas que lo practican. Algunos poceros o perforadores se niegan a perforar o cavar un pozo "embrujado" pues la experiencia les dice que generalmente se presentan dificultades cuando el agua ha sido detectada de esa manera. La palabra rabdomancía proviene del griego y significa "varita de adivinación" o "varita mágica" que nos está diciendo claramente de la verdadera naturaleza de esta práctica.

Otro juego de salón —que en realidad es una forma de clarividencia— es el péndulo, que consiste en atar un objeto a un piolín o a una cadena y sostenerla colgada sobre la palma abierta de una persona. Se le formulan preguntas, y las respuestas están dadas, presuntivamente, según el movimiento pendular. Esto también entra en la categoría de un artificio de adivinación. Debe ser desechado, y en el caso de haber incurrido en tales prácticas, hay que orar para ser librado de ellas y pada echar fuera cualquier espíritu de opresión con el cual pudiera estar asociado.

Satanás, nuestro enemigo espiritual, estaría encantado al saber que estamos aprendiendo estas cosas. Lo más probable es que tal poder no existe, y que la así llamada percepción extrasensorial responde a la acción directa de los poderes de las tinieblas —Satanás y sus ángeles y demonios— que brindan la in-

formación a las personas suficientemente tontas que la buscan. Satanás estará más que gozoso si tratamos de leer en la mente de alguien, o de prever el futuro, o de obtener información a distancia por medio de la clarividencia. Es Satanás el que tiene acceso a la información que estamos buscando, y la puede revelar a nuestra mente, sabiendo que nosotros creeremos haber obtenido el poder de hacerlo nosotros mismos. De esta manera logra varias cosas: a. Nos hace más orgullosos y egocéntricos, y aún en el supuesto caso de que estamos "haciendo el bien" con nuestras supuestas habilidades, incrementamos nuestra auto-suficiencia; b. Nos está usando a nosotros, y a todos los que creen en nosotros, para ser el objeto de un formidable chasco. En el drama shakespereano *Macbeth,* dice Banquo, refiriéndose a la experiencia de Macbeth con las tres brujas:

"Es raro, pero no obstante a veces los instrumentos de la oscuridad nos dicen verdades. ¡Gana nuestra voluntad con honestas fruslerías, para seducirnos, llevándonos hacia las más hondas consecuencias!"[8]

3. *Astrología.* Es la creencia que las estrellas, los planetas, el sol y la luna ejercen una misteriosa influencia sobre los seres humanos, estableciendo sus personalidades y características, y afectando los acontecimientos de sus vidas. El mercado publicitario de hoy en día está inundado de jerigonza "astrológica". Una empresa que elabora bebidas gaseosas ¡ofrece horóscopos "computarizados"! Los cantores populares canturrean la "Era de Acuario". Se aconseja a los jóvenes que elijan sus futuros esposos o esposas según sus signos astrológicos, ¡y han ocurrido casos de separación matrimonial para casarse con otras personas cuyos horóscopos eran más favorables! Mucha gente considera a la astrología algo así como un juego, y leen "en broma" su horóscopo diario. Pero está lejos de ser un asunto que pueda ser tomado a risa, porque la astrología es una forma cuidadosamente disimulada de adoración a los ídolos, lo que la Biblia llama "postrarse ante los ejércitos del cielo" (Sofonías

[8] *Macbeth,* Acto I, escena 3.

1:5). Le asigna personalidad y poder a seres celestiales, a menudo bajo el nombre de dioses y diosas de la antigüedad que fueron y continúan siendo ángeles caídos que han actuado durante milenios procurando la destrucción de la humanidad. Al principio podemos leer diariamente nuestro horóscopo tomándolo a broma, pero llegará un día en el cual le prestaremos atención por haberse cumplido, lo cual hará que lo tomemos más en serio. Y no pasará mucho tiempo —en el caso de ser tan desafortunados como muchos lo han sido— antes de quedar reducidos a una total dependencia a esa insignificante columna periodística, y de tener miedo de salir de nuestros hogares antes de que llegue el diario. *¡Desechemos* la astrología!

La Biblia enseña que Dios puso en el cielo las estrellas y demás cuerpos celestes como "señales" y a veces se cita esto como una excusa para creer en la astrología. Pero la astrología no sostiene que estos cuerpos celestes sean solamente "señales" —como que lo son— sino que están dotados de poder para ejercer su influencia sobre las vidas humanas.[9]

[9] No hay que confundir la astrología con la astronomía. La astronomía es el estudio científico de los cielos, nombrando e identificando los objetos en el espacio exterior, procurando comprender su naturaleza.

Otra confusión surge del hecho de que la Biblia claramente dice que Dios puso estos objetos como "señales". (Génesis 1:14.) No es incorrecto, por lo tanto, creer que Dios pueda utilizar una actividad inusitada o manifestaciones en los cielos para transmitir mensajes al hombre. Los sabios que fueron a visitar a Jesús, no eran necesariamente astrólogos. Eran "magos", es decir lo más aproximado a lo que hoy entendemos como científicos. De su estudio de los cuerpos celestes detectaron que Dios estaba a punto de ejecutar una gran acción en la tierra. Esto *no* es astrología. La estrella de Belén no *provocó* el nacimiento del Salvador, ni tuvo ninguna influencia sobre su vida. Fue solamente una señal. Los persas consideraban a Daniel como un "mago" o sabio. (Daniel 2:10-13; 5:11.) No tenemos ninguna indicación, sin embargo, de que practicara la astrología.

Notemos que la Biblia dice que Dios puede, para el cumplimiento de sus propósitos, establecer una *correlación* entre los sucesos que ocurren en los cielos y los sucesos que ocurren en el mundo. La astrología enseña erróneamente que la actividad de los cielos *influencia* y *provoca* los acontecimientos en la tierra.

4. *Técnicas de la denominada expansión mental por medio de drogas, hipnotismo, meditación trascendental, etc.* La idea central es de que la mente puede abrirse, por estos métodos, para receptar una comprensión más amplia de las cosas. Lo que en realidad ocurre es que la mente se torna pasiva y vulnerable ante el enemigo, que está más contento de mostrar luces bonitas mientras espera la oportunidad de inducir sus propias influencias malignas. No es por simple coincidencia que la así llamada cultura hippie, basada en el uso de drogas, está directamente asociada con prácticas ocultas de la más diversa naturaleza, y asociada también con muchos tipos de actividad de degradación y degeneración, en especial la promiscuidad sexual y la perversión. A Satanás le encanta mofarse y poner en ridículo a la humanidad, y nada más apropiado para burlarse de la hermosura y perfección con que Dios hizo al hombre y a la mujer, que la ridícula vestimenta del "hippie" típico, el esfuerzo de parte del joven de mostrarse grotesco y a menudo afeminado y el intento similar de parte de las jóvenes de parecer feas, sucias y zarrapastrosas: la confusión de los sexos en su atavío y comportamiento.

El *hipnotismo* es particularmente peligroso, porque se lo considera en sicología y psiquiatría como una forma lícita de terapia, o como una alternativa a la anestesia en cirugía y odontología. El hecho real es que el hipnotismo, al colocar al alma en un estado de receptividad pasiva —aún cuando el hipnotizador no haya tenido esa intención— abre la puerta a influencias espirituales mórbidas que pueden llevar a un estado depresivo que dure años, hasta que la persona pueda ser liberada por medio de la oración.

En una reciente conferencia, un líder cristiano que trabaja ayudando a jóvenes que acusan algún signo de perturbación, relató el caso de una jovencita, hija de un pastor metodista, que a los once años de edad había sido hipnotizada, durante una fiesta de Navidad en la iglesia de la cual era pastor su padre. Se trataba de una "broma" —un hipnotizador aficionado en la fiesta— sin intención de inferir ningún mal. Sin embargo, desde ese momento en adelante, la jo-

vencita acusó un comportamiento anormal. Cambió totalmente su personalidad; estaba fuera del alcance de sus padres. Se vio envuelta en varios casos de inconducta, incluso el robo de un automóvil. A la edad de 14 años se ofició para su liberación, quedando libre del espíritu que se había introducido en su personalidad cuando inocentemente se prestó a ser hipnotizada.

Por ninguna razón debemos permitir que nos sometan al hipnotismo.

5. *Sortilegio* o *brujería.* En alguna medida, todo lo que estamos mencionando en esta parte del libro es una forma de sortilegio o brujería, pues podemos definir al sortilegio o a la brujería (a veces llamada "magia") como un esfuerzo para obtener el poder y el control en el mundo "espiritual" para adquirir información, influenciar a la gente, conseguir riquezas y poder, u otras ventajas materiales. Muchas de las así llamadas religiones son, en realidad, magia. Si el papel principal de una tal "religión" es aprender a *controlar* a Dios, esa religión es una forma de "magia blanca" aún cuando lo que buscamos sea algo bueno para nosotros y los demás. El propósito del creyente es llegar a conocer y amar a Dios. Afortunadamente para nosotros, Dios quiere bendecirnos de todas las maneras posibles, de ahí que encontremos, a medida que lo llegamos a conocer, que él desea que pidamos y demandemos buenas cosas para nosotros y para los demás. Siente placer en dárnoslas, en la medida de nuestra fe, pero recordemos que el mismo constituye el Gran Bien y el Gran Don. "Buscad primeramente el reino (el señorío) de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas." (Mateo 6:33.)

En un sentido menos amplio, el *sortilegio* y la *brujería* incluyen tales cosas el "hacerle un daño" o influenciando o atormentando a otros por medios psíquicos u ocultos. Los puestos de periódicos y revistas están repletos de apiñados libros malsanos sobre cómo hacerle "daño" a nuestros enemigos. Hasta se venden libros y juegos de la "brujería al alcance de todos" ¡con precisas instrucciones de cómo fabricar una muñeca de cera para clavarle alfileres!

6. *Ciertos fenómenos físicos: telequinesia, levitación, proyección astral. Telequinesia* es el intento de controlar el movimiento de la materia por medio del pensamiento, por ejemplo al tirar los dados o al echar las cartas. La *levitación* es el intento de neutralizar los efectos de la gravedad por medios físicos, para levantar objetos desde el suelo, voltear mesas, o elevarse uno mismo. La *proyección astral* es el intento de proyectar a distancia, por medios físicos, al denominado "cuerpo astral". Estas cosas suceden en la realidad, y el poder que está detrás de ellas es demoníaco.

7. *Espiritismo y espiritualismo.* [10] Es el intento de los seres humanos de entrar en contacto con el "mundo del espíritu" y especialmente con los familiares y amigos que han muerto, por medio de la ayuda de "guías espirituales" y mediums. Este es el más cruel de todos los engaños de Satanás, y el que resulta particularmente abominable a Dios. Los espíritus humanos no quedan en este mundo después de la muerte, sino que están con Dios en su reino o en el infierno esperando ser juzgados. La persona que busca entrar en contacto con un famililar o un amigo que ha muerto, por medio del espiritualismo, y en el caso de estar tratando con un medium genuino, entrará en contacto, sí, pero no con el espíritu del amigo o familiar, sino con un demonio disfrazado de la persona cuyo contacto buscamos. El enemigo dispone de todos los detalles sobre la vestimenta, apariencia física, etc., como asimismo de conocimientos y pensamientos secretos. Dirá alguien: "Pero estoy seguro que tiene que haber sido mi abuelo, porque me habló de cosas que sólo él y yo conocíamos. Me dio un sobrenombre que era él el único que lo usaba . . ." Pero Satanás y sus colaboradores saben de estas cosas. El espiritua-

[10] El *espiritismo* es el nombre que se da genéricamente a los que practican el intento de entrar en contacto con los que han muerto. El *espiritualismo* es el nombre utilizado para designar la *religión* creada alrededor de esta creencia. Los *espiritualistas* tienen "iglesias" y a menudo sostienen que son cristianos. Los *espiritistas*, sin embargo, algunas veces son ateos, y creen en la existencia del "mundo del espíritu" pero no creen en la existencia de Dios. La Biblia designa al *espiritismo* con el nombre de "nigromancia", es decir "evocar el espíritu de los muertos".

lismo puede abrirse camino muy sutilmente en la vida de creyentes cristianos. No debemos aceptar como valedero ningún relato referido a una persona muerta que haya aparecido espiritualmente en esta tierra, sea que se trate de la bendita madre de Jesús, o alguno de los grandes santos, o alguna persona de nuestra propia familia a quien amamos y que está con el Señor.[11] No hemos de orar a ellos. La expresión "comunión de los santos" significa que todos los creyentes están en Jesucristo, pero queda estrictamente prohibido *cualquier tipo* de comunicación directa entre los que viven en esta tierra y los fieles que han partido, y cuando tal cosa ocurre, no dudemos ni un instante de que estamos en presencia de una de las viejas tretas de Satanás.

No debemos aceptar jamás como válida ninguna visitación a esta tierra de una persona que ya ha partido, no importa cuál sea la apariencia con que se nos presente.[12]

[11] Mencionaremos lo que parecieran ser las tres excepciones a lo antedicho, en las Escrituras. La primera es el retorno del Espíritu de Samuel, relatado en 1 Samuel 28. Esto es un acto especial de Dios, y Saúl es específicamente condenado por instigarlo. Las otras dos son la aparición de Elías y Moisés en el monte de la transfiguración (Mateo 17:1 y sigs. Marcos 9:2 y sigs. Lucas 9:28 y sigs.). Pero Elías nunca murió, sino que fue llevado directamente al cielo (2 Reyes 2:11); y si bien se dice de Moisés que murió (Deuteronomio 34:5), hubo algo extraño alrededor de esa muerte, pero se nos dice que el mismo Señor lo enterró, siendo desconocido el lugar de su sepultura (Deuteronomio 34:6), y en Judas 9 tenemos una misteriosa referencia a una suerte de altercado entre Miguel y el diablo sobre el cuerpo de Moisés. Pareciera de todo esto que el cuerpo de Moisés fue preservado de alguna manera, para que él y Elías pudieran aparecer *físicamente*, no espiritualmente, con Jesús en la transfiguración. No hay, por supuesto, ninguna prohibición contra la aparición en la tierra, después de su muerte, de una persona revivificada físicamente, como en el caso de Lázaro, ni de una persona resucitada como en el caso de Jesús después de su muerte y resurrección, o de los santos que se levantaron con él. (Mateo 27:52, 53.) El mandato es contra la manifestación de *espíritus* de los que ya han partido.

[12] Observemos que estamos hablando de verdadera *visitación*, no de *sueños* o *visiones*. Dios puede permitir que soñemos con personas que han muerto, para recordarnos de algo. Puede mostrarnos una visión de esa persona en el cielo, para asegurarnos de su felicidad. Lo que debe ser rechazado de plano es el supuesto retorno de los muertos a la tierra.

Hoy en día es dramáticamente necesaria esta advertencia detallada sobre lo psíquico y lo oculto, porque se ha inundado al mundo de estas cosas. Científicos serios pero descaminados están investigando estos fenómenos. Durante años un laboratorio científico preeminente ha investigado la telepatía como un auténtico medio de comunicación. Nos llega la noticia de que los científicos rusos están estudiando los "poderes" psíquicos con el propósito de utilizarlos en el espionaje. En casi todas las facultades y universidades de los Estados Unidos se dictan clases sobre "parapsicología", que estudian tales cosas como los fenómenos psíquicos, la presencia de aparecidos, brujería, reencarnación, etc.

Mucha gente sostiene, y tal vez así lo están diciendo en este momento nuestros lectores:

"Pero en éste y otros libros que hablan de la acción del Espíritu Santo, leemos de maravillosos dones y experiencias espirituales, ¡y ahora pareciera que nos están diciendo que todo eso está mal!"

No, *de ninguna manera; estamos diciendo que hay* dos clases de experiencias: las que vienen de Dios y las imitaciones fraudulentas que nos envía el diablo, ¡y que tiene máxima importancia que sepamos diferenciar! La gran dificultad hoy en día es establecer la distinción entre la obra de Dios y la obra de Satanás. El problema radica en que hay muchos que no creen en la existencia de la maldad espiritual, y piensan que cualquier cosa con semejanza de "espiritual" debe ser naturalmente "bueno". Y ésta es la causa por la que sufrimos semejante avalancha de hechos horripilantes. Nuestra única guía segura es la Palabra de Dios iluminada por el Espíritu Santo. (Mateo 24:24; 2 Corintios 11:14.)

Hemos hecho lo que a algunos les parecerá una larga disgresión, pero es que se trata de algo de la mayor importancia. Aún en el caso de que los lectores no se hayan visto envueltos en ninguno de estos cultos o falsas enseñanzas que hemos mencionado, no se nos escapa que puedan orar y aconsejar a otros, por lo cual repetimos esta solemne advertencia: No estimular a nadie para que ore pidiendo recibir el Espíritu Santo a menos de estar seguros, en prime

lugar, que la tal persona ha recibido a Jesús como su Salvador; y en segundo lugar, que ha renunciado a todo compromiso o relación con cualquiera de las erróneas creencias o enseñanzas anotadas en este capítulo. Estas creencias erróneas llevan el sello del poder satánico y si una persona ora pidiendo "el Espíritu", si no es cristiano y no mora en él el Espíritu Santo o si, siendo cristiano ha permitido que el espíritu de error entre en su mente, puede que se manifieste ese espíritu del error, en lugar del Espíritu Santo, y se aferre más sólidamente en su mente y cuerpo. El resultado puede ser una confusión espiritual y psicológica que tarde años en ser superada. El apóstol Pablo tenía buenas razones cuando ordenó: "¡No impongas con ligereza las manos a ninguno!" (1 Timoteo 5:22.) El orar imprudentemente con las personas pidiendo el bautismo del Espíritu Santo da por resultado extrañas manifestaciones, que desacreditan la obra del Señor, y a veces ahuyentan a los que buscan con sinceridad.

¿Qué hacer entonces? De la manera más específica que sea posible, en el caso de haber estado envuelto en estos falsos cultos o enseñanzas, hay que renunciar a ello en el nombre de Jesús. Pedir a Dios que nos perdone; hay que sujetar y echar fuera todo espíritu que pudiera haber estado en contacto con las falsas enseñanzas. Solicitar la protección de la sangre de Jesús, y pedirle al Espíritu Santo que llene todas las esferas que antes estaban ocupadas por las falsas creencias.[13]

He aquí una oración que podemos usar:

"Amante Padre, si he creído, estudiado o practicado cualquier cosa que te desagrade o que haya sido contraria a tu Palabra, lo siento de verdad. Te pido que me perdones por haber estado envuelto en esas cosas, y te prometo que nunca más tendré nada que hacer con ellas, y si tuviese libros o elementos relacionados con ellos, te prometo que los quemaré de inmediato.

"Renuncio (nombrar el culto o la falsa enseñanza) en el nombre de Jesucristo. ¡Espíritu (nombrar el culto o la falsa enseñanza) te ato por el poder de la sangre de Jesucristo, y te echo fuera a la total oscuridad, para nunca más volver, en el nombre de Jesús! ¡Gracias Jesús!"

Repetir este segundo párrafo por cada culto o falsa enseñanza en la cual hayamos podido estar envueltos.

Luego de orar para poder renunciar y despojarnos de tales cosas, hacer de inmediato otra oración, o pedirle a alguien que ore con nosotros, suplicando ser llenado con el Espíritu Santo en cada una de las áreas ocupadas anteriormente por las falsas enseñanzas. En el caso de no haber recibido todavía el bautismo en el Espíritu Santo, proceder de inmediato a aceptar la plena acción del Espíritu Santo en nuestra vida, de la manera que se describe en el próximo capítulo.

Si nos queda la más mínima duda sobre lo que se ha dicho en este capítulo o no estamos de acuerdo con ello, *no debemos orar para recibir el Espíritu Santo* hasta haber recibido consejo suplementario, y poder aceptar libremente lo que se ha dicho aquí. Será de gran ayuda leer tales libros como *El reino de los cultos*, por Walter Martin; *¿Angeles de luz?* por Hobart Freeman; *Guerra espiritual*, por Michael Harper; *El desafío falso* por Raphael Gasson.[14] Los tres primeros tratan de algunos de los cultos mejor conocidos; el último trata específicamente de espiritualismo y espiritismo.

[13] En estos últimos años hemos sabido de varios casos de personas provistas de habilidades psíquicas y ocultas, que han puesto esas habilidades a disposición de Dios para que él las utilice. El deseo es comprensible, ¡pero Dios no necesita los resabios de Satanás! Si tenemos tales poderes, debemos despojarnos de ellos, renunciar a ellos y arrojarlos lo más lejos posible y permitirle a Dios que nos dé sus dones. Nada más que confusión puede ser el resultado de poner estas prácticas demoníacas al servicio del Señor.

[14] W. R. Martin, *The Kingdom of the Cults* (Minneapolis: Bethany, 1965.) Hobart Freeman, *Angels of Light?* (Plainfield, N.J.: Logos, 1969.) Raphael Gasson, *El desafío falso* (Plainfield, N.J.: Logos, 1966.) Michael Harper, *Spiritual Warfare* (Plainfield, N.J.: Logos, 1970.)

5

Cómo recibir el bautismo en el Espíritu Santo

Hemos recibido a Jesús como nuestro Salvador; hemos renunciado a cualquier falsa enseñanza que nos pudiera tener sujetos o confundidos, y ahora estamos listos para orar pidiendo ser bautizados en *el Espíritu Santo. ¿Quién nos va a bautizar en el* Espíritu Santo? *¡Jesús* lo hará! Siendo esto así, ¿podemos recibir el Espíritu Santo en cualquier lugar y en cualquier momento?

"Pero yo creía que alguien tenía que imponerme las manos para "darme" el Espíritu Santo." No, ya hemos dejado eso bien sentado. Habiendo recibido a Jesús, ya tenemos el Espíritu Santo, de manera que nadie tiene que "dárnoslo", ¡aunque pudieran hacerlo! Jesús vive en nosotros y está dispuesto a bautizarnos en el Espíritu Santo tan pronto como estemos listos para responder. El que alguien imponga sus manos sobre nosotros puede ser de ayuda, y ciertamente es bíblico, pero no absolutamente necesario. Hemos explicado ya que en tres ocasiones en los Hechos de los Apóstoles, se impusieron las manos, no ocurriendo así en otros dos casos. Mucha gente ha recibido el bautismo del Espíritu Santo, en años recientes, sin que nadie estuviera cerca de ellos, excepto Jesús. Podemos recibir el bautismo del Espíritu Santo en la iglesia, en el altar, sentados o arrodillados en los bancos de la iglesia, manejando nuestros vehículos en la carretera, limpiando la alfombra con la aspiradora,

lavando los platos o cortando el césped. Ocurrirá en el momento en que lo pidamos y creamos.

"¿Pero debo hablar en lenguas?"

Cuando Dennis procuraba recibir el Espíritu Santo, dijo:

"¡No me interesa ese asunto de las "lenguas" de que me están hablando!" Creía que hablar en lenguas era un cierto tipo de borrascoso emocionalismo, y su crianza inglesa lo hacía cauteloso de tales cosas.[1] No pudieron menos de reírse los episcopales que le estaban contando sus experiencias.

—Oh— dijeron—. Lo único que podemos decirte es que vino con el envase, ¡lo mismo que en la Biblia!

Ya hemos demostrado que hablar en lenguas es, en realidad, un común denominador en los ejemplos del bautismo en el Espíritu Santo, a lo largo de las Escrituras. Pareciera no haber dudas de que los primeros cristianos conocían la forma de saber inmediatamente si los conversos habían recibido o no el Espíritu Santo. Algunos sostienen que supuestamente podemos saber cuando una persona ha recibido el Espíritu Santo por el cambio operado en su vida, por los "frutos del Espíritu". Ciertamente que deberíamos ser cristianos más "fructíferos" después de recibir el bautismo con el Espíritu Santo, pero el "dar frutos" no es la señal bíblica de esta experiencia. Los apóstoles conocían en el acto cuando una persona había recibido el bautismo con el Espíritu Santo. Si hubieran tenido que esperar hasta constatar los frutos o el cambio de carácter en la vida de la persona, hubieran demandado meses o años para hacer la evaluación. Aparentemente los primitivos cristianos contaban con un medio más simple, y no es difícil imaginar cuál era.

¿Qué fue lo que atrajo a la gran multitud de "judíos, varones piadosos, de todas las naciones bajo el cielo" en pentecostés, tres mil de los cuales se convirtieron en esa misma hora y día? No habían estado ahí el tiempo suficiente para averiguar qué clase de

[1] Dennis Bennett, *Nine O'Clock in the Morning* (A las nueve de la mañana) (Plainfield N. . Logos, 1970), p 18.

vida había vivido la gente antes y después. ¿Qué fue lo que de inmediato convenció a Simón el Mago que sus vecinos habían recibido algo tan altamente rendidor que procuró comprarlo? Por otro lado, ¿cómo supieron inmediatamente los apóstoles Pedro y Juan, que los conversos de Felipe no habían recibido el Espíritu Santo? Ciertamente no era por falta de gozo, pues el relato dice: "Había gran gozo en aquella ciudad." (Hechos 8:8.) ¿Qué fue lo que convenció totalmente a Pedro en la casa de Cornelio que los romanos habían recibido el Espíritu Santo, por lo cual se aventuró, contrariamente a todas las prácticas y creencias, a bautizar a estos gentiles? El caso de los efesios, citado en Hechos 19, difiere algo, porque esta gente no había recibido a Jesús. Sin duda alguna Pablo echó de menos la presencia del Espíritu Santo en todos ellos; pero luego que recibieron a Jesús y fueron bautizados en agua, ¿qué fue lo que le permitió saber a Pablo, inmediatamente de haberles impuesto las manos, de que habían recibido le Espíritu Santo?

"Les oímos hablar en nuestras lenguas las maravillas de Dios." (Hechos 2:11.) "Los oían que hablaban lenguas, y que magnificaban a Dios." (Hechos 10:46.) "Hablaban en lenguas y profetizaban." (Hechos 19:6.)

Cualquiera que tome en serio las Escrituras, no puede sacar otra conclusión que no sea la importancia de hablar en lenguas. Jesús mismo dijo: "Estas señales seguirán a los que creen: ... hablarán nuevas lenguas." (Marcos 16:17.) [2]

[2] Sabemos perfectamente bien que este pasaje al final de Marcos ha sido cuestionado por los eruditos, y considerado como un "aditamento posterior". En algunas traducciones populares modernas ha sido reducido a la categoría de una nota al pie de la página. Nuestro amigo George Gillies, un dirigente muy capaz en el ministerio de pequeños grupos, comenta al respecto: "¡Aún como nota al pie, sigue *actuando*!"

No hace falta ser un gran erudito para reconocer que hay una interrupción entre los versículos 8 y 9 del capítulo 16 de Marcos; pero fuere quien fuere el que suplementó el "final extraviado" del Evangelio de Marcos, sea el mismo Marcos o algún otro, lo real es que data desde el más temprano período, y fue aceptado en las primeras épocas de la iglesia. Formó parte de las escrituras canónicas. Si bien es cierto que este "final extraviado" falta de los dos documentos más antiguos de que disponemos, está presente en muchos otros. Todo lo que allí dice está confirmado por otros incidentes de la Escritura. Decimos de este pasaje: "Puede haber sido un "final extraviado" ¡pero alguien lo encontró y lo pegó de vuelta en nuestra Biblia! ¡Aparentemente el Espíritu Santo quería que estuviera allí!" Debemos ser muy cuidadosos en cuanto a seguir la enseñanza y la crítica al texto bíblico, de esos eruditos de la tradición liberal-modernista, que quisieran despojar a las Sagradas Escrituras de su carácter sobrenatural, tanto como fuera posible.

El apóstol Pablo les dijo claramente a los corintios: "Quisiera que todos vosotros habláseis en lenguas." (1 Corintios 14:5.)

Aquí tenemos el original griego:

Θέλω δὲ πάντας ὑμᾶς λαλεῖν γλώσσαις

"Thelo de pantas humas lalein glossais", puede ser traducido ya sea en el presente indicativo o en el subjuntivo. Numerosas versiones en castellano utilizan el subjuntivo: "Quisiera que todos vosotros habláseis en lenguas" (versión de Casiodoro de Reina, revisada por Cipriano de Valera y otras revisiones). Una traducción libre de la versión *Good News for Modern Man* dice: "Quisiera desear que todos ustedes hablasen con extraño sonido." Evidentemente es una traducción muy traída de los cabellos. La razón es fácil de comprender. Los traductores de estas versiones presumiblemente ignoraban el significado de hablar en lenguas, y de ahí que no se sintieran en libertad de adoptar la traducción, sin ambajes, de las palabras de Pablo. La Biblia de Jerusalén elige el presente de indicativo, como la traducción más ajustada a la realidad: "Deseo que habléis todos en lenguas." También es directa la traducción literal del *Englishman's Greek New Testament* de Bagster, que vertida al castellano, dice: "Deseo que todos habléis en lenguas."

Después de todo, es el mismo apóstol Pablo el que más adelante les dice a los corintios: "Doy gracias a

Dios que hablo en lenguas más que todos vosotros" o, con mayor exactitud aún: "Doy gracias a Dios, hablando en lenguas, más que todos vosotros." (1 Corintios 14:18.)

Pablo continúa diciendo: "Si yo oro en lengua desconocida, mi espíritu ora, pero mi entendimiento queda sin fruto. ¿Qué pues? Oraré con el espíritu, pero oraré también con el entendimiento; cantaré con el espíritu pero cantaré también con el entendimiento." (1 Corintios 14:14-15.)

Y aquí tenemos la respuesta de lo que significa hablar en lenguas, y el porqué Dios hubo de elegir una evidencia aparentemente tan extraña para acompañar al bautismo con el Espíritu Santo. Hablar en lenguas es la oración *con* o *en* el Espíritu: es nuestro espíritu, hablando a Dios, inspirado por el Espíritu Santo. Se produce cuando un creyente cristiano habla a Dios, pero en lugar de hablar en un lenguaje que conoce con su intelecto, simplemente habla, con fe infantil, y espera que Dios le dé forma a las palabras. El espíritu humano regenerado, que está unido al Espíritu Santo, ora directamente al Padre, en Cristo, sin estar sujeto a las limitaciones del intelecto. De la misma manera en que la nueva vida en el Espíritu es expresada o, si lo preferimos, ejercitada, así es construida o edificada la vida espiritual.

"El que habla en lengua extraña a sí mismo se edifica." (1 Corintios 14:4.) "Edificar" es la traducción del vocablo griego *oikodomeo* que literalmente significa "construir". En este caso significa edificarse a sí mismo espiritualmente. Una palabra afín la utiliza el apóstol Judas, cuando dice: "Edificándoos sobre vuestra santísima fe, orando en el Espíritu." (Judas 20.) (Sin duda alguna que este pasaje de Judas se refiere al hablar en lenguas.) Por otra parte, el intelecto se siente humillado al no comprender el lenguaje; se pone al alma (ser psicológico) en su lugar, que está sujeto al espíritu. La oración se eleva a Dios en libertad. La oración llega tal cual el Espíritu Santo quiere que llegue; por lo tanto será una oración perfecta, nacida de la perfección de la nueva criatura, y

perfectamente inspirada por el Espíritu.[3] De ahí que sea, además, una oración *efectiva*. El Padre la puede recibir en su totalidad, porque proviene, no de nuestras almas embarulladas, sino del Espíritu Santo a través de nuestro espíritu, ofrecida por nuestra voluntad y cooperación.

Nuestra voz, nuestro idioma o, como la Biblia lo expresa, nuestra *lengua* es nuestro principal medio de expresión, y no es simple coincidencia que sea justamente por aquí por donde comienza a derramarse el Espíritu Santo. Espiritualmente, psicológicamente y fisiológicamente, nuestra habilidad para hablar es central. Leemos en Proverbios: "Del fruto de la boca del hombre se llenará su vientre; se saciará del producto de sus labios. La muerte y la vida están en poder de la lengua, el que la ama comerá de sus frutos." (Proverbios 18:20-21.) Nuestra capacidad para comunicarnos con otros mediante un idioma racional, es parte fundamentalísima del ser humano. La Biblia se refiere a la facultad del idioma como la "gloria" del cuerpo. Dice el salmista: "Despierta, oh gloria mía; despierta salterio y arpa; levantáreme de mañana." (Salmo 57:8.) Y en otro pasaje: "Alegróse por tanto mi corazón, y se gozó mi gloria: también mi carne reposará confiadamente." (Salmo 16:9.) En cada caso la explicación al margen establece que la palabra "gloria" es una metáfora de la *voz*.

En su capítulo tres Santiago compara la lengua con el *timón de un gran barco*, capaz de controlar todo

[3] Una prueba fascinante de esto radica en que las personas totalmente sordas, y que *nunca han hablado ni una palabra*, cuando reciben el Espíritu Santo ¡hablan en lenguas con toda fluidez! La señora Wendell Mason, de LaVerne, California, que trabaja con los sordos, dice: "He orado con no menos de 20 sordos pidiendo recibir el Espíritu Santo, y los he oído dirigirse fluidamente a Dios en un lenguaje celestial, volviendo al lenguaje de signos al comunicarse conmigo. He visto a dos sordomudos recibir el Espíritu Santo y hablar en lenguas." Hemos recibido testimonios similares de otras personas que trabajan con los sordos. Sería totalmente imposible que estos impedidos pudieran imitar un lenguaje, o pronunciar palabras recordadas de su mente "inconsciente" (como lo afirman algunos escépticos cuando tratan de explicar el hablar en lenguas) ¡desde el momento que nunca han escuchado ni una palabra en sus vidas!

el navío con un ínfimo golpe, y también la compara con el freno de un caballo, pequeño adminículo con que controla todo su cuerpo. Sin embargo, Santiago continúa diciendo que la lengua "es un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal". (Santiago 3:8.) Dice que la lengua, estando inflamada con el fuego del infierno, contamina todo el cuerpo. (Santiago 3:6.) El Salmo 12:4 dice: "Por nuestra lengua prevaleceremos; nuestros labios están con nosotros: ¿quién nos es Señor?" Pareciera que la misma facultad de hablar que es algo tan importante, es también lo que más obstruye la libertad del Espíritu Santo en la vida del creyente. Es un foco que estimula nuestro orgullo intelectual. Un neurocirujano amigo nuestro, hizo el siguiente comentario: "Entiendo porqué Dios recurre a hablar en lenguas. El centro del lenguaje domina el cerebro. No veo cómo Dios pueda gobernar el cerebro físico, ¡a menos que controle los centros del lenguaje!

"¿Quién puede domar la lengua?" pregunta Santiago, y la respuesta es: "¡El Espíritu Santo!", y el hablar en lenguas constituye el recurso principal del proceso. Dice el Espíritu Santo: "Quiero inspirar y gobernar en ustedes los medios más importantes de expresión que tengan, es decir la capacidad de hablar. También quiero domar y purificar eso con lo cual cometen los mayores pecados: ¡La lengua!"

Hablar en lenguas nada tiene que ver con las emociones. Hablar en lenguas *de ninguna manera* puede ser una emoción, porque las emociones forman parte del alma, de la naturaleza psicológica, mientras que hablar en lenguas es hablar desde o en el espéritu. (1 Corintios 14:14.) Este hecho puede parecer sorprendente a las personas que han oído de una manifestación altamente emocional, que en realidad no era otra cosa que un abuso del *don* de lenguas (ministerio público en lenguas) y de ahí que se hayan sentido asustados o repelidos por esa práctica.

Los pasajes que en varias versiones modernas de las Escrituras hablan de "lenguas de éxtasis" o "idioma extático" son en realidad paráfrasis y no traducciones. Nada hay en el original griego que implique que hablar en lenguas tenga nada que ver con la

emoción, éxtasis, frenesí, etc. La frase se reduce siempre a *lalein glossais,* que significa, simplemente, "hablar en lenguajes". Pueda que el hablar en lenguas emocione, de la misma manera que aguza el intelecto, y esperamos que así sea; pero no tenemos que alcanzar un estado emocional especial para hablar en lenguas. En realidad de verdad, uno de los mayores impedimentos para recibir el Espíritu Santo es la recargada atmósfera emocional que suponen algunos que ayuda y, más aún, que es necesaria. Cuando las personas buscan recibir el bautismo del Espíritu Santo y hablan en lenguas por primera vez, tratamos de "calmar" sus emociones lo más que nos sea posible. Muchos comienzan a hablar en lenguas quedamente. Luego hablarán en voz más tonante a medida que crezca su fe y pierdan el temor. De hecho, las emociones estimuladas se interponen en el camino del Espíritu Santo, de la misma manera que lo hace un intelecto demasiado activo o una voluntad demasiado determinada.

No hay nada de malo con la *emoción.* Tenemos que aprender a expresar nuestras emociones y disfrutar de ellas mucho más de lo que generalmente lo hacemos, especialmente en relación a nuestra asociación con Dios. ¿Puede haber, acaso, algo más maravilloso, o más emocionantemente conmovedor, que sentir la presencia de Dios? Pero la emoción, sin embargo, es una *respuesta,* una expresión, no una *causa.* El *emocionalismo* es la expresión de la emoción, en función de sí misma, sin estar enraizada en causa alguna.

No estaremos en ninguna *rara* disposición de ánimo cuando hablamos en lenguas. Ninguna relación tiene con lo misterioso, lo oculto, como creemos quedó claramente especificado en el capítulo anterior. No se trata de histeria ni de forma alguna de sugestión. No entramos en trance ni ponemos nuestras mentes en blanco. Mientras hablamos en lenguas nuestra mente debe trabajar activamente pensando en el Señor. Poner nuestra mente en blanco o adoptar una actitud de pasividad mental resulta peligroso en cualquier circunstancia, y no debe ser estimulado.

Hablar en lenguas de ninguna manera significa *compulsión.* Dios no *obliga* a su pueblo para actuar de

esta manera: lo *inspira*. Es el enemigo el que "posee" y obliga a la gente a actuar contra su voluntad. Siempre que uno diga: "Hago esto porque Dios me *ordenó* hacerlo" refiriéndose a cualquier manifestación física, lo más probable es que Dios nada tenga que ver en ello, sino que es más bien la propia naturaleza (psicológica) del alma de la persona la que está actuando o, peor aún, un espíritu extraño lo está abrumando.[4] Dios puede hacer y hace cosas inesperadas y desacostumbradas, pero no exige de sus hijos un comportamiento tan caprichoso y grotesco que pudiera ahuyentar a otros. (2 Timoteo 1:7.)

Siguiendo la misma línea de pensamiento, algunos temen hablar en lenguas porque se imaginan que de pronto pueden pegar un salto en la iglesia e interrumpir al predicador, o de pronto empezar a hablar en lenguas en un campo de golf. ¡Tonterías! "El espíritu del profeta está sujeto al profeta." (1 Corintios 14:32.) Algunos razonan así: "Pero si este es el Espíritu Santo que está hablando ¿cómo me atreveré a rechazarlo?" Ah, pero es que este *no es* el Espíritu Santo hablando. Hablar en lenguas significa

[4] No estamos negando que el Espíritu Santo puede, por su soberana voluntad, provocar sensaciones físicas. No es raro que una persona sienta un movimiento sobrenatural localizado en sus mejillas, labios, lengua, o un tartamudeo o temblor en el cuerpo, en momentos de orar pidiendo el bautismo del Espíritu Santo, y esto puede ocurrirle a una persona que no solamente no demuestra activamente su deseo de recibir el Espíritu Santo, sino que ni siquiera comprende el asunto. Hay casos de quienes experimentan un debilitamiento de los músculos, ¡al extremo de no poderse tener en pie! El día de pentecostés fueron acusados de estar borrachos. En Cesarea de Filipo los romanos se sintieron anonadados por el Espíritu Santo, al parecer sin esperar que tal cosa ocurriese. Por lo menos Pedro no mencionó tal manifestación y no esperaba que sucediese. Sin embargo, no importa cuán abrumadora sea la inspiración, y de si es espiritual, psicológica o aun física en su naturaleza, el espíritu del profeta todavía está sujeto al profeta. En todos los casos es siempre requerido el consentimiento y cooperación del individuo. No importa cuán poderosa sea la inspiración, nunca es *compulsiva*. Notemos, sin embargo, que el Espíritu puede —y así lo hace—, constreñir a los *incrédulos*. Los que salieron a arrestar a Jesús cayeron a tierra. Pablo cayó de su cabalgadura y quedó transitoriamente enceguecido. Se podrían mencionar muchos otros ejemplos.

que es *nuestro* espíritu el que está hablando, *inspirado* por el Espíritu Santo, y nuestro espíritu está bajo nuestro control. Antes de poder manifestarse cualquier don del Espíritu, necesita nuestro consentimiento. Puede ocurrir a veces que estemos tan poderosamente inspirados por el gozo y el poder del Señor, que *sentimos* la necesidad de hablar en una circunstancia en la cual nuestra mente nos está diciendo que no corresponde. No hay nada malo en ello; aprendemos así a controlarnos de la misma manera que aprendemos a no reírnos a destiempo, aún cuando algo nos parezca muy divertido, ¡y nos sentimos altamente inspirados para reírnos! Esta es una buena comparación, porque la inspiración del Espíritu Santo se asemeja a una risa gozosa.

Algunos plantean el problema de que la Biblia dice que no debe hablarse en lenguas de no mediar interpretación. Esta regla se aplica a hablar en lenguas en una reunión pública, y será tratado con mayor detalle en el capítulo que trata del don de lenguas, pero por ahora diremos que el hablar en lenguas privadamente no requiere interpretación. El creyente está "hablando a Dios en un misterio", orando con su espíritu, no con su intelecto.

"¿Y si no hablamos en lenguas? ¿Puedo recibir el Espíritu Santo sin hablar en lenguas?"

"¡Todo viene incluido!" Hablar en lenguas no es el bautismo en el Espíritu Santo, pero es lo que sucede cuando somos bautizados en el Espíritu, y resulta ser un importante recurso para ayudarnos, como dice Pablo, a ser llenos o continuar siendo llenos del Espíritu. (Efesios 5:18.) No es que *tengamos* que hablar en lenguas para tener el Espíritu Santo dentro de nosotros. No es que *tengamos* que hablar en lenguas para gozar de momentos en los cuales sentimos que estamos llenos del Espíritu Santo, pero si queremos el libre y pleno derramamiento que es el bautismo en el Espíritu Santo, debemos esperar que ocurra como en la Biblia, y como lo hicieron Pedro, Santiago, Juan, Pablo, María, María Magdalena, Bernabé y todos los demás. Si queremos entender el Nuevo Testamento, necesitamos la misma experiencia que tuvie-

ron sus escritores. Cierto día un hombre le dijo a Dennis:

"Quisiera recibir el Espíritu Santo, ¡pero a la manera *wesleyana!*"

Dennis le contestó: "Hay una sola manera de recibir el Espíritu Santo, ¡y es a la manera *neotestamentaria!*" (Estamos seguros que John Wesley hubiera estado de acuerdo.)

Algunas personas preguntarán: "¿Pero qué me dice de los grandes cristianos de la historia? Ellos no hablaron en lenguas." ¿Estamos seguros de ello? Es muy probable que no haya habido ningún momento en la historia de la iglesia sin que hubiera algunos que conocían la plenitud del Espíritu Santo y hablaran en lenguas. Siempre que hubo notables reavivamientos de la fe, se evidenciaron los dones del Espíritu. San Patricio en Irlanda, San Francisco de Asís, Santa Teresa de Avila, San Francisco Javier, probablemente Martín Lutero, los primeros cuáqueros, los valdenses, los primeros metodistas, son unos pocos ejemplos de los que en aquellos tempranos días hablaron en lenguas. En épocas más recientes, lo hizo Charles Finney. Y es muy probable que también lo hiciera D.L. Moody.[5] Numerosos dirigentes cristianos hablan hoy en lenguas, pero no lo admiten por temor al prejuicio. Pero hay muchos que son más valientes. Hay miles de pastores y sacerdotes en prácticamente todas las denominaciones que testifican haber recibido el bautismo en el Espíritu Santo y hablado en lenguas, y el número está creciendo cada vez más. Una sola organización de pastores presbiterianos carismáticos, suma alrededor de 400. Cinco años atrás un dirigente de la iglesia bautista norteamericana nos dijo que en ese entonces había 500 pastores de esa denominación que habían recibido el Espíritu Santo y hablado en lenguas.

Hay un cierto número de personas que han hablado en lenguas ¡y que no lo saben! De vez en cuando, al hablar sobre esta manifestación, alguien nos dice: "Oh, usted se refiere a ese extraño lenguaje que he hablado

[5] Carl Brumback, *¿Qué quiere ser esto?* (Editorial Vida, 1960) Cap. 6.

desde que era niño; ¿es *eso?* ¡Me hace sentir feliz y cercano a Dios!"[6]

Al terminar una reunión, una simpática señora holandesa, de alrededor de 35 años de edad, conversaba con Dennis.

—Una vez hablé en lenguas, hace de esto alrededor de ocho meses— comentó con cierto dejo de ansiedad en la voz —y quisiera hacerlo de nuevo.

—¿Y por qué no lo hace?

—Oh, no me animaría. Me entretengo con mis hijos hablándoles en un lenguaje que a ellos los divierte. Me temo que si trato de hablar en lenguas hablaría en ese lenguaje, ¡aún sin proponérmelo!

A esta altura de la conversación Dennis sonreía.
—Esa es su lengua— le dijo.

La señora se sobresaltó: —Oh, no— dijo sacudiendo firmemente la cabeza —¡ésa es una lengua que usamos en los juegos!

Luego de varios minutos de discusión, Dennis le *preguntó*:

—¿Estaría dispuesta a hablarle a Dios en esa lengua?

Requirió un poco más de persuasión, pero finalmente inclinó su cabeza y comenzó a hablar quedamente en un hermoso lenguaje. No habían pasado treinta segundos antes de que sus ojos se llenaran de lágrimas de gozo: —¡Esto es! ¡Esto es!— dijo.

Un joven matrimonio de turistas ingleses, mientras recorrían los Estados Unidos se detuvieron en St. Luke hace alrededor de siete años atrás. Sentían curiosidad por averiguar más sobre el bautismo en el Espíritu Santo. *Hablando,* procuramos explicarles qué significaba el hablar en lenguas. El joven esbozó una sonrisa entre divertida y perpleja, y preguntó:

—¿Podría ser algo que yo he estado haciendo en mis oraciones desde la edad de tres años?

La esposa también sonrió y exclamó: —¡Yo también!

Sin saberlo el uno del otro, ambos habían hablado

[6] Como es obvio, para que tal cosa sea válida, el niño tendría que haber recibido primero a Jesucristo.

en lenguas de tiempo en tiempo, en sus oraciones, desde su más tierna infancia.

No les parece ésta una buena ocasión para mencionar el hecho de que muy a menudo la primera vez que las personas hablan en lenguas, lo hacen en sus sueños. La semana antes de escribir este capítulo, dedicamos un cierto tiempo a conversar con el piloto de una línea aérea, que procuraba conocer algo más sobre el Espíritu Santo. Nos dijo:

—Noches atrás soñé que hablaba en lenguas. ¡Cuando desperté tenía una sensación maravillosa!

Cuando una persona habla en lenguas durante su sueño, pronto comenzará a hablar en lenguas estando despierto, si está dispuesto a hacerlo. A veces resulta difícil convencer a la gente de esto. Un joven estudiante de la escuela luterana asistió, juntamente con otros estudiantes a la Reunión de Información de los viernes en St. Luke. Una semana después vino a la iglesia y me dijo: —Estoy muy desilusionado. Quería quedarme las otras noches para recibir el Espíritu Santo, pero los otros muchachos no podían esperar. Pero esa noche soñé que llegué hasta la barandilla que separa el altar en su iglesia, y recibí el Espíritu Santo. ¡Fue maravilloso! ¡Hablé en lenguas y me sentí lleno de alegría!

—Hum-m-m— exclamó Dennis—. La reunión del viernes tuvo lugar en la casa parroquial, ¿no es así?

—Sí— replicó el joven—. Nunca entré al templo propiamente dicho, ¡pero durante mi sueño es ahí donde estaba!

—¿Quieres describirme el templo?— le pidió Dennis.

—Bueno, noté que el altar ocupaba una posición que no es la habitual en la mayoría de las iglesias. Estaba tan separado de la pared que podría haberla tocado con la mano cuando me arrodillé en el altar. (Esto ocurría hace alrededor de siete años atrás, cuando esa disposición de los altares no era tan común.) La iglesia estaba pintada de marrón, toda de madera.

A continuación el joven procedió a describir con toda precisión el interior de la Iglesia Episcopal de St. Luke, Seattle. Parecía que el Señor no sólo había bautizado a este hombre en el Espíritu Santo, sino

que le había mostrado un cuadro claramente reconocible del interior de la Iglesia de St. Luke. (Esto último sería una manifestación del don de ciencia.)

—¡Felicitaciones!— le dijo Dennis—. ¡Has recibido el Espíritu Santo!

—Oh, no— respondió el muchacho —¡fue nada más que un sueño!

Demandó algún tiempo el convencerlo, pero finalmente consintió en orar y de inmediato comenzó a hablar con toda fluidez en un nuevo lenguaje.

—¡Es el mismo lenguaje que hablé durante mi sueño!— exclamó contento.

Antes de orar pidiendo recibir el Espíritu Santo, sugerimos que primero oremos al Padre en el nombre de Jesús, reafirmando nuestra fe en Cristo, agradeciéndole por la nueva vida que nos ha brindado en Jesús y por el Espíritu Santo que vive en nosotros. Continuar orando diciendo todo lo que hubiere en nuestros corazones. Si recordamos algo que nos impida acercarnos a Dios, una mala acción o una mala actitud inconfesada, un resentimiento contra alguien, por ejemplo, o una deshonesta operación comercial, digámoselo a Dios, confesemos, y luego prometámosle enderezar nuestros caminos. Si ese es nuestro sentir, dejemos la oración momentáneamente, pongamos las cosas en orden y después volvamos (Mateo 5:23-24) pero no permitamos que la idea de algún pecado "escondido" o desconocido nos impida pedir el bautismo en el Espíritu Santo. "No somos dignos" podrán decir algunos, y la respuesta es: "¡Por supuesto que no somos dignos!" Solamente Jesús es digno, y él proveerá el merecimiento. Alguna vez, podremos acercarnos por ventura al Señor y decirle: "¡Ahora soy digno. Por lo tanto dame la parte que me corresponde!" Es mejor no hacerlo: ¡bien pudiera ser que nos la diera!

Si estamos solos orando para recibir el Espíritu Santo, elevemos esta oración, o si algún otro está orando con nosotros dirán una oración similar:

"Padre celestial, te doy gracias porque estoy bajo la protección de la preciosa sangre de Jesús que me ha limpiado de todo pecado. Amado Señor Jesús, te ruego que me bautices en el Espíritu Santo, y permíteme alabar a Dios en un nuevo lenguaje, que

supere las limitaciones de mi intelecto. Gracias, Señor; creo que ya mismo estás respondiendo a mi ruego. Te lo pido en el nombre del Señor Jesús."

Cuando le pedimos a Jesús que nos bautice en el Espíritu, nosotros debemos recibirlo. El recibir nos corresponde a *nosotros*. A Rita le gusta hablar del ABC del recibir:

A. *Pedir* a Jesús que nos bautice en el Espíritu Santo. La carta de Santiago dice: "No tenéis lo que deseáis, porque no pedís." (Santiago 4:2.) Dios nos ha dado libre albedrío y eso nunca lo quitará. No forzará sus bendiciones sobre nosotros, ya que no es éste el camino del amor. Debemos pedir.

B. *Creer* que recibiremos en el momento en que lo pedimos. "Pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido." (Juan 16:24.) La fe es creencia en tiempo presente. "*Es* la fe . . ." escribe el autor de Hebreos. (Hebreos 11:1.) Además la fe es activa y no pasiva, lo cual quiere decir que somos nosotros los que debemos dar el primer paso.

C. *Confesar* con nuestros labios. Cuando recibimos a Jesús como nuestro Salvador, creímos en nuestro corazón y le confesamos con nuestros labios. Ahora confesemos con nuestros labios pero en el nuevo lenguaje que el Señor está dispuesto a darnos. Abramos nuestra boca y *comencemos a hablar*, anunciando así que creemos que el Señor nos ha bautizado en el Espíritu. No hablemos en castellano ni en ningún otro idioma que conozcamos, pues Dios no nos puede dirigir para hablar en lenguas si estamos hablando en un lenguaje que nos es familiar. ¡No podemos hablar en dos idiomas a la vez! Confiemos en Dios que él nos dé las palabras, así como Pedro confió en Jesús de que le permitiría caminar sobre las aguas. Hablar en lenguas es un infantil acto de fe. No requiere ninguna habilidad, antes bien, significa despojarnos de toda habilidad. Es hablar con palabras sencillas, utilizando nuestra voz, pero en lugar de decir lo que nuestra mente nos dicta, debemos dejar que el Espíritu Santo dirija nuestra voz directamente para decir lo que él quiere que digamos.

"¡Pero ese sería *yo* el que habla!" ¡Exactamente! *Dios* no habla en lenguas, es la *gente* la que habla en lenguas, y es el Espíritu el que da las palabras. Veamos lo que sucedió en pentecostés: "Y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen." De modo que debemos *comenzar a hablar en otras lenguas* —no en nuestro propio idioma u otros idiomas— según el Espíritu nos faculta a pronunciar las palabras o a darles forma, ¡cosa que el Espíritu hará, sin duda alguna! De la misma manera en que un niño comienza a balbucear sus primeras palabras, abramos nuestras bocas y pronunciemos las primeras sílabas y expresiones que vienen a nuestros labios. Debemos *empezar a hablar* en la misma forma como Pedro tuvo que salir del bote. Dios nos guiará cuando nos animemos a confiar en él, dando el primer paso, en fe.

Al orar para recibir el Espíritu Santo, ocurre a veces que algunas personas experimenten un temblor involuntario, balbucean sus labios y castañetean sus dientes. Estas son reacciones físicas ante el Espíritu Santo, que en sí mismas no tienen mayor significación, aparte de indicar su presencia. Se producen probablemente ante la resistencia que le oponemos. Algunas personas han esperado en vano, durante años, para que los "labios balbuceantes" lleguen a ser un lenguaje. El creyente en todos los casos debe empezar a hablar: hablar en lenguaje *no* es un acto involuntario.

"Pero yo no quiero —dicen algunos— que nadie me enseñe cómo hablar en lenguas. Quiero que *Dios* lo haga. De lo contrario podría ser "en la carne".

Es imposible que nadie nos diga "cómo" hablar en lenguas. Lo que estamos tratando de hacer es convencerlos de que comiencen a hablar. Cierto que mucha gente empieza a hablar espontáneamente sin que nadie los incite. Aparentemente así lo hicieron la mayoría, en los casos relatados en la Biblia. Si todos viviéramos de acuerdo a una fe sencilla, también actuaríamos así, pero desgraciadamente muchos de nosotros tendemos a ser sofisticados y estamos llenos de inhibiciones, temerosos de que nos tomen por tontos. Muchos adultos y niños agraciados con una fe infantil reciben fácilmente y con espontaneidad; nuestras instrucciones van más bien dirigidas a los que aún man-

tienen ciertos pruritos. Todo cuanto podemos decir es que depende de cada uno de nosotros el que salgamos del bote si queremos caminar sobre las aguas. No podemos dar indicaciones de cómo caminar sobre las aguas, pues Jesús cuidará de eso, pero sí podemos apremiarlos para que salgan del barco, y den el primer paso sobre las olas. Con respecto a que pueda ser *"en la carne"*, un *conocido erudito maestro de la* Biblia, nos dice:

"Cuando Pedro salió y caminó sobre las aguas, los de "la carne" se quedaron sentados en el bote."

La "carne" es lo opuesto a la fe; es el "viejo hombre", rebelde y pecador. Es mucho más "de la carne" esperar que Dios tome el mando y nos *haga* hacer algo, que confiar en él con fe sencilla y esperar a que nos honre cuando empezamos a imitar los sonidos de nuestro hablar. A veces nos da miedo, porque nos enseñaron que el hablar en lenguas era una señal del bautismo en el Espíritu Santo, y de que la mayoría de las personas nunca hablaban de nuevo en lenguas —fuera de esa primera ocasión— a menos que fuera bajo una "unción especial", y que solamente algunas personas *privilegiadas podían orar en* lenguas tantas veces como quisieran, porque esas personas habían recibido el "don de lenguas". De esta manera, si alguna persona emite unos cuantos sonidos, alguno podrá decir: "¡Alabado sea Dios, tiene el bautismo!" y se quedan con eso. Si fuera cierto que la mayoría de los creyentes oraran en lenguas una vez —en el momento de recibir el Espíritu Santo y nunca más o en *muy raras ocasiones— sería de máxima importan*cia estar seguros que esas primeras "articulaciones" del lenguaje fueran totalmente inspiradas por el Espíritu Santo y no basadas en el esfuerzo humano. Pero estamos enseñando otra cosa. Estamos enseñando —y sabemos que ésa es la verdad— que estos primeros esfuerzos en obedecer al Espíritu no son más que el comienzo. No importa que estos primeros sonidos no sean otra cosa que las pocas gotas que salen cuando "cebamos la bomba"; pronto saldrá el chorro con toda su fuerza.

El salmista David, por inspiración del Espíritu Santo, dijo así: "Abre tu boca, y yo la llenaré." (Salmo 81:10.)

Un sonido de regocijo puede no ser hablar en lenguas, pero aún esto agrada al Señor. No pasará mucho tiempo antes que Dios premie nuestra fe sencilla y hablemos el lenguaje del Espíritu Santo.

Al llegar a este punto, pueden suceder varias cosas: puede ocurrir que no logremos empezar a hablar, debido a nuestra timidez e inhibiciones. Muy bien, ¡no ha fracasado en el examen! Pero tenemos que perseverar hasta que decidamos emitir ese primer sonido. Algo parecido a lo que les ocurre a los paracaidistas que se arrojan del aeroplano por primera vez. Si quiere ser un paracaidista ¡tiene que saltar! ¡No hay *otra manera!* No hay que echarse atrás, como algunos hacen, diciendo:

"Supongo que Dios no me quiere conceder ese don." Pero no es Dios, sino nosotros los que nos echamos atrás.

A veces comenzamos a hablar, pero lo más que logramos son unos pocos sonidos vacilantes. ¡Muy bien! ¡Ya hemos roto la "barrera del sonido"! Debemos persistir con esos sonidos. Ofrezcámoslos a Dios. Con nada más que esos "sonidos gozosos" digámosle a Jesús que lo amamos. A medida que lo hacemos así, esos sonidos crecerán hasta adquirir la magnitud de un lenguaje plenamente desarrollado. Este proceso puede durar días o semanas, pero no por culpa de Dios sino por culpa nuestra. En un sentido estrictamente real, cualquier sonido que hagamos ofreciendo nuestra lengua a Dios en fe sencilla, puede ser el comienzo de hablar en lenguas. Hemos presenciado vidas visiblemente cambiadas por la liberación del Espíritu como resultado de la emisión de un solo sonido, ¡de una sola sílaba! Si en alguna oportunidad hemos emitido tal sonido al mismo tiempo que confiando en Dios de que el Espíritu Santo nos guiaría, desde ese momento en adelante nunca hay que decir: "Todavía no he hablado en lenguas", sino: "¡Empiezo a hablar en lenguas!" Recordemos que la manifestación del Espíritu significa siempre que Dios y nosotros estamos trabajando juntos.

"Obrando con ellos el Señor... con las señales que se seguían." (Marcos 16:20.)

Por otra parte puede ocurrir que de inmediato hablemos en un hermoso lenguaje. Eso también es maravilloso, ¡pero no significa de ninguna manera que seamos más santos que los otros! Significa simplemente que estamos un poco más liberados en nuestros espíritus, que tenemos menos inhibiciones. De cualquier manera, el quid del asunto es que continuemos hablando, o tratando de hablar.

De vez en cuando ocurre que una persona cuenta con algunas nuevas palabras en su mente, antes de que empiece a hablar en lenguas. ¡Hay que decirlas! Las demás seguirán.

Ocasionalmente hay algunos que ven las palabras escritas, como si estuvieran escritas en un indicador automático movible o proyectada sobre la pared. Una mujer vio las palabras en su "lengua", como si hubieran sido escritas en la pared ¡con la pronunciación y acentuación completas! Las "leyó" a medida que aparecían, y comenzó a hablar en lenguas. ¿Por qué suceden tales cosas? Porque el Espíritu Santo le gusta la variedad. La mayoría de las personas no reciben estas "ayuditas", de modo que, si nos ocurren, alabemos al Señor. Algunos son más capaces de cantar que de hablar, y eso está bien. De la misma manera que podemos empezar a hablar en el Espíritu, lo podemos hacer cantando. Solamente debemos permitir al Espíritu que nos dé la tonada como asimismo las palabras. Es probable que al principio nos venga como un canturreo, tal vez en uno o dos tonos, pero puede ayudarnos a liberarnos. Conocemos personas que no pueden cantar ni una sola nota al "natural", pero que cantan hermosamente en el Espíritu.

¿Qué se supone que *sintamos* cuando hablamos en lenguas? Puede que al principio nos sintamos absolutamente nada. Recordemos que esto no es una experiencia emocional. Estamos tratando de que nuestro espíritu adquiera la libertad necesaria para alabar a Dios a medida que el Espíritu Santo nos inspira. Puede transcurrir un tiempo antes de que nuestro espíritu pueda abrirse camino hacia nuestros sentimientos para hacernos nuevamente conscientes de que Dios está en nosotros. Por otra parte, podemos experimentar algo así como si de golpe se abriera una brecha y nos sintiéramos transportados a las regiones celestiales. ¡Alabemos al Señor! Es una experiencia maravillosa tener la súbita conciencia de la plenitud de Cristo en nosotros y sentirnos arrebatados de esa manera. Muchas personas acusan una sensación de libertad y realidad en lo más hondo de sus espíritus, cuando empiezan a hablar, y aumenta su conciencia de estar llenos de la plenitud de Cristo.

Por lo menos de una cosa podemos estar seguros: si no aceptamos la experiencia como real, no estaremos conscientes de su realidad. La vida del cristiano está edificada sobre la fe, es decir, confianza y aceptación. Inevitablemente muchos dirán: "¡Pero ese fui solamente yo!" Por supuesto, ¿quién esperaba que fuese, algún otro? Somos nosotros los que hablamos, mientras el Espíritu Santo provee las palabras. Pero a menos que aceptemos que se trata del Espíritu Santo y de que la experiencia es real, no habremos de ser bendecidos con las bendiciones que estamos buscando. Por lo tanto, creamos y aceptemos, y alabemos al Señor por lo que está haciendo en nosotros y por medio de nosotros.

A Dennis le pidieron un día que diera su testimonio en una iglesia cercana. Después de la reunión muchos se quedaron para orar y pedir recibir el Espíritu Santo. El pastor le dijo a Dennis:

—Hay un pastor aquí que está pasando por momentos muy difíciles. ¿Puede usted ayudarlo?

Era un joven pastor perteneciente a una de las iglesias de liturgia muy elaborada. Tenía la firme determinación de recibir el Espíritu Santo pero, como es obvio, estaba totalmente fuera de su elemento en este marco sin inhibiciones. Mientras más lo exhortaban los bien intencionados hermanos que oraban por él, ¡más se congelaba!

Dennis le pidió que lo visitara en su oficina en St. Luke, y ahí, luego de hablar tranquilamente un rato, oraron para que recibiera la plenitud que estaba buscando. Luego de un rato comenzó a temblar violentamente y a hablar en un hermoso nuevo lenguaje.

Continuó hablando durante dos o tres minutos, miró a Dennis con aire sombrío, y dijo:

—Bueno, muchas gracias— ¡y se fue!

A la noche siguiente llamó por teléfono:

—Dennis— dijo tristemente —te agradezco mucho por tratar de ayudarme, pero no recibí nada.

Dennis estuvo a punto de decir: "¡Qué lástima! ¡Espero que tengas mejor suerte la próxima vez!", pero la sabiduría del Señor le indicó lo disparatado que hubiera sido esa respuesta. En cambio, dijo:

—Mira, mi amigo. Te vi temblar bajo el poder del Espíritu Santo, y te oí hablar hermosamente en un lenguaje que no conoces. Yo sé que tú sabes que el Señor Jesús es tu Salvador, de modo que estoy seguro que tiene que haber sido el Espíritu Santo. No dudes más. ¡Agradece al Señor por haberte bautizado en el Espíritu Santo!

Colgó el teléfono, pero una hora después volvió a llamar. Estaba eufórico. —¡Oh!— exclamó— cuando seguí tu consejo comencé a agradecerle al Señor por haberme bautizado en el Espíritu, y de repente sentí el impacto del gozo del Señor; ¡y me siento como si caminara en las nubes!

No transcurrió mucho tiempo antes que oyéramos del reavivamiento producido en la pequeña iglesia.

Si hemos pasado por un período de gran tensión o pesadumbre por lo cual hemos tenido que ejercitar un firme control sobre nuestras emociones, hallaremos difícil aflojar esa tensión al grado de permitirle al Señor Jesús que nos bautice en el Espíritu Santo. Nos hemos estado aferrando a algo, y nos asalta el temor de que si aflojamos ahora nos vamos a "desmoronar". Cuando esto ocurre, es muy probable que al procurar dejar en libertad a nuestra voz para que hable al Señor, comencemos a llorar. ¡Adelante con el llanto! El Espíritu Santo sabe perfectamente como desatar esos nudos. A veces las personas lloran y otras veces ríen cuando reciben el Espíritu Santo. Ocho años atrás oramos con un joven ministro episcopal y su esposa, y al recibir el Espíritu el joven reía a mandíbula batiente, mientras la esposa lloraba copiosamente, y ambos fueron llenos con el gozo del

Señor. Nuestro Señor sabe lo que necesitamos, y procederá de la manera en que más nos beneficie.

Hay algunos creyentes que han pedido ser bautizados en el Espíritu Santo, pero no han podido comenzar a hablar en lenguas. Creen que esto se debe a que Dios no quiere que lo hagan; que no es para ellos. Nuestra experiencia, sin embargo, nos dice que con buenas explicaciones, respondiendo a sus preguntas y una apropiada instrucción, tales personas logran despojarse de sus inhibiciones y comienzan a hablar en el Espíritu.

Actuando como consejeros, hallamos que hay personas que en el pasado se han visto envueltas en cultos o prácticas ocultas, según lo explicamos detalladamente en el capítulo cuarto. Han suspendido estas prácticas pero nunca *renunciaron* a ellas. Después de guiarlos en tal sentido, y consumada la renuncia, comienzan de inmediato a hablar en lenguas.

Estamos convencidos, a la luz de las Escrituras y habiendo orado, durante más de diez años, con miles de person.s que querían recibir el bautismo en el Espíritu Santo, que no existe ningún creyente que no pueda hablar en lenguas, si ha sido bien adoctrinado y realmente preparado para confiar en el Señor.

Después que Cristo nos ha bautizado en el Espíritu Santo, nuestra vida comienza a tener verdadero poder. Es lo mismo que un soldado que hace acopio de proyectiles para su fusil, con gran descontento del enemigo, que es Satanás. Muchos cristianos no creen que hay un real enemigo, un diablo personal; ¡por eso se pasan la vida sentados en su campo de concentración! En el instante en que recibimos la plenitud del Espíritu Santo, es decir, en el momento en que comenzamos a permitir que el poder de Dios fluya desde nuestro espíritu e inunde nuestra alma y cuerpo y el mundo en derredor, Satanás se torna dolorosamente consciente de nosotros, y nosotros tomamos conciencia de su tarea. Nos prestará su atención procurando, en lo posible, "acallar nuestra voz".

El ministerio de Jesús, en el aspecto de sus milagros y de su poder, comenzó recién después de haber recibido el poder del Espíritu Santo, e inmedia-

tamente después fue tentado por Satanás en el desierto. (Mateo 3:14-17; 4:1-10.) Nuestras nuevas vidas en el Espíritu están modeladas según un patrón que es el mismo Jesús.[7] También seremos puestos a prueba cuando recibamos el poder del Espíritu Santo. Y porque Jesús salió victorioso, ¡también lo seremos nosotros!

La carta de Santiago dice así: "Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros."

"Someteos, pues, a Dios" significa que la primera y principal defensa es permanecer en comunión con Dios; no debemos dejar de alabarle, de gozar de su presencia y de creer y confiar en él activamente. No permitamos que nada empañe nuestra nueva libertad en comunión con el Señor.

El próximo paso es: "Resistid al diablo, y huirá de vosotros." (Santiago 4:7.) Jesús resistió echando mano a las Escrituras: "Escrito está . . . Escrito está." La Biblia es la espada del Espíritu. Hallemos y aprendamos de memoria versículos que tengan el filo de la espada, para tenerlos siempre a mano en caso de necesidad.

"He aquí os doy potestad . . . sobre toda fuerza del enemigo, y nada os dañará." (Lucas 10:19.)

"Porque mayor es (Jesús) el que está en vosotros, que el (enemigo) que está en el mundo." (1 Juan 4:4.)

"Porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas." (2 Corintios 10:4.)

[7] Dicen algunos: "¡Exactamente!" Y si Jesús no habló en lenguas cuando recibió la potencia del Espíritu Santo, ¿por qué habremos de hacerlo nosotros? Cierto es que Jesús no habló en lenguas, pero dijo que nosotros lo haríamos. Jesús no precisaba la edificación que se obtiene de hablar en lenguas, y no existían barreras en su alma que hicieran necesario que su Espíritu hablara al Padre en un lenguaje que su mente no comprendía. En realidad es imposible imaginarlo haciendo eso. Además, el hablar en lenguas es la manifestación que habría de venir en pentecostés, en el "cumplimiento de los tiempos". Ya hemos visto que el Espíritu Santo fue dado en toda su plenitud, recién cuando Jesús volvió a su Padre en el cielo, lo cual posibilitó el hablar en lenguas. Jesús había dicho: "Las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre." (Juan 14:12.) Bien pudiera ser que la habilidad para hablar en lenguajes que nunca aprendimos, fuera una parte de esas "mayores obras" que Jesús dijo que haríamos después de que él hubiera vuelto al cielo.

Si quisiéramos contarles a otros lo que nos ha ocurrido a nosotros, asegurémonos antes de que el Espíritu Santo nos guía. No todos estarán preparados para escuchar nuestro testimonio, como pudiéramos creer, de modo que debemos actuar únicamente cuando el Espíritu Santo abre las puertas. Tenemos que prepararnos para ser testigos eficientes, estudiando seriamente las Escrituras mencionadas en este libro.

El hecho de que una persona reciba el bautismo en el Espíritu Santo no significa que haya alcanzado la "culminación" espiritual, como estamos seguros que todos habrán comprendido al llegar a este punto del libro. Nunca debemos ceder a la tentación del enemigo que nos quiere hacer sentir superiores; oremos para obtener la virtud de la humildad; es un buen antídoto. El bautismo con el Espíritu Santo es solo el *comienzo* de una nueva dimensión de nuestra vida cristiana, y depende exclusivamente de nosotros si habremos de crecer o decrecer. Si nuestra elección sigue firme en el sentido de colocar al Señor en el primer lugar en nuestras vidas, ¡entonces estamos bien encaminados hacia una meta de gloriosas aventuras en nuestro Señor Jesucristo!

6

Introducción a los dones del Espíritu Santo

Si ya hemos sido bautizados en el Espíritu Santo, comenzamos a tener conciencia de los dones del Espíritu. Son dos las palabras más corrientemente utilizadas cuando se habla de estos dones: una es *carisma* (o su plural *carismata),* don del amor de Dios; la otra es *panerosis,* manifestación.

La palabra "don" es una palabra apropiada, pues nos recuerda que estas bendiciones no se ganan, sino que Dios las da gratis a sus hijos. Un don no es un premio al buen comportamiento sino una señal de relación. Damos regalos a nuestros hijos en sus cumpleaños porque son nuestros hijos y no porque han sido "buenos". La palabra "manifestación" significa poner a la vista, hacer visible, hacer conocido. Esta palabra muestra que los dones del Espíritu reflejan el ministerio de Jesús, puesto en evidencia por su pueblo en el día de hoy. Las dos palabras juntas —"dones" y "manifestaciones"— nos dan una imagen más completa de la obra del Espíritu Santo.

Nosotros, los miembros del cuerpo de Cristo, deberíamos creer que Dios, a través de nosotros, mostrará su amor, a medida que las necesidades se hagan patentes día a día. Cuando una persona necesita ser sanada deberíamos contar con que Dios, a través nuestro, manifieste su don de sanidad en la persona necesitada. Los dones no nos pertenecen. La persona en favor de quien se lleva a cabo el ministerio, recibe el don. No debemos tener la pretensión de contar con

ciertos dones, pero recordemos que Jesús, el don de Dios, vive en nosotros y dentro de él están todos los buenos dones.

En la iglesia han existido dos ideas extremas en cuanto a la manifestación de los dones del Espíritu Santo. La idea que más ha prevalecido es que Dios, en forma permanente, da un determinado don o varios dones a ciertas personas, que se transforman así oficialmente en los que "hablan en lenguas" o "interpretan" o "sanan". En apoyo de esta tesis, algunos hacen referencia a la Escritura que dice: "Porque a éste es dada palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia, según el mismo Espíritu . . ." (1 Corintios 12:8) sin percatarse que este capítulo relata las alternativas de una reunión de iglesia durante la cual el Espíritu Santo está inspirando a unas y a otras personas a manifestar sus variados dones. No significa que un individuo en particular sea quien reciba uno o más dones específicos. Esta equivocación de creerse poseedor de dones fijos, lleva al orgullo, al estancamiento, y tiende a limitar en esa persona los otros dones de Dios. Otro resultado negativo es que se deja librada a unos pocos miembros de la congregación la manifestación de los dones, mientras que la mayoría se retrae como simple espectadora sin pensar que Dios quisiera obrar también por intermedio de ellos.

El otro extremo está representado por la idea de que *todos* los bautizados en el Espíritu Santo cuentan con los nueve dones del Espíritu, que pueden manifestarse en la oportunidad en que *esa persona* lo determine; una especie de "hombre orquesta" independiente. Si bien es cierto que todos los dones, al residir dentro de Cristo residen en nosotros, la Escritura enseña claramente que el único que puede ponerlos de manifiesto, discrecionalmente, es el Espíritu Santo. (1 Corintios 12:11.) Dios procura enseñarnos que nos necesitamos mutuamente, que no podemos depender únicamente de nosotros mismos. El cuerpo de Cristo está constituido por *muchos miembros,* y Dios ha planeado deliberadamente que la puesta en acción de los dones se haga "como él quiere" pues de esa manera los cristianos necesitan los unos de los otros para cumplir eficazmente las funciones determinadas

por él. Debemos "discernir el cuerpo del Señor" buscando a Cristo en la persona de otros cristianos o de lo contrario estorbaremos seriamente y limitaremos lo que Dios quiere hacer.[1] Deberíamos orar para que la gloria de Dios se exteriorice en la vida de otros así como en la nuestra.

Es cierto, sin embargo, que a medida que los cristianos crecen en madurez, algunos dones pueden ser expresados con más frecuencia y efectividad por medio de ellos. Se dice entonces que tienen un *ministerio* en esos dones. Toda persona que tenga tal ministerio debería estimular a los que son nuevos a participar en el campo de los dones, y cuidarse él mismo a no centralizarse demasiado en su particular ministerio impidiendo así que Dios pueda utilizarlo de otras maneras. ¡Dios es un Dios de variedades!

Conversando un día dos cristianos, uno de ellos le dijo al otro: —Puedes *quedarte* con los dones, yo tomaré los *frutos*.[2]

Los dones del Espíritu son algunas de las maneras mediante las cuales Dios actúa a través de la vida de los creyentes. El fruto del Espíritu Santo es el carácter y la naturaleza de Jesucristo exteriorizado en la vida del creyente. Jesús no se redujo a decirles a los enfermos que se aproximaban a él: "Yo te amo", sino que les dijo: "¡Yo te sano!" Pocas experiencias hay tan tristes como amar a una persona y no poder ayudarla. Tanto los frutos como los dones son de vital importancia. Pero a la fecha, sin embargo, se ha hecho mucho más hincapié en la cristiandad sobre los frutos del Espíritu que sobre los dones del Espíritu.[3]

El Espíritu Santo inspiró a Pablo a exhortarnos

[1] Esto no significa que debiéramos disculpar lo que otros hacen cuando proclaman abiertamente doctrinas falsas (Efesios 5:11), pero no debemos permitir que pequeñas diferencias destruyan nuestra comunión.

[2] El fruto del Espíritu es, de acuerdo a Gálatas 5:22-23 "amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza".

[3] 1 Corintios 12:8-10: "Palabra de sabiduría, palabra de ciencia, discernimiento de espíritus, don de la fe, obrar milagros, dones de sanidad, de profecía, diversos géneros de lenguas, interpretación de lenguas."

a que aprendamos sobre los dones espirituales: "No quiero, hermanos, que ignoréis acerca de los dones espirituales." (1 Corintios 12:1.) En este libro hemos de dar una definición de cada uno de los dones, citando ejemplos en la vida de Cristo y de otros en el Nuevo Testamento, haciendo algunas referencias al Antiguo Testamento, y qué podemos esperar para la iglesia en el día de hoy. Se verá así cómo fueron manifestándose siete dones —en el Antiguo Testamento y en los Evangelios— a medida que la gente era impulsada por el Espíritu Santo.

Estos siete dones son los siguientes:

1. La "palabra de sabiduría".
2. La "palabra de ciencia".
3. Don de la fe.
4. Dones de sanidades.
5. El obrar milagros.
6. Don de la profecía.
7. Discernimiento de espíritus.

No demandará demasiado esfuerzo de parte de los lectores recordar los incidentes, tanto en el Antiguo Testamento como en los Evangelios donde estos dones se manifestaron.

A los siete de la lista indicada se agregaron dos más después de pentecostés.

8. Don de lenguas.
9. La interpretación de lenguas.

Esto hace un total de nueve dones, señalados por el apóstol Pablo en 1 Corintios 12. De esta manera, los creyentes que todavía no han participado de la experiencia de pentecostés, pueden ser el conducto por el cual se manifiesten ocasionalmente cualquiera de esos siete dones, muchas veces sin siquiera percatarse de ello. Sin embargo, después de la plenitud y derramamiento del Espíritu, uno cualquiera o los nueve dones en conjunto pueden exteriorizarse frecuentemente y con poder, a través de la vida del creyente.

No debemos confundir los siete primeros dones mencionados más arriba, con los "Siete dones de la gracia", mencionados frecuentemente en la literatura y liturgia cristianas, por ejemplo en el rito de la Confirmación de varias de nuestras denominaciones,

o en el tan conocido himno latino *Veni Creator Spiritus*:

"Los siete dones de la gracia tuyos son
¡Oh dedo de la mano divina!"[4]

Este canto hace referencia a Isaías 11:2 que dice, refiriéndose a la venida del Mesías: "Y reposará sobre él el Espíritu de Jehová; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová." Resulta fácil percibir que estos no son, de ninguna manera, dones del Espíritu, sino que se refieren a las características del Espíritu Santo en su séptupla naturaleza mencionada en Apocalipsis 1:4 como los "siete espíritus" que están delante del trono de Dios, el séptuplo Espíritu de Dios. No obstante, podemos ver una relación directa entre estas seis últimas características del Espíritu Santo (siendo la primera "el Espíritu del Señor" mismo) y los nueve dones.

Todo creyente que tenga vocación de servir a Dios echando mano de los dones del Espíritu Santo, debe aprender a escuchar a Dios. A menudo acaparamos la conversación. Es lógico esperar que el principiante cometerá errores. No podemos esperar que un niño que recién comienza a aprender aritmética no cometa errores. Quedémonos tranquilos que aún los errores redundan para la gloria de Dios, si contamos con él y depositamos en él toda nuestra confianza.

"Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre..." dice Santiago. (Santiago 1:17.) Resulta obvio, por supuesto, que todos los dones de Dios son perfectos, pero es útil recordar que no lo son los canales a través de los cuales se manifiestan esos dones. El solo hecho de que una persona manifieste esos dones no significa que está caminando en estrecha comunión con Dios. Tal como lo implica la palabra "don", los dones no se ganan por merecimientos ni son vitalicios, aún viviendo una vida ejemplar. La carta a los romanos nos dice: "Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios." (Romanos 11:29.) No sigamos tras una persona por el solo hecho de tener un "ministerio de

[4] *Libro de Oración Común.*

dones". En lugar de ello, veamos cuáles son los frutos del espíritu, los frutos de su vida, su honestidad y pureza, engendradas por el Espíritu de Verdad —*el Espíritu Santo*— y su anhelo de conocer y apreciar la Palabra de Dios. Busquemos entre los que enseñan a aquellos que establecen un claro equilibrio entre el significado literal y el significado espiritual de las Escrituras, y procuremos la comunión con otros hermanos; hecho eso, aceptemos solamente aquello a que nos mueve el Espíritu Santo y que concuerda con la Escritura. Recordemos que *los cristianos no siguen las señales, sino que las señales siguen a los cristianos.*

Los dones de Dios, cuando son expresados de la manera en que Dios quiere que lo sean, resultan hermosos, y no sólo hermosos sino útiles, para que el cuerpo de Cristo crezca y se desarrolle. No han de ser meramente tolerados, sino anhelosamente apetecidos. Debemos advertir contra dos errores que se han cometido con mucha frecuencia en el pasado: abuso de los dones por desconocimiento del orden bíblico, y rechazo o apagamiento de los dones del Espíritu. A menudo el segundo error se comete como reacción contra el primero.

Todas las buenas cosas nos han sido dadas gratuitamente en Cristo (Romanos 8:32); sin embargo, las promesas de Dios debemos apropiárnoslas por la fe. Los dones serán puestos de manifiesto de acuerdo al grado de nuestra fe: "Conforme a vuestra fe os sea hecho." (Mateo 9:29; Romanos 12:6.) Manifestemos sus dones en fe, amor y obediencia, para que el pueblo de Dios sea fortalecido y esté preparado para la difícil y gloriosa tarea que le espera.

No estudiaremos los dones en el mismo orden en que aparecen en 1 Corintios 12, sino que los agruparemos en clases, como sigue:

A. Dones de inspiración o comunión. (El poder para *decir.*)
   1. Don de lenguas.
   2. Don de interpretación.
   3. Don de la profecía.

B. Dones de poder. (El poder para *hacer.*)

4. Dones de sanidades.
5. El obrar milagros.
6. Don de la fe.

C. Dones de revelación. (El poder para *conocer*.)
7. Discernimiento de espíritus.
8. La "palabra de ciencia".
9. La "palabra de sabiduría".

El orden que hemos seguido para el catálogo de los dones, no hace a su importancia relativa, como tampoco lo hace en las Escrituras, pero nos ayudará a percibir la relación de las manifestaciones entre unas y otras.

7

El don de lenguas y el don de interpretación

Los dones de expresión —lenguas, interpretación y profecía— nos están dados para que nos sirvan como guías para nuestra vida, sino para ayudarnos a conocer a Dios en profundidad y asistirnos en nuestra respuesta a él. Nos inducen a volvernos a Dios y nos infunden un temor reverente del Señor.

Analizaremos al mismo tiempo los dones de lenguas y de interpretación, desde el momento en que nunca deben ir separados en una reunión pública. Algunos sostienen que hablar en lenguas e interpretar lenguas son los dones de menor jerarquía, porque están anotados en último lugar en la lista de dones de 1 Corintios 12:7-11. Si hubiera una razón especial por la cual estos dones aparecen últimos en la lista, una explicación más lógica sería que fueron los últimos dones dados a la Iglesia. Los primeros siete dones de la lista aparecen en el Antiguo Testamento y en los Evangelios, pero estos dos últimos no fueron dados hasta después de pentecostés.

Hay *dos maneras* de hablar en lenguas. La más común es la que se usa como un lenguaje devocional para edificación propia, y no hace falta interpretación. (1 Corintios 14:2.) Ya hemos discutido esto en detalle. Queremos referirnos, más bien, a la manifestación pública de hablar en lenguas, es decir la que debe ser interpretada. A *esto* llamaremos el "*don de lenguas*". Cuando un cristiano bautizado en el Espíritu Santo siente la inspiración de hablar en len-

guas en voz alta y en presencia de otros, a lo cual sigue generalmente la interpretación, estamos en presencia del *don* de lenguas. (1 Corintios 14:27-28; 12:10.) El don de lenguas es transmitido o dado a los oyentes, que son edificados al escuchar la interpretación que sigue, hecha por quien tiene ese don.[1] Es preferible que los dones de hablar en lenguas y de interpretación no se empleen en grupos de incrédulos o de creyentes no suficientemente instruidos, sin una explicación previa sobre su significado, ya sea antes o después de sus manifestaciones.

Hay formas principales para expresar el don de lenguas en la *congregación:*

1. Por medio del don de lenguas y de interpretación, Dios puede hablar a los incrédulos y/o a los creyentes.

Si bien Dios no habla en lenguas (¿cómo podría haber un lenguaje desconocido para él?) estimula al cristiano dócil a que lo haga, y de esa manera —mediante las lenguas y la interpretación— habla a su pueblo hoy en día. Tanto el Antigo como el Nuevo Testamento dan testimonio conjunto de que Dios habla a su pueblo mediante estos dones. Así dice Isaías:

"Porque en lengua de tartamudos, y en extraña lengua hablará a este pueblo." (Isaías 28:11.) San Pablo cita esa referencia cuando explica lo que significa hablar en lenguas e interpretar: "Está escrito: en otras lenguas y con otros labios hablaré a este pueblo..." (1 Corintios 14:21); la traducción literal del griego dice así: "En otras lenguas y en labios de otros hablaré a este pueblo..." Además la Escritura da por sobreentendido que el don de lenguas, sumado al don de interpretación da por resultado una profecía, lo cual sigue siendo siempre Dios hablando al pueblo. (1 Corintios 14:3.)

En don de lenguas no es una señal para el creyente, desde el momento en que el creyente no necesita de una señal, pero puede ser una señal para el incrédulo (generalmente no buscada), que lo induce a aceptar al

[1] El don de lenguas también puede aplicarse como oración o alabanza a Dios.

Señor Jesucristo. "Así que, las lenguas son por señal, no a los creyentes, sino a los incrédulos..." (1 Corintios 14:22.)

¿De qué manera el don de lenguas puede ser una señal para el incrédulo?

a. La lengua puede ser un lenguaje *comprensible* al incrédulo, por el cual Dios le habla directamente a él.

b. La lengua puede ser un lenguaje *incomprensible,* pero el poderoso impacto del lenguaje hablado en lenguas, que como norma se acompaña siempre de interpretación, puede alcanzar al incrédulo y actuar como una señal para él.

Cuando el don de lenguas es un mensaje de Dios, que alcanza al incrédulo, sea por su conocimiento del lenguaje (una traducción), sea por la inspirada interpretación de un creyente, y en algunos casos sin contar con la interpretación o traducción, constituye una señal para el incrédulo de que Dios es real, vivo, y está preocupado por él.

Un joven que formaba parte de las fuerzas de ocupación de los Estados Unidos de América en el Japón, y que pertenecía a una iglesia en el Estado de Oregón, se había casado con una señorita japonesa. El joven matrimonio regresó a los Estados Unidos y en todo les iba bastante bien, a excepción de que la joven señora rechazaba rotundamente la fe cristiana de su marido, y se mantenía resueltamente aferrada a su budismo. Una noche, después del servicio nocturno, la pareja estaba en el altar, él orando a Dios por medio de Jesucristo, y ella elevando sus oraciones budistas. Al lado de ellos estaba arrodillada una señora de edad madura, ama de casa de la comunidad. Cuando esta señora comenzó a orar en lenguas en voz alta, súbitamente la esposa japonesa tomó del brazo a su marido:

"¡Escucha!" le susurró excitada. "¡Esta mujer me está hablando en japonés!" Me está diciendo: "Has probado a Buda y no te ha hecho ningún bien; ¿por qué no pruebas con Jesucristo?" Y no me habla en el lenguaje japonés corriente sino en el idioma que se utiliza en el templo, y usa mi nombre japonés completo que nadie en este país conoce!" ¡No es de extra-

ñar que esta joven señora abrazara la fe cristiana!

Hemos conocido muchos casos similares. Lo que ocurrió en el caso que acabamos de mencionar, es que como la ama de casa norteamericana se sometió a Dios *orando en lenguas*, el Espíritu Santo eligió cambiar el lenguaje de oración *a* Dios, por un mensaje *de* Dios a través del *don* de lenguas.

Ruth Lascelle (entonces Specter) [2] se había criado en un hogar judío ortodoxo. Cuando al comienzo de su edad adulta, su madre aceptó a Jesús como su Mesías, Ruth creyó que su madre había perdido el juicio. Concurrió a la iglesia donde asistía su madre, en procura de refutar sus creencias. En una de esas reuniones hubo un mensaje en lenguas que si bien es cierto que no fue interpretado, hizo un impacto tan profundo en Ruth que supo en ese preciso instante que Jesús era real, y ella también lo aceptó como su Mesías.

Este es un ejemplo del don de lenguas, ni entendido ni interpretado, y, sin embarzo, fue una señal de una fuerza tal que Ruth se convirtió en el acto. Dice Ruth: "Le pedí a Dios que me diera una señal que me indicara que la fe cristiana es la fe verdadera. Hasta ese momento, por supuesto, nunca había oído la cita de la escritura del Nuevo Testamento que dice: "Los judíos piden señales." [3] (1 Corintios 1:22.)

Otro caso interesante sucedió en 1964 en el norte de California, durante un servicio carismático de la Iglesia Episcopal. Una estudiante universitaria asistió a la reunión con su padre, prominente funcionario eclesiástico. Esta joven conoció a Jesús en su infancia, pero se había alejado cada vez más de él, durante sus años de estudiante. Su fe se había hecho añicos, y estaba bajo tratamiento psiquiátrico. Casi al finalizar la reunión los dones de lenguas y de interpretación se manifestaron en amor y en potencia. Las lágrimas corrían por sus mejillas mientras caminaba hacia el

[2] R. R. Specter, *The Bud and the Flower of Judaism* (El pimpollo y la flor del judaísmo) (Springfield, Mo.: Gospel Publishing House, 1955).

[3] Por supuesto que es irregular una reunión donde se habla en lenguas sin interpretación, pero en este caso Dios sacó provecho.

altar para orar. Le dijo a la persona que la aconsejaba:

"Cuando oí hablar en lenguas por primera vez esta noche, y el mensaje que siguió, ¡supe de nuevo, y sin ninguna duda, que Dios es real y que me ama!"

Este último caso es un ejemplo de estos dones como una señal, no para el incrédulo, de acuerdo a lo que dijimos anteriormente, sino más bien para una creyente afectada de incredulidad temporaria.

Los dones de lenguas y de interpretación también pueden ser un mensaje de Dios para bendecir y exhortar a los fieles. Hay numerosos ejemplos que confirman esta afirmación; sólo mencionaremos uno. Un viernes por la noche, alrededor de un año después de que Rita fuera renovada en su experiencia del bautismo en el Espíritu Santo, asistía a una reunión de oración. Oró por una amiga que estaba trabajando como enfermera misionera en Africa, y que estaba soportando difíciles pruebas. Cuando terminó de orar por Dorotea, hubo un momento de don de lenguas y de interpretación, que al efecto decía así: "Si tú misma estás dispuesta a ir a ayudar a tu amiga, tus oraciones serán contestadas más rápidamente." A continuación el Señor le preguntó a Rita tres veces, de la misma manera que le preguntó a Pedro: "¿Me amas?" Ella, que había estado caminando muy cerca de él, testificando activamente de él desde su reavivamiento, se sintió penosamente sorprendida de que le preguntara si lo amaba, y rompió a llorar. Allí mismo Rita le aseguró a Dios que lo amaba tanto que estaba dispuesta a ir dondequiera la enviara. Tan convincente fue el mensaje que le dio el Espíritu Santo, que al finalizar la reunión ¡sus amigos la rodearon para despedirla! Según resultaron las cosas, si bien estaba dispuesta a ir al Africa, en lugar de ello dos meses después el Señor la envió ¡a Texas!

2. El don de lenguas también puede ser oración pública a Dios.

La mayoría de nosotros prefiere oír relatos del cielo que relatos de la tierra; preferiríamos oír a Dios hablándonos, que oír al hombre hablar a Dios. Sin embargo, leyendo las Escrituras, observamos que el don de lenguas es utilizado en reuniones públicas

de oración y necesita interpretación para que los otros creyentes puedan asentir. (1 Corintios 14:13-16.) De ahí se desprende que el don de lenguas, complementado por la *interpretación, puede también* ser una oración, acción de gracias o alabanza a Dios, lo cual estimula a la congregación. El don de lenguas en tanto sea oración o alabanza, puede ser un lenguaje conocido por los incrédulos, como ocurrió en el día de pentecostés: "Les oímos hablar en nuestras lenguas las maravillas de Dios." Pablo también establece que alguno en la reunión puede *cantar* su alabanza a Dios utilizando el don de lenguas; también la interpretación puede ser cantada, lo cual es de gran inspiración.

Cualquier creyente bautizado en el Espíritu Santo puede "cantar en el Espíritu". Esto significa permitir al Espíritu Santo no solamente guiar nuestra palabra, sino también cantar mientras él dirige las palabras y la tonada. En un grupo de creyentes bien instruidos, varias personas pueden orar o alabar a *Dios, hablando o cantando en lenguas al unísono,* sin necesidad de interpretación. Y en algunas ocasiones, cuando todo el grupo se une "cantando en el Espíritu", permitiendo al Espíritu Santo no solo guiar las voces individualmente, sino combinándolas a todas ellas, se logra una armonización tan sublime que semeja el canto de un coro angélico.

Es motivo de perplejidad para algunos, cuando unas pocas palabras en lenguas son seguidas de una larga respuesta en el idioma vernáculo. Varias razones explican este hecho. Pudiera ser que el lenguaje dado por el Espíritu Santo fuera más conciso que el lenguaje más elaborado del intérprete. También pudiera ser que la interpretación misma fuera seguida por palabras proféticas. Otra explicación más es la de que al hablar en lenguas era en realidad una oración privada, y la presunta interpretación era, en la realidad, una profecía.

Si bien es cierto, que todos los creyentes deberían hablar diariamente en lenguas durante sus oraciones, no todos pueden ejercitar el don de lenguas en una reunión pública. (1 Corintios 12:30.) Sabremos que Dios nos está inspirando a manifestar el don de lenguas *cuando sentimos con toda claridad en lo más* íntimo de nuestro ser el avivamiento o el testimonio del Espíritu Santo. Esto no significa que tengamos que hacer nada impulsivamente. Debemos hablar al Señor tranquilamente y pedirle, para el caso de que él quiera utilizarnos de esta manera, que nos brinde la oportunidad, durante el servicio, de oficiar en el ministerio. Nunca debemos interrumpir cuando otra persona esté hablando. Tal como lo dice David duPlessis, "¡El Espíritu Santo es un caballero!" Debemos preguntarle al Señor si éste es el don particular que quiere para este grupo determinado. Al utilizar cualesquiera de los dones orales del Espíritu Santo —lenguas, interpretación o profecías— hablemos con voz suficientemente alta para que todos nos escuchen, pero no seamos innecesariamente ruidosos ni cambiemos el tono de nuestra voz natural. El ser ruidosos o *afectados asustará a la gente y podrán impugnar la* genuinidad del don. Evitará que oigan lo que Dios quiere decirles. Hablemos con el máximo de preocupación por el bienestar de todos y en el amor de Dios. Si creemos que Dios quiere que manifestemos el don de lenguas, debemos estar preparados para orar también por el don de interpretación, para los casos en que no hubiera otra persona presente suficientemente entregada para hacerlo. (1 Corintios 14:13.)

La *interpretación de lenguas* es dar, en una reunión pública, el significado de lo que se ha dicho por el don de lenguas. Una persona se siente movida a hablar o a cantar en lenguas, y la misma u otra persona recibe del Espíritu Santo el *significado* de lo que se ha dicho. El que interpreta no *entiende* la lengua. No es una *traducción* sino una *interpretación,* dando el sentido general de lo que se ha dicho. El don de la interpretación puede hacerse presente directamente en la mente de la persona, *en su totalidad,* o de lo contrario tan sólo algunas pocas palabras al comienzo, y cuando el intérprete, confiando en el Señor, comienza a hablar, se materializa el resto del mensaje. De esta manera se parece a hablar en lenguas: "Tú hablarás, y el Señor pondrá en tu boca las palabras." La interpretación puede presentarse también en forma de imágenes o símbolos, o por un pen-

samiento inspirado, o el intérprete puede escuchar el discurso en lenguas, o parte del mismo, como si la persona estuviera hablando en el idioma vernáculo. La interpretación dará el mismo resultado que una declaración profética, es decir de "edificación, exhortación, consolación". (1 Corintios 14:3-5.) Recordemos que los dones no han sido dispuestos para que nos sirvan como guía de nuestras vidas, sino para confirmar lo que Dios ya nos está diciendo en nuestro espíritu y por medio de las Escrituras.

Dios actúa como quiere, pero se ajusta a ciertas pautas generales que nosotros podemos detectar. Algunos han denominado a 1 Corintios 14 como las *reglas de oro* carismáticas del cristiano. Por ejemplo, 1 Corintios 14:27, dice así: "Si alguno habla en una lengua, su número debe estar limitado a dos, o a lo sumo a tres, y cada uno (esperando su turno), y que alguien explique (lo que se ha dicho)" (Biblia Amplificada). Esta escritura establece normas específicas. Limita el número de intervenciones en lenguas e interpretaciones a dos o tres veces en una reunión. Algunos estiman que el próximo versículo significa que después de dos o tres dones de lenguas, un "intérprete oficial" deberá brindar una sola interpretación para los dos o tres discursos en lenguas, pero el versículo 13 indica que *cualquiera* que está acostumbrado a manifestar el don de lenguas, también puede orar pidiendo el don de la interpretación. Esto es importante que lo tengamos en cuenta, desde el momento en que puede haber otros en la reunión que no se sienten suficientemente entregados en ese momento para hacer la interpretación que se necesita. A fin de evitar la confusión que produciría entre los incrédulos y los creyentes no instruidos la falta de interpretación del don de lenguas (vers. 23, 33), parece que es bíblico que cada vez que se hable en lenguas hay que hacer la interpretación separadamente. Además se tornaría muy difícil retener la interpretación por un período demasiado prolongado.

El hablar en lenguas sería reconocido más como idioma conocido si hubiera alguien presente que supiese ese lenguaje y pudiera traducirlo. También es posible que en alguna medida el hablar en lenguas

sea en el "lenguaje de ángeles". (1 Corintios 13:1.) Sabemos que en el mundo hay alrededor de 3.000 idiomas y dialectos, de modo que no puede sorprender a nadie que muy pocos idiomas puedan ser reconocidos en una localidad en particular; en realidad es sorprendente que se puedan reconocer tantos. En el día de pentecostés había alrededor de 120 personas hablando en lenguas, pero sólo fueron reconocidos catorce lenguajes (Hechos 1:15; 2:1, 4, 7-14), a pesar de que había "judíos piadosos" de todas las naciones del mundo conocido. Este es más o menos el porcentaje de idiomas conocidos identificados hoy en día. Orando con personas pidiendo la bendición de pentecostés, y habiendo asistido a numerosas reuniones carismáticas en muchas partes del mundo durante los pasados diez años, hemos conocido gente que han hablado en lenguas en latín, castellano, francés, hebreo, vasco antiguo, japonés, arameo, chino mandarín, alemán, indonesio, dialecto chino foochow, griego neotestamentario, inglés (por un orador no inglés) y polaco.

A veces, los que han recibido la experiencia de pentecostés, deben soportar el desafío de algunos que no comprenden el propósito de hablar en lenguas, con preguntas tales como la siguiente:

"Si realmente le ha sido dado un nuevo lenguaje, ¿por qué no lo hace analizar, descubre a qué país pertenece y va a ese país como misionero a predicar el evangelio en ese idioma?" Otros preguntan:

"Si pentecostés es tan poderoso, ¿cómo es que los misioneros con esta experiencia tienen que estudiar un idioma en la Universidad?"

Estas personas no se dan cuenta que el don de lenguas es manifestado al incrédulo solamente cuando es dirigido por el Espíritu Santo, y aún en el caso de que una persona pueda ser utilizada una sola vez para hablar un determinado lenguaje, y con ello alcanzando a alguien para Cristo, no tiene ninguna manera de saber si le será dado hablar alguna vez más en la vida ese lenguaje específico. Si bien el creyente bautizado en el Espíritu Santo puede hablar en su privada lengua devocional, tanto en éste como en el don de lenguas la elección del lenguaje que hable no

puede ser regulado por el individuo. Dios lleva a cabo estos milagros vocales según su elección y de acuerdo a sus propósitos.

Aparte de todo ello, hay quienes erróneamente aseguran que la proclamación del Evangelio se hizo en pentecostés por medio del don de lenguas y por lo tanto sería el único propósito válido para hablar en lenguas hoy en día. Si bien es cierto que se escuchó a algunos hablando, impulsados por el Espíritu Santo, en idioma conocido en el día de pentecostés, también es cierto que no proclamaron el Evangelio en lenguas, sino que estaban alabando a Dios. El que evangelizó ese día fue Pedro. Aun cuando antes de hablar a la gente él también fue edificado al hablar en lenguas, en el momento de brindar el mensaje de salvación, habló en un lenguaje que él comprendía y que todos sus oyentes entendían.

Corre una idea muy generalizada, pero errónea, de que los oyentes en el día de pentecostés eran "extranjeros" que no entendían el dialecto arameo del hebreo, que era el idioma corriente, y fue por ello que al predicarles el evangelio lo hicieron en los idiomas de los países de los cuales provenían. Este error se corrige fácilmente prestando atención al relato. El segundo capítulo de los Hechos, dice así:

"Moraban entonces en Jerusalén *judíos*, varones piadosos, de todas las naciones bajo el cielo." (Hechos 2:5.)

Las personas que oyeron hablar en lenguas en el día de pentecostés a los 120 primeros creyentes, eran fieles judíos de la "Dispersión" o *diáspora*, que era el término utilizado para indicar el hecho de que ya en esos días el pueblo judío estaba desparramado por todo el mundo. Pero igual a como lo hacen en el día de hoy, mantuvieron su identidad y criaron a sus hijos como buenos judíos. Y aún cuando hubieran nacido en el extranjero, y hubieran sido educados hablando otro idioma, a todos les enseñaban la lengua hebrea, y sin duda alguna esperaban ansiosos el día en que pudieran visitar Jerusalén. En el día de pentecostés sucedió algo así como si los pueblos de habla inglesa de todo el mundo se reunieran en Londres en ocasión de un suceso nacional de gran importancia,

como sería, por ejemplo, la coronación de la Reina Isabel II. Habría gente de Nueva Zelanda, de Jamaica, de la India, británicos de nacionalidad, criados en hogares "a la inglesa", hablando el idioma inglés, pero que nunca estuvieron en la "madre patria". En su vida diaria hablarían a menudo una lengua "extranjera". Imaginémonos a esa gente reunida en Londres para la coronación que escucharan de pronto a un grupo de londineses de clase popular —"cockneys"— con su acento característico, ¡hablando hermosamente en el lenguaje nativo de los lejanos países de los cuales provenían! "¿No son "cockneys" todos estos que hablan? ¿Cómo, pues, les oímos nosotros hablar cada uno en la lengua del país en que vivimos?"

"Oh", dicen algunos, "todos *oyeron* en su propio lenguaje. Los discípulos hablaban en una misteriosa "lengua" que milagrosamente le "sonaba" a cada uno como su propio lenguaje." Es una teoría interesante, pero no bíblica. La Biblia dice: "Comenzaron a hablar en *otras lenguas*, según el Espíritu les daba que hablasen." (Hechos 2:4.)

Cuando Pedro se dirigió a la multitud les dijo:

"Varones *hermanos*..." (Hechos 2:29.) No eran extranjeros sino "hermanos" un término que los judíos no usaban livianamente. Además, es evidente que cuando Pedro se puso de pie para explicarles lo que estaba sucediendo, no habló en lenguas. Se mencionan 14 naciones y sus respectivos lenguajes; ¿debemos imaginar que Pedro les habló sucesivamente en esos 14 idiomas? Por supuesto que no; habló en un lenguaje en que todos le entendieron. ¿Qué estarían haciendo en Jerusalén en el gran día si no entendieran el idioma y pudieran participar del acontecimiento? El relato nos dice también que había algunos *prosélitos*, es decir gentiles convertidos, pero éstos, también habrían sido instruidos en el idioma hebreo.

Habiendo dejado aclarado este punto de que no se utiliza habitualmente el don de lenguas para anunciar el evangelio, y que no fue utilizado en el día de pentecostés con ese propósito, reconozcamos también que, como en todos los casos, hay excepciones a la regla. Hay ejemplos esparcidos a lo largo de la historia del

cristianismo, de algunos a quienes el Espíritu Santo les dotó de la capacidad de hablar y entender un nuevo idioma, reteniendo esta capacidad en forma permanente. De acuerdo a sus biógrafos, el gran misionero de Oriente, Francisco Javier, recibió de esta manera el idioma chino. Stanley Frodsham, en su libro *Con señales siguiendo* nos relata varios ejemplos similares que han ocurrido en el movimiento pentecostal moderno.

John Sherrill, en su libro, *Hablan en otras lenguas,*[4] cuenta de un misionero que en el año 1932 fue utilizado por Dios, mediante el don de lenguas, para llevar el mensaje de la salvación a una tribu de caníbales. El misionero H.B. Garlock fue capturado y juzgado por los nativos. Les habló durante veinte minutos en lo que para él era un idioma desconocido, pero que evidentemente los caníbales lo entendieron, les satisfizo lo que les dijo, y lo dejaron en libertad, y *posteriormente se entregaron* a Cristo. Es significativo el hecho de que cuando Garlock volvió al centro misionero, continuó oficiando a los liberianos en el idioma de ellos que le había demandado tanto tiempo y trabajo aprender. No retuvo en forma permanente el idioma de los caníbales pues el Espíritu se lo había "prestado" solamente para esa emergencia.

Alrededor de ocho años atrás, una señorita de la iglesia de St. Luke, Seattle, al vistiar un hospital se detuvo a conversar con una mujer asiática a quien no conocía. La mujer hablaba muy poco inglés, pero lo suficiente para entender que la visitante quería orar con ella, a lo cual reaccionó diciendo: "¡Yo, Buda! ¡Yo, Buda!", significando con ello, por supuesto, que era budista. La señorita de la iglesia de St. Luke se sintió inclinada a hablarle a la mujer a medida que el Espíritu ponía las palabras en su boca, y durante varios minutos habló en un idioma desconocido para ella. Al hacer ademán de retirarse, la mujer le dijo, con el gozo reflejado en su rostro: "¡Yo, Jesús! ¡Yo Jesús!" Resulta obvio que la señorita de St. Luke

[4] John L. Sherrill, *Hablan en otras lenguas* (Editorial Vida, 1969), pp. 118-122.

había testificado a la asiática en su propio lenguaje, y la mujer respondió recibiendo a Jesús como su Salvador.

Otra idea no bíblica que sostienen algunos, es que los corintios eran las "ovejas negras" de la iglesia primitiva. Atentaban contra las buenas costumbres, hablando en lenguas, por ejemplo, porque no eran más que convertidos "a medias" de su paganismo. Pablo tuvo que "sermonearlos" debido a su emocionalismo. Aceptaba que hablaran en lenguas, pero a regañadientes.

Lo equivocado de esta idea puede comprobarse fácilmente leyendo con atención el Nuevo Testamento. Cuando Pablo fue a Corinto, Dios le dijo: "Yo tengo mucho pueblo en esta ciudad." (Hechos 18:10.) Fue en Corinto donde Pablo conoció a dos de sus grandes colaboradores, Aquila y Priscila, y también fue en Corinto donde trajeron a Apolos, uno de los más elocuentes de entre los primeros evangelistas. No hay indicación alguna de que los corintios fuesen un grupo de segunda categoría. Lo que sucede es que está generalizado un falso concepto popular de que una gran iglesia es una iglesia sin problemas. Lo cierto es todo lo contrario: mientras mayor sea la iglesia y mayor la obra que realiza, mayores serán los problemas que Satanás querrá provocar. Claro que tenían dificultades los corintios, pero ello era debido a que Dios estaba realizando una gran obra entre ellos y tenían que soportar el desafío del enemigo.

Pablo no les echaba en cara a los corintios porque hablasen en lenguas, sino porque permitían la entrada en su grupo al orgullo y al divisionismo. Su gran preocupación eran sus divisiones, su sectarismo, que a su vez originaban el abuso de los dones. Lejos de tratar de impedirles el uso de los dones los insta repetidamente a solicitarlos: "Procurad los dones" (1 Corintios 12:31; 14:1.) "Que nada os falte en ningún don . . ." "Quiero que en todas las cosas seáis enriquecidos en él, en toda lengua . . ." Pero también les dice: "Empero hágase todo decentemente y con orden." (1 Corintios 14:40.)

Si Pablo se hiciera presente en el mundo de hoy en día, con toda seguridad nos trataría como trató a los corintios:

"Hermanos y hermanas, he sido informado que hay entre vosotros divisiones... que cada uno de vosotros dice: yo soy de Lutero, y yo de Calvino, y algunos otros de Pedro o de Wesley. ¿Acaso está dividido Cristo? ¿Fue crucificado Wesley por vosotros? ¿O fuisteis bautizados en el nombre de la Iglesia Episcopal?" A continuación Pablo volvería su mirada a los grupos carismáticos —o a algunos de ellos, por lo menos— y les diría algo así:

"Mis queridos hermanos, estoy encantado de oír y ver los maravillosos dones del Espíritu manifestados en vosotros. No podía entender qué se habían hecho cuando visité esas otras iglesias... pero, ¡por favor! ¿tiene que gritar tan fuerte ese hermano? Observé que alguien se retiró de la reunión cuando ese hermano gritó. Tuvisteis vosotros una reunión pública a la cual invitasteis a incrédulos, y todos vosotros hablasteis en lenguas al mismo tiempo sin dar ninguna explicación. ¿Creísteis que fue ésa la mejor manera de demostrar amor y preocupación por vuestros invitados? Estoy cierto que algunas de las personas que tratáis de alcanzar piensan que estáis locos. ¡Recordad que el espíritu del profeta está sujeto al profeta!"

¿Puede ser imitado fraudulentamente el don de hablar en lenguas? Sí, por supuesto. Todos los dones tienen su contrahechura satánica, que en el caso del don de lenguas se manifiesta por la emisión de expresiones o sonidos en labios de quienes adoran otros dioses, o están envueltos en otras religiones o cultos, que configuran una falsificación del don de lenguas. En una reunión pública numerosa, donde resulta difícil ejercer un control estricto, puede darse el caso de que una tal persona manifieste una imitación fraudulenta. Y es en esas circunstancias cuando se pone de manifiesto la neecsidad del don de discernir los espíritus. Ningún cristiano que está caminando en el Espíritu bajo la protección de la sangre de Jesús, debe temer que pueda incurrir en una falsificación del don de lenguas. La Escritura nos recuerda nuestra seguridad en Cristo:

"¿Qué padre de vosotros, si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿o si pescado, en lugar de pescado, le dará una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo piden?" (Lucas 11:11, 13.) "Nadie que hable por el Espíritu de Dios (esto puede significar un cristiano hablando en lenguas) llama anatema a Jesús." (1 Corintios 12:3.)

Resumiendo, el don de lenguas, y el de interpretación de lenguas, es en primer lugar, una señal para los incrédulos (1 Corintios 14:22), *siempre y cuando se manifiesten de acuerdo a las instrucciones bíblicas*. En segundo lugar, ambos dones tienen el mismo efecto de una profecía, y por lo tanto sirven para que la iglesia reciba edificación. (1 Corintios 14:5, 26-27.)

Pidámosle a Dios que nos utilice en estos dos dones; ambos son necesarios. El apóstol Pablo en Corintios 12, compara los dones del Espíritu, públicamente manifestados, con varios miembros y sentidos del cuerpo, teniendo cada uno su lugar, y siendo cada uno necesario a su manera. A la luz de la Escritura, no vemos cómo pueden ser clasificados los dones en categorías de mayor o menor significación, desde el momento en que Pablo pone énfasis en el hecho de que cada miembro del cuerpo es importante. A menos de que se pongan de manifiesto todos los dones, el cuerpo de Cristo en la tierra se verá impedido en su accionar.

Cada uno de nosotros debería examinar su propia vida y arreglar cuentas con Dios antes de manifestar los dones de Dios. Si la gente resulta beneficiada, ¡démosle a Dios la gloria! Oremos para que la gloria de Dios también se manifieste a través de otros miembros del cuerpo de Cristo. (Juan 17:22.)

8

El don de profecía

El don de profecía se manifiesta cuando los creyentes expresan lo que está en la mente de Dios, por inspiración del Espíritu Santo y no por inspiración de sus propios pensamientos. La profecía no es un don "privado", sino que siempre interviene un grupo de creyentes, si bien pudiera estar destinada a una o más de las personas presentes. De esa manera puede ser "juzgada", es decir, evaluada por la iglesia.

A pesar de que la profecía aparece en el sexto lugar en la lista de 1 Corintios 12, Pablo la coloca al tope en el capítulo 14, significando con ello lo altamente beneficiosa que es para la iglesia. Así, dice Pablo:

"Seguid el amor; y procurad los dones espirituales, pero sobre todo que profeticéis ... el que profetiza, edifica (construye) a la iglesia." El versículo 39 es más enfático aún:

"¡Procurad profetizar!"

Ya vimos en el último capítulo que los dones de lenguas y de interpretación, actuando juntos servían, en primer lugar, como señal para los incrédulos y, en segundo lugar, para la edificación de la iglesia, es decir para los creyentes. La profecía es justamente el reverso, primero para la edificación de los creyentes y en segundo lugar para los incrédulos: "...la profecía (es señal), no a los incrédulos, sino a los creyentes." (1 Corintios 14:22.)

La Escritura nos dice que hay tres maneras mediante las cuales la profecía sirve a los creyentes: edificación, exhortación y consolación; o, dicho en otras palabras, construyendo, animando y consolando. (1 Corintios 14:3.) De ahí que la profecía tenga un carácter esencialmente estimulante para la iglesia, si bien no toda profecía tiene ese carácter. Si un padre terrenal nunca corrigiera a sus hijos, estaría adoptando una actitud perjudicial y descariñada. No crecerían ni madurarían normalmente. Si, por el contrario, el padre le dijera permanentemente al hijo que todo lo que hace está mal y nunca le dijera que lo ama y aprecia lo que hace, no habría un vínculo de amor entre padre e hijo. Podríamos establecer una proporción adecuada: una tercera parte de exhortación y dos terceras partes de consolación. Es por ello que en una reunión hemos de contar con muchas profecías que expresan la consolación del Padre y en menor proporción las que suponen un regaño. Una profecía válida no tendrá que ser duramente condenatoria para los creyentes, pero sí un consejo dado en tonos firmes e inequívocos.

Hasta el presente, en la mayoría de las reuniones carismáticas, ha sido mayor el ministerio dado a los creyentes por el don de lenguas y de interpretación que por la profecía. Una de las razones que explicarían este hecho es de que pareciera que se requiere más fe para hablar proféticamente, que la que hace falta para que una persona hable en lenguas y otra interprete. Hablar en lenguas es un don más fácil de manifestar que el de la profecía, precisamente porque el lenguaje es desconocido al orador y por ello no siente ningún temor en caso de equivocarse y, además, porque la interpretación la realiza otra persona, por lo general. Por el contrario, sobre la persona que profetiza cae todo el peso de la responsabilidad.

Por lo tanto, el primer propósito del don de profecía es hablar a los creyentes, pero este don puede también atraer a los incrédulos a Dios. La Escritura dice: "Pero si todos profetizan, y entra algún incrédulo o indocto, por todos es convencido, por todos es juzgado; lo oculto de su corazón se hace manifies-

to; y así, postrándose sobre el rostro, adorará a Dios, declarando que verdaderamente Dios está entre vosotros." (1 Corintios 14:24-25.) Esto indica el uso del don de profecía juntamente con el don de conocimiento. El don de conocimiento es la revelación divina de hechos no aprendidos por el entendimiento natural. Hablaremos más en detalle sobre este don en un capítulo más adelante. Cuando el incrédulo se da cuenta que son revelados hechos íntimos de su vida relacionados con su estado espiritual, se convence de la realidad de Dios y de inmediato se convierte. Por otro lado, el creyente incrédulo o indocto, que no entiende en su plenitud los dones del Espíritu, no habiendo recibido el bautismo del Espíritu Santo, muy a menudo, al llegar a este punto, se convence de que estas cosas son reales. (Esto último está ocurriendo cada vez con mayor frecuencia, en el día de hoy. Muchos creyentes "no adoctrinados" solicitan recibir el bautismo del Espíritu Santo, porque han visto en acción los dones de los cuales les habían dicho que "no eran para el día de hoy".)

En el Antiguo Testamento hubo hombres inspirados de Dios para profetizar. Estos profetas fueron especialmente elegidos por Dios para comunicar su palabra a la gente, oficiando los dones combinados de profecía y conocimiento, y a menudo ejecutando "grandes proezas" por el poder de Dios. Muchas veces, por medio de ellos hizo conocer Dios su voluntad e intención. Habitualmente toda profecía que se refiera al futuro va acompañada de la partícula condicional "si".

"De aquí a cuarenta días Nínive será destruida" (Jonás 3:4) es lo que Jonás debía anunciar. Pero los habitantes de Nínive se arrepintieron en saco y ceniza. ¿De qué habría valido enviar a Jonás si no hubieran tenido ninguna oportunidad de arrepentirse? De modo que Nínive no fue destruida —en esa ocasión al menos— ¡lo cual molestó mucho a Jonás!

Jeremías fue un profeta de la antigüedad, que advirtió a los habitantes de las ciudades de Judá, que se volvieran de sus malos caminos. También ésta fue una profecía "condicional". Después de oírlo hablar las palabras del Señor, tanto el sacerdote como los

profetas y el pueblo en general quisieron matar a Jeremías. A veces el papel del profeta lo hacía impopular y en ocasiones muy peligroso. Esteban desafió al Sanedrín preguntando: "¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres?" Jesús exclamó: "¡Jerusalén, Jerusalén que matas a los profetas...! (Mateo 23:37; Hechos 7:52.)

También hay profecías *in*condicionales que hacen referencia a planes definidos de Dios, relacionados especialmente con la venida de Cristo. Isaías 53 es un perfecto ejemplo, pues se trata de una de las más grandes profecías del Antiguo Testamento relacionadas con el Señor Jesús. Moisés profetizó sobre Cristo: "Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios; a él oiréis." (Deuteronomio 18:15.) Y, en realidad, Jesucristo mismo fue un "profeta, poderoso en obra y en palabra". (Lucas 24:19.) Fue *el* profeta, [1] de la misma manera que fue *el* sacerdote, *el* rey. En el Nuevo Testamento figuran numerosas declaraciones proféticas hechas por Jesús. Los capítulos 13 de Marcos y 24 de Mateo son poderosas profecías sobre acontecimientos venideros. El capítulo 16 de Juan en su casi totalidad es una profecía dada por Jesús a sus discípulos más allegados:

"Estas cosas os he hablado, para que no tengáis tropiezo. Os expulsarán de las sinagogas; y aun viene la hora cuando cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios. Y harán esto porque no conocen al Padre ni a mí. Mas os he dicho estas cosas, para que cuando llegue la hora, os acordéis de que ya os lo había dicho. (Juan 16:1-4.) (Leer el resto del capítulo.)

Estas profecías "incondicionales" fueron dadas principalmente para servir como señales indicadoras a los creyentes, para que pudieran discernir las "señales de los tiempos". Jesús dijo: "Os lo he dicho antes que suceda, para que cuando suceda, creáis."

[1] El mero hecho de reconocer en Jesús a un profeta, no hace cristiano a nadie; Jesús debe ser reconocido como el divino Hijo de Dios, Dios hecho carne.

(Juan 14:29.) En este momento no estamos debatiendo sobre el valor de las profecías, simplemente las mencionamos de paso, para ubicarnos y saber dónde estamos en el plan calendario de Dios.

En tiempos del Antiguo Testamento Dios no podía aún, por su Espíritu, *morar entre* su pueblo, pero el Espíritu Santo descendió para ungir a ciertas personas sometidas a Dios. El Espíritu reposó sobre ellos. Moisés —profeta y líder del pueblo de Israel— llegó a la conclusión, cierto día, de que lo que se exigía de él constituía una carga demasiado pesada para soportarla por sí solo, por lo cual Dios tomó el espíritu que estaba en él, y lo puso en otros setenta hombres; cuando esto ocurrió, ellos, a su vez, comenzaron a profetizar. Pero se planteó un problema, porque sobre dos personas, Eldad y Medad, que no habían estado en el Tabernáculo con los otros setenta, también reposó el Espíritu y por su inspiración comenzaron a profetizar a campo abierto. Entonces algunos de los otros se quejaron y querían que Moisés les prohibiera que profetizaran. La respuesta de Moisés fue, en sí misma, una profecía:

"¿Tienes tú celos por mí? Ojalá que todo el pueblo de Jehová fuese profeta, y que Jehová pusiera su espíritu sobre ellos." (Números 11:29.)

Estas palabras se cumplieron en los días de pentecostés. Justamente ese día Pedro hizo referencia a las palabras de Joel, que fueron similares a aquellas: "Esto es lo dicho por el profeta Joel: Y en los postreros días, dice Dios, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne. Y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños; y de cierto sobre mis siervos y sobre mis siervas en aquellos días derramaré de mi Espíritu y profetizarán." (Hechos 2:16-18.)

En Efeso, cuando Pablo impuso sus manos sobre los doce y recibieron su "pentecostés" "hablaban en lenguas y profetizaban". (Hechos 19:6.) La Escritura nos dice que desde el día de pentecostés y del derramamiento del Espíritu Santo, en adelante, toda criatura sometida a Dios puede ser movida por el Espíritu Santo a profetizar. Pablo, estando en Corinto, luego de recomendarles con ahinco de que todos deben aspirar a obtener el don de la profecía, se ocupa de las personas poseedoras de este don: "Los profetas hablen dos o tres, y los demás juzguen. Y si algo le fuere revelado a otro que estuviere sentado, calle el primero. Porque podéis profetizar todos uno por uno, para que todos aprendan, y todos sean exhortados. Y los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas." (1 Corintios 14:29-32.)

Estos versículos nos hablan de las "normas" a que deben ajustarse los que profetizan en reuniones. Los profetas deben limitarse a hablar dos o tres veces, lo mismo que para las lenguas y la interpretación. No importa cuán maravilloso sean los dones vocales, no deben ocupar toda la reunión. Hay que permitir el tiempo necesario para la enseñanza inspirada de la Palabra de Dios, para la alabanza y la oración, para compartir el testimonio, para cantar las alabanzas a Dios, etc.

Como ya lo hemos expresado anteriormente, la profecía tiene siempre, como destinataria, a la comunidad: el pueblo de Dios. En todos los casos, debe ser anunciada en presencia de otros, porque la profecía tiene que ser juzgada o evaluada por la iglesia, en términos del testimonio del Espíritu en los corazones de los demás hermanos, y en los términos establecidos por la Palabra de Dios, con la cual debe concordar la profecía, sin excepción. Esto sirve también de control para evitar que una persona en particular demande demasiado para sí misma. El dirigente de la reunión debe estar atento para corregir cuando fuere necesario. Se hace mención a los buenos modales y a la consideración debida a las demás personas. "Los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas", nos recuerda que los dones del Espíritu son por inspiración y no por compulsión, y no hay ninguna excusa que justifique un comportamiento extravagante. Siguiendo al pie de la letra al Espíritu Santo, la reunión será pacífica, apacible y ordenada: "decentemente y con orden", como lo dice Pablo. Para nosotros la palabra "decentemente" pudiera traducirse mejor por "con propiedad" o "decorosamente".

A las mujeres se les permite ejercer el ministerio de la oración y la profecía, siempre que estén sujetas

a la dirección del hombre. Hemos descubierto una efectiva "norma semi-paulina" pidiéndoles a las mujeres que no oficien una después de otra sino haciéndolo en forma alternada; por ejemplo, si una mujer ha hablado en lenguas, debe contar con que un hombre hará la interpretación; si una mujer da un testimonio o declara una profecía, debe pedirle a la otra mujer que espere hasta que un hombre haya oficiado antes de poderlo hacer otra mujer. De esta forma se anima tanto a los hombres como a las mujeres, desde el momento en que hay muy pocas mujeres que no quieren que sea el hombre el que tome la iniciativa.

Si una mujer está en duda con respecto a su derecho de profetizar, puede recordar la hermosa profecía declarada por María, la madre de Jesús:

"Engrandece mi alma al Señor; y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador. Porque ha mirado la bajeza de su sierva; pues he aquí, desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones. Porque me ha hecho grandes cosas el Poderoso; Santo es su nombre. Y su misericordia es de generación en generación a los que le temen. Hizo proezas con su brazo; esparció a los soberbios en el pensamiento de sus corazones. Quitó de los tronos a los poderosos, y exaltó a los humildes. A los hambrientos colmó de bienes, y a los ricos envió vacíos." (Lucas 1:46-53.)

Hasta aquí hemos hablado sobre el don de profecía referido a todos los miembros del cuerpo, pero ahora vamos a referirnos a los que hacen de la profecía su *ministerio*. De la misma manera que la era apostólica no es una cosa concluida y el ministerio del apostolado se mantiene en toda su vigencia en el día de hoy, así existen todavía los que tienen el ministerio de profeta. En razón de que los profetas del Antiguo Testamento hablaban contra los abusos sociales y políticos y contra las prácticas sacerdotales y de la jerarquía de esa época, es decir contra la "institución", ha echado raíces la errónea idea de que todo activista y todo aquel que protesta contra la injusticia social es un "profeta" y de que la "profecía" consiste, principalmente, en denunciar la maldad humana. Pero como ya lo hemos visto, no es lo que el hombre dice

en el ámbito natural lo que hace un profeta, sino el hecho de que es impulsado por el Espíritu de Dios para hablar las palabras que *Dios* pone en sus labios.

El verdadero profeta no tendrá necesidad de anunciar a los demás que él es un profeta; será reconocido por su ministerio. Moisés es un excelente ejemplo de un profeta, y sin embargo la Biblia dice de él: "*Moisés era muy manso (humilde, benévolo), más* que todos los hombres que había sobre la tierra." (Números 12:3.) Esto es un buen criterio para probar a un profeta hoy en día. Es natural que un profeta de Dios oficiará con frecuencia en el don de la profecía, que muchas veces va unido al don de la palabra de sabiduría —muy difícil a veces de establecer la distinción entre ambas —haciendo conocer la voluntad y el pensamiento de Dios. Cuando Jesús, sentado junto al pozo, le contó a la mujer, con lujo de detalles, todo lo que sabía sobre su vida personal, la mujer de inmediato le dijo:

"Señor, me parece que tú eres profeta." (Juan 4:19.)

Un verdadero profeta será un cristiano maduro, ya que su ministerio figura en la lista como uno de los oficios utilizados para la edificación de la iglesia. (Efesios 4:8, 11-16.) No se permitirá a ninguna persona que ejerza el ministerio como profeta consagrado en la iglesia, a menos que sea perfectamente conocido por sus hermanos en cuanto a su doctrina y a su manera de vivir. Un verdadero profeta denunciará todo lo que sea malo, sin tomar en consideración si el actuar así lo hará impopular o no. Atraerá a la gente a Dios, no a sí mismo.

El ministerio del profeta debe ser juzgado más estrictamente que el de los hermanos en general que profetizan en las reuniones. Puede darse el caso de que un hombre sea utilizado en el oficio profético, y sin embargo cometerá errores garrafales de vez en cuando. Nunca habrán de aceptarse sus palabras por el mero hecho de su ministerio, sino que deberán ser puestas a prueba por la Palabra y el Espíritu; y esto, por supuesto, no significa de ninguna manera que sea un falso profeta, sino solamente de que no ha alcanzado la perfección y por ello está sujeto a

error. "En parte profetizamos." (1 Corintios 13:9.)

El enemigo dispone de imitaciones fraudulentas de todos los verdaderos dones, y hay profusión de falsos profetas en el mundo. Un falso profeta es tremendamente peligroso, ya que usará de su presunta autoridad para ejercer su maligna influencia sobre las personas, y sujetarlas a servidumbre por medio del terror. Logrará separarlos de los demás miembros de la familia de Cristo —a menos que se lo ponga en tela de juicio y se descubra su falsedad— con el argumento de que pertenecen a un pequeño y selecto grupo escogido. Eso es lo que ocurrió hace poco tiempo atrás en nuestra propia iglesia, cuando un grupito de fervientes cristianos fueron dominados por un hombre de otra ciudad. Vino y les dijo que él habría de ser su "pastor". Tendrían que abstenerse del más mínimo contacto —aún de sus familiares y amigos— con toda persona que rechazara al grupo, y les prohibió que leyeran otra cosa fuera de lo que él les permitía leer, ¡la mayor parte de lo cual lo había escrito él mismo! Por supuesto, también les prohibió escuchar a ningún otro maestro fuera de él. Les dijo además que cualquier persona que se separara del grupo, estaría *condenada* a la perdición. Es conveniente estar precavidos, porque hay actualmente muchísimos "lobos rapaces" como los llamaba Pablo, rondando alrededor del pueblo de Dios.

"Así ha dicho Jehová de los ejércitos: no escuchéis las palabras de los profetas que os profetizan: *os alimentan con vanas esperanzas*: hablan visión de su propio corazón, no de la boca de Jehová." (Jeremías 23:16.) El profeta mentiroso no advierte al pueblo que deben dejar de hacer lo malo (Jeremías 23:17-22), y generalmente la aparición de un falso profeta se acompaña de inmoralidad.

Debemos precavernos también de la profecía personal y directa, especialmente cuando la misma no es ejercitada por un hombre maduro y sometido a Dios. Un abuso desenfrenado de "profecías personales" minó el movimiento del Espíritu Santo que comenzó a principios de siglo. Aún hoy subsiste. A los cristianos les son dadas palabras de sabiduría y de conocimiento para ser utilizadas entre ellos, "en el

Señor" y tales palabras alientan y ayudan, pero tiene que haber un testimonio del Espíritu de parte de la persona destinataria de esas palabras, y habrá que extremar las precauciones al recibir cualquier supuesta directiva o una profecía que predice el futuro. En *ningún caso* debemos tomar determinaciones basadas únicamente en el hecho de que alguien emitió una supuesta declaración profética o una interpretación de lenguas, o por una presunta palabra de conocimiento o de sabiduría. Nunca hagamos algo por el mero hecho de que un amigo se nos acerca y nos dice: "El Señor me dijo que te dijera que hicieras tal o cual cosa." Si el Señor en realidad tiene instrucciones para darnos, nos proveerá de un testigo en nuestros propios corazones, en cuyo caso las palabras emitidas por el amigo, o por intermedio de los dones del Espíritu Santo en una reunión, serán la confirmación de lo que Dios *ya nos ha estado* indicando. La dirección también debe concordar con la Escritura. Y ya que hablamos de Escrituras, veamos lo que dijo Pedro:

"Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones..." (2 Pedro 1:19.) La Palabra escrita de Dios es nuestra guía del viajero, que debemos estudiar concienzudamente, y es el criterio para poner a prueba todas las palabras habladas. Hay un antiguo dicho que vale la pena repetir: "Si tenemos el Espíritu sin la Palabra, estallaremos; si tenemos la Palabra sin el Espíritu, nos secaremos; pero si tenemos el Espíritu y la Palabra, creceremos."

Hagamos notar la cautela del profeta Jeremías. El Señor le dijo a Jeremías que comprara una propiedad a su primo Hanameel. Jeremías no hizo nada hasta que recibió la visita de su primo ofreciéndole venderle la propiedad, sin tener este último la menor idea de lo que el Señor el había dicho a Jeremías. "Entonces" dijo Jeremías, "*conocí que era palabra de Jehová*." Si el profeta Jeremías, ese gran hombre de Dios, fue tan cauteloso que desconfiaba hasta de su propia profecía, ¡cuánto más deberemos serlo nosotros! (Je-

remías 32:6-9.) ¡La profecía no es decir la buenaventura! La profecía no es mirar en una bola de cristal, o echar las cartas, o una supuesta predicción del futuro por cualquier otro método. Como ya lo hemos dicho detalladamente en capítulos anteriores, Dios prohibe terminantemente atisbar en el futuro; siempre lo ha prohibido. Si los hombres intentan hacerlo, recibirán información del enemigo para sus propios fines y, si persisten, será para su destrucción. Cierto es, como ya lo hemos mencionado, que la Escritura nos dice que Dios, por medio de sus profetas, nos revela hechos que habrán de suceder; pero esto nada tiene que ver con decir la buenaventura; se trata, simplemente, que en esos casos, Dios ha querido compartir sus intenciones con sus hijos fieles. El verdadero profeta no procuraba obtener información sobre el presente o el futuro, pero como vivía en estrecha comunión con el Señor, Dios compartía con él su conocimiento. La verdadera profecía es anticipar, no vaticinar.

La profecía tampoco es una "predicación inspirada". La predicación, que significa "proclamar el evangelio" debe ser, naturalmente, inspirada por el Espíritu Santo, pero al predicar, esa inspiración del Espíritu Santo se extiende al intelecto, al entrenamiento, a la destreza, al trasfondo del predicador. Podemos escribir el sermón de antemano o improvisarlo, pero en ambos casos proviene de un intelecto inspirado. Pero la profecía significa que la persona está pronunciando las palabras que Dios le suministra directamente; proviene del espíritu, no del intelecto. Una persona puede emitir palabras proféticas que ni siquiera él mismo entiende. Durante el transcurso de un sermón inspirado puede suceder que el predicador profetice o manifieste los dones de conocimiento y sabiduría, pero esas palabras no son parte de la *predicación*.

La profecía tampoco es *testimoniar*. Algunos, por el contrario, aseguran que sí lo es, procurando de esa manera justificar la falta de profecías en la iglesia de hoy. Para ello citan la escritura que dice: "El testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía." Si bien es cierto que el Espíritu Santo quiere que testimoniemos a los incrédulos, y nos ha dado el poder

para hacerlo, ¿cómo podemos darle el carácter de una "profecía" cuando la profecía es el mayor de los dones para la edificación de la *iglesia?*

Pablo, en su primera carta a los tesalonicenses, dice así: "No menospreciéis las profecías. Examinadlo todo; retened lo bueno." (1 Tesalonicenses 5:20-21.) El hecho de que se abusa de los dones de Dios y de que el enemigo dispone de imitaciones fraudulentas, no significa que debemos rechazar lo que Dios tiene para nosotros. Eso es exactamente lo que quisiera el enemigo. Cuando los hijos de Israel abandonaron el desierto y penetraron en la tierra prometida, descubrieron que los frutos eran mucho más grandes, pero también lo eran los enemigos. No sólo uvas había en el valle de Escol, sino gigantes, y así puede ser nuestra experiencia si decidimos tomar este nuevo camino en el Espíritu, ¡pero la fruta vale el esfuerzo!

Jesús es profeta, sacerdote y rey. También nosotros podemos ser, hoy en día, a través de él profetas, sacerdotes y reyes. (Apocalipsis 1:6.) El profeta habla a la gente las palabras de Dios; el sacerdote le habla a Dios a favor de la gente, por medio de la alabanza y de la oración; el rey domina, imponiendo su voluntad, por medio de la palabra, sobre las obras del enemigo. En los tres ministerios la *voz* es importantísima, y nos permite ahondar en la razón del porqué la *voz* tiene que ser sometida en pentecostés. Si aspiramos a los dones verbales, guardémonos de hablar iniquidades, y así entraremos en la categoría de quienes Dios dice "serás como mi boca". (Jeremías 15:19.)

Aspiremos al don de la profecía. Pidámosle a Jesús que edifique su cuerpo en la tierra, por nuestro intermedio. Al tener comunión con el Señor y con nuestros hermanos y hermanas en el Señor, habremos de experimentar que en nuestra mente toman forma pensamientos y palabras de inspiración que no escuchamos ni compusimos. Si están de acuerdo con la Escritura, entonces debemos compartirlos con la Iglesia. En cuanto a la interpretación puede ocurrir que recibamos tan sólo unas pocas palabras, que aumentarán una vez que hayamos empezado a inter-

pretar. Podremos ver un cuadro con los "ojos de la mente" y las palabras brotarán cuando comenzamos a describir el cuadro. En cuanto a los dones de lenguas y de interpretación, el Espíritu brinda las palabras valiéndose de distintos medios. Algunos ven las palabras como si estuvieran escritas y se reducen a leerlas palabra por palabra.

Los dones se manifiestan por la habilidad de Dios, no de la nuestra. En la medida de nuestra fe él proveerá las palabras que quiere que hablemos. (Romanos 12:6.) No tengamos miedo de emitir una profecía ni nos sintamos acomplejados porque la Iglesia debe evaluarla. No apaguemos el Espíritu. El profeta Amós preguntó: "Si habla Jehová el Señor ¿quién profetizará?" (Amós 3:8.) ¡Olvidémosnos de nuestro orgullo y testifiquemos de Jesús!

9

Dones de sanidades

Los dones de poder son la sanidad, los milagros y la fe. Configuran la continuidad del ministerio de misericordia de Jesús hacia los necesitados. La mayoría de las personas se muestran interesadas en los dones de la sanidad, porque la necesidad es algo tan generalizado. Es fácil comprender que se trata de uno de los dones que más benefician al hombre en su vida. De los nueve dones es, con mucho, el más aceptado por la cristiandad. Fue el Señor Jesús quien le dio la preeminencia que tiene, pues el noventa por ciento de su ministerio en la tierra lo utilizó sanando enfermos. La primera instrucción que les dio a sus discípulos fue:

"¡Sanad enfermos!" (Mateo 10:8.)

Sin embargo, en el lapso transcurrido entre la resurrección y su ascensión, la Biblia no registra que Jesús practicara ninguna curación. Durante esos cuarenta días, ocupó gran parte de su tiempo enseñando y preparando a sus discípulos para proseguir con el ministerio que él comenzó. Inmediatamente después de pentecostés, los primeros creyentes continuaron el ministerio de Jesús, sanando enfermos, resucitando a los muertos, y echando fuera espíritus inmundos. El ministerio de sanidad de Jesús ha proseguido por casi dos mil años, y continuará así hasta que él vuelva a la tierra. Jesús nos dio esta gran promesa: *"El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también;* y aún mayores hará, porque yo voy al Padre." (Juan 14:12.)

Los dones de la sanidad se destinan para la curación de lesiones, incapacidades físicas o mentales, y enfermedades en general, sin la ayuda de medios naturales o de la destreza humana. Son manifestaciones del Espíritu Santo que, movido a misericordia, y canalizándose a través de seres humanos, van en ayuda del necesitado. Las personas utilizadas por Dios como sus conductos para ejercer la sanidad, no deberían tener la pretensión de "poseer" esos dones, ni deberían adjudicarse el título de "sanadores", sino más bien darse cuenta que a través de ellos podrían manifestarse cualquiera de los nueve dones, en la ocasión en que lo dispusiera el Espíritu Santo, de acuerdo a las necesidades de los que lo rodean. Existe una real interdependencia entre Dios y el hombre en todo lo relativo a los dones del Espíritu. Por ejemplo, si somos movidos a orar por un amigo, debemos tomar nuestro vehículo, ir a la casa del amigo, hablar de cómo Jesús sana hoy en día, orar con el amigo y Jesús hará la curación. Un espectador podría decir: "A lo que parece, lo han hecho todo." En realidad, al principio, fuimos un "testigo", informando lo que puede hacer Jesús; luego un "mensajero", trayendo el don de Jesús, a través del Espíritu Santo que mora en nosotros. Dios nos guía y nos utiliza en su tarea, pero el que sana es él. Gozamos del privilegio de ser colaboradores juntamente con el Señor Jesús. Después de la ascensión y de pentecostés, la Escritura nos dice que los discípulos "...saliendo, predicaron en todas partes, *ayudándoles el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían*". (Marcos 16:20.)

No es indispensable que un cristiano haya recibido el bautismo del Espíritu Santo para poder orar por los enfermos, ni el hecho de que una persona que ha orado con resultados positivos por un enfermo sea una señal de que ha recibido el bautismo del Espíritu Santo. Jesús dijo: "Estas señales seguirán a los que *creen*... sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán." (Marcos 16:17-18.) Cualquier creyente puede orar por un enfermo y verlo curarse por el poder de Jesús. Sin embargo, y hablando en términos generales, el don de sanidad se manifiesta después de haber recibido el bautismo en el Espíritu Santo, al aumentarse la fe, y recién entonces el cristiano comienza a ministrar a los enfermos. Al igual que los otros dones, el de sanidad se exterioriza con mucha mayor intensidad y realidad, después de recibir el Espíritu Santo.

Se entiende habitualmente por "imposición de las manos" el tocar la cabeza del enfermo con una o las dos manos, mientras elevamos la oración. No es un acto mágico, pero es bíblico. Como lo expresa Oral Roberts, constituye un "punto de contacto" para que el enfermo "libere su fe". Puede también ser una vía por la cual se canalice el efectivo poder del Espíritu. La Biblia dice que podemos poner las manos sobre el enfermo, y así lo hacemos. No obstante, tomemos nota de que Jesús oró por los enfermos de muy variadas maneras. A veces ponía sus manos sobre ellos, o tocaba sus ojos o sus orejas; en otras ocasiones les soplaba su hálito; y a veces no hacía ni siquiera un gesto, simplemente pronunciaba una palabra y los enfermos eran curados. En algunas ocasiones les ordenaba *a ellos* que hicieran algo, como un acto de fe. Una vez le untó con barro los ojos a un hombre y le ordenó que se lavara. Y a unos leprosos todo lo que les dijo fue: "Id, mostraos a los sacerdotes" (el departamento sanitario), y al darse vuelta para ir, ¡fueron sanados! De paso, debemos llamar la atención sobre todas las personas afectadas de enfermedades que requieren tratamiento médico y están sometidas a medicación. Aconsejamos a los tales, que no suspendan el tratamiento específico (contra la epilepsia, la diabetes, los trastornos cardíacos, por ejemplo) antes de "ir y mostrarse a los sacerdotes" —los médicos— quienes deberán certificar la curación. Lo mismo se aplica a las personas afectadas de tuberculosis o cualquier otra enfermedad contagiosa, que ha sido curada por Jesús por medio del don de sanidad.

En la epístola de Santiago leemos de curaciones efectuadas a enfermos "ungiéndoles con aceite" (Santiago 5:14-15) y en respuesta a sus oraciones elevadas con fe. Los ancianos, los dirigentes de la congregación, efectúan el ungimiento al par que oran

por los enfermos de esa congregación en particular. Los discípulos ungían con aceite y oraban por los enfermos. (Marcos 6:13.) En la Biblia el aceite representa uno de los símbolos del Espíritu Santo. "Ungir" significaba derramar aceite (generalmente de oliva) sobre el enfermo mientras se oraba por él. Actualmente la costumbre se reduce a tocar la frente del enfermo con aceite. La epístola de Santiago dice a continuación: "La oración de fe *salvará* (sanará) al enfermo, y el Señor lo *levantará*..." (Santiago 5:15.) Notemos la naturaleza incondicional de la promesa. En la Escritura no hallamos ningún mandamiento que nos exija concluir la oración de sanidad con esa frase tan devastadora de la fe que dice: "Si es tu voluntad". Dios ha dejado claramente sentado en su Palabra, que *es* su voluntad curar a los enfermos, de modo que todo cuanto se diga al respecto está demás. Jesús jamás utilizó la forma condicional cuando oró por los enfermos. El nos dijo que debemos creer que habremos de recibir la respuesta a nuestras oraciones, aun antes de que oremos. (Marcos 11:24.) Algunos nos recuerdan que Jesús oró en Getsemaní diciendo "Padre, si quieres..." O "no se haga mi voluntad, sino la tuya". Pero esta es una situación totalmente distinta. Jesús sabía cuál era la voluntad del Padre. Vino al mundo con el exclusivo propósito de morir por nuestros pecados y resucitar para nuestra justificación. La oración se refería a su renuencia de sentirse separado de la amante comunión con su Padre, que es lo que ocurriría durante las dolorosas horas de la cruz, cuando cargó sobre sus hombros el pecado de toda la humanidad.

Y cuando se trata de la sanidad, sabemos cuál es la voluntad del Padre: "Yo soy Jehová, tu sanador." (Exodo 15:26.) "El que sana todas tus dolencias." (Salmo 103:3.) "Quitaré toda enfermedad de en medio de ti." (Exodo 23:25.)

Algunos confían en que Jesús podría sanar, ¡pero no están muy seguros en cuanto al Padre! En cierta ocasión le pidieron a Dennis que visitara a una mujer gravemente enferma a quien los médicos habían desahuciado.

Cuando entró a la pieza, pudo ver que efectivamente estaba muy enferma. Pálida y enflaquecida, mostraba, sin embargo, un hermoso resplandor en su rostro. Con una sonrisa le dijo a Dennis: —No se preocupe. Estoy reconciliada con el hecho de que ésta es la voluntad de Dios.

¿Qué podía responder a eso? Lo habían enviado a orar por su mejoría, y ella estaba segura de que Dios quería que muriera. Le dijo:

—No puedo discutir con usted en momentos como éstos, pero le ruego me conteste una pregunta: si Jesús en persona entrara a esta pieza ¿qué cree usted que haría?

—¡Me sanaría!

Dennis asintió. —¿No tiene ninguna duda en cuanto a eso?

Movió su cabeza en un gesto negativo.

—Bueno. Jesús dijo que él únicamente hacía las cosas que veía hacer al Padre, es decir que no hacía nada por sí mismo. (Juan 5:19.) También dijo que él y su Padre estaban tan unidos, como si fueran uno, y que, si le habíamos visto a él, habíamos visto al Padre. ¿Cómo puede usted decir, entonces, que Jesús la sanaría pero que la voluntad del Padre es que muera de esta enfermedad?

Meditó un rato y luego su rostro se iluminó más de lo que ya estaba.

—Comprendo bien lo que usted quiere decir.

Y ahora sí podían orar en favor de su curación.

Una señora nos relató su experiencia. "Cuando estuve gravemente enferma, varias personas oraron conmigo pero al terminar siempre añadían las palabras "si fuere tu voluntad, Señor". Yo me angustiaba cada vez que oía esa frase. El día en que recuperé la salud fue el día en que una de esas personas oró con verdadera fe. Estuve esperando escuchar la frase "si fuere tu voluntad", pero ¡alabado sea el Señor! no la dijo." Si no podemos orar por un enfermo con certeza y fe, deberíamos abstenernos de orar hasta que logremos hacerlo o, de lo contrario, pedirle a otro que lo haga.

No es necesario que elevemos largas oraciones por los enfermos. Cuando contamos con la fe necesaria

para pronunciarla, una palabra imperativa basta para lograr el resultado apetecido: "¡Sana, en el nombre de Jesús!" Jesús sanaba con un toque o una palabra, casi siempre con una orden: "Sé limpio" le dijo al leproso. Al paralítico le dijo: "Levántate, toma tu lecho y vete a tu casa." Ordenó a los oídos del sordo: "Sé abierto." Al hombre que tenía la mano seca le ordenó: "Extiende tu mano" y la mano le fue restaurada sana.

Observemos que en la lista de 1 Corintios 12:9 Pablo habla de "dones de sanidades" y no de "don de la sanidad". Los menciona tres veces en el capítulo y en todos los casos los dos sustantivos están en plural. La traducción literal diría: "Dones de sanidades."

Y es lógico que así sea, desde el momento en que hay muchas enfermedades se necesitan muchos dones. Una de las más hermosas promesas de sanidad, referidas a Jesús como nuestro Sanador, es la que dice: "El herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados." (Isaías 53:5.) Y nosotros podemos decir con Pedro, lo que él dijo mirando atrás hacia la crucifixión: "Por cuya herida *fuisteis sanados*." (1 Pedro 2:24.) Las treinta llagas en las espaldas de Jesús representan la sanidad de *todas* nuestras enfermedades. Al igual que con los demás dones, algunos cristianos reciben el *ministerio* de sanidad, y con frecuencia son utilizados de esta manera. Y no es raro observar, en este ministerio, que resulta más efectivo orar por algunas enfermedades en particular. Por ejemplo, un amigo nuestro realiza un poderoso ministerio para la artritis, otro para los dolores de muelas, etc. Tal vez sea ésta la razón porque Pablo habla de "dones de sanidades". Algunos han desarrollado este ministerio de manera notable, a resultas de lo cual miles de personas han sido curadas y auxiliadas. Estamos profundamente agradecidos a esas personas dedicadas y entregadas a Dios. Y será aún más espléndido cuando un crecido número de los hijos de Dios, tomen la iniciativa y obedezcan el mandato de "sanad a los enfermos". En toda congregación donde sus miembros han

recibido el bautismo en el Espíritu Santo se encuentra gente con un ministerio de sanidad latente.

Una persona puede ser curada por la fe de otra cuando está demasiado enferma o débil para ejercitar su propia fe (Marcos 2:3-5) aun cuando esté inconsciente o en coma. La curación puede efectivizarse por medio de la fe sola (en Jesús) del enfermo (Mateo 9:22, 29) o por la fe combinada del enfermo y del que ejerce su ministerio. (Marcos 5:25-34.) Esto último, por supuesto, es la situación más deseable. Cuando sea posible, es importante darse el tiempo suficiente para cimentar la fe del enfermo, antes de imponerle las manos para la curación. Esto puede hacerse compartiendo pasajes de la Biblia que se refieren a la sanidad, y compartiendo testimonios personales. Ya lo dijo el apóstol Pablo escribiendo a los romanos: "La fe es por el oír, y el oír, por la Palabra de Dios." (Romanos 10:17.) Debemos aclarar con toda precisión que ni siquiera necesitamos depender de la fe de otros, y que nos basta con la Palabra de Dios.

Rita estaba compartiendo su testimonio con un grupo de mujeres en un hogar en Spokane, Washington, en el año 1965, cuando sonó el teléfono. Era una señora que se llamaba Juanita Beeman. La dueña de casa la presentó a Rita por teléfono, y tomó conocimiento del problema. Juanita tenía una afección cardíaca que se manifestaba por taquicardia (aceleración de los latidos del corazón) debido a lo cual le habían instalado un marcapaso electrónico. A pesar de que habían transcurrido varios meses desde la operación para implantarle el aparato, tenía que guardar cama en reposo absoluto. Su corazón estaba dilatado y cada quince días tenían que extraerle el líquido que resumía y que se deposita alrededor del corazón, debido a la presencia del aparato que actuaba como un cuerpo extraño. Le pidió por teléfono a Rita que fuera a su casa a orar por ella. A la mañana siguiente Rita fue a escuchar a un evangelista visitante que predicaba sobre la fe. Citó las Escrituras con verdadera convicción y la fe de Rita aumentó considerablemente. Después de eso se dirigió al hogar del matrimonio Beeman, y no bien habló con ellos

se dio cuenta de que eran verdaderos creyentes. Después de compartir los pasajes referidos a la sanidad y de hablar sobre los distintos casos de sanidad que ella había presenciado, oraron. La presencia de Dios se hizo tan patente y poderosa, que todos ellos fueron movidos a lágrimas. Varios días después, cuando Juanita entró *caminando* al consultorio del médico (antes debido a su debilidad tenía que ser transportada en una silla de ruedas), éste le preguntó sorprendido: —¿Qué ha sucedido?

Ella le respondió alegremente: —¡Dios contesta las oraciones, doctor!

El médico la examinó, y comprobó que su corazón se había reducido a su tamaño normal, y que no se había depositado más líquido. Juanita, desde entonces, ha vivido una vida gozosa y activa.

Cuando oramos por los enfermos, tanto ellos como nosotros deberíamos sentirnos edificados. Smith Wigglesworth aseguró que nunca sentía tan de cerca el poder de Dios como cuando oraba por los enfermos. Muchas veces tuvo una visión de Jesús cuando estaba entregado a una ferviente oración de sanidad. Descubrió, además, la importancia que tiene el medio ambiente que nos rodea cuando hacemos la oración.

Nos consta que hemos visto a un paciente literalmente dominado por la televisión, cuando tenía sus ojos pegados a la pantalla ¡y a duras penas logramos convencerlo que apagara el televisor para poder elevar una oración de sanidad! Si las circunstancias están bajo nuestro control, debemos insistir en quitar todo motivo de distracción, no solamente durante el momento que dure la oración, sino especialmente *después* y, si es posible, antes. Smith Wigglesworth, si podía, solicitaba a los incrédulos que abandonaran la pieza antes de elevar la oración de sanidad. Así lo hizo Jesús cuando resucitó a la hija de Jairo. (Marcos 5:38-40.) Por supuesto que todas estas actitudes deben ser tomadas con amor. (Recomendamos entusiastamente la lectura sobre la vida de Smith Wigglesworth, en los libros *Ever Increasing Faith* (La fe que siempre crece) y *Smith Wigglesworth, Apostle of Faith* (Smith Wigglesworth, el apóstol de la fe). Son

excelentes libros para la edificación de nuestra fe y para la sanidad. Hay muchos otros.)

Las personas que sientan la vocación de orar por los enfermos deben dedicar el tiempo que sea necesario para preguntarle a Dios cómo proceder. Se debe contar con que otros dones del Espíritu, tales como la palabra de sabiduría y la palabra de conocimiento se manifiesten conjuntamente con los dones de sanidades. Pudiera haber algo en la vida del enfermo que esté impidiendo la curación, y que podría ser revelada por la palabra de sabiduría.

El don de la palabra de sabiduría puede ser un gran edificador de la fe. A veces el Señor le hará conocer a un cristiano que otro padece de una enfermedad. Al compartir ambos cristianos este conocimiento, le infundirá al enfermo una gran certeza y la fe necesaria para receptar la sanidad que se le ofrece. Varios evangelistas de sanidad dependen en gran medida de la palabra de sabiduría para cimentar la fe, y a medida que el Señor pone de manifiesto las necesidades, la gente es curada allí donde se encuentren, sentadas o de pie, sin necesidad de que nadie en particular oficie con ellos individualmente, aparte del Señor.

La fe, por supuesto, es el más importante de los dones en el ministerio de la sanidad. Hay ocasiones en las cuales el don de la fe será tan fuerte, que *sabremos*, aun antes de orar, que la persona será curada.

Es importante explicarle al enfermo, que cuando las manos les son impuestas, debe dar rienda suelta a su fe y recibir la curación. Como ya lo hemos dicho, la sanidad de Dios puede producirse por un toque, una palabra o cualquier otro acto de fe. Algunas personas fueron curadas escuchando la radio cuando un evangelista predicaba sobre la sanidad. Esto ocurrió recientemente durante el curso de una transmisión radial en Seattle, Washington, a pesar de ni siquiera haberlo sugerido. Una radio-escucha dio rienda suelta a su fe y se curó. Personas que vivían en lugares alejados, fueron curadas por las oraciones de sus amigos (Mateo 8:8), aún sin saber que los amigos estaban orando. Un grupo de miembros de la Iglesia

Episcopal de Van Nuys, California, oraban por una amiga que sufría de un tremendo absceso en la muela. Mientras oraban, sonó el teléfono:

—¿Qué está ocurriendo ahí? —preguntó la mujer—. ¡De pronto me he curado!

La Biblia registra otros casos extraordinarios de sanidad por el simple hecho de que la sombra de una persona pasara sobre los enfermos (Hechos 5:15) o entregando a los enfermos paños o delantales que habían tocado las personas utilizadas por Dios para ese ministerio de la sanidad. (Hechos 19:11-12.) De más está decir que estas cosas pueden ser motivo de abuso o de uso incorrecto, pero sin duda alguna son reales y valederas. Además, repetimos, brindan la ocasión para dar rienda suelta a la fe. Sabemos de casos, en la actualidad, en que alguien ha puesto en contacto con el cuerpo del enfermo —sin que el enfermo lo supiera— un pañuelo bendecido, y el enfermo se ha curado. En este caso actúa la fe de la persona que trae el objeto bendecido y que es el conducto que Dios utiliza para la curación.

Sabemos por la Biblia que Dios quiere que su pueblo sea íntegro en espíritu, alma y cuerpo. A pesar de lo maravilloso que es la curación física, estamos conscientes de que nuestra vida en este planeta no pasa de ser una gota en el Océano de la eternidad. De ahí que, como es fácil comprender, la sanidad más importante es la curación del alma y del espíritu, pues ello tiene valor eterno. Muchas veces, sin embargo, cuando el hombre interior recibe la salvación de Dios, se produce una reacción en cadena por la cual la santidad de Dios le infunde salud al espíritu y al cuerpo. La carta a los romanos dice así: "Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo." (Romanos 10:9.) En griego, la palabra que nosotros traducimos como "salvar" es *sozo*, que significa ser curado, resguardado de peligro, mantenido en lugar seguro, o salvado de la muerte eterna. Es una palabra que abarca muchísimos conceptos, y se aplica no sólo al espíritu sino también al alma y al cuerpo. Cuando Ananías oró por Pablo, éste fue curado de su mal físico y bautizado en el Espíritu Santo casi simultáneamente. (Hechos 9:17-18.) Y sabemos que estas cosas ocurren en el día de hoy. La oración en el lenguaje que dicta el Espíritu Santo (hablando en lenguas) puede curar, pues el Espíritu Santo nos guía para que oremos por nuestras debilidades y dolencias, y por las necesidades de otro. (Romanos 2:26.)

Hemos mencionado, según Santiago 5, las directivas de ungir a los enfermos con aceite y pronunciar la oración de la fe. También observamos que Santiago dice "Si hubiere cometido pecados, le serán perdonados". (Santiago 5:15.) La enfermedad, como la muerte, apareció como resultado de la caída del hombre. Pero el Señor Jesús dejó claramente sentado que no toda enfermedad es el resultado directo del pecado en la vida del individuo. Los discípulos le preguntaron sobre el ciego relatado en Juan 9: "¿Quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego?" La respuesta de Jesús fue terminante: "No es que pecó éste ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él." (Juan 9:3.)

Pero en otras ocasiones, Jesús establece una relación directa entre los pecados del individuo y su enfermedad. En Lucas 5 leemos de la forma de que se valieron cuatro amigos para transportar un paralítico hasta donde estaba Jesús. Como primera medida Jesús le dijo al paralítico: "Hombre, tus pecados te son perdonados." Luego le ordenó que se levantara y se fuera a su casa.

En Juan 5 Jesús sana otro paralítico, pero esta vez le advierte: "No peques más, para que no te venga alguna cosa peor." (Juan 5:14.)

Cuando oramos por los enfermos, debemos estar advertidos de que un pecado sin arrepentimiento, un hondo resentimiento o una pésima actitud, pueden interferir e impedir la curación. El *Libro de Oración Común* en la parte correspondiente al servicio para la visitación de enfermos, da las siguientes directivas:

"Entonces la persona enferma será exhortada a hacer una confesión especial de sus pecados, si siente preocupación de conciencia; después de tal confesión, y con la evidencia de su arrepentimiento, el ministro le dará seguridad de la misericordia y perdón

de Dios."[1] Es de buena política, antes de orar por un enfermo, preguntarle si "siente preocupación de conciencia", y en caso afirmativo guiarlo al arrepentimiento y a la confesión de su pecado, de la manera en que siempre lo haremos.[2]

Doquiera se mueva el Espíritu Santo, habrá sanidad. Dios no es glorificado en la enfermedad de su pueblo, como algunos erróneamente enseñan, sino, por el contrario, en su curación. Cuando Pablo nos dice que él se "gloriará en sus debilidades" (que no significa necesariamente debilidades físicas o enfermedad) quiere decir que su debilidad le da ocasión a Dios para demostrar su poder. Los hombres son guiados a Jesús hoy en día al comprobar su poder de sanidad, de la misma manera que lo eran en los

[1] *Libro de Oración Común*, p. 302.

[2] Por supuesto que hay grandes diferencias de opinión, entre varios grupos cristianos, sobre la manera en que haya de efectuarse la confesión. Algunos sostienen que debe ser hecha exclusivamente a Dios y otros que debe ser en presencia de un sacerdote. En nuestra opinión, la confesión hecha a un anciano (presbítero, sacerdote) fue substituida por la confesión a toda la iglesia, y referidas a pecados que afectaban a toda la comunidad —es decir un escándalo público— en el cual el anciano podía anunciar el perdón de Dios en beneficio de toda la iglesia en asuntos que no era conveniente hacerlo abiertamente. Creemos que el mandamiento "confesaos vuestras ofensas unos a otros" es de buena práctica, y que la autoridad para declarar el perdón de Dios pertenece al ministerio de todo creyente. Por lo tanto, si la persona con quien estamos orando no tiene conexión pastoral con ninguna iglesia, y ningún hábito referido a la confesión, sugerimos que lo pongamos en contacto con nuestro propio pastor o sacerdote, o de lo contrario asistirlo personalmente al confesar sus pecados a Dios, y darle la seguridad del perdón de Dios con palabras similares a las siguientes: "He oído la confesión de tus pecados a Dios, y me consta que estás verdaderamente arrepentido. Te aseguro, basado en la Palabra de Dios, que Dios te ha perdonado tus pecados, porque él ha dicho: "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad."

Todo lo que oigamos de esta confesión, debemos guardarlo en el más *absoluto* secreto, bajo el "sello confesional" que prohíbe hablar en lo sucesivo ni siquiera a la misma persona sobre los asuntos que ha confesado, a menos de contar con su anuencia. Tenemos que olvidarnos de lo que oímos. Dios ya tomó cartas en el asunto.

días del Nuevo Testamento. La curación física del incrédulo debería llevarle a Jesús como su Salvador. Debido a que con el correr de los años, y aún hoy, tantas iglesias han dejado de proclamar la verdad de que Jesús sana en la actualidad, han surgido cultos falsos exhibiendo un tipo de sanidad que no es bíblica y que no glorifica a Jesús. Alguien ha denominado a estos grupos como "las facturas impagas de la iglesia"; de estos hemos hablado en detalle en el capítulo cuarto.

Por otra parte, numerosas iglesias de todas las denominaciones, que se están movilizando en una dirección carismática, comprueban más y más casos de sanidad. Ciegos que recuperan la vista; cataratas que se disuelven (¡y aún cuencas vacías que se llenan!); oídos sordos que oyen; tumores que desaparecen; huesos fracturados que sueldan de inmediato; cardiopatías curadas; esclerosis múltiple, tuberculosis, cáncer, parálisis, artritis, y todas las enfermedades que afectan al cuerpo humano y son curadas por el toque de la mano del Maestro. Algunas de estas curaciones han sido instantáneas, otras progresivas, algunas parciales. En las ocasiones en las que hubiéramos esperado ver una curación y no la vimos, la culpa no fue de Dios sino del hombre. Somos muy rápidos para decir: "Dios no lo hizo. Me imagino que no está dispuesto a sanarme." Sin embargo, la Palabra de Dios nos asegura que sí lo está, y ahora mismo.[3]

La gente dice: "Yo creería en la sanidad si viera un caso en el cual el médico tomara una radiografía, luego se orara, a continuación el médico tomara otra radiografía que probara que efectivamente se curó."

[3] Las Escrituras prometen salud para el creyente. Por otro lado, debido a una variedad de razones, a veces los creyentes enferman. La promesa, sin embargo, es que si enfermamos, Dios nos sanará. Algunos dicen: "Pero no van a vivir para siempre. Algún día tienen que morir." Es cierto. Pero el pueblo de Dios tiene la promesa de una larga vida, y cuando vayamos al hogar de nuestro Padre, no es necesario que lo hagamos en enfermedad y dolor. En Génesis 25:8 leemos que: "Y exhaló el espíritu, y murió Abraham en buena vejez, anciano y lleno de años, y fue unido a su pueblo."

Hay muchos de esos casos que están debidamente registrados y archivados, con la curación perfectamente corroborada por la evidencia médica, con radiografías, análisis de laboratorio, etc.[4] Desgraciadamente, los que exigen tales pruebas nunca las buscan. Jesús dijo: "Si no oyen a Moisés y a los profetas (que ciertamente fueron testigos de las curaciones de Dios), tampoco se persuadirán aunque alguno se levantare de los muertos." (Lucas 16:31.)

La mejor manera de aprender sobre la sanidad, es comenzar a orar por los enfermos. Pidámosle a Dios que nos ayude en esta decisión y andemos en fe. Algunos saben cuándo deben orar por un enfermo por el testimonio interior; otros perciben una tibieza en sus manos; otros pueden acusar una arrolladora compasión. No debemos depender solamente de estos signos exteriores, pero si confirman la percepción interior de nuestro espíritu, contaremos con dos testimonios para reclamar la sanidad de Dios, especialmente si las circunstancias favorecen que oremos por los necesitados. Cuando se produce la sanidad, demos la gloria a Dios y guiemos a Jesús a la persona sanada, si aún no lo ha encontrado. Las señales nos seguirán en la medida que continuemos mirando al Señor Jesús y permanezcamos en su amante comunión.

[4] Bennett, *op. cit.* p. 199.

10

El obrar milagros

Los milagros son hechos que anulan o contradicen a las denominadas "leyes de la naturaleza". Estrictamente hablando, no existen "leyes de la naturaleza" como tales. El concepto de "leyes" físicas ha sido descartado por la física moderna, que define los sucesos naturales en términos de "probabilidades". Por ejemplo, la antigua física newtoniana establecía que:

"Hay una *ley* según la cual —descontando la resistencia del aire— todos los objetos caen con una aceleración de 9,81 metros/segundo, en cada segundo." La ciencia moderna diría: "Es *probable* que todo objeto que cae acelerará su velocidad a razón de 9,81 metros/segundo, en cada segundo." Y esto se asemeja muchísimo a lo que dice el cristiano: "Las denominadas leyes de la naturaleza, codificadas por la ciencia humana, no son otra cosa que la manera habitual que tiene Dios de hacer las cosas." Mantiene un orden regulado para nuestra conveniencia. ¡Qué desmañado sería vivir en un universo donde nada se repitiera dos veces de la misma manera! ¡Sería como vivir en un mundo de "Alicia en el país de las maravillas" y en medio de un gran desorden! Sin embargo, Dios en beneficio de su pueblo creyente, cambiará su acostumbrada manera de hacer las cosas, para poder atender a sus necesidades y además para mostrarles que él es soberano y tiene todo el poder. Los grandes milagros del Antiguo Testamento se hicieron, justamente, para atender a las necesidades de

la gente, y demostrarles que Dios era real, y que todo está bajo su control.

No es siempre fácil trazar una delgada línea divisoria entre el don de milagros y los dones de sanidades. Pareciera que la "sanidad" comprende a aquellos actos de poder que supone la curación de una condición en el cuerpo humano (o en el cuerpo animal, porque la sanidad alcanza también a los animales por la oración). Otros sucesos caerían bajo el título de milagros.

Mencionaremos algunos de los milagros típicos del Antiguo Testamento: la separación de las aguas del mar Rojo para que escapara el pueblo de Israel (Exodo 14:21-31); la detención del sol y de la luna para Josué (Josué 10:12-14); la tinaja de harina que no escaseó y la vasija de aceite que no menguó durante el hambre en la tierra (1 Reyes 17:8-16); el fuego que cayó del cielo sobre el Monte Carmelo para quemar el sacrificio de Elías y revelar al verdadero Dios (1 Reyes 18:17-39); el retroceso de diez grados del sol según el reloj de Acaz, en respuesta a la oración de Isaías (2 Reyes 20:8-11); las milagrosas plagas de Egipto (Exodo 7:12); la transformación en inocua de un potaje venenoso realizado por un acto de fe de Eliseo. (2 Reyes 4:38-41.) La mayoría de los grandes milagros del Antiguo Testamento ocurrieron en las vidas de Moisés, Elías y Eliseo.

El relato de Elías y de su discípulo Eliseo nos habla a nosotros en el día de hoy. Eliseo pidió una "doble porción" del Espíritu Santo que poseía Elías. Cuando Elías fue arrebatado al cielo, su manto —símbolo de su ungimiento— cayó sobre Eliseo. (2 Reyes 2:9-14.) El hecho notable que registra la Escritura, es que Eliseo hizo el doble de los milagros que había ejecutado Elías. Esto es simbólico de lo que les ocurrió a los creyentes después de la ascensión de Jesús, si bien Jesús no les legó solamente una "doble porción" de su Espíritu, pues no estableció límite alguno. Simplemente dijo: "Mayores obras hará, porque yo voy al Padre." (Juan 14:12.)

El don de milagros es uno de los dones que rinde mucha gloria a Dios y uno de los que más debería manifestarse en el día de hoy, de acuerdo a la promesa de Jesús. Dios se deleita en hacer milagros, y está utilizando a sus hijos en la práctica de este don. El poder para hacer *mayores* obras viene del hecho de que Jesús ascendió al cielo y pentecostés recibió la plena potencia del Espíritu Santo, poder con que cuentan los cristianos desde aquel entonces.

Por supuesto que Jesús ejecutó más milagros que ningún otro personaje en la Biblia, sin que todos ellos, aparentemente al menos, hayan sido registrados. Como ya lo dijo Juan: "Y hay también muchas otras cosas que hizo Jesús, las cuales si se escribieran una por una, pienso que ni aún en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir." (Juan 21:25.) Unos cuantos de sus milagros, que hallamos en la Biblia, incluyen los siguientes: transformar el agua en vino (Juan 2:1-11); caminar sobre las aguas (Mateo 14:25-33); alimentar milagrosamente a la multitud (Marcos 6:38-44; Mateo 16:8-10); calmar la tempestad en el mar (Marcos 6:45-52); la pesca milagrosa (Juan 21:5-12); pescar un pez y sacar una moneda de su boca (Mateo 17:27).

El primer milagro de Jesús fue la transformación del agua en vino: "Este principio de señales hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria; y sus discípulos creyeron en él." (Juan 2:11.) Jesús realizó milagros movido por su compasión frente a las necesidades humanas y por razones prácticas. Cuando caminó sobre las aguas fue para tranquilizar a sus discípulos y además porque tenía apuro en llegar a Betsaida. Cuando alimentó milagrosamente a las multitudes, lo hizo porque era imposible conseguir alimento de otra manera. Cuando transformó el agua en vino fue por que había necesidad de vino en la fiesta. Observemos que los milagros no se ejecutaron para asustar a los incrédulos y forzarlos a creer, sino más bien para estimular a los que ya creían o a los que querían creer. "La generación mala y adúltera demanda señal; pero señal no le será dada, sino la señal del profeta Jonás (haciendo referencia a su muerte y resurrección)." (Mateo 12:39-40.) Mucha gente dice: "¡Ahí lo tienen! ¡No se supone que tengamos señal!" Pero pasan por alto el hecho de

que Jesús está hablando a una "generación mala y adúltera". Por otra parte, Jesús dijo:

"Estas señales *seguirán* a los que *creen*..." (Marcos 16:17.)

Después de pentecostés, los apóstoles y otros que no lo eran, hicieron muchas señales de poder: en varias ocasiones los creyentes fueron liberados de la cárcel por el poder angélico (Hechos 12:1-17; 16:25-40; 5:17-25); el evangelista Felipe fue transportado corporalmente a Azoto por el poder del Espíritu Santo. (Hechos 8:39-40.) (Tomemos nota de lo siguiente: esto no fue una "proyección astral" o nada parecido. Felipe fue *físicamente* y *corporalmente* arrebatado por el Espíritu Santo y transportado de Gaza a Azoto, ¡una distancia de 38 kilómetros!) Obrando milagrosamente, Pablo encegueció transitoriamente a Elimas el mago para que cejara en su oposición al evangelio. (Hechos 13:9-12.) Pablo fue mordido por una víbora venenosa y no sufrió daño alguno. (Hechos 28:3-6.)

Pedro y Pablo cuentan en su haber el mayor número de milagros registrados en el libro de los Hechos de los Apóstoles, pero también ejecutaron milagros Esteban y Felipe, y en 1 Corintios 12 el don de hacer milagros es uno de los nueve dones que regularmente manifestaban los creyentes.

¿Qué quiso decir Jesús cuando afirmó que los que creen en él harían "cosas mayores"? Algunos piensan que significa que se producirán muchos más milagros, en razón del mayor número de personas que hoy en día son llenados con el Espíritu Santo. Otros creen que podría significar también que se harán nuevos milagros, en adición a los que registra el relato bíblico, y mayores aún que aquellos. De una cosa estamos seguros, y es de que si Jesús tuvo la intención de que los creyentes hicieran nuevos milagros, serían siguiendo el modelo determinado ya por el Señor, y de acuerdo con las Escrituras. Hay muchos hechos horripilantes que tienen lugar en la actualidad, a medida que los hombres y las mujeres experimentan con lo oculto y lo psíquico, es decir con los poderes de Satanás, y el cristiano no debe dejarse engañar por ellos. La Escritura nos dice que los seguidores del enemigo harán "grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuese posible, aún a los escogidos". (Mateo 24:24; Marcos 13:22.)

Sin embargo, los milagros se suceden hoy en día, de acuerdo a las normas establecidas por las Escrituras. En el libro *Nine O'Clock in the Morning,* (A las nueve de la mañana), citamos varios casos en que Dios modificó sorprendentemente las condiciones atmosféricas, en respuesta a una oración hecha con fe.[1]

Hay ejemplos de personas que, en la actualidad, han sido transportadas físicamente en el Espíritu, de la misma manera en que lo fue Felipe el evangelista, según la crónica registrada en Hechos 8:39-40. David duPlessis, probablemente el más conocido testigo del reavivamiento carismático, fue actor de un milagro igual, al comienzo de su ministerio. Estaba reunido juntamente con otros hombres en el jardín de la casa de un amigo, orando por otro hombre gravemente enfermo y que vivía en una casa distanciada casi dos *kilómetros de donde estaban ellos.*

"Mientras orábamos", cuenta David, "el Señor me dijo: "¡Te necesitan *ya mismo* al lado del lecho de ese enfermo!" Arrebaté mi sombrero, corrí alrededor de la casa y di un primer paso saliendo del portal, para dar el segundo paso en el umbral de la casa donde yacía enfermo mi amigo, ¡a casi dos kilómetros de distancia! Por supuesto que me sorprendí sobremanera. Me consta que fui transportado de manera instantánea esa distancia, porque alrededor de quince minutos llegó el resto de los hombres con quienes había estado orando, los cuales llegaron agitados por el esfuerzo realizado. Me preguntaron: "¿Cómo llegaste aquí tan rápido?"

David tenía que llegar inmediatamente, y Dios simplemente proveyó el transporte.

En estos últimos años se está desarrollando en Indonesia lo que tal vez sea el más poderoso reavivamiento de cristianismo neotestamentario, que el mundo haya experimentado jamás. Nos llegan informes bien documentados de sucesos milagrosos de la

[1] Bennett, *op. cit.* pp. 101-3.

misma naturaleza y magnitud que los relatados en la Biblia.[2] Miles de personas han sido milagrosamente alimentadas con provisiones calculadas para unos cuantos centenares; el agua ha sido transformada en vino para poder tomar la santa cena; grupos de cristianos han caminado sobre las aguas para poder cruzar ríos y proclamar las buenas nuevas de Cristo, por no decir nada de los miles que han sido sanados y aún resucitados de entre los muertos.[3] Se podrían descartar estos informes como fantasiosos, salvo el hecho de que han sido confirmados por testigos fidedignos, y a menudo por cristianos que previamente no creían que los milagros relatados en el Nuevo Testamento pudieran repetirse hoy en día. Tal vez la más poderosa evidencia indirecta de la verdad de estas señales, radica en el hecho que más de dos millones y medio de musulmanes han aceptado a Cristo, como asimismo miles de comunistas. La prensa mahometana admitió recientemente ¡la conversión de dos millones de mahometanos a la fe cristiana! Una de las principales razones de lo que está ocurriendo, sin duda alguna, estriba en el hecho de que están viendo el poder de Dios manifestado, no solamente en el milagro de vidas transformadas, sino en los milagros literales de la Biblia. ¿Por qué habrían de ocurrir semejantes acontecimientos? Es debido a que los indonesios nunca les han dicho que ciertas partes de la Biblia "no son para hoy"; de ahí que lo están practicando en fe simple. ¡Y da resultado! ¡Dios vive!

Dios se arriesga cuando comparte con su pueblo sus obras sobrenaturales. Sin duda obraría más milagros entre su pueblo, pero bien sabe que eso sería perjudicial para nosotros a menos que estemos espiritualmente preparados. Oímos la verdadera historia de un evangelista que había sido poderosamente utilizado por Dios, hasta que una noche el poder y la gloria de Dios elevaron a esta persona un par de

[2] "Pacífico del Sur. Escenario de milagros de hoy", *Christian Life Magazine*, Abril, 1968.

[3] "Indonesia: La más grande obra de Dios en el mundo de hoy", *Acts Magazine* I, nº 3. 1967. (Dejamos el tema de la resurrección de muertos para el próximo capítulo.)

metros desde el suelo, a plena vista de la congregación. Fue tan impresionante esta experiencia, que desde esa noche en adelante ese particular siervo de Dios no podía hablar de otra cosa sino de cómo algún día los cristianos serán transportados de un lugar a otro en el Espíritu para proclamar el evangelio a todo el mundo. Al final se redujo a ser el único tema de ese evangelista, resultando en un impedimento para la predicación del evangelio y un buen ministerio reducido a casi nada.

Conviene detenernos un poco y analizar este ejemplo en particular. ¿Cuál fue el propósito de este milagro? Podríamos responder de inmediato: "¡Oh, para probar a los asistentes que el evangelista estaba diciendo la verdad!" No, de ninguna manera, porque también Satanás puede elevar a las personas en el fenómeno denominado "Levitación". Entre las personas que incursionan en el campo de lo oculto actualmente, algunos experimentan con estos fenómenos, tratando de aprender a flotar en el aire o levantar objetos pesadísimos con la ayuda de poderes "espirituales". Una variedad del espiritismo que se practica en tertulias familiares y que consiste en hacer mover una mesa sin tocarla, es una forma de levitación. El hecho de que alguien pueda ser elevado de la tierra, de ninguna manera prueba que esa persona sea de Dios, como tampoco lo prueba el hecho de que pueda sanar a los enfermos.

En el caso particular que estamos analizando, no era necesario un milagro para probar que el evangelista era de Dios, pues eso surgía claramente de lo que estaba diciendo: proclamaba el evangelio de Jesucristo. ¿Cuál fue, entonces, el propósito del milagro? Era simplemente para alegrar el corazón de la gente que estaba escuchando, mostrando una vez más cuán real es Dios. No era otra cosa que Dios expresando el amor al predicador y a los oyentes de una manera extraordinaria. Nuestro amigo evangelista cometió el error de querer adelantarse a Dios y a las Escrituras, especulando sobre las cosas que tal vez Dios haría en el futuro, y edificando sobre ello toda una doctrina. Si bien es posible que a medida que aumenta el fragor de la batalla aumentará

el número de personas que sean transportadas en el Espíritu, no contamos con antecedentes bíblicos para decir que Dios lo va a establecer como un "ministerio". Si hubo alguien en la historia que pudo haber utilizado esa "vía aérea", ese alguien fue el apóstol Pablo, pero no tenemos ninguna noticia de que haya sido transportado de esa manera. Si bien es cierto que Dios obró en su vida otros milagros, cuando se trató de viajar, viajó siempre como los demás.

Inmediatamente después de ser bautizada en el Espíritu Santo, la gente experimenta una mayor capacidad para lo milagroso en su vida. Luego se advierte una disminución de estas experiencias porque nos invaden las viejas maneras de pensar y de vivir, y Dios nos tiene que inscribir en la escuela del Espíritu Santo. Quiere enseñarnos algunas cosas antes de poder confiar plenamente en nosotros en esta área, no sea que se meta de por medio nuestro orgullo y otros pecados, provocando nuestra propia exaltación, para luego caer estrepitosamente. (1 Timoteo 2:6.) Sin embargo, el cristiano prudente, habiendo una vez probado las maravillosas obras del Señor, es estimulado a someterse al manejo de Dios y a sus lecciones, para que *siga adelante*, y no retroceda en el camino andado. Es la voluntad del Padre que permanezcamos en esta nueva dimensión.

Ya hemos advertido en detalle en un capítulo anterior, y al comienzo de este mismo capítulo, en el sentido de que para cada uno de los dones de Dios hay una imitación fraudulenta demoníaca. Un hongo y una seta venenosa parecen exactamente iguales, pero uno es un alimento delicioso y el otro un veneno mortal. Solamente la Escritura puede enseñarnos a detectar una "seta venenosa" espiritual. Los verdaderos milagros de Dios pueden manifestarse únicamente a través de aquellos que han recibido a su divino Hijo Jesús. Los cristianos no esperan milagros por el milagro en sí, sino porque Dios prometió que seguirían en la vida de sus hijos y porque atienden a las necesidades de los hombres y llevan a otros a Jesús.

El Nuevo Testamento registra más sucesos milagrosos en la vida de San Pablo que en ninguno de los

doce apóstoles originales. Si pensamos que los primeros apóstoles gozaban de un "status" especial porque anduvieron y hablaron con Jesús durante su vida terrenal, deberíamos sentirnos estimulados por Pablo que no conoció a Jesús "según la carne". (2 Corintios 5:16.) Es interesante notar el hecho que el poder de Pablo en el Espíritu Santo no disminuyó al llegar a viejo. Más bien, lo vemos manifestando las mismas aptitudes milagrosas de Dios y su poder de sanidad con mayor potencia en el último capítulo de los Hechos que en cualquier otro momento de su vida. (Hechos 27:28.) Pablo nunca disminuyó su ritmo, ni aún llegado a viejo.

Muchas veces los milagros de Dios se hacen de una manera tan "naturalmente sobrenatural" que podemos no percibirlos si no estamos alertados. Debemos mantenernos a la expectativa para que los milagros de Dios se manifiesten en nosotros y a través de nuestra vida. Oremos para que el Poder de Dios también se manifieste a los demás miembros del cuerpo de Cristo. Contemos con un milagro y mantengamos los ojos puestos en Jesús.

11

El don de la fe

La Biblia nos habla de la fe desde el Génesis hasta el Apocalipsis, pero la define en una sola ocasión. La encontramos en la carta a los Hebreos: "Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve." (Hebreos 11:1.) Varias son las cosas que aprendemos de este versículo. La fe es *ahora* o no es fe. Fe es tiempo presente; esperanza es tiempo futuro. Fe es creer antes de ver, pero dará substancia a lo que hemos creído. La fe no es algo pasivo sino algo activo.

Todo el mundo, tanto creyentes como incrédulos, pueden entender lo que es la *fe humana natural*. La gente tiene fe en las cosas de este mundo por la experiencia adquirida a través de sus cinco sentidos. Por fe natural prendemos el televisor, creyendo que veremos o escucharemos algo interesante. Si bien la mayoría de las personas no entienden el sistema electrónico de la televisión, a pesar de eso su fe natural lo insta a encenderlo. Para sentarnos en una silla echamos mano a nuestra fe natural. Si las personas pudieran ver la estructura molecular de la silla y los enormes espacios intermoleculares en esa materia que parece tan sólida, ¡tomarían asiento cautelosamente! Por fe natural encendemos una luz, viajamos en avión, manejamos un automóvil o simplemente vivimos. Las personas pueden tener esta clase de fe y no creer en Dios. La fe natural es la confianza puesta en algo o

en alguien que podemos ver, oír y tocar. "Ver para creer."

La fe verdadera, la que viene de Dios, es *sobrenatural*, es decir que trasciende los sentidos naturales. Hay tres clases de fe sobrenatural.

La primera es "la fe que salva". La Biblia nos dice que sin fe es imposible agradar a Dios. (Hebreos 11:6.) No obtenemos la salvación por nuestras buenas obras sino por nuestra fe en Jesucristo. "Cree (ten fe) en el Señor Jesucristo, y serás salvo..." (Hechos 16:31.) La llave a la fe cristiana no es "ver para creer" sino "creer antes de ver". "La fe" dice el autor de Hebreos "es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que *no se ve*". (Hebreos 11:1.) Jesús no se evidencia a nuestros sentidos físicos, pero por medio del Espíritu Santo podemos experimentar, aquí y ahora, su amor y comunión. Esta fe salvadora es un don de Dios, y no algo que nosotros podamos fabricar. (Efesios 2:8-9.) La fe salvadora llega al hombre por medio de la proclamación de la Palabra de Dios. "La fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios." (Romanos 10:17.)

Una vez que hemos recibido a Jesús, la Escritura nos dice que cada cristiano recibe "la medida de fe". (Romanos 12:3.) Todos iniciamos la carrera con una medida igual, pero algunos crecemos en fe y otros no, y ello dependerá de nosotros. Dios siempre tiene una reserva para sus hijos; sus depósitos son ilimitados.

La segunda clase de fe, es la fe como un "fruto del Espíritu". (Gálatas 5:22.) Esto viene como resultado de nuestra salvación: unión con Cristo. Jesús dice: "Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él éste lleva mucho fruto." (Juan 15:5.) Desde el mismo instante de nuestra unión con él (la viña) tenemos potencialmente la capacidad de dar frutos.

Nuestra fe (confianza, creencia) en Jesús es la obra de Dios Espíritu Santo, y es él el que nos abastece de fe a medida que avanzamos en la vida cristiana. Nuestra parte es responderle a él. La fe en Jesús, tanto la fe inicial como la fe permanente constituye la base para todos los otros frutos y dones

del Espíritu. Es imposible sobreestimar su importancia. "Conforme a vuestra fe os sea hecho" dice Jesús; y en otro pasaje: "Al que cree, todo le es posible." (Mateo 9:29; Marcos 9:23.)

La fe, como fruto, es la resultante de un proceso que se obtiene con el tiempo. No se planta un árbol y se espera que al día siguiente brinde frutos. El árbol tiene que ser cultivado, alimentado y regado. La palabra "morar" significa tomar residencia permanente. El resultado de morar es el fruto de un carácter cristiano piadoso. Nuestro crecimiento en el fruto de la fe dependerá de un caminar con Cristo sin altibajos, de una diaria alimentación de las Escrituras, y de la comunión en el Espíritu Santo.

El *don de la fe* existe potencialmente en el creyente desde el momento en que recibe a Cristo, pero al igual que los otros dones, se torna mucho más activo después del bautismo en el Espíritu Santo. A diferencia del fruto, es dado en forma instantánea. Es una súbita oleada de fe, habitualmente durante una crisis, para creer confiadamente, sin un ápice de dudas, que lo que hagamos o hablemos en el nombre de Jesús, sucederá.

La palabra "confesión" toma sus raíces de dos vocablos griegos, *homo logos*, que significa hablar lo mismo que la Palabra de Dios. El don de fe verbal es confesar lo que dice Dios, dirigido por el Espíritu Santo. Uno de los versículos que mejor describen este pensamiento está registrado en Marcos:

"Respondiendo Jesús les dijo: Tened fe en Dios." (La traducción literal del griego es: "Tened la fe de Dios.") "Porque de cierto os digo que cualquiera que dijere a este monte: Quítate y échate en el mar, y no dudare en su corazón, sino creyere que será hecho lo que dice, lo que diga le será hecho." (Marcos 11:22-23.)

Elías constituye un sugestivo ejemplo de este don en el Antiguo Testamento. Aparece súbitamente en escena en 1 Reyes 17:1 presentándose ante Acab, el más perverso de los reyes en la historia de Israel, diciéndole: "Vive Jehová, Dios de Israel, en cuya presencia estoy, que no habrá lluvia ni rocío en estos años, sino por mi palabra." Y su advertencia se cumplió al pie de la letra. El profeta Elías debe de haber vivido en un alto nivel de fe, si bien sabemos que en algunas ocasiones su fe se derrumbó casi por completo, como está registrado en 1 Reyes 19:3 cuando perdió el valor y ¡huyó despavorido! Nadie podrá dudar que Elías tiene que haber recibido verdaderas oleadas de fe, especiales dones de fe, para enfrentar crisis como las que hemos mencionado, o la tremenda prueba del monte Carmelo: "Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él", (1 Reyes 18:21) cuando bajó fuego del cielo para confirmar que el Dios de Elías era el Dios verdadero a quien había que servir.

Por otra parte, hallamos un don de fe en *acción*, en el conocido incidente en la vida del profeta Daniel. Funcionarios celosos urdieron un complot contra Daniel, como resultado del cual fue sentenciado y echado a un foso de leones hambrientos. Daniel no dijo ni una palabra, simplemente confió en Dios, y los leones no lo dañaron. A pesar de ser Daniel un hombre extraordinario, tiene que haber tenido una gran dosis de fe para soportar esta espantosa experiencia. (Daniel 6:17-28.)

En el Señor Jesucristo, el fruto y el don se combinan a la perfección, porque él vivió siempre en la cima de la plenitud de su fe en el Padre. Los evangelios están repletos de ejemplos de su gran fe. Un día Jesús y sus discípulos decidieron cruzar el lago en una pequeña barca. Jesús estaba cansado y se durmió recostado sobre un cabezal en la popa de la embarcación. Súbitamente se desató una gran tormenta que echaba las olas en la barca, que se inundaba. Los discípulos estaban aterrorizados y despertaron a Jesús. Unas pocas palabras le bastaron para aquietar la tormenta. Aún cuando los despertaron de un profundo sueño, no tuvo necesidad que le inyectaran una dosis especial de fe para realizar el milagro. (Marcos 4:35-41.)

El don de fe es distinto al de obrar milagros, que estudiamos en el capítulo anterior, si bien puede producir milagros. Si los discípulos, en el barco ajetreado por la tormenta hubieran permanecido calmos y seguros a pesar de su peligrosa situación, hubieran

estado manifestando el don de fe. Pero, como ocurrieron las cosas, fue Jesús, quien por medio de un milagro, tuvo que acallar la tormenta. Si Daniel, en el foso de los leones, hubiera dado muerte a las peligrosas fieras con nada más que un gesto, hubiera aplicado el don del milagro. Pero lo que sucedió es que permaneció ileso en presencia de los bravos leones, demostrando una formidable dosis *de fe.* Cosas parecidas a éstas encontramos entre los creyentes del Nuevo Testamento. ¿Quién más inestable que Pedro? Después de pentecostés, el Espíritu Santo lo estabilizó considerablemente, pero, al igual que cualquiera de nosotros, tenía sus altibajos. Estaba siempre tan atento a lo que la gente pudiera decir, que Pablo se vio obligado a "resistirle cara a cara". (Gálatas 2:11.) Pero al recibir la noticia de que Dorcas o Tabita, la amada discípula de Jope, había muerto, sin dudar un instante fue y pronunció la palabra de fe: "Tabita, levántate." (Hechos 9:40.)

Veamos el ejemplo de fe en acción en Hechos 12. Pedro fue arrestado por Herodes Agripa I y encarcelado, con el deliberado propósito de ejecutarlo a la mañana siguiente, tal cual lo había hecho ya con Jacobo, hermano de Juan. Leemos:

"Estaba Pedro durmiendo entre dos soldados, sujeto con dos cadenas, y los guardias delante de la puerta custodiaban la cárcel. Y he aquí que se presentó un ángel del Señor, y una luz resplandeció en la cárcel; y tocando a Pedro en el costado, le despertó, diciendo: Levántate pronto. Y las cadenas se le cayeron de las manos." ¡El ángel lo sacó a Pedro de la cárcel antes de que Pedro se diera cuenta ni siquiera de que estaba despierto! (Hechos 12:6-7.)

Cuando el pasaje habla de que el ángel tocó a Pedro, significa "darle un golpe", no una palmadita cariñosa. Pedro dormía tan profundamente, que aun cuando ya se había despertado le tomó un tiempo "volver en sí" y darse cuenta de lo que había ocurrido. Esto es la fe en acción en un sentido muy parecido al de Daniel. Cualquiera de nosotros tal vez nos hubiéramos mantenido despiertos, preocupados por lo que nos habría de ocurrir, o planeando una manera de escapar, pero no es lo que Pedro hacía. Estaba durmiendo

plácidamente, dejándolo todo en las manos de Dios, y recibió la recompensa por su fe.

El don de fe hoy en día

Ya hemos hecho mención de los grandes acontecimientos que están ocurriendo en Indonesia, país donde millones de mahometanos y comunistas están aceptando a Cristo. Acompañando a este reavivamiento se han producido milagros de una magnitud neotestamentaria. Tres años atrás ya había treinta y tres casos perfectamente documentados de resurrecciones en la Isla de Timor. Cuando David duPlessis visitó Indonesia este año nos contó que al preguntar cuántos eran los muertos que habían resucitado a la fecha, le contestaron: "Hemos perdido la cuenta y, de todas formas, ¡nadie nos cree!"

Un amigo, Sherwin McCurdy de Dallas, Texas, fue utilizado para resucitar a un hombre. La historia fue relatada en la revista *Christian Life* de octubre de 1969.[1] McCurdy esperaba un taxi en las proximidades del aeropuerto de Amarillo, Texas, una mañana temprano, cuando se le aproximó corriendo un niño de nueve años, asustado y pidiendo ayuda: "¡Mi padre se muere!" jadeó. Siguiendo al niño, McCurdy encontró un auto metido en una zanja, y el conductor, un hombre de edad mediana, a todas luces muerto. Un hijo mayor le explicó que su padre sufrió un ataque cardíaco alrededor de 45 minutos antes. Le había aplicado la respiración artificial de boca a boca, pero sin ningún resultado positivo. El resto de la familia estaba al borde de la histeria. El Señor le dio el don de la fe a McCurdy, instruyéndole de que colocara sus manos sobre el cadáver, y ordenándole que hiciera retirar al espíritu de la muerte y retornar como poner las manos sobre un pedazo de hielo" ex- al espíritu de la vida. Así lo hizo Sherwin. "Fue plicó; pero cuando apoyó sus palmas sobre la frente fría (el cadáver mostraba la rigidez y la cianosis de

[1] S. W. McCurdy relatado a Jaime Buckingham, "In Time for God's Appointment" (A tiempo para la cita con Dios) *Christian Life Magazine*, Octubre, 1969, p. 40.

la muerte) e hizo como Dios le había indicado, el hombre de inmediato volvió, no sólo a la vida, sino a la normalidad, y tanto él como toda su familia aceptaron a Jesús como su Señor y Salvador.

Nos ha llegado el relato de un dramático y verdadero ejemplo del don de fe, unido al don de milagros de un misionero Elim, de Tanzania. Una congregación formada por personas del lugar, se había reunido para un servicio de Pascua, cuando de pronto surgió de la selva una leona enfurecida, que parecía enloquecida, atacando cuanto hallaba a su paso. Mató a varios animales domésticos, a una mujer y a un niño, y se encaminó directamente a los creyentes allí reunidos. Bud Sickler, el misionero Elim que recibió la información de boca del pastor local, cuenta lo que sucedió de la siguiente manera:

"De pronto la congregación vio a la leona. Se había detenido a pocos metros de distancia, rugiendo ferozmente. La gente tembló espantada. Pero el predicador gritó: "¡No tengan miedo; aquí está el Dios que salvó a Daniel de los leones, aquí está el Cristo de la Pascua!" Se dio vuelta mirando a la leona y le dijo: "¡Tú, leona, te maldigo en el nombre de Jesucristo!" A continuación sucedió la cosa más extraordinaria. De entre las dispersas nubes, sin la más mínima señal de lluvia, cayó un rayo sobre la leona que se desplomó muerta. El predicador entonces saltó sobre el cuerpo sin vida del animal y lo utilizó como una plataforma para predicar. El corolario final de la historia es que no solamente se salvaron vidas humanas, sino que se conmovió toda la aldea, y 17 personas entregaron sus vidas al Señor Jesús.[2]

El nivel de fe en la cual estamos viviendo, puede fluctuar. A veces constatamos que somos fuertes en la fe; el Espíritu Santo, en nuestro espíritu, tiene libertad de acción, y suceden cosas maravillosas en nuestras vidas. En otras ocasiones, nuestros empeños, dudas, temores y los "detritos" que hay en nuestras almas y que el Espíritu Santo está empeñado en quitar, se interponen, y no podemos funcionar satisfactoriamente. Algunos creyentes operan en forma permanente a un alto nivel de fe, mientras otros parecen no poder "despegar". A pesar de que el don de fe puede mostrarse activo de tanto en tanto en nuestras vidas, no debe llamarnos la atención si también nos entra la duda. Esto debería servir para recordarnos la Escritura: "Porque *Dios* es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad." (Filipenses 2:13.) Esperemos que el Señor *manifieste por nuestro intermedio* este *maravilloso* don de la fe, así como esperamos los otros dones.

[2] *World Map Digest* (Fontana, Calif., 1970), X, 22.

Al concluir esta sección sobre los dones del poder, mencionamos nuevamente que muy a menudo los dones del Espíritu Santo, se manifiestan juntos, interactuando y acrecentando su mutuo poder.

En el evangelio de Mateo, Jesús encarga a los discípulos la siguiente misión: "Sanad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, echad fuera demonios; de gracia recibisteis, dad de gracia." (Mateo 10:8.) Para poder *cumplimentar* esta orden *habrán* de requerirse los tres dones del poder: sanar a los enfermos y limpiar a los leprosos (dones de sanidades); resucitar a los muertos (dones de fe, de milagros y de sanidades); echar fuera los demonios (don de fe, más los otros dones de los cuales hablaremos en la próxima sección.)

12

Discernimiento de espíritus

A los últimos tres dones los denominaremos *dones de revelación* porque nos dan información sobrenaturalmente revelada por Dios. Podríamos definirlos sencillamente como "la mente de Cristo manifestada a través de un creyente lleno del Espíritu Santo". Cada uno de estos dones consiste en la habilidad dada por Dios para recibir de él información con referencia a algo, a cualquier cosa, que humanamente nos sería totalmente imposible conocer, revelada al creyente para lograr protección, orar con más efectividad o ayudar a alguno en su necesidad.[1]

[1] Hay solamente dos maneras —aparte de la vía natural a través de los sentidos físicos de la vista, del oído, del olfato, del gusto y del tacto— por las cuales la mente humana puede recibir información. Una de ellas es ponernos en contacto mentalmente con el mundo "psíquico", de tal manera que la información la receptamos directamente de los espíritus de Satanás. Es lo que ocurre con los fenómenos llamados percepción extrasensorial, espiritismo, clarividencia, etc. Todas estas cosas están estrictamente prohibidas por Dios y no debemos practicarlas.

La otra vía de información es la que nos viene por la renovación de nuestro espíritu, que a su vez ha sido inspirado por el Espíritu Santo. Esta forma de conocimiento sobrenatural es aceptable a Dios —nos viene directamente de él— y no representa ningún peligro para nosotros. El Espíritu Santo compartirá con nosotros solamente aquellas cosas que él sabe que necesitamos y que pueden ser de ayuda a otros. Recibimos este conocimiento, no tratando de desarrollar alguna misteriosa destreza oculta, sino andando en estrecha relación con Dios en Jesucristo, y permitiéndole a su Espíritu que obre en nuestras vidas.

Discernimiento

Antes de referirnos al discernimiento espiritual, conviene hablar del discernimiento en general. En primer lugar existe lo que podemos denominar "*discernimiento natural*" que es patrimonio tanto de cristianos como de no cristianos. Consiste en la facultad de poder juzgar a las personas y a las circunstancias, y a nuestro propio comportamiento, que deriva de la enseñanza que hemos recibido en nuestros hogares y como consecuencia del medio ambiente en que actuamos y de nuestra cultura. De este material está compuesta nuestra "conciencia" natural, y de ahí que no podamos confiar mucho en ella. La mente, y esa porción de la mente que llamamos conciencia, es una mezcla de bueno y de malo, de verdad y de error. Su discernimiento y sus juicios morales carecen de valor. Es una verdad indiscutida que las pautas de la moral humana varían de cultura a cultura, y de generación a generación, y todo lo que nos puede decir la mente natural no va más allá de saber si concuerda o no, si es aceptable o inaceptable, con el tiempo y el lugar en el cual estamos viviendo. Esto es lo que el mundo en general utiliza como base para sus decisiones. Carecen de estabilidad.

El *verdadero discernimiento intelectual* no proviene de una mente natural desfigurada, sino de una mente que ha sido renovada en Cristo. Este discernimiento se desarrolla cuando encontramos y recibimos a Cristo y llegamos a conocerlo mejor, por medio de la comunión y del estudio de la Palabra de Dios. Como lo dice la carta a los Hebreos: "Todo aquel que participa de la leche es inexperto en la palabra de justicia, porque es niño; pero el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso de los sentidos (griego: percepciones, criterio) ejercitados en el discernimiento del bien y del mal." (Hebreos 15:13-14.) A medida que crecemos en la vida cristiana, el Espíritu Santo hace una selección de nuestras mentes y conciencias, descartando lo malo e incrementando lo bueno. Si no le hemos puesto trabas a Dios para obrar de esta manera, con el correr del tiempo nuestras mentes y conciencias se ajustarán

cada vez más a las Escrituras y el Espíritu Santo que vive en nosotros. Nos saturamos tanto del "sabor" de lo que Jesucristo realmente es, y de la manera de obrar de Dios, que inmediatamente reconocemos *intelectualmente* algo que sea diferente. Es importantísimo que los cristianos desarrollen este tipo de discernimiento. Significa una firme defensa contra las doctrinas falsas. Deberíamos poder decir de inmediato, si oímos una enseñanza extraña que no guarda relación con la verdad que: "¡Eso no suena a Dios! ¡Dios no *actúa* de esa manera!"

El aumento de nuestra facultad de discernimiento intelectual, afectará, por supuesto, nuestro comportamiento con relación a Dios y a nuestros semejantes. Antes de que Pablo aceptara a Jesús personalmente, estaba convencido que era de buena conciencia perseguir a los cristianos. Luego de su conversión y después de muchos años de caminar con el Señor, Pablo nos dice: "Yo con toda buena conciencia he vivido delante de Dios hasta el día de hoy." (Hechos 23:1.) Procuro tener siempre una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres." (Hechos 24:16.) Tendríamos que orar para que nuestras mentes y nuestras conciencias sean de tal manera renovadas por el Espíritu, que podamos decir lo mismo.

Falso discernimiento natural

Una señorita perteneciente a la iglesia de St. Luke, caminaba tranquilamente por una calle del centro de Seattle, sin inmuscuirse con nadie, cuando de pronto una señora de edad corrió hacia ella profiriendo obscenidades y amenazas, y sacudiendo, furiosa, su bastón. La muchacha se alarmó, por supuesto, pero no se asustó, pues se dio cuenta lo que estaba sucediendo. Esa señora de edad estaba poseída demoníacamente y el espíritu maligno había detectado la presencia del Espíritu Santo en la señorita, y por ello se alborotó en airada protesta.

Tales incidentes no son raros, si bien habitualmente no son tan dramáticos e inesperados como el que hemos relatado. Si una persona ha estado al servicio de Satanás y por ello está oprimida o poseída totalmente, bajo la influencia del poder del enemigo, se sentirá repelida por la presencia de cualquiera que está *caminando en el Espíritu*. Esta es la *imitación* fraudulenta del diablo al discernimiento de los espíritus.

Uno de los más vívidos ejemplos de lo que llevamos dicho, es el gran resentimiento que demuestran los espiritistas contra todos aquellos que han recibido el bautismo en el Espíritu Santo.

Cierto día, sentado Dennis a la cabecera de la mesa durante un almuerzo que reunía a hombres de la Fraternidad de Hombres del Evangelio Completo, el caballero sentado a su lado, un bien conocido médico que había recibido el Espíritu Santo, le mostró una carta que lo atacaba grosera y bárbaramente, condenando al buen doctor por sus actividades pentecostales. Dennis le preguntó:

—El que firma esa carta es un espiritualista, ¿verdad?

El médico asintió: —Me temo que sí.

No debemos extrañarnos si el ataque y la persecución furibundos nos viene de personas de la comunidad que no solamente no conocen al Señor, sino que, además, están entregados a prácticas prohibidas y antibíblicas.

Discernimiento de espíritus

Llegamos ahora al don espiritual. Como sucede con todos los otros dones, este don no se adquiere por medio de un entrenamiento especial, sino que es dado cuando la necesidad lo requiere. Cualquier cristiano puede manifestar este don pero, al igual que los demás, se intensifica después del bautismo en el Espíritu Santo. Los creyentes que no han sido bautizados en el Espíritu Santo no están lo suficientemente familiarizados con las actividades de Satanás, como para preocuparse por el discernimiento de espíritus, si bien, por supuesto, hay excepciones.

Por el don del discernimiento de espíritus, el creyente está capacitado para saber inmediatamente qué es lo que está motivando a una persona o a una situación. Se da el caso de que un creyente puede estar

actuando bajo la inspiración del Espíritu Santo, o expresando sus propios pensamientos, sentimiento o anhelos de su alma, y hasta es posible que permita que un espíritu extraño lo oprima, y revele pensamientos, justamente, de ese espíritu maligno. El incrédulo, por supuesto, puede estar totalmente poseído por ese espíritu del mal. El don de discernimiento de espíritus permite revelar inmediatamente lo que está ocurriendo.

Puede ayudarnos a entender el don de discernimiento de espíritus si reconocemos lo que sucede cuando discernimos el Espíritu Santo. El himno evangélico dice: "¡Hay un dulce, dulce Espíritu en este lugar, y yo sé que es el Espíritu del Señor!" Los creyentes conocen esa feliz sensación producida por la presencia del Espíritu Santo o, dicho en otras palabras, se dan cuenta del testimonio del Espíritu Santo en otra persona o en una reunión. Cuando decimos: "Verdaderamente sentí la presencia de Dios", estamos hablando del discernimiento del Espíritu Santo. Experimentamos un ejemplo, en cierta medida divertido de este tipo de discernimiento, después que vinimos a Seattle.

A Dennis lo habían invitado a concurrir a un concierto coral en una iglesia cercana. El director del coro era un cristiano bautizado en el Espíritu Santo, que tenía muchos amigos en St. Luke. Dennis sabía que unas 20 ó 30 personas de esa iglesia, que habían recibido el Espíritu Santo, planeaban asistir al concierto. Llegó algo tarde y le indicaron un asiento en la galería. Le llamó la atención, al mirar hacia abajo a la congregación reunida en la planta baja, no ver a ninguno de sus amigos. Dennis gozó del programa pero todo el tiempo estuvo un poco desconcertado porque una leve exaltación interior de gozo, un claro testimonio del Espíritu Santo, lo inundó durante todo el concierto. Era un sentimiento hermoso, pero no podía interpretar su significado. El coro era bueno, ¡pero *no* tan bueno! La explicación la tuvo cuando al abandonar la iglesia al final de la velada, fue saludado por unos treinta episcopales llenos del Espíritu, que durante el concierto ocuparon asientos debajo de la galería donde él estuvo sentado. Dennis no los había visto, ¡pero el espíritu de Dennis discernió su presencia!

Los informes que nos llegan de personas que trabajan detrás de la cortina de hierro, indican que este don adquiere significativa importancia a medida que se agrava la persecución. Se mencionan numerosos casos de cristianos que reconocen a otro cristiano, cada uno "en el Espíritu" sin mediar una sola palabra. En un lugar, las autoridades interferían permanentemente en las reuniones, de modo que los hermanos dejaron de anunciar horario y lugar para su comunión, y dependieron exclusivamente del Espíritu Santo para que señalara aquellos que habrían de asistir a cada reunión. Todos asistían, y todos daban la misma explicación. En estos casos se puede pensar en una combinación del don de sabiduría y del don de discernimiento.

Para comprender el discernimiento de los espíritus malignos, imaginémonos lo opuesto a todo esto. La sensación de la presencia del Espíritu Santo trae gozo, amor y paz; el discernimiento de los espíritus falsos da una sensación de abatimiento e intranquilidad.

Algunos años atrás, cuando todavía éramos nuevos en esta materia, nos visitó una persona en la iglesia de St. Luke, y nos habló en la reunión de oración. Llegó precedido de buenas referencias y parecía no tener "segundas intenciones". Cuenta Dennis: "Le hice entrega de la reunión a nuestro visitante, y me pareció aceptable lo que decía, pero al observar los rostros de los oyentes, era obvio que algo andaba mal. Se mostraban afligidos, desdichados e incómodos. Una señora abandonó su asiento y salió de la pieza excusándose, al pasar a mi lado, de que sentía náuseas. No tuve el buen tino suficiente para interrumpir al orador y decirle: "Discúlpeme, pero está provocando malestar en la gente, ¿qué pasa?" Al día siguiente el hombre se trasladó a otro pueblo, pero cuando habló allí, la persona que presidía lo interrumpió y le dijo: "Sus palabras son hermosas, pero discierno un es-

píritu falso en su vida[2] ¿Qué sucede?" Así enfrentado, el hombre confesó que era un impostor, viviendo en abierto pecado. Resulta obvio comprender que el don se manifestó no sólo para proteger a la gente del engaño del enemigo, sino para lograr el arrepentimiento y la liberación de ese hombre.

Algunas veces la influencia perturbadora no es de la persona que está hablando u oficiando, sino de alguien que simplemente asiste a la reunión. Un individuo activamente comprometido en prácticas espiritistas, por ejemplo, puede producir un enfriamiento con su sola presencia, en una reunión de oración donde se solicita el Espíritu Santo. Si la reunión languidece, es mejor parar y orar pidiendo al Espíritu Santo que revele la causa del malestar. Si alguno de los presentes estuviere oprimido puede ser ayudado y liberado.

Por lo tanto, podemos decir que el don de discernimiento de los espíritus actúa en un papel de "policía", para protegernos contra el enemigo y evitar que su influencia perjudique nuestra comunión. Desgraciadamente, cuando las personas reciben este tipo de discernimiento dudan muchas veces en utilizarlo para no parecer duros y faltos de caridad. Si el don de discernimiento espiritual nos dice que algo anda mal en una reunión que no estamos dirigiendo, tranquilamente y con la mayor discreción posible, debemos hacer saber ese hecho al líder; de esa manera podemos orar pidiendo el don de sabiduría para saber qué ocurre y el don de conocimiento para saber cómo resolver el problema. Habrá otros probablemente con el mismo discernimiento, pues habitualmente lo recibe más de uno, para confirmación.

El discernimiento de los espíritus se torna especialmente útil cuando en una reunión se ejercitan otros dones. Nadie espera de nosotros que debamos aceptar cada palabra que se emite por medio de los dones, ni en ninguna otra manifestación, ni aún en la predicación, y hemos de aceptar solamente lo que el Espíritu Santo nos mueve a aceptar, siempre que esté de acuerdo con la Biblia. "Los profetas hablen dos o tres y los demás juzguen (disciernan)." (1 Corintios 14:29.) Los dones del Espíritu Santo son puros, *pero los canales por donde se conducen varían* según los grados de sometimiento y santificación que posean. Una manifestación puede ser setenta y cinco por ciento de Dios, pero el veinticinco por ciento restante los propios pensamientos de la persona. Debemos discernir entre ambos.

Además, el enemigo puede enviar gente a la reunión con el deliberado propósito de perturbarla con una manifestación de imitación fraudulenta. Hechos 16 nos relata el incidente según el cual una mujer poseída de un espíritu de adivinación, durante varios días interrumpió a Pablo diciendo algo que tenía todo el aspecto de una profecía: "Estos hombres son siervos del Dios Altísimo, quienes os anuncian el camino de salvación." (Hechos 16:17.) Lo que decía era cierto, pero hablaba bajo el influjo del enemigo. La Escritura nos dice que cuando Pablo discernió el espíritu le causó desagrado, por lo cual le ordenó al espíritu que la abandonara y la dejara libre. Este ejemplo nos *dice que las manifestaciones fraudulentas* deben ser encaradas, dentro de lo posible, en el momento mismo en que se manifiestan.

La historia de Eliseo y su siervo Giezi es un ejemplo del Antiguo Testamento de los dones de discernimiento de los espíritus y de sabiduría. Naamán, general del rey de Siria, era leproso. Cumpliendo con las instrucciones del profeta Eliseo, se lavó siete veces en las aguas del Jordán y curó de su enfermedad. En gratitud Naamán ofreció presentes a Eliseo, pero éste los rechazó. En cambio Giezi, el siervo de Eliseo, siguió secretamente a Naamán, le mintió diciéndole que habían llegado dos visitas inesperadas y pidiéndole a Naamán dos mudas de ropa y algún dinero, todo lo cual, no hace falta decirlo, Giezi se guardó

[2] Tomemos nota de que los "espíritus falsos" no son, y no pueden ser, los espíritus de personas que han muerto. El discernimiento de los espíritus nada tiene que ver con el espiritismo o el espiritualismo. Los espíritus de los seres humanos que han muerto, *no* están en esta tierra, ¡y está prohibido todo intento de entrar en contacto con ellos! Los "espíritus falsos" de que estamos hablando, son los que la Escritura menciona como "gobernadores de las tinieblas de este siglo", es decir, ángeles caídos, "demonios". (Efesios 6:12; Mateo 10:8.)

para él. Cuando Giezi se presentó de nuevo ante su patrón, Eliseo discernió su espíritu deshonesto, y por el don de la sabiduría supo exactamente lo que había hecho. (2 Reyes 5.)

Hay muchos ejemplos de Jesús cuando discernía espíritus. Sin conocer a Natanael, discernió inmediatamente que era "un verdadero israelita, en quien no hay engaño". (Juan 1:47.) Cuando Pedro hizo su gran confesión sobre Jesús: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente", Jesús le alabó. Pero cuando Jesús les dijo a sus seguidores que él habría de morir, Pedro no pudo aceptar sus palabras. Comenzó o reconvenir a Jesús, diciendo: "Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca." Jesús discernió que Pedro estaba hablando por boca de un falso espíritu, y le dijo: "¡Quítate de delante de mí, Satanás!; me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres." (Mateo 16:15-23.) Cuando Jesús no fue recibido en una aldea de Samaria, Jacobo y Juan se enojaron y le preguntaron a Jesús si podían ordenar que cayera fuego del cielo para consumir a los habitantes. Pero Jesús les respondió: "Vosotros no sabéis de qué espíritu sois." (Lucas 9:54-55.) Vemos, a través de estos dos últimos ejemplos, que aun los más cercanos seguidores de Jesús pueden ser conducidos a conclusiones erróneas.

Profecías ya cumplidas y otras señales bíblicas, indican que es muy probable que estemos viviendo la parte final de los últimos días. La Escritura enseña que antes del retorno de Jesucristo a la tierra, habrá muchos más espíritus mentirosos desatados, de manera que será más necesario que nunca discernir entre lo falso y lo verdadero. (Mateo 24; Apocalipsis 13:11-14.)

Otro uso muy importante del don de discernimiento de los espíritus es el de desatar[3] a los que el enemigo tiene atados. Una de las primeras señales que seguirían a los creyentes, les dijo Jesús, sería la de echar fuera a los demonios en su nombre (de Jesús). Alrededor de un veinticinco por ciento del ministerio de Jesús consistió en dar libertad a los que Satanás tenía cautivos; y también nosotros debemos esperar ser usados de esa manera. Jesús dijo: "El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel..." (Isaías 61:1.) En este pasaje Isaías se refería específicamente a Jesús, pero ahora, desde el Calvario, con Cristo que vive en nosotros, también nosotros estamos ungidos con el Espíritu Santo, y también se aplica a nosotros. Esto no quiere decir que debemos buscar específicamente a los que necesitan ser liberados o desarrollar una morbosa fascinación por este tema, pero sí debemos saber cómo orar por las personas que lo necesiten. Si estamos sometidos a Dios y adecuadamente preparados, él pondrá en nuestro camino a los que necesitan ser liberados.

[3] Se da el nombre de exorcismo, desde la antigüedad, al ministerio de echar fuera a los espíritus malignos.

La epístola de Santiago nos dice cómo entrenarnos para orar por aquellos que necesitan ser puestos en libertad: "Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros." (Santiago 4:7.) El primer paso, entonces, es someternos a Dios. Esto lo podemos hacer por medio de la oración, pidiéndole que nos muestre las facetas de nuestra vida que requieren corrección. Tenemos que cortar por lo sano con cualquier pecado conocido que tengamos en nuestra vida.

Es importante también que nos afirmemos en la autoridad que tenemos en Jesús, estudiando los pasajes que se refieran a esta materia.[4] Debemos comprender que en el nombre de Jesús tenemos autoridad para atar a los espíritus inmundos y para arrojarlos fuera. Algunas personas enseñan que al tratar con un espíritu maligno, se debe decir: "El Señor te reprenda", en lugar de enfrentar al enemigo directamente. Citan a Judas 9 y a Zacarías 3:2. Los santos ángeles, a pesar de ser criaturas de Dios, sin pecado, tienen que actuar frente al enemigo de esa manera.

[4] Ver Efesios 1:1-23; 2:1-10; Lucas 10:19; Gálatas 2:20; 2 Corintios 5:17; 1 Juan 4:4.

Pero nosotros, los cristianos, no solamente somos criaturas de Dios, sino *hijos* de Dios, con Cristo en nosotros. Jesús nos dijo que tratáramos con el enemigo directamente: "...en mi nombre echarán fuera demonios..." (Marcos 16:17.)[5] y no hay otra manera de hacerlo, según todo el Nuevo Testamento.

A menos que la persona por quien estamos orando sea un íntimo amigo o un familiar, debe haber *siempre* una tercera persona cuando oramos pidiendo liberación. Esta tercera persona puede no hacer otra cosa que permanecer de pie o arrodillada y aprobando en oración. Si la persona que necesita ser liberada quiere hablar confidencialmente, la tercera persona puede retirarse a la próxima pieza mientras hablamos, pero en todos los casos debe estar presente cuando se eleva la oración de liberación. No es prudente que un hombre ore en privado con una mujer pidiendo su liberación, o *vice versa* (siempre es mejor que los mismos sexos oficien unos con otros en todas las áreas del ministerio). Si es inevitable que sea un hombre el que ore por la liberación de una mujer o de una niña, siempre tiene que estar presente otra *mujer*.

Un cristiano no puede ser poseído en su espíritu (donde mora el Espíritu Santo), pero su mente, sus emociones o su voluntad (las tres partes constitutivas de su alma) pueden estar deprimidas, oprimidas, obsesionadas, o aún poseídas, si le ha permitido la entrada al enemigo, por andar en los caminos del pecado antes que con Jesús. Una persona que no es creyente, por supuesto, puede estar poseída en su espíritu, alma y cuerpo. De lo antedicho resulta claro, entonces, que el primero y más importante paso para ayudar a una persona a librarse del enemigo es asegurarnos que él o ella conocen al Señor Jesús como su Salvador.

Si la persona por quien estamos orando no es cristiana, debemos guiarla para aceptar a Jesús. Aconsejamos releer el capítulo primero que nos ayudará en este punto. Es de gran ayuda tener un definido "plan de salvación" en mente, con escrituras apropiadas. Una serie típica puede ser la siguiente:

[5] Ver también 2 Corintios 10:4-5.

1. Romanos 3:23: "Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios."
2. Romanos 6:23: "Porque la paga del pecado es muerte."
3. Romanos 5:8: "Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros."
4. Romanos 6:23: "Mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro."
5. Juan 1:12: "Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios."
6. Apocalipsis 3:20: "He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo."

Leamos y expliquemos estos versículos y guiemos a las personas a pronunciar una oración como la que sugerimos al final del primer capítulo de este libro, o una oración similar en sus propias palabras.

Ahora, cristianos los dos, y protegidos por la sangre de Jesús, elevemos una abierta confesión como la siguiente: "Gracias, Jesús, por la protección de tu preciosa sangre sobre nosotros y alrededor nuestro." A continuación debemos preguntarle a la persona con quien hemos estado orando si está segura que Dios le ha perdonado sus pecados. Si le queda un resto de duda, debemos hacer énfasis sobre la siguiente Escritura: "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad." (1 Juan 1:9.) Puede ser de ayuda que la persona confiese sus pecados a Dios en nuestra preesncia y en voz alta.[6] En esos casos debemos escuchar en silencio y en espíritu de oración lo que tiene que decir, y cuando ha terminado, declararle el perdón de Dios. Podemos decir algo por el estilo:

[6] Si se da el caso de que escuchamos cuando alguien confiesa sus pecados a Dios, debemos recordar que jamás, bajo ninguna circunstancia, debemos revelar absolutamente a nadie lo que hemos oído, ni aun a nuestro más íntimo y querido amigo. Debemos olvidar lo que escuchamos. Constituye un pecado grave si deliberadamente revelamos lo que nos ha dicho en confianza una persona confesando sus pecados a Dios.

"He oído confesar tus pecados a Dios y sé que estás verdaderamente arrepentido. Dios dice: "Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones." (Salmo 103:12.) Si la persona todavía tiene dificultades, lo mejor es llamar a un pastor entrenado para aconsejarlo con su mayor experiencia y tratar de convencerlo y tranquilizar su mente.

Debemos asegurarnos, por supuesto, de confesar y pedir perdón por los propios pecados conocidos de nuestra vida, y de que hemos perdonado a otros. El cristiano debería vivir diariamente en este estado de perdonar y pedir perdón.

Debemos tratar, en lo posible, de descubrir la naturaleza exacta del espíritu o de los espíritus con los que tenemos que lidiar. Dejemos que sea el Espíritu Santo quien nos guíe en esto, como en todo lo demás. No nos metamos en una interminable sesión de "consejos" con lo cual se puede perder mucho tiempo, sino que tenemos que descubrir qué es lo que está perturbando a la persona: ¿es miedo, odio, lujuria, ideas perversas, complejo de persecución, terror a los animales, enojo, etc.? Pidámosle a la persona que nombre las cosas que la afligen. Tratemos cada problema como una entidad espiritual, y *encarémosla directamente* como tal. El diablo es muy hábil en este aspecto, y tratará de que la persona ore así: "¡Echo fuera esta neurosis de ansiedad!" o "¡Reprendo a este espíritu de ansiedad!" No es así la forma. Tenemos que guiarlo para que diga lo siguiente: "¡Espíritu de ansiedad, te ato en el nombre de Jesús, bajo su preciosa sangre, y te arrojo a las tinieblas de afuera, para nunca más volver, en el nombre de Jesús!" A veces es necesario que la persona repita juntamente con nosotros, al comienzo, frase por frase, pero luego es conveniente que la persona diga por sí sola toda la oración. Después que la persona la haya repetido, nosotros la decimos de nuevo reprendiendo y arrojando al espíritu fuera de él, haciendo causa común con ella en la oración. Es importante que la persona que necesita ser liberada aprenda a decir su propia oración, pues de esta manera adquiere la confianza necesaria para usar su autoridad sobre el enemigo y puede orar por sí sola si el enemigo retorna.

Cuando la persona logra captar la idea, ocurre con frecuencia que ora por otros problemas que no mencionó al comienzo, a medida que el Espíritu Santo los trae a su mente. Algunos espíritus logran crear mayores reacciones emocionales en unas personas oprimidas más que en otras. Algunos consiguen crear náuseas, o exagerados accesos de tos, bostezos, estornudos, etc. A veces se producen reacciones más violentas, tales como ser arrojados al suelo. Si suceden tales cosas no nos dejemos arredrar por ello. Alabemos al Señor, supliquemos la protección de la sangre de Jesús, ¡y sigamos adelante! Por otra parte, no creamos que porque tales reacciones *no* se han producido, nada ha sucedido. Tampoco debemos pensar que, por el hecho de que una persona ha tenido una reacción física ya está liberada. Tales manifestaciones son efectos secundarios de la liberación.

Si la persona necesitada de oración se siente incapaz de cooperar, o no tiene una clara percepción interior de sus problemas, tendremos que actuar nosotros solos para atar a los espíritus y arrojarlos fuera en el nombre de Jesús y bajo la protección de su sangre, tal como lo hizo el apóstol Pablo en el incidente relatado en Hechos 16:16-18. Si, por otra parte, una persona está en plena posesión de sus facultades y de su voluntad, y no quiere cooperar, es probable que estemos perdiendo nuestro tiempo con él, hasta que él mismo se dé cuenta de su necesidad y solicite ayuda. ¡Hay personas que realmente gozan de sus problemas! ¡Y a través de ellos Satanás se deleita en hacer perder el tiempo y la energía a los cristianos!

A veces tenemos que ser muy enérgicos, cuando oramos por la liberación. El Espíritu *debe* obedecer cuando la orden la damos con fe y en el nombre de Jesús. Si el espíritu detecta la más leve vacilación de nuestra parte, evadirá nuestra orden. ¡Insistamos! (Es conveniente explicar rápidamente y en términos sencillos al "paciente" que no le estamos hablando a él cuando reprendemos al espíritu inmundo. Digamos algo por el estilo: "No te estoy hablando a ti, sino al espíritu que te está perturbando.")

No hay un solo caso en las Escrituras de imposición de manos para echar fuera espíritus, y la mayoría opina que no debe practicarse. No creemos que la persona que oficia, si es un cristiano y esá protegido por la sangre de Cristo, pueda sufrir ningún daño, pero podemos esperar que la persona que necesita ser liberada reaccione fuerte y violentamente si se la toca. Es preferible evitar todo contacto físico cuando estamos ofreciendo oraciones para la liberación.

Una vez obtenida la liberación, debemos alabar al Señor y rendirle a él la gloria. *Ahora* sí coloquemos las manos sobre la cabeza de la persona y oremos para que el Espíritu Santo llene todos los espacios que antes ocupaban los espíritus. Si la persona no ha sido bautizada en el Espíritu Santo, ésta es una excelente oportunidad para explicarle cómo se recibe y debemos ayudarla para hacerlo. Es imperativo que la casa esté rebosante del Espíritu Santo y de su poder.

Debemos insistir ante la persona sobre la importancia de alimentarse diariamente con la Palabra de Dios, en la oración, en la alabanza, y en la comunión con otros en el Señor. El antepenúltimo capítulo de este libro titulado "El camino angosto" da sugerencias detalladas en esta área.

Hemos dado solamente los lineamientos generales sobre este tema, pero antes de pasar adelante, queremos señalar que el echar fuera los espíritus no está limitado, de ninguna manera, a las personas que están profundamente oprimidas o poseídas. En toda oportunidad en que sentimos que el enemigo nos está acosando y no podemos deshacernos de él mediante nuestras propias oraciones, no debemos dudar un instante de recurrir a un amigo en el Señor y pedirle que ore con nosotros y nos ayude a echar fuera el mal. Cada vez que estamos luchando contra un pecado que no nos da reposo —enojo, lujuria, temor— aunque no se trate más de que un leve problema, si no podemos dominarlo, debemos tratarlo como un espíritu de opresión, sujetarlo y arrojarlo afuera; y si no podemos hacerlo por nuestra propia cuenta, ¡pidamos ayuda! En esos casos nuestro consejo es recurrir

a un consejero cristiano bien calificado para que hable y ore con nosotros.

Oremos para que nuestro discernimiento sobre las tácticas del enemigo en nuestras propias vidas y en las vidas de otros, sea aguzado de tal manera que podamos experimentar la total liberación de los cautivos. Recordemos, además, que los setenta seguidores de Jesús que salieron luego de recibir el poder contra el enemigo, volvieron llenos de gozo declarando que habían logrado sujetar a los demonios en el nombre de Jesús. Pero Jesús, que sin duda alguna se regocijó con ellos, los trajo de vuelta a la realidad: "No os regocijéis de que los espíritus se os sujeten, sino regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos." Mientras oramos para que la gente sea librada de la servidumbre, no olvidemos de regocijarnos más que nada, de que nuestros nombres están escritos en el Libro de la Vida del Cordero.

13

La palabra de ciencia y la palabra de sabiduría

El octavo don de nuestro estudio es la *"palabra de ciencia o conocimiento"*. Es la revelación sobrenatural de hechos pasados, presentes o futuros *sin intervención de la mente natural.* Podemos describirla como la mente de Cristo manifestada a la mente del creyente, y hecha conocer, cuando es necesario, en un abrir y cerrar de ojos. (1 Corintios 2:16.) Este don es utilizado para proteger a los cristianos, para indicarles cómo orar con más eficacia, o para mostrarles cómo ayudar a otros.

El noveno don, la *"palabra de sabiduría"* es la aplicación sobrenatural del conocimiento. Es saber qué hacer con el conocimiento natural o sobrenatural que Dios nos ha dado, tal como el sentido común, por ejemplo, que nos dice cómo iniciar una acción. La "palabra de sabiduría" es una información revelada de una manera sobrenatural, pero la "palabra de conocimiento" nos dice cómo *aplicar* la información.

Generalmente nos es dada la "palabra de sabiduría" juntamente con la "palabra de conocimiento". Es conveniente esperar pacientemente la palabra de sabiduría, y no salir disparando con los nudos a medio hacer, cuando recibimos un conocimiento sobrenatural. Esperamos a que sea Dios quien nos diga qué hacer con ella. La "palabra de sabiduría" nos indicará cómo hacer lo que Dios nos ha indicado que debemos hacer, cómo resolver los problemas que se plantean, o qué cosas decir y cómo decirlas en una

situación dada, especialmente cuando el desafío se refiere a nuestra fe. Los dones de la "palabra de conocimiento" y de la "palabra de sabiduría" pueden ponerse de manifiesto por una súbita inspiración que no se nos va de nosotros, un "conocer" en lo más hondo de nuestro espíritu, o por la interpretación de un sueño,[1] una visión, una parábola, por los dones vocales del Espíritu Santo y, más raramente, oyendo en forma audible la voz de Dios, o por la visita de un ángel.

La Escritura habla de "palabra" de conocimiento y "palabra" de sabiduría. En ambos casos "palabra" en griego, es (logos), que puede significar "palabra", "cuestión" o "asunto" y no está reducida únicamente a la palabra hablada. Esto quiere decir que si recibimos los dones de conocimiento o de sabiduría, bien que sean audibles o no, siguen siendo dones de "palabra de conocimiento" o "palabra de sabiduría". No tienen que ser, necesariamente, dones vocales. Con frecuencia, y refiriéndose a estos dones, se habla de "la palabra de conocimiento" o "la palabra de sabiduría". En el original griego no aparece ningún artículo, y simplemente los denomina "palabra de sabiduría" y "palabra de conocimiento". El agregarle un artículo puede modificar artificiosamente su significado. Ni siquiera tenemos el derecho de utilizar el artículo indefinido: "una palabra de sabiduría" como lo hacen algunas versiones modernas, pues nuevamente aquí se percibe el sutil cambio de sentido. Pero corrientemente, y para facilitar las referencias bíblicas, utilizamos el artículo determinante "la" pero

[1] Si bien es cierto que a veces Dios le habla a una persona por medio de un sueño, esto no quiere decir que debemos llevar un diario registro de todos nuestros sueños. El psicólogo puede tener interés en conocer los sueños de las personas que lo consultan, que le sirve como pista para saber lo que está ocurriendo en el subconsciente, pero esto tiene muy poco que ver con el tema que estamos tratando. Muchos de los sueños no son otra cosa que el resultado de haber comido demasiado antes de ir a dormir. Y algunos sueños los provoca el enemigo; ¿por qué gastar nuestro tiempo prestándoles atención a la confusión que pueden originar? Si Dios nos ha hablado en un sueño y él quiere que lo recordemos, lo recordaremos sin duda alguna. El dice que el Espíritu Santo "os recordará todo lo que yo os he dicho". (Juan 14:26.)

si la escribimos debemos dejarla fuera de las comillas, indicando así que el artículo se refiere al don en general, y no a la "palabra" en particular. Bien pudiera ser que la ausencia del artículo en el original griego nos recuerde que estas "palabras" son tan sólo fragmentos de la sabiduría y del conocimiento de Dios.

Podemos distinguir cuatro clases de conocimiento:

Primero: El conocimiento humano natural que a todas luces va en aumento. El libro de Daniel, refiriéndose a los últimos tiempos dice: "Muchos correrán de aquí para allá, y la ciencia se aumentará." (Daniel 12:4.) Recientemente un profesor universitario amigo nuestro, nos dijo que el progreso del conocimiento en el área de la matemática superior era tan extraordinario que en algunos casos los investigadores en dos campos diferentes de matemáticas, no lograban comunicarse entre ellos. Para poder relacionar y procesar la inmensa cantidad de datos obtenidos por la investigación, se torna indispensable recurrir a los cerebros electrónicos o computadoras, pues va más allá de las posibilidades de la mente humana el hacerlo con los métodos corrientes por un período más o menos prolongado. Por importante que sea la ciencia de este mundo, a veces crea tanto orgullo que les impide a algunos conocer al Señor. La epístola a los Corintios dice así: "Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de *discernir espiritualmente*." (1 Corintios 2:14.) También dice la Escritura: "El conocimiento envanece, pero el amor edifica." (1 Corintios 8:1.)

Segundo: El conocimiento sobrenatural, producto de este mundo caído, que hemos mencionado antes, es el intento de la mente natural de obtener información por medios sobrenaturales que no son los del Espíritu Santo. Incluye lo oculto, lo psíquico, y las investigaciones "metafísicas" que utiliza Satanás para entrampar a un número cada día creciente de personas en la actualidad. Las así llamadas experiencias religiosas por medio de drogas, de cultos, de lo psíquico y fenómenos ocultos, crecen alarmantemente; basta con mirar los títulos de los libros en los estantes de una librería para comprobar el interés que despiertan las obras que se refieren a tales cosas. El conocimiento así adquirido está por fuera de los límites de lo permitido por Dios. ¡No lo toquemos!

Nuestra tercer categoría es el verdadero conocimiento intelectual que lo adquirimos al conocer a Dios personalmente, por medio de Jesucristo (Juan 17:3; Filipenses 3:10), de recibir la plenitud del Espíritu Santo, estudiando la Palabra de Dios que nos hace saber la voluntad de Dios y sus caminos, para lo cual no hay substituto. (Salmo 103:7; Exodo 33:13.) Ante un conocimiento natural de este mundo, tan sugestivo y en permanente desarrollo, es apasionante comprobar que el conocimiento del Señor va en aumento en su pueblo hoy más que nunca. Isaías nos dice que: "...la tierra será llena del conocimiento de JEHOVA como las aguas cubren el mar." (Isaías 11:9.) Aun el libro de Daniel y su similar el de Apocalipsis han permanecido cerrados y sellados a la comprensión total del hombre hasta el tiempo del fin. (Daniel 12:4, 9.) Hay muchas cosas de la Palabra de Dios que nos serán reveladas a nosotros recién en los últimos tiempos. ¡Estamos viviendo días gloriosos! El conocimiento del hombre pasará, pero el conocimiento del Señor es permanente y durará toda la eternidad. (Mateo 24:35-36; 1 Pedro 1:25.)

La cuarta clase es el don de "palabra de conocimiento". Al considerar este don, digamos en primer lugar lo que *no* es. No es un fenómeno psíquico o una percepción extrasensorial tal como la telepatía (la presunta habilidad de leer las mentes), la clarividencia (la presunta habilidad para conocer hechos que están ocurriendo en otras partes) o la precognición (la presunta habilidad para conocer el futuro). Estas "habilidades" están prohibidas en la Palabra de Dios. (1 Crónicas 10:13; Deuteronomio 18:9-12.) No debemos incurrir en esas prácticas, o abriremos la puerta a Satanás. Todas las actividades de esa naturaleza son peligrosas y malas. Experimentar con tales fenómenos psíquicos es jugar con los *caídos po-*

deres de este mundo que están controlados por Satanás. En el mundo hay dos fuentes de poder espiritual: Dios y Satanás. El solo hecho de que algo sea "sobrenatural" no significa ni que sea bueno ni que sea de Dios.

El don de la "palabra de conocimiento" no es ninguna "habilidad" humana, sino un puro don de Dios. No se "desarrolla" como pueden serlo las manifestaciones demoníacas, sino que se manifiesta como el resultado de estar en estrecho contacto con el Señor. El cristiano tiene algo infinitamente mejor que los dones fraudulentos de este mundo, porque está gustando los *poderes del mundo venidero*, a través de Jesucristo, y los dones del Espíritu Santo. (Hebreos 6:5.) La epístola de Santiago dice: "Toda buena dádiva y todo don perfecto *desciende de lo alto*, del Padre..." (Santiago 1:17.) Los dones de Dios vienen desde arriba, de lugares celestiales en Cristo Jesús, donde el cristiano vive en su Espíritu. Pablo le dice a los efesios: "...nos resucitó y... nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús." (Efesios 2:6.) El cristiano debe abstenerse de utilizar la terminología del mundo para describir las experiencias sobrenaturales. Si un cristiano se entera de pronto —sin recibir la noticia por las vías naturales— que un amigo se encuentra en dificultades, y necesita oración y ayuda, eso no sería una "percepción extrasensorial" sino más bien Dios que manifiesta el don de la "palabra de conocimiento". Los dones del Espíritu Santo vienen del Espíritu Santo y él es quien los hace llegar a nuestro *espíritu* y no desde el alma o de sentidos físicos, ni a través de ellos.

Pablo les dijo a los cristianos en Corinto: "Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho." (1 Corintios 12:7.) Estos dones han sido dados para nuestro provecho y para que nos beneficiemos los unos con los otros. No deben ser erróneamente usados. Cuando Dios decide compartir su conocimiento con nosotros, es porque tiene un propósito en vista. ¡No nos es dado para el simple hecho de hacernos sentir "espirituales" o habilidosos!

Veamos algunos ejemplos de una "palabra de conocimiento" registrados en la Biblia:

Fue utilizada para encontrar personas u objetos extraviados, como sucedió con Saúl y las asnas perdidas. (1 Samuel 9:15-20; 10:21-23.) (Observemos que la "palabra de conocimiento" puede brindarnos información sobre asuntos aparentemente prosaicos. Dios se preocupa por cada una de las necesidades humanas.)

Natán recibió una "palabra de conocimiento" relacionada con el asunto que hubo entre David y Betsabé. También recibió sabiduría para tratar con el rey. (2 Samuel 12:7-13.)

Fue utilizada para desenmascarar a un hipócrita, a Giezi, el siervo de Eliseo. (2 Reyes 5:20-27.)

Eliseo, por revelación milagrosa, supo dónde estaba emplazado el ejército sirio, salvando así a Israel de la batalla. (2 Reyes 6:8-23.)

El Señor Jesús usó el don de la "palabra de conocimiento". Cuando dejó de lado su gloria, aceptó las limitaciones del intelecto humano. Mientras vivió en esta tierra no fue omnisciente —que tiene conocimiento de todas las cosas— pero todo el conocimiento que necesitaba para encarar cualquier situación, lo obtenía del Espíritu Santo de la misma manera que lo obtenemos nosotros por intermedio de él.

Cuando Jesús sanó al paralítico, también le perdonó sus pecados. Esto provocó entre los escribas pensamientos aviesos contra Jesús. Jesús supo, por una "palabra de conocimiento" (no por "leer los pensamientos") lo que pensaban en su fuero íntimo, y así se los dijo directamente. (Mateo 9:2-6.)

Por medio de este don de revelación (no por "clarividencia") Jesús "vio" a Natanael mucho antes de conocerlo, sentado bajo la higuera, y también supo Jesús qué clase de persona era. Vemos entonces que "la palabra de conocimiento" puede revelar las andanzas de un hombre y la naturaleza de su corazón y de sus pensamientos. (Juan 1:47-50.)

Fue utilizado para convencer a la mujer samaritana de su pecado, y de la necesidad de aceptar a Jesús como Mesías. "Venid a ver a un hombre que

me ha dicho todo cuanto he hecho..." (Juan 4:17-18, 29.)

Este conocimiento sobrenatural se manifestó permanentemente en los días de la iglesia primitiva.

Fue utilizado para revelar la corrupción en la iglesia: Ananías y Safira. (Hechos 5:3.)

Otro Ananías, un cristiano de otra manera desconocido supo, por una visión, de la conversión de Saulo, el nombre de la calle (Derecha), el nombre de la persona en cuya casa se hospedaba (Judas), a quien tenía que buscar (Saulo de Tarso), qué estaba haciendo Saulo (orando), su actitud (estaba arrepentido) y sus necesidades (curación y el bautismo con el Espíritu Santo). (Hechos 9:11-12, 17.)

El Espíritu Santo reveló a Pedro, por medio de la "palabra de conocimiento" que tres hombres preguntaban por él a la puerta de su casa en Jope, y no tuvo ni un vestigio de duda de que debía acompañarlos. (Hechos 10:17-23.)

Como un ejemplo del día de hoy, relataremos algo que ocurrió en Spokane, Washington, mientras Rita daba una clase sobre los dones del Espíritu Santo. No se reducían tan sólo a estudiar este tema intelectualmente, sino que oraban y esperaban que esos dones se manifestaran. La fe aumenta cuando se escucha la Palabra de Dios, y cuando la clase consideraba las Escrituras, aumentó la atmósfera de fe a un punto tal en que lo milagroso podía ocurrir en cualquier momento. Mientras oraban, al finalizar la clase, Rita tuvo una fuerte impresión, una sensación desacostumbrada en su oído derecho. No sabiendo, al comienzo, de donde venía esa impresión, pidió la protección de Dios. Entonces se le ocurrió lo siguiente: "Tal vez Dios está tratando de decirme que alguien de este grupo sufre de su oído derecho." Estando entre amigos, decidió preguntar. Una joven, llamada Fran, respondió de inmediato, y dijo que padecía de una sordera del oído derecho desde hacía veinte años. Ultimamente su sordera la molestaba tanto que había orado intensamente a Dios para que la sanara. Rita relata lo siguiente: "Nunca en mi vida se me había revelado de esta manera la "palabra de conocimiento" y supe, sin el más leve asomo de duda, de que Dios

la iba a sanar." El grupo de oración rodeó a Fran y le impusieron las manos, pero fue innecesaria la oración de intercesión, porque Dios ya reveló lo que iba a hacer; con fe sencilla Rita ordenó al oído de Fran, en el nombre de Jesús, que se curara. Fran contó luego que ella sabía que algo había ocurrido, pero no testificó sobre su curación antes de ser examinada por el médico. Después contó que cuando se oró por ella sintió un chasquido y recobró el oído. El médico confirmó que su oído había vuelto a la normalidad. Y así ha quedado desde entonces. Este hecho muestra una combinación de tres dones, comenzando con una "palabra de conocimiento", que trajo un don de fe, que a su vez puso en acción el don de sanidades.

Tan maravilloso como es el hecho de que Dios nos habla y nos diga lo que va a hacer y qué papel vamos a jugar en sus planes (conocimiento), lo es, y de igual importancia, el que él nos muestre cómo ejecutar nuestra tarea (sabiduría). Si una madre explicara a su hijita cuáles son los ingredientes y las proporciones a utilizar para hacer una torta, pero no le diera la sabiduría necesaria para saber cómo mezclar esos ingredientes, el conocimiento no tendría ningún valor. En realidad, el resultado sería desastroso. De todo ello se desprende que corren parejos los dones de conocimiento y de sabiduría; es importante disponer de ambos. El libro de Proverbios nos dice: "La lengua de los sabios adornará sabiduría." (Proverbios 15:2.)

También tenemos cuatro clases de sabiduría

La *sabiduría humana natural* es el conocimiento natural aplicado. Por supuesto que este tipo de sabiduría está en permanente aumento, desde el momento en que el conocimiento también lo está. El conocimiento sería inútil de no contar con la sabiduría. De más está decirlo, la sabiduría del hombre, comparada con la sabiduría de Dios, es pura tontería. También puede ser una piedra de tropiezo, apartando al hombre de Dios. Un día cesará la sabiduría natural del hombre: "Destruiré la sabiduría de los sabios, y des-

echaré el entendimiento de los entendidos." (1 Corintios 1:19.)

Tanto *la sabiduría como el conocimiento sobrenaturales, productos de un mundo caído* fueron justamente los recursos que se utilizaron para tentar al primer hombre y a la primera mujer, para desobedecer el mandamiento de Dios. "...un árbol codiciable para alcanzar *sabiduría*..." leemos en Génesis 3:6. Esta clase de sabiduría fue —y continúa siéndolo— prohibida por Dios. El hombre ya disponía de la sabiduría natural, que era buena, y abrió las puertas para que entrara el conocimiento sobrenatural maligno y su aplicación, la sabiduría perniciosa, que hasta ese momento era patrimonio exclusivo de los ángeles caídos. La astrología es un ejemplo de la sabiduría fraudulenta de hoy en día. (Daniel 2:27-28.)

Sabiduría intelectual verdadera. El libro de Proverbios y la Sabiduría de Salomón, son buenos ejemplos de esto. Se obtiene cuando se respeta al Señor y a la Palabra de Dios (Job 28:28; Proverbios 9:10), y también estudiando la Palabra de Dios, que sólo puede ser comprendida cuando es revelada por el Espíritu Santo. Para que esto sea posible debemos, en primer lugar, recibir a Cristo, que es la sabiduría de Dios (1 Corintios 1:24), y es importante, como es obvio, haber recibido el bautismo con el Espíritu Santo. La Escritura dice: "Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada." (Santiago 1:5.) Pablo oró sin cesar por la iglesia para que fueran "...llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual." (Colosenses 1:9.) Tenemos que pedirle a Dios y creer que nos dará generosamente la sabiduría necesaria para ejecutar de la mejor manera posible la tarea que él nos ha encomendado.

El don sobrenatural de la "palabra de sabiduría" consiste en recibir en forma súbita y milagrosa la sabiduría necesaria para encarar cualquier situación que se presente, o responder a una pregunta dada, o utilizar un aspecto en particular del conocimiento, ya sea natural o sobrenatural. Al igual que la "palabra de conocimiento" no consiste en la puesta en juego

de una destreza humana adquirida, sino que es, exclusivamente, un don de Dios. Sería difícil establecer cuál de las dos —sabiduría o conocimiento— es más importante. Algo así como tratar de decidir cuál es más importante, si el pintor o la pintura, puesto que si bien es cierto que el artista no puede pintar su cuadro sin contar con los materiales, éstos, sin la persona que sabe cómo usarlos, pueden estropear la tela y dar por resultado un mamarracho. De manera que si una persona cuenta con el conocimiento —ya sea natural o sobrenatural— pero no cuenta con la sabiduría para utilizarlo adecuadamente, el resultado final puede ser un daño irreparable.

Veamos algunos ejemplos del don de la "palabra de sabiduría" extractados del Antiguo Testamento:

Cuando José interpretó el sueño del Faraón, no se valió de una sabiduría natural, o de una sabiduría lograda por el estudio y la preparación previa: José recibió una respuesta sobrenatural inmediata. José se encontró de pronto en un aprieto. Con el tiempo apenas necesario para salir de la prisión tuvo que enfrentarse al Faraón e interpretar su sueño. Posteriormente José dio sabios consejos sobre varios asuntos, entre ellos la necesidad de designar a una persona sabia y prudente como administrador general y a funcionarios a las órdenes de aquél, y sobre la forma de almacenar el alimento que serviría para los años de hambre que vendrían. Esto último no fue una "palabra de sabiduría" sino la verdadera sabiduría intelectual que Dios brindó a José, y que éste usó en numerosas oportunidades. Todo esto llevó al Faraón a referirse a José como un hombre "entendido y sabio" y le dio un cargo ejecutivo, con autoridad sobre toda la administración egipcia, inferior únicamente al Faraón. (Génesis 41.)

Dios habló a Moisés desde una zarza ardiente, encomendándole la liberación de Israel de la esclavitud de Egipto (conocimiento), y Moisés tuvo que recurrir muchas veces a la palabra de sabiduría cuando en numerosas oportunidades debió enfrentarse a ese pueblo rebelde. (Exodo 3.)

Dios le dio a Moisés el conocimiento necesario para proyectar el tabernáculo que habría de construir en

el desierto, y le informó que había llamado a Bezaleel colmándolo de sabiduría y de conocimiento (que no poseía naturalmente) para trabajar el oro, la plata, el bronce, las piedras y la madera, y para encargarse del grueso de la construcción del tabernáculo. (Exodo 31.)

Una de las grandes historias de "fe", narradas en el Antiguo Testamento resulta ser también un extraordinario ejemplo de los dones espirituales de profecía, sabiduría y conocimiento. El rey Josafat se encontraba acosado por la alianza de tres poderosos enemigos. Sabiendo que no disponía de los recursos suficientes para defender su reino, puso todo el problema delante de Dios. Todo el pueblo de Judá "estaba de pie delante de Jehová" esperando la respuesta. Y la respuesta se recibió cuando "sobre Jahaziel... vino el Espíritu de Jehová en medio de la reunión" y Jahaziel empezó a profetizar:

"No temáis ni os amedrentéis delante de esta multitud tan grande, porque no es vuestra la guerra, sino de Dios." Esto fue "edificación, exhortación y consuelo". Luego siguió la "palabra de conocimiento" al informar Jahaziel al rey y al pueblo, exactamente donde estaría el enemigo, y donde lo podrían encontrar. Nuevamente les dio una "palabra de sabiduría" al decirles que no tendrían que pelear, sino quedarse quietos y observar lo que haría Dios. A continuación Dios le dio a Josafat una "palabra de sabiduría" y es por ello que en lugar de salir al encuentro del enemigo al frente de sus guerreros escogidos, envió a hombres a cantar y alabar a Dios, y he aquí, los enemigos cayeron en sus propias emboscadas y se mataron entre ellos. (2 Crónicas 20:12-23.)

Daniel fue un hombre intelectualmente sabio y de amplísimos conocimientos, y por ello fue elegido para enseñar en el palacio del rey. Sin embargo, superior a ello fue la "palabra de sabiduría" que de tanto en tanto le daba Dios, de manera que pudo interpretar (sabiduría) el sueño que Nabucodonosor había soñado y olvidado. Estos secretos fueron revelados a Daniel en "visión de noche". Daniel dijo: "Sea bendito el nombre de Dios por siglos en siglos, porque suyos son el poder y la sabiduría... da la sabiduría a los sabios y la ciencia a los entendidos. El revela lo profundo y lo escondido..." (Daniel 2:20-22.) Como consecuencia de ello el rey lo designó gobernador general de Babilonia, con autoridad sobre los demás gobernadores. En el capítulo cuarto leemos que nuevamente Daniel interpreta el sueño de Nabucodonosor, esta vez anunciándole que su reino le sería quitado. Más tarde, bajo el reinado de Belsasar fue llamado para interpretar la escritura de la pared. Los dones de Dios salvaron en varias oportunidades la vida de Daniel y de sus compañeros.

Como el Gran Ejemplo, en todas las cosas, el Señor Jesús exhibió una y otra vez la "palabra de sabiduría" para encarar circunstancias particularmente difíciles. Los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo le preguntaron a Jesús sobre qué autoridad basaba semejantes pretensiones. La respuesta de Jesús, en forma de una pregunta, fue dictada por una "palabra de sabiduría". (Mateo 21:23-27.)

Los fariseos quisieron entrampar a Jesús preguntándole si los hombres debían pagar tributo a César o no. Jesús respondió con una "palabra de sabiduría": "Dad, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios."

Un abogado fariseo tentó a Jesús, preguntándole cuál era, en su opinión, el más grande mandamiento de la ley. Jesús respondió con sabiduría. A continuación les preguntó a los fariseos quién creían ellos que era él, de quién era hijo el Cristo. Ellos le respondieron "de David". La cita de los Salmos con que les contestó Jesús fue tan profunda, que el evangelio de Mateo cuenta que desde ese día nadie osó preguntarle más. (Mateo 22:34-46.) Así como Jesús tenía una gran sabiduría, contamos con la promesa de que en medio de la persecución él nos dará "palabra y sabiduría" que nuestros adversarios no podrán desmentir ni rechazar. Estos dones serán más necesarios en los días por venir. El evangelio de Mateo dice: "Y guardaos de los hombres, porque os entregarán a los concilios... sinagogas... gobernadores y reyes por causa de mí... Mas cuando os entreguen, *no os preocupéis* por cómo o qué hablaréis; porque en aque-

lla hora os será dado lo que habéis de hablar." (Mateo 10:17-19.)

Este pasaje nos indica de dónde sacaron Pedro y Juan la sabiduría que aplicaron cuando fueron amenazados por los dirigentes judíos a raíz de haber sanado a un cojo. (Hechos 4:7-21.) Más tarde, al ser arrestados justamente por esa curación, leemos: "Entonces, viendo el denuedo de Pedro y de Juan, y sabiendo que eran hombres sin letras y del vulgo, se maravillaban; y les reconocían que habían estado con Jesús." (Hechos 4:13.)

Se dijo de aquellos que disputaban con Esteban —que era un hombre lleno de gracia y de poder— que: "No podían resistir a la sabiduría y al Espíritu con que hablaba." (Hechos 6:8-10.)

Por cierto que el apóstol Pablo no era un hombre entrenado en el arte de la navegación, y sin embargo, cuando se vio envuelto en un naufragio, tomó el mando de la situación a pesar del hecho de viajar como prisionero, rumbo a Roma, y el oficial romano le escuchó con todo respeto. (Hechos 27:21-35.)

Tenemos que rectificar nuestra manera de pensar, y librarnos del viejo hábito de fijarle limitaciones a Dios en nuestras vidas y empezar a vivir con expectativa. En Cristo están escondidos "todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento". (Colosenses 2:3.) Desde el momento en que Cristo vive en nosotros, el hecho formidable es que su sabiduría y conocimiento también están allí, listos para sernos revelados por el avivamiento del Espíritu Santo. Contando con este *maravilloso tesoro que es Jesucristo morando en nosotros*, podemos estar seguros que el Espíritu Santo sacará de ese tesoro los dones que necesitamos en la medida en que creamos en Dios. Dispongamos del tiempo necesario para agradecerle ahora mismo, porque tanto la sabiduría como el conocimiento divinos se manifestarán en nuestras vidas, por mandato de Dios, cuando surja la necesidad. ¡Alabemos a Dios por sus inefables riquezas!

En este estudio de los dones del Espíritu, comenzamos con los dones de la *palabra inspirada*, porque son los de más fácil observancia, y los que más frecuentemente se manifiestan; a continuación los dones de *poder;* y en último lugar los dones de *revelación.* Todos los sucesos sobrenaturales registrados en la Biblia (a excepción de las imitaciones fraudulentas, por supuesto) pueden ser identificados con uno u otro de estos nueve dones del Espíritu, anotados en 1 Corintios 12:7-11.

Hay otras tres listas anotadas en el Nuevo Testamento, denominadas "dones", pero una de ellas, en la carta a los Efesios, es una lista de cargos o ministerios en la iglesia: apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros. (Efesios 4:8, 11.) Además en el original griego se usa un vocablo distinto: *domata* en lugar de *carismata.* Otra "lista" la tenemos en la carta a los Romanos, pero en realidad no se trata de un intento de hacer una lista de los dones, sino más bien una serie de ilustraciones para instruir a los cristianos en la forma de vivir. (Romanos 12:4-21.) Mezcla unos cuantos dones y ministerios con otras funciones, algunas de las cuales según la exposición razonada de Pablo en sus otros escritos, se llamarían "frutos" del Espíritu. En Corintios, capítulo 12 —que es el capítulo donde con toda claridad aparece la lista de los dones— el apóstol cita nuevamente, al finalizar el capítulo, algunos de los dones y ministerios pero lo hace con un propósito ilustrativo.[2] Pareciera ajustarse más al esquema general de la Escritura, decir que 1 Corintios 12:7-11 es la lista de los dones, mientras que Efesios 4:11 hace referencia a los ministerios "oficiales" de la iglesia. De igual forma los frutos del Espíritu están anotados en Gálatas 5:22-23, pero en Efesios 5:9 Pablo utiliza el término en estilo ilustrativo: "El fruto del Espíritu es toda bondad, justicia y verdad."

Toda persona que ha sido bautizada en el Espíritu Santo, puede ejercer cualquiera de los nueve dones espirituales, según sean las necesidades que se presenten, y según lo decida el Espíritu Santo. Conoce-

[2] Cualquiera de los dones del Espíritu pueden llegar a ser un ministerio, como ya lo hemos dicho antes, pero los que aparecen al final de esta lista deben ser considerados específicamente como tales.

mos muchos cristianos que en el transcurso de varios años se han valido de los nueve dones del Espíritu. Esto no quiere decir que sean más espirituales que los demás, pero sí que han sido más asequibles y han vivido más a la expectativa.

Nuestro ruego es que este estudio redundará en una mayor comprensión, de tal manera que los dones de poder y de revelación se manifiesten en el cuerpo de Cristo mucho más que en el pasado, y que los dones más conocidos —los de la palabra inspirada— sean expresados con mayor belleza y edificación en la Iglesia.

Es *nuestra opinión* que Dios quiere que los dones se manifiesten en forma activa en la vida de la iglesia, para aumentar nuestra propia edificación y gozo, y también demostrarle al mundo que Jesús vive y es real. El Espíritu Santo reparte los dones a cada hombre individualmente, en la forma en que él lo cree oportuno, y el Espíritu Santo desea que vivamos una vida abundante en Cristo.

"Y a aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos." (Efesios 3:20-21.)

14

El camino excelente

En Exodo 28 leemos una descripción de las vestiduras que el sumo sacerdote usaría al oficiar en el tabernáculo para adorar a Dios. El sumo sacerdote tenía una prenda llamada *efod*. Era azul y orlada con una decoración muy particular:

"Y en sus orlas harás granadas de azul, púrpura y carmesí alrededor, y entre ellas campanillas de oro alrededor. Una campanilla de oro y una granada, otra campanilla de oro y otra granada, en toda la orla alrededor." (Exodo 28:33-34.)

Las campanillas de oro pueden considerarse como un símbolo de los dones del Espíritu Santo. A los dones se los ve y se los oye, y son hermosos. Las campanillas tintineaban cuando el sumo sacerdote entraba al lugar santísimo, invisible a los adoradores de afuera, aunque sabían que él estaba orando por ellos. De la misma manera, los dones nos enseñan que Jesús, si bien invisible a nuestros ojos terrenales, vive y oficia por nosotros en el lugar santísimo.

Las granadas representan el fruto del Espíritu. Son dulces en sabor y atractivas en color, y llenas de semillas, lo cual nos recuerda que no solamente son frutas, sino que son *fructíferas*. Hemos hecho un amplio estudio sobre los dones del Espíritu Santo, las campanillas de oro, y ahora nos resta recordar que los dones del Espíritu Santo están balanceados por el fruto del Espíritu.

Digamos de nuevo que los dones del Espíritu (1 Corintios 12:7-11) son: sabiduría, ciencia, discerni-

miento de espíritus, fe, milagros, sanidades, profecía, lenguas e interpretación de lenguas; el fruto del Espíritu (Gálatas 5:22-23) es: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza. Los sacerdotes creyentes de hoy, deberían controlar la orla de sus túnicas, es decir, sus vidas, para ver lo que hay allí.

Para que hubiera "una campanilla de oro y una granada, y otra campanilla de oro y otra granada" como dice la Escritura, alrededor de la túnica del sacerdote, tendría que haber un número igual de cada una. Es interesante consignar el hecho de que en la lista precedente, figuran nueve dones y nueve frutos del Espíritu. Para permitir que las campanillas de oro suenen con claridad, armoniosamente, sin entrechocar unas con las otras, debe mediar un fruto entre cada una de ellas.

Los dones puestos de manifiesto por vidas desprovistas de frutos motivados por una autoestimación y sin otro deseo que el de llamar la atención, despertarán tanto entusiasmo como el que pudiera despertar el golpetear sobre unos tachos. Los dones del Espíritu son "irrevocables", es decir, que Dios no los quita porque son mal utilizados, y es por ello que pueden manifestarse a través de vidas que no son consagradas y a través de personas que le deben una reparación tanto a Dios como a los hombres; pero de cualquier manera tales personas no producen más que un ruido ensordecedor para los que tienen discernimiento. A esto se refiere el apóstol cuando habla de "metal que resuena" y "címbalo que retiñe". Nuestras campanas no deberían ser de bronce o de latón, sino de oro puro. Campanas de oro representan vidas que están a tono con el Señor y con los hermanos, y cuyo deseo central es exaltar a Jesucristo, mientras manifiestan los dones.

Es significativo el hecho de que esta figura de campanillas y granadas alternadas se proyecta en el Nuevo Testamento, ya que entre los dos grandes capítulos de los dones, —1 Corintios 12 y 14— se encuentra engarzado el hermoso capítulo 13, referido al amor, fruto central del Espíritu:

"Si tengo el don de hablar en lenguas
tanto de hombres como de ángeles, sin haberlas aprendido,
pero no tengo amor,
soy como ruidosa campana de bronce o címbalo que retiñe.
Y si he sido utilizado en el don de profecía
y entiendo todos los misterios y toda la ciencia;
Y haya colmado la medida de la fe,
hasta para trasladar montañas,
pero no tengo amor,
nada soy.
Y si todo lo que tengo se lo doy a los pobres y entrego mi cuerpo para ser quemado, pero el amor de Dios no brilla a través mío,
nada me aprovecha.
El amor es paciente, es bondadoso;
el amor no es envidioso;
el amor no está hinchado de orgullo,
No se comporta indecorosamente o con desenfreno.
no busca su propio interés,
no se irrita con facilidad,
no abriga malos pensamientos;
No se regocija de la injusticia y de la perversidad,
sino que se regocija cuando triunfa la justicia y la verdad;
El amor es consistente,
El amor está siempre dispuesto a confiar,
Espera lo mejor, en todas las cosas
todo lo soporta como un buen soldado.
El amor nunca termina;
Las profecías pasarán; las lenguas
cesarán; y también la ciencia, un día,
dejará de ser.
Porque nuestra ciencia es fragmentaria y nuestra profecía limitada.
Pero cuando venga lo perfecto, será innecesario lo imperfecto.
Cuando fui niño hablé como un niño, razoné como un niño;
pero cuando me hice hombre, abandoné mis hábitos infantiles.

Ahora miramos en un espejo una imagen borrosa,
¡pero entonces veremos cara a cara!
Ahora comprendemos en parte,
pero entonces conoceremos plenamente, de la misma manera en que somos conocidos.
De modo pues, que permanecen la fe, la esperanza y el amor,
estas tres;
pero el mayor de ellos es el amor."

El amor es el fruto más importante del Espíritu; sin él los otros ocho podrían no existir. Se los denomina "fruto" en singular, y no "frutos" en plural, porque los otros son como los gajos de una naranja contenidas dentro del fruto del amor.

¿A qué amor se refiere este capítulo, que lo describe como más grande que la fe, que es la llave a la Biblia y sin el cual no podemos recibir nada de Dios? De este amor se dice que es más grande que la ciencia (conocimiento), que es un don del Espíritu, y anhelado por los cristianos. ¡Es mayor que el martirio sufrido por confiar en Jesús! Es más importante que dar a los pobres, si bien el dar a los pobres es una buena obra. Este amor es superior al don de la profecía, don del cual dijo Pablo que todos los cristianos deberían desearlo como al más grande de los dones para la edificación de la iglesia. Es mayor que hablar en lenguas desconocidas. Es superior a la esperanza.

Con toda seguridad que aquí se está hablando de una clase de amor diferente al amor humano, que es inconsistente y limitado. En nuestro idioma hay un sólo vocablo para designar al amor, ¡mientras que el idioma griego tiene siete! El Nuevo Testamento hace mención solamente de dos de esos siete vocablos: *philia*, que significa afecto o apego por otra persona, amistad, que es un tipo limitado de amor; y *ágape* que significa el perfecto amor de Dios —amor incondicional —tal como está expresado en el amor de Dios por el hombre, o el amor fraternal cristiano en su más alta expresión, que nace como resultado de que Dios vive en el hombre.

Una tercera acepción para el vocablo amor en el idioma griego, es *eros* que significa amor físico o sensual. Tenemos, pues, una trilogía para la palabra "amor": *ágape*, del espíritu; *philia*, del alma; *eros* del cuerpo.

El fruto del Espíritu del que estamos hablando en este capítulo, es *ágape*. Dios manifestó su amor por el hombre a través del nacimiento, de la vida y de la muerte de Jesucristo. "Nadie tiene mayor amor que éste, que uno ponga su vida por sus amigos", (Juan 15:13), y aún por sus enemigos. (Romanos 5:7-10.) El amor de Dios en el hombre viene como resultado de la salvación. El bautismo en el Espíritu Santo provoca aun una mayor efusión del amor de Dios, en tanto que la persona more en Cristo y camine en el Espíritu. "El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado." (Romanos 5:5.) El capítulo 13 de 1 Corintios, cuando habla del amor, se refiere a *ágape*, amor autosacrificial, amor sin reservas.

Y el amor no es solamente el fruto central del Espíritu, sino un mandamiento de Jesús:

"Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De esos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas." (Mateo 22:37-40.)

Jesús también dijo: "Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros, como yo os he amado..." (Juan 13:34.)

En el Nuevo Testamento también se menciona al amor como una de las cosas que nos "edifican" espiritualmente. "El conocimiento envanece, pero el amor edifica."

La primera fase del amor es cuando solamente podemos amar a los que antes nos amaron primero. "Nosotros le amamos a él (Dios) porque él nos amó primero." (1 Juan 4:19.) Es un comienzo necesario, pero no va más allá de ser una mezcla de amor. Con el amor puro viene un olvidarse de sí mismo y un mayor deseo de dar que de recibir. Cuando alcanzamos esta etapa, nos damos cuenta que amamos a Dios no por lo que ha hecho o está haciendo por nosotros, sino que le amamos por sí mismo.

Solamente después de haber hecho contacto con esa celestial fuente de amor, podemos esperar amar a nuestros semejantes. El primero y gran mandamiento, es decir amar a Dios, tiene que producirse antes del segundo, que es amar al prójimo, porque si no se cuenta con el amor de Dios, es imposible que amemos a nuestros semejantes.

Dios no hubiera exigido esta condición si fuera algo imposible de cumplir. Algunas personas sostienen que el amar a Dios les lleva todo su tiempo y no les queda ningún resto para ocuparse de otros. Jesús les ordenó a sus discípulos que se amaran los unos a los otros de la misma manera que él los había amado, como una señal para el mundo de que ellos eran sus seguidores. Cuando amamos a nuestros hermanos, amamos a Cristo, porque la Biblia dice que todos formamos el cuerpo de Cristo, carne de su carne y hueso de sus huesos. (Efesios 5:29-30; 1 Corintios 12:27.) Dios recepta nuestro amor *en la medida en que amamos* a los hermanos en Cristo, como asimismo en nuestra devoción a él en oración y alabanza. A la par que maduramos en amor, también podremos alcanzar y amar a los incrédulos, y aún amar a nuestros enemigos. (Mateo 5:43-48.)

Sin embargo, en un plano terrenal, el amor es imposible sin amarnos a nosotros mismos, tal como lo dice la Escritura: "Ama a tu prójimo *como a ti mismo.*" Si nos odiamos a nosotros mismos, no podremos amar verdaderamente a Dios, a nuestros hermanos, a los incrédulos, o a nuestros enemigos. Y solamente podremos amarnos a nosotros mismos sabiendo quiénes somos en Cristo, y sabiendo que el yo esencial es una nueva criatura en la cual mora Dios. Unicamente por causa de Jesús existe en nosotros algo por lo cual valga la pena amarnos a nosotros mismos. Es un pecado *no* amarnos a nosotros mismos. ¿Cómo podemos dejar de amar todo lo que Dios ha creado?

Pablo dice al finalizar el capítulo 12: "Procurad, pues, los dones mejores. Mas yo os muestro un camino aún más excelente." (1 Corintios 12:31.) El camino más excelente no es "en lugar de los dones" sino en lugar de "procurar los dones": amar de tal manera que los dones fluyan hacia afuera con tanto donaire

que semejen a las refrescantes aguas de un río que vivifican todo a su paso. El *ágape* nunca falla, dice Pablo; pero la profecía, las lenguas, la ciencia, y los otros dones cesarán de ser cuando Jesús, el perfecto, vuelva a buscar a su iglesia. Los dones han sido establecidos principalmente para la edificación y la protección de la iglesia en la tierra, pero cuando la iglesia esté con el Edificador, los dones dejarán de ser necesarios. Pero hoy en día sí lo son.

Un joven se enrola en el ejército. Es de esperar que rinda un "fruto" en su vida: valor, resistencia, perseverancia, formalidad, etc. El fruto es de la máxima importancia, y deja una impronta permanente en su carácter. Imaginemos la reacción del joven si fuera enviado al frente de batalla y su superior le dijera:

"Bueno, hijo, cuentas con las cosas más importantes; el fruto se ha desarrollado en tu vida, no necesitas nada más." El joven, con toda probabilidad, respondería:

"Señor, todo eso me parece muy bien y muy lindo, pero según rumores, hay un enemigo aquí cerca, y las bajas que traen de vuelta confirman esos rumores. Si no lo toma a mal quisiera que me diera armas (dones) para protegerme; ¡estamos en guerra!" Si le dijeran que han decidido prescindir de las armas, porque el ejército no las necesita más, ¡sería muy difícil convencerlo!

Efectivamente hay una guerra en marcha; y durante todo el tiempo que vivamos en este mundo caído, necesitaremos los dones. Los dones todavía no han pasado; más aún, la Escritura señala que antes que Jesús vuelva a buscar a su iglesia, habrá un avivamiento aún mayor del Espíritu Santo, para combatir el incremento de la obra del enemigo, y como es obvio, los dones estarán incluidos en ese avivamiento. (Joel 2:23-24, 28-31; Hageo 2:9.) Y en un día glorioso, cuando la batalla haya concluido con la victoria, los dones dejarán de ser necesarios.

También pasarán la fe y la esperanza, tal cual las conocemos en este mundo. "La esperanza que se ve no es esperanza... pero si esperamos lo que no vemos con paciencia lo aguardamos." (Romanos 8:24-25.) "Es, pues, la fe, la certeza de lo que se espera,

la convicción de lo que no se ve." (Hebreos 11:1.) Viendo la evidencia de nuestra fe, nos introducirá a una forma de relación de fe distinta a la que ahora conocemos. Cuando veamos a nuestro Señor cara a cara, todas estas cosas pasarán, tal como lo asegura la Escritura. Lo único que tendrá permanencia eterna será el amor —*ágape*— porque "Dios es amor".

Hemos procurado demostrar que debe haber un equilibrio y una acción recíproca entre los dones y el fruto del Espíritu Santo. Los dones —las campanillas de oro— deben tintinear para proclamar al mundo que nuestro sumo sacerdote vive por siempre jamás, y sigue firme en su obra redentora, sanando al mundo por medio del ministerio de su pueblo. El fruto tiene que verse, para mostrar a la gente cómo es Jesús, y cómo los ama. El mundo tiene que ver el amor de Dios actuando en su pueblo.

15

Consagración

Ya hemos hablado de dos experiencias cristianas básicas, siendo la más importante la salvación, y en segundo lugar el bautismo con el Espíritu Santo. Ambas se dan en forma gratuita a quienquiera que las pida y nada puede hacerse para ganarlas.

También puede darse un paso vital, que podríamos denominar *consagración.*[1] Los dos primeros pasos los ofrece Dios para nuestra aceptación, mientras que en la consagración, nosotros nos damos a Dios:

"Así que, hermanos, os ruego . . . que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo (consagrado), agradable a Dios, que es vuestro culto racional." (Romanos 12:1.)

Pablo está hablando a los "hermanos", a creyentes que son salvos y sin duda bautizados en el Espíritu Santo. La consagración es algo que *nosotros* hacemos, pero únicamente Dios nos da la capacidad para ello. Significa someter nuestra propia voluntad a Dios en la más alta medida posible para que su perfecta voluntad pueda manifestarse en nosotros y a través de nosotros. Este paso es una respuesta a la oración que dice:

"Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra [en vasos de barro (2 Corintios 4:7.)] . . ." (Mateo 6:10.)

[1] Otros términos usados al mismo fin son: entrega, discipulado o dedicación.

Lo que en realidad quiere decir es que debemos permitir a Jesús que sea el Rey y Señor de nuestras vidas.

"¿Y quién quiere hacer hoy ofrenda voluntaria a Jehová?" preguntó el rey David a su pueblo. (1 Crónicas 29:5.) El pueblo de Israel respondió voluntariamente y "de todo corazón"; dieron de sí y dieron sus bienes para la construcción del templo del Señor. A continuación David elevó una hermosa oración, terminando con las conocidas palabras:

"Pues todo es tuyo, y de lo recibido de tus manos te damos." (1 Crónicas 29:14.)

Nosotros —y todo lo que tenemos— pertenecemos a Dios, pero habiéndonos dado libre albedrío, tiene que esperar a que seamos nosotros quienes le retribuyamos voluntariamente.

De la manera en que somos salvos cuando por vez primera recibimos a Jesús, y sin embargo nuestra salvación continúa día a día; de la manera en que recibimos el Espíritu Santo en un determinado momento, de una vez y para siempre, pero debemos permitirle que nos llene día a día; así también tenemos que efectuar el acto inicial de la consagración, que también tendrá que ser renovado día a día, reuniendo las facetas de nuestra vida que parecieran haberse apartado de él, y juntarlos en el sitio donde deben estar. Muchos hay que han nacido de nuevo y han sido bautizados en el Espíritu Santo, que no se dan cuenta de la necesidad de consagrarse. Y, sin embargo, la consagración es el único camino para una vida plena y victoriosa en Cristo.

La consagración se produce, entonces, cuando *optamos* caminar con Jesús, día a día; significa poner a Jesús en primer lugar en nuestras vidas y caminar con él. "Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas." (Mateo 6:33.) Jesús nos ha prometido estar siempre con nosotros, pero el creyente no consagrado pretende que Jesús le acompañe adonde él quiere ir, en tanto que la persona consagrada sigue a Jesús adonde Jesús quiere ir. Jesús dijo: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día [someta su propia voluntad cada día] y sígame." (Lucas 9:23.)

Al llegar a este punto alguien puede plantear lo siguiente: "Todo esto suena muy bonito, pero ¿cómo aprender a hacerlo?" El mejor consejo que podemos dar es que debemos descubrir la diferencia que existe entre alma y espíritu. Ya hemos mencionado la importancia de comprender que no estamos reducidos a dos partes, —alma y cuerpo— como los animales, sino que conformamos tres partes: espíritu, alma y cuerpo.

El espíritu (pneuma) es la parte más recóndita de nuestro ser, que fue creado para tener comunión con Dios. Estaba muerto "en delitos y pecados" y cobró vida al hacernos cristianos, y Dios vino a morar justamente allí. Es en nuestro espíritu donde subyace ese conocimiento o testimonio interior de la voluntad de Dios. En la carta a los Colosenses leemos: "Porque en él [Jesús] habita toda la plenitud de la Deidad [Trinidad], y vosotros [los cristianos] estáis completos en él." (Colosenses 2:9-10.) En el evangelio de Juan, leemos lo que dijo Jesús: "El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él." (Juan 14:16.) ¿Qué más podemos pedir cuando el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo viven en nuestro espíritu? Esta es la parte de nuestro ser denominada "nueva criatura" sitio en el cual nuestro espíritu se ha unido al Espíritu Santo y se han hecho uno solo. (1 Corintios 6:17.) Con frecuencia ésta es la parte más descuidada de nuestro ser, siendo, como es, la más importante.

El alma (psiquis) es la parte del hombre que lo ha gobernado siempre, desde la caída. Está compuesta de tres partes: el intelecto. la voluntad y las emociones. El alma del cristiano ha llegado a un punto en que puede ser puesta en orden; todavía es una mezcla de bien y de mal. Resulta maravilloso cuando el alma se somete a Dios; pero cuando no lo está, puede bloquear lo que Dios quiere hacer en nosotros y a través nuestro. Si bien el "viejo hombre" fue crucificado con Cristo, todavía quedan restos del desorden que dejó allí desde la época en que dominaba

nuestra alma; la tarea de limpieza —en lenguaje bíblico— se llama santificación. ¡Esta esfera es un verdadero campo de batalla! Es el campo del "yo" que Jesús quiere que neguemos.

El cuerpo (soma) es el ámbito de los cinco sentidos: gusto, tacto, olfato, vista y oído. El cuerpo es la casa donde habitan el alma y el espíritu, y el cuerpo del cristiano pasa a ser el templo del *Espíritu Santo*. (1 Corintios 6:19.) Con el bautismo en el Espíritu Santo el cuerpo se llena, hasta rebosar, con la gloria de Dios. En tanto nuestros cuerpos —que todavía conservan tendencias a caer— no controlen nuestras vidas, antes bien son controlados por el Espíritu Santo y por nuestro estado de "nuevas criaturas", expresarán la hermosura y el gozo del Señor. Dios tiene sus planes con respecto a nuestros cuerpos físicos, y los ejecutará en la medida en que seamos obedientes a la inspiración del Espíritu Santo y de su Palabra, referidas a su templo. Dios quiere que "seas prosperado ... y que tengas salud, así como prospera tu alma". (3 Juan 1:2.)

Nuestra situación en la vida puede ser comparada a lo que puede ocurrir en un gran trasatlántico. El capitán ha estado gravemente enfermo y durante el prolongado período que duró su enfermedad, no pudo ejercer el comando de la nave. La tripulación, bien entrenada, supo muy bien lo que tenía que hacer y tomó el control. Desgraciadamente, sin conocer ni el destino ni el propósito del viaje, navegan por el Océano sin rumbo fijo. Se suscitan disputas entre ellos, y queda muy poco combustible. Desde el momento en que no conocen el arte de la navegación y por lo tanto cómo llegar a un puerto, no pueden reabastecerse. ¡La situación se ha tornado grave! Milagrosamente mejora el capitán, pero se da cuenta que le demandará un tiempo ganar nuevamente el control del buque. De vez en cuando la tripulación le presta atención, pero las más de las veces le dicen: "Vea, señor, hemos navegado mucho tiempo sin su ayuda, y sabemos hacerlo. ¡Déjenos en paz!"

Nuestro espíritu, unido al Espíritu Santo, es quien debe —presuntivamente— gobernar nuestra alma, y nuestra alma sometida debe —también presuntivamente— gobernar nuestro cuerpo. Pero por mucho tiempo, sin embargo, desde el momento en que nacimos, nuestro espíritu ha estado fuera de acción y nuestra alma y nuestro cuerpo han actuado por su propia cuenta. ¿Qué tiene que hacer el capitán del barco para tomar nuevamente el control? Lo que la tripulación desconoce es que las cosas volverán a la normalidad y todos serán felices, solamente cuando el capitán, con sus mapas y su brújula, y su conocimiento del mar, logre recuperar el control total de la situación. Además el capitán también sabe cómo manipular la radio para pedir ayuda y dar indicaciones sobre la posición del barco, solicitando combustible y otros elementos necesarios. La paz y la felicidad volverán a reinar en el barco en el momento en que el capitán retome el control.

Para el cristiano, inmediatamente después de su bautismo en el Espíritu Santo, la presencia de Dios resulta tan real, que no le demanda ningún esfuerzo colocar a Dios en el primer lugar. Está primero en nuestra mente temprano a la mañana, es el tema favorito en nuestra conversación durante el día, y el último en quien pensamos antes de retirarnos a dormir. Su espíritu renovado (el capitán) está por encima de su alma (la tripulación), y el cuerpo (el barco) funciona de acuerdo a las directivas del capitán. Sucede que en algunas personas esta paz y orden duran más que en otras, pero bien pronto el alma comienza a forcejear para recuperar el control que le corresponde. Para que todo se desarrolle en orden, el cristiano tiene que tener una idea bien clara de la diferencia que hay entre su *alma* y su *espíritu*. Y esto lo puede saber aplicándose al estudio de las Escrituras.

"La Palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón." (Hebreos 4:12.)

¿Por qué la Biblia insiste en la necesidad de establecer una clara división o separación o distinción entre el alma y el espíritu? El alma, como ya lo hemos dicho, es una mezcla de bien y de mal. La Biblia nunca nos dice que debemos caminar o vivir en el

alma, pero sí nos repite una y otra vez ¡"andad en el Espíritu", "vivid en el Espíritu", "orad en el Espíritu", "cantad en el Espíritu"! Nuestras almas podrán ser limpiadas, curadas, restauradas y utilizadas para la gloria de Dios, en la medida en que aprendamos a caminar en el Espíritu, sometiendo nuestras almas al Espíritu de Dios. Las palabras del salmista David nos parecen apropiadas a este respecto:

"Junto a aguas de reposo me pastoreará; confortará mi alma." (Salmo 23:2-3.)

De la misma manera que somos tres partes —espíritu, alma y cuerpo— nuestras almas también están formadas por tres partes: intelecto, voluntad y emociones. Nuestro intelecto conforma una de las áreas más difíciles de nuestra alma, en el intento de someternos a la obra del Espíritu Santo. Pareciera que es el que más hondo ha caído a causa del pecado original, ya que justamente fue el intelecto el que incursionó en las zonas prohibidas por Dios, y por allí entró el pecado en el mundo. Dijo al tentador:

"Sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal." (Génesis 3:5.)

Y desde entonces el hombre ha vivido de acuerdo a los razonamientos de su intelecto. Desde el primer grado de la escuela primaria se nos ha enseñado que el intelecto es la parte más importante en nuestras vidas, pero la educación no constituye la respuesta completa para cambiar el mundo. (La madre de Dennis solía decir: "¡Si educamos a un diablo, lo más que podremos obtener es un diablo capaz!") Satanás es un embaucador más hábil que el más hábil de los abogados criminalistas; no nos cabe la menor duda de que podrá engañar nuestro intelecto, si nuestro intelecto es *lo único con que contamos*. Nuestra mente ha logrado acumular informaciones buenas y malas, verdaderas y falsas, y aún después de la conversión y del bautismo con el Espíritu Santo, toma tiempo efectivizar un cambio. Sin embargo, el intelecto es algo maravilloso siempre que esté sometido a Dios y haya sido renovado por el Espíritu Santo.

"No os conforméis a este siglo, sino transformaos [las palabras transformado y transfigurado provienen del mismo vocablo griego *metamorfo*, de donde viene la palabra metamorfosis] por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta." (Romanos 12:2.) También dicen las Sagradas Escrituras:

"Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús." (Filipenses 2:5.)

No aceptemos, como nuestra, cualquier idea que surja en nuestra mente. Debemos investigar su origen preguntándonos a nosotros mismos: ¿Vino de Dios? ¿Vino de mi nueva vida en Cristo? ¿Vino del enemigo? Es preciso que de inmediato eliminemos de nuestra vida los dardos de fuego y la dañina imaginación del enemigo. La tentación no constituye un pecado en sí, pero lo es cuando nos solazamos con la tentación, que en última instancia nos hará caer en la mala acción. La Biblia dice:

"Refutando argumentos, y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo." (2 Corintios 10:5.)

El "conocimiento de Dios" es de que el creyente es una nueva criatura, de ahí que sus pensamientos serán sanos y buenos. Todo otro pensamiento viene del enemigo o de la vida del alma y debe ser resistido. El creyente debe oponerse permanentemente a esos pensamientos desviados (se hará más fácil el esfuerzo con el correr del tiempo) o, de lo contrario, volverá a su vieja manera de ser. Watchman Nee,[2] el gran líder chino dice que hay muchos hijos de Dios que tienen corazones nuevos pero cabezas viejas.

La expresión "refutando argumentos" en el pasaje precedente, significa que es necesaria nuestra cooperación y aquí es donde entra en acción nuestra voluntad. La *voluntad* es el núcleo del alma, el lugar donde se hacen las elecciones y se toman las decisiones. Es el yo esencial, y ha sido usada para ejercitar

[2] Recomendamos muchos de los libros de Watchman Nee: *Sit, Walk, Stand; Release of the Spirit*, y *Changed Into His Likeness*, para no nombrar más que algunos. (Sentaos, Caminad, Paraos; Liberación del Espíritu y Cambiado a su imagen.)

la propia voluntad y no la voluntad de Dios. Dios le entregó al hombre una libre voluntad para que libremente pudiera decidir amarle, pero el mal uso que de la libre voluntad hizo el hombre, causó la muerte de Jesús. El libre albedrío fue adquirido por la muerte de Jesús. Dios nunca nos quita el libre albedrío, pero todos los días debemos demostrarle nuestro amor a él, devolviéndole, espontáneamente, nuestra voluntad. Esto, en otros términos, es la consagración.

Dios no tiene ningún interés en que nosotros le obedezcamos como autómatas, porque en ese caso no tendríamos poder de decisión. Eso sería una parodia de la enseñanza bíblica. A esa conclusión llegaría la especulación mitad filosófica, mitad mística intelectual creada por cierta corriente del pensamiento humano, pero totalmente ajena al pensamiento judeo-cristiano. Todos aquellos que aceptan que Dios se ha revelado en las Escrituras, y especialmente en Jesucristo, saben perfectamente bien que Dios quiere criaturas que voluntariamente desean que él haya dispuesto para ellos. No pierden sus voluntades; conscientemente, activamente, gozosamente, acomodan sus voluntades a la de él, porque sienten y conocen su amor, y porque están respondiendo a su amor. Dios nos dio libre albedrío, es decir, la potestad para elegir, para que pudiéramos amarle libremente y obedecerle también libremente. Dios quiere hijos, no robots. El Padre anhela la obediencia de sus hijos, porque los ama y quiere lo mejor para ellos. Los hijos, a su vez, desean obedecer al Padre, porque le aman.

Jesús, cuya voluntad era sin pecado y, por lo tanto, distinta de la nuestra, sirvió de ejemplo cuando nos dijo: "No busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre." (Juan 5:30.)

Pudiera darse el caso de tener miedo de someter nuestra voluntad a la de Dios, porque el enemigo nos ha asustado diciéndonos cosas como: "Con toda seguridad que Dios te obligará a dejar tu familia y te enviará a un país lejano", o "Dios te obligará a pararte en una esquina de tu pueblo a predicar a los transeúntes." ¡No le prestemos atención!

Debemos dejar sentado con toda claridad en nuestra mente, de una vez por todas, que Dios nos ama, y quiere lo mejor para nosotros; solamente andando de acuerdo a sus planes podremos rendir una vida fructífera, ahora y por la eternidad. ¡No debemos permitir que nada impida que Dios nos dé lo mejor!

También es la voluntad la que controla esa tercera parte de nuestras almas: nuestras *emociones*. Las emociones son los "sentimientos" del alma. Algunos cristianos tienen emociones que se parecen mucho a ese conocido juego de los niños llamado Yo-Yo. Hoy sienten que son salvos; mañana dudan y sienten que no son salvos. Hoy sienten que Dios los está guiando; mañana no están seguros ni siquiera de si Dios sabe que ellos existen. El novelista George Macdonald lo describe así:

"Tenían un sentimiento, o el sentimiento los tenía a ellos, hasta que vino otro sentimiento a ocupar el lugar del primero. Cuando el sentimiento existía, sentían que nunca los dejaría; cuando el sentimiento los dejaba, sentían como si nunca hubiera existido; cuando se repetía, sentían que nunca los había abandonado.[3]

Como es obvio, nuestras emociones no son de fiar, y si procuramos guiar nuestras vidas según sus dictados, terminaremos en una total confusión. Hemos hecho mal uso de nuestras emociones en el pasado: arranques de mal humor, cediendo a la autoconmiseración, etc. Nuestras vidas no pueden ser dirigidas por nuestros sentimientos; también ellas son una mezcla del bien y del mal. Debemos manejarnos por el conocimiento interior que nace en nuestros espíritus y en concordancia con la Palabra de Dios. "Los sentimientos no son hechos." Por supuesto que esto no quiere decir, de ninguna manera, que la vida cristiana deba estar desprovista de emociones, sino que Dios, en esta esfera de nuestra vida, también tiene una tarea que realizar con respecto a la sanidad y a la renovación de nuestro ser.

Si todavía no es una realidad en nuestras vidas, debemos dar ese paso de la consagración, que resulta fácil cuando aprendemos a discernir entre lo que es

[3] George Macdonald, *What's Mine's Mine* (Lo que es mío es mío) (Nueva York: McKay, 1886) capítulo 16.

alma y lo que es espíritu. Es algo que exige nuestro consentimiento y, cuando lo hacemos, se profundiza, y todas las demás cosas ocupan su lugar en nuestras almas. No es pura casualidad que el capítulo cuarto de Hebreos hable de entrar en el reposo de Dios, justamente antes de explicar la necesidad de establecer una clara distinción entre el alma y el espíritu. El reposo es la consecuencia de vivir en el espíritu y no en el alma, pero muchos cristianos todavía tienen que aprender a reconocer esa diferencia. La salvación significa un descanso para el espíritu del hombre. "Arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan a la presencia del Señor tiempos de refrigerio." (Hechos 3:19.) Jesús dijo: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar." (Mateo 11:28.) El bautismo en el Espíritu Santo significa un rebosamiento de ese descanso que brinda *reposo al alma*. Isaías lo expresa de la siguiente manera: "Porque en lenguas de tartamudos, y en extraña lengua hablará a este pueblo, a los cuales él dijo: Este es el reposo; dad reposo al cansado; y éste es el refrigerio..." (Isaías 28:11-12.) El intelecto entra en reposo cuando se somete a Dios, y el hablar en lenguas constituye uno de los medios más importantes para dejar que el Espíritu Santo renueve y refresque nuestras mentes y almas. En la medida en que aprendamos a negar a nuestras almas el derecho de gobernarnos y caminemos en ese reposo con nuestras almas y espíritus sometidos al Señor, podrá Dios eliminar la "madera, el heno y la hojarasca" y establecer todo aquello que tenga valor permanente en nuestras vidas. (1 Corintios 3:12-13.) Jesús dijo: "Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas." (Mateo 11:29.)

"Llevad mi yugo sobre vosotros." Cuando uno de los bueyes (nosotros) es guiado por el otro (Jesús) estando ambos bajo el mismo yugo — los dos están sujetos a servidumbre y deben transportar la carga — el buey guía dirige al otro y soporta el mayor peso del trabajo. Cuando empezamos a acusar el peso de la carga, podemos estar seguros que estamos quitándole al Señor la dirección, y debemos retomar el lugar que nos corresponde, es decir, un paso detrás de él. El peso de la carga puede compararse a un termómetro espiritual para advertirnos que el alma y no el espíritu está tomando la iniciativa. La pesadez nos está diciendo que nuestras almas no están reposando en Cristo.

Cuidémonos de no volver atrás, a la época en que actuábamos de acuerdo a los dictados de nuestro pervertido intelecto, de nuestras emociones y de nuestra propia voluntad, y en cambio mantengamos vivo el torrente que empezó en nuestro particular pentecostés: la mente de Cristo que se manifiesta en nosotros, sus emociones fluyendo a través nuestro, y su voluntad cumplida en nosotros.

Esta oración podemos elevarla a nuestro Dios tal cual la transcribimos, o utilizando nuestras propias palabras:

Amado Padre celestial:

Te agradezco por los maravillosos dones de la salvación y el bautismo en el Espíritu Santo. ¡Las palabras son inadecuadas para expresar mi gratitud! Reconozco que estos dones son gratuitos y que me los has dado, no por méritos propios, sino simplemente porque me amas. Ahora quiero darte lo único que tengo para dar ... yo mismo. Bien sé que tu voluntad, con respecto a mi vida, es maravillosa y te pido que tu perfecta voluntad se cumpla en mí y a través de mi persona, desde hoy en adelante. Ayúdame para que mi voluntad se someta a la tuya y ambas sean una sola voluntad. Pido a tu Hijo, Jesucristo, que venga y ocupe el trono de mi vida para que él reine como Señor.

Sé perfectamente que esto no lo puedo hacer basado en mis propias fuerzas, pero confío en tu potencia y en tu diaria dirección para ayudarme. Gracias, Padre, por escuchar mi oración. ¡Alabado sea tu nombre!

Te lo pido en el nombre del Señor Jesús,

Amén.

16

El camino angosto

Jesús dijo: "Angosto es el camino que lleva a la vida." (Mateo 7:14.) No dijo: "Duro es el camino", sino que era *angosto*. Pero por otro lado también dijo: "Mi yugo es fácil, y ligera mi carga" (Mateo 11:30); y "No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino." (Lucas 12:32.) Nada podría ser más delicioso que andar por el camino real. Uno de los grandes cristianos de la Edad Media lo expresaba de esta manera: "Dios nos da un poquitico de cielo para poder ir al cielo en él." El camino al cielo es glorioso, iluminado por el amor de Dios y la comunión de amigos en Jesús. Dice la Biblia: "Si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado." (1 Juan 1:7.) El camino cristiano no es difícil por el camino en sí, sino por los ataques del enemigo, que quiere sacarnos del camino. Jesús dijo: "En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo." (Juan 16:33.) Las dificultades no provienen de Dios, sino de los desafíos del mundo, de la carne y del diablo. Si nos mantenemos en el camino angosto, y no nos asustamos de los ataques, ni prestamos oídos a las mentiras del enemigo, no tendremos dificultad alguna en aplicar la victoria de Jesús a cada situación, y avanzar hacia adelante triunfantes y gozosos, suceda lo que suceda. Dios no nos quiere derrotados sino victoriosos.

Cuando Jesús habla del "camino angosto" quiere significar que la verdadera senda es una estrecha vereda entre dos extremos. Pensemos en ese camino en términos de navegación. Cuando un gran avión comercial vuela sobre el Pacífico, con rumbo a las Islas Hawai, lo hace en los estrechos límites de un angosto pasadizo aéreo. Formando parte del instrumental de la máquina, hay una brújula que señala el rumbo, fijado de acuerdo a las cartas de navegación y que llevará al avión a su destino. Supongamos que el comandante ajusta el piloto automático en un rumbo de 225° y lo mantiene ahí fijo e inamovible. El avión no llegará a su destino. En primer lugar, el instrumental carece de semejante precisión, y en segundo lugar hay que contemplar el factor vientos y turbulencias aéreas que hacen modificar el rumbo. El navegante de la nave está atareado durante todo el viaje corrigiendo el curso y en lugar de hacer un "vuelo a ciegas" controla dicho curso todo el tiempo, valiéndose de diversos métodos. Requiere un esfuerzo permanente mantenerse en el "camino angosto", esa delgada línea sobre ese océano sin huellas que lleva al aeropuerto de Honolulú. Algo semejante a esto es lo que Jesús quiere decir cuando habla del "camino angosto", es decir que se trata del único camino de elección, el único que lleva al cielo. Para mantenernos en esa dirección debemos corregir permanentemente nuestro curso consultando la carta de navegación, es decir la Palabra de Dios, y anotando las mediciones obtenidas por el instrumental, es decir, nuestra experiencia en Dios.

Satanás cuenta con muchos recursos para detenernos, si puede. La mayoría de las personas están alertadas por los recursos satánicos que resultan obvios. Ven el peligro en las tentaciones que a todas luces lo son, tales como las violaciones a la ley moral, el asesinato, el robo, el adulterio, etc. Pero las más sutiles son las verdaderamente peligrosas. Si alguien quisiera evitar que montáramos a caballo para ir a una población distante, digamos 15 kilómetros de donde estamos, cuenta con varios recursos para cumplir su propósito. En primer lugar trataría de persuadirnos de que la equitación es peligrosa. "¡A un

tío mío lo pateó un caballo y estuvo tres meses en el hospital!", nos diría, por ejemplo. De la misma manera Satanás trata de persuadir a la gente que la religión, en general, es peligrosa. Dirá algo así: "Déjenla tranquila o de lo contrario se meterán en camisas de once varas." "¡Mírenlo a fulano de tal! No les gustaría ser como él, ¿verdad?"

Si estos argumentos no le dan resultado, y comprueba que de cualquier manera vamos a "montar el caballo", cambia completamente de tono. "Yo te ayudaré", nos dice, y nos da semejante empujón que pasamos limpiamente por encima de la montura y caemos del otro lado, ¡de cabeza en el suelo! En otras palabras, Satanás se da cuenta que vamos a probarlo a Dios, y dispone las cosas de tal manera que tengamos que afrontar, desde el comienzo, circunstancias fuera de lo común, que nos asustarán. Tratará de llevarnos a una reunión donde la gente no guarda orden ni observa una conducta decente, o en la cual se enseñan doctrinas falsas, y hay gente "rara", y es como si de entrada, no más, nos "pegaran un porrazo". Algunas personas que tuvieron el deseo de averiguar algo más sobre Dios, se vieron demoradas en su intención, debido a la mala experiencia y al hecho de haberse encontrado con personas "fuera de órbita".[1]

Si, a pesar de todo, ya estamos afirmados en la montura, su próxima jugada será enviarnos en una dirección equivocada. Especialmente cuando la gente es novicia en caminar por el "camino angosto", el

[1] Muchas veces nos encontramos con personas que, confrontadas con la "renovación carismática", nos dicen:

"Oh, hace cuarenta años fui a una reunión de los "Aleluyas" del otro lado de las vías, en la pequeña población donde fui criado. Se portaban de una manera escandalosa. ¡No quiero tener nada que ver con *eso*!" Algo así como si una persona dijera:

"Ah, en el año 1923 fui de paseo en un Ford T modelo 1917. Fue terrible. Tuvimos que parar por desperfectos mecánicos, cinco veces en 30 kilómetros. Durante el viaje nos sacudimos de lo lindo, y tragamos tierra. Si eso es automovilismo, no quiero saber nada de automóviles. Muchas gracias, ¡prefiero caminar!" Si, por otra parte, esas mismas personas tienen la desgracia de soportar hoy en día prácticas tipo "Modelo T", no podemos cen surarlas si se sienten desilusionadas

enemigo trata de inducirlos hacia "nuevos evangelios"[2] y doctrinas extrañas. Les encanta decir: "¡Miren a la gente en su iglesia, en su grupo de oración, son apenas "cristianos a leche y agua"! No son más que "bebés en Cristo". Es mucho mejor que se alejen de ahí y se unan a la congregación del Hermano X. Están enseñando algunas nuevas doctrinas. El Señor les ha dado una palabra especial. Son gente especial. Serán los primeros en llegar al cielo y ocuparán los lugares privilegiados.

Si no logra envolvernos en extrañas doctrinas, si no consigue que "salgamos" y nos unamos a algún grupo de hermanos separados, entonces nos enviará algunos "judaizantes", es decir, personas que son como fueron los cristianos judíos que molestaban a los conversos gentiles: "Nos alegramos que han encontrado a Jesucristo y recibido al Espíritu Santo. Deben darse cuenta, sin embargo, que Jesús era el Mesías de los judíos, y nosotros, los gentiles, debemos guardar las leyes judías." Y añaden esas buenas almas:

"Estamos realmente contentos porque ha conseguido entrar en el reino tan fácilmente, pero ahora que ya ha entrado, debe comenzar por guardar la ley, como el resto de nosotros. En primer lugar no ha sido correctamente bautizado. Además tendrá que cambiar sus hábitos en el vestir; no pintarse más los labios, no usar corbatas demasiado vistosas, no cortarse el cabello o, si se trata de un hombre, cortarse el cabello bien corto, es decir, ¡ser como uno de nosotros!

También puede acercarse a nosotros algún "dispensacionalista" y decirnos: "Nos alegra muchísimo saber que ha probado esa maravillosa experiencia que *usted* llama el bautismo en el Espíritu Santo. Lo que realmente ha pasado es que finalmente usted se *salvó*. Hablar en lenguas y todas esas cosas no son para el día de hoy. Le daremos algunas lecciones bí-

[2] Pablo dice: "Mas si aún nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema." (Gálatas 1:8.)

blicas para que usted pueda librarse de todas esas ideas."

Pero si insistimos en andar por donde debemos, Satanás echará mano de un último recurso y tratará de hacernos actuar impulsivamente. Nos dirá: "Muy bien, estás yendo en la dirección correcta. No debes perder *ni un minuto.* ¡Apúrate!" Y de esa manera trata de arrojarnos sobre la borda. "¿Hablar en lenguas? ¡Por supuesto!" nos dice. "¡Y tan a menudo *como sea posible! En el culto dominical de tu iglesia* debes interrumpir al predicador. El no cree en hablar en lenguas, ¡así que tú demuéstraselo! ¿Testimoniar? ¡Pero claro! ¡Habla con todo el mundo! ¡Y en todo tiempo! ¡No hables de ninguna otra cosa! ¡Debes tomar de la solapa a todos tus amigos! ¡Pregúntales si son salvos, y si los pones en un aprieto, tanto mejor! ¡Así sabrán lo temible que eres!" Si a pesar de todo logramos repeler el ataque irá trotando a nuestro lado durante el viaje y repetirá todos sus intentos anteriores. Pero si resistimos a pie firme *y hacemos oídos sordos a sus mentiras, no tendrá* poder sobre nosotros. El poder de Satanás radica principalmente en su lengua mentirosa. Es así como logra su poder, primero sobre nuestras mentes, luego sobre nuestro cuerpo. ¡Cerremos la puerta y no lo dejemos entrar!

El "camino angosto" es, pues, un verdadero recorrido entre dos extremos. En 2 Timoteo leemos: "Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad." El original griego dice así:

"Sé diligente en presentarte aprobado ante Dios, un obrero no avergonzado, que corta correctamente la palabra de verdad." La expresión "cortar correctamente" —*orthotomeo*— no significa que la verdad haya de ser cortada en secciones o pedazos, como lo han interpretado algunos maestros dispensacionalistas, sino cortar en línea recta —o correcta— hacia una meta. Esta expresión se usaría para referirse a pioneros que abren una picada o sendero a través de la selva, o que atraviesan un desierto inexplorado, y de

esa manera coincide exactamente con la idea de un "camino angosto".

El camino angosto no significa, de ninguna manera, un compromiso, como algunos tratarán de explicarnos. El estar en equilibrio entre dos extremos no establece una limitación a la distancia que podamos recorrer. El tren no se aparta del "camino angosto" —la vía férrea— y puede recorrer miles de kilómetros a altísimas velocidades. Si se saliera de la vía se detendría, y de una manera espectacular y drástica. Un edificio cuyo peso esté bien contrarrestado por sus fundaciones, puede alcanzar la altura que queramos. *De manera pues, que no hay un límite* a la distancia que podamos recorrer, y mantenernos todavía a una óptima distancia entre los extremos.

¿Cuáles son algunos de los extremos debido a los cuales se nos pide que marquemos una senda equilibrada? En primer lugar está el equilibrio entre libertad y legalismo. Jesús mismo dejó aclarado a la perfección el sentido del "camino angosto" cuando les previno a sus seguidores "guardaos de la levadura de los fariseos, y de la levadura de Herodes". Los fariseos eran los legalistas, que insistían en la tesis de que el hombre podría ser salvo si guardaba la ley en sus más mínimos detalles. Herodes, por el otro lado, representaba el transar con cualquier cosa, el "vale todo", el libertinaje. De la misma manera, en el día de hoy hay quienes quieren ser completamente libres de toda restricción. "Somos los hijos de Dios", dicen. "¡Todo nos pertenece! ¡Podemos hacer lo que nos plazca!" Y están los otros, los legalistas, que quisieran quitar a los cristianos todo vestigio de libertad, y colocarlos bajo el yugo de un interminable "harás tal cosa" y "no harás tal otra". El término medio fue magistralmente expresado por San Agustín, en su memorable dicho: "*Habe caritatem, et fac quod vis.*" "Posee el amor de Dios en ti (ágape) y haz lo que quieras." Cuando somos guiados por el amor de Dios vamos a querer hacer lo que a él le agrada.

También está el camino angosto entre aquellos que ponen énfasis en la necesidad de que el cristiano comparta los sufrimientos y la muerte de Cristo, y los que ponen énfasis en su vida resucitada. San Pablo

establece un magnífico equilibrio entre ambas posiciones cuando afirma: "A fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejantes a él en su muerte, y si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos." (Filipenses 3:10-11.)

El camino angosto corre entre los que sostienen que un cristiano no debe tener ningún bien, y los que afirman que debe ser millonario. Nuevamente aquí el apóstol Pablo señala cuál es el "camino angosto": "Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad. Todo lo puedo en Cristo que me fortalece." (Filipenses 4:12-13.)

El camino angosto corre entre los que ponen énfasis en la humanidad de Cristo y aquellos que solamente quieren ver su divinidad. El verdadero camino nos muestra al Dios que es Hombre y al Hombre que es Dios.

También corre entre los que presentan la vida cristiana como un asunto que hace únicamente a la salvación individual —cuya única preocupación es la relación individual con Dios— y los que enfocan el problema íntegramente sobre el "grupo", como si Dios tratara con la gente únicamente si está agrupada, como "racimos".

Corre entre aquellos que hacen hincapié en una *experiencia religiosa* y aquellos que insisten en una *verdad objetiva.* El *Espíritu* y la *Palabra* deben transitar juntos, y de eso hablaremos en detalle en el próximo capítulo.

17

Las cartas de navegacíon

Para viajar, cualquiera sea la distancia, necesitamos una carta de navegación, es decir un mapa que nos señale claramente el derrotero, y todo cuanto pudiéramos encontrar en el camino. La "carta" del creyente es la Sagrada Escritura. El *Libro de Oración Común* de la Iglesia Anglicana, refiriéndose a las Escrituras dice que "debemos leerlas, aprenderlas, marcarlas y digerirlas internamente."[1] Se nos ocurre que no hay mejor consejo que pueda darse a un creyente que quiere transitar con regularidad por el camino real.

Leamos las Escrituras. La Biblia debe ser nuestro libro principal. Algunos grandes hombres y mujeres de Dios han leído poco aparte de la Biblia. Debemos contar con un equipo de varias versiones y traducciones. Si sabemos leer en otro idioma, aunque sea dificultosamente, obtengamos un ejemplar de la Biblia en ese idioma. Cada una de las versiones o traducciones, refleja la actitud del revisor o traductor, pero si comparamos varias de ellas, tendremos un cuadro "a fondo" del verdadero significado de un pasaje. Por supuesto que lo ideal sería el original hebreo o griego. En la eventualidad de no poder aprender esos idiomas, podemos recurrir a versiones del Nuevo Testamento que entre líneas incluyen la traducción literal de los vocablos griegos. Aún desconociendo total-

[1] *Libro de Oración Común*

mente el griego, estas versiones resultan interesantes y altamente ilustrativas; con muy poco esfuerzo podemos aprender el abecedario griego; y con la ayuda de un diccionario Griego-Español y una concordancia griega, y un mínimo de conocimiento gramatical, podemos aprender muchísimo. Si creemos que es una tarea demasiado grande para encarar, pensemos ¿cuánto esfuerzo y gasto nos demanda aprender a jugar al golf o a esquiar? ¿No estamos dispuestos a gastar lo mismo, por lo menos, en aprender la Palabra de Dios?

No leamos "fragmentos" de la Escritura. Leámosla en grandes trozos, al menos varios capítulos por día. ¿Cuánto tiempo gastamos leyendo los diarios? ¿O mirando la televisión? ¿O leyendo el último número de la revista? ¿O la última novela? ¿Cómo resulta la comparación con el tiempo que usamos leyendo la Biblia?

No aconsejamos leer de corrido la Biblia, desde el comienzo hasta el final, como si fuera una novela. El nombre griego para las Sagradas Escrituras es *Ta Biblia*, que significa *los libros*. La Biblia es un simposio de escritos, diferentes, pero que todos versan sobre el mismo tema, porque todos están inspirados por el mismo Espíritu Santo. Cada uno de los libros apoya y realza el valor de las otros, y sin embargo, cada uno de ellos es una unidad en sí misma. Algunos libros, por supuesto, son continuación unos de otros, como una historia en serie: 1 y 2 Reyes, 1 y 2 Crónicas, Lucas y los Hechos de los Apóstoles, los cinco primeros libros (el Pentateuco), etc. Unas de las partes más difíciles de entender en la Biblia son, justamente, los cinco primeros libros; es por ello que si leemos la Biblia por primera vez, lo razonable es comenzar por los evangelios, que nos relatan la vida, la muerte y la resurrección del Señor Jesucristo. A continuación leer los Hechos de los Apóstoles, que hablan del quehacer de algunos de los primeros cristianos. Al mismo tiempo que leemos los Hechos de los Apóstoles, resulta útil leer algunas de las cartas de Pablo (epístolas) que escribió a los lugares que había visitado. También hemos de querer adentrarnos en las epístolas escritas por otros que no fueron

el apóstol Pablo. Ahora podemos empezar con el Génesis y leer sobre los comienzos, luego la historia de los patriarcas, y el surgimiento y caída del pueblo de Dios en el Antiguo Testamento. A esta altura podemos leer los libros de los profetas y las historias de Job, de Ester y de Rut. Y qué decir de la lectura de los Salmos y de Proverbios, excelente material de lectura diaria. Finalmente hemos de querer hurgar en las profundidades del muy difícil libro de Apocalipsis, que relata las "cosas últimas".

Como cristianos bautizados en el Espíritu Santo, hallaremos que la Biblia nos habla desde el comienzo hasta el fin directamente a nosotros aún cuando no siempre entendamos el trasfondo de lo que estamos leyendo. Y ésta es, justamente, la parte más útil de las Escrituras: dejar que el Espíritu Santo nos hable. Sobre esto hemos de decir algo un poco más adelante.

Hay muchísimos libros que se pueden adquirir, que nos ayudarán a establecer un plan para el estudio y lectura de la Biblia. También tendremos que tener a mano algunos comentarios, es decir, libros escritos para ayudarnos a entender, versículo por versículo, lo que la Biblia nos está diciendo. Debemos ser extremadamente cuidadosos en la selección de estos comentarios, tan cuidadosos como seríamos en la elección de un maestro para que nos ayudara. Debemos evitar, a toda costa, las obras de eruditos modernistas, muchos de los cuales no creen en la divinidad de Jesús, ni en su obra salvadora. Usemos los antiguos comentarios, a menos de estar seguros que el moderno que tenemos ha sido escrito por una persona cuya solidez en la fe está fuera de toda duda.

En lo posible, unámonos a una clase de estudio bíblico, cuyo maestro sea un creyente. Recomendamos firmemente que busquemos un maestro que ha recibido el bautismo en el Espíritu Santo. De no poder conseguir un maestro en persona, tenemos un excelente recurso adquiriendo cintas grabadas. Las cintas grabadas son, además, un buen complemento para las mismas clases. En todas las cosas debemos usar la selección y el discernimiento.

¡Cuidado con los "textos probatorios"! No debemos enfocar nuestra atención sobre lo que dice algún texto en particular en la Biblia, sino en lo que enseña *toda* la Biblia. Muchas de las falsas enseñanzas han sido construidas sobre un versículo o algunos versículos aislados de la Escritura, tomados fuera de su contexto e inflados fuera de toda proporción. Mientras más conozcamos al Libro en su integridad, en mejores condiciones estaremos para tratar con las personas que utilizan "textos probatorios" aislados. Por ejemplo, esas personas descaminadas que niegan la triple naturaleza de Dios (la Trinidad), citan a Jesús cuando dijo: "Yo y el Padre uno somos", o "El que me ha visto a mí ha visto al Padre" como un argumento para probar que Jesús y el Padre son una misma y única persona. Pero los cristianos no creemos en la triple naturaleza de Dios en base a textos probatorios, sino porque la Trinidad aparece en la Biblia desde el principio hasta el fin, aun cuando no *se menciona la palabra "Trinidad". La Biblia,* en cambio, utiliza la palabra "Divinidad" o "Deidad" cuando se refiere a la naturaleza triple de Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Leemos en la primera página de la Biblia que "En el principio creó Dios los cielos y la tierra ... y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas". (Génesis 1:1-2.) En el primer capítulo del Evangelio según Juan, se nos dice: "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas (el mundo) por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho fue hecho. En él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres ..." (Juan 4:1-4.) ¿Y quién era el "Verbo"? Sigamos leyendo: "Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como la del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad." (Juan 1:14.) De tal manera que el Verbo, que estuvo desde los comienzos con el Padre, no es otro que Jesucristo, el "Verbo hecho carne". Y es así que vemos que al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo en el acto de la creación.

También en el primer capítulo de Hebreos, leemos: "Dios ... en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo ... por quien asimismo hizo el universo." (Hebreos 1:1-2.) Los evangelios nos relatan el bautismo de Jesús, y nos muestran al Hijo de Dios parado en el Jordán, al Padre hablándole desde el cielo, y al Espíritu Santo descendiendo y posándose sobre Jesús. Muchas veces en los evangelios Jesús habla de su Padre en el cielo, quien promete enviar al Espíritu Santo a tomar el lugar de Jesús, cuando haya vuelto al Padre. En Hechos 7:55 leemos: "Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio . . . a Jesús que estaba a la diestra de Dios." Se distinguen claramente en este pasaje las tres personas de la Trinidad. Pablo, en 2 Corintios 13:14, dice lo siguiente: "La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo, sean con todos vosotros ..." Es así que a través de toda la Biblia, hallamos referencia tras referencia que señalan el hecho de que Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres distintas personas en una Deidad. Y es esto lo que debería constituir la prueba con cualquier doctrina, no lo que dice un versículo, sino la enseñanza de toda la *Escritura.*

Inspiración. Si bien es cierto que la comprensión intelectual y el adiestramiento en la fe tienen mucha importancia, el más importante ministerio de la Biblia para nosotros, será la *inspiración.* Debemos permitir que Dios nos hable personalmente por medio de su Palabra. La vida del cristiano debe estar conformada por la acción recíproca entre la *experiencia* y la *verdad.* Volviendo a nuestra ilustración original: si partimos rumbo a las islas Hawai sin llevar las cartas geográficas, podremos tener experiencias estimulantes, pero no llegaremos al destino que nos habíamos propuesto. De la misma manera, si salimos a la búsqueda de "experiencias espirituales", es posible que obtengamos momentos de gran exaltación, pero es casi seguro que terminaremos en medio de una gran confusión. En realidad correremos un mayor peligro que si navegáramos por el océano sin contar con la ayuda de una carta de navegación, porque por lo menos aquí estaríamos enfrentando las fuer-

zas impersonales del viento y de las olas, pero en el reino de lo espiritual estamos rodeados de enemigos cuyo propósito principal es extraviarnos y destruirnos. Sin embargo, si alguien nos entregara una carta geográfica del Océano Pacífico, nos señalara el derrotero y nos dijera: "Aquí está. Este es el mapa; pero no tiene que hacer el viaje" ¡eso tampoco nos satisfaría de ninguna manera! El objeto de la carta es para que lleguemos y gocemos de la belleza de las islas; no es un fin en sí mismo. De todo lo dicho concluimos que el objeto de leer la Biblia es para gozar de una más honda y personal experiencia de Dios; y por cada maravillosa experiencia de Dios en nuestras vidas, corresponde una comprensión bíblica sobre su significado, lo cual nos prepara para posteriores experiencias. Tiene que haber una permanente acción recíproca entre el *Espíritu* y la *Palabra,* para garantizar un perfecto equilibrio. La conjugación total de ambos la comprobaremos recién en el cielo, cuando Dios nos haga partícipes de su plena experiencia y entendimiento.

Por lo tanto, utilicemos parte de nuestros tiempo leyendo la Palabra y esperando que el Espíritu Santo nos hable desde sus páginas. Al hacerlo así debemos estar preparados para captar algunas sorprendentes percepciones de su naturaleza interior y algunas inesperadas interpretaciones. El Espíritu Santo, por otra parte, puede utilizar las Escrituras con amplia libertad y alegóricamente, si así lo estima conveniente. A veces hallamos una profunda verdad espiritual que toca a nuestras vidas, en los pasajes más inverosímiles. En el relato descriptivo de algún aspecto del templo, o en medio de una larga lista de nombres propios, aparece algo que nos sacude con su significación espiritual. Cuando queremos compartir con otra persona esa particular significación, es posible que no recibamos ninguna respuesta y nos crean tontos. Pero no tenemos que desilusionarnos. Ese bocado estaba destinado únicamente a nosotros. El Rdo. J. A. Dennis, de Austin, Texas, relata en su testimonio la manera en que fue curado apropiándose de una promesa que, para él, le prometió la Escritura. Sufría trastornos gástricos, y el Espíritu Santo le señaló

el versículo: "Quitaré toda enfermedad de en *medio* de ti." (Exodo 23:25.) "¡Eso es para mí!" exclamó J. A. Dennis. "En medio de mí hay un trastorno: ¡Dios lo quitará!" ¡Y Dios se lo quitó y se curó totalmente! Más adelante, el Rdo. Dennis le contó esta experiencia a un conocido erudito en la Biblia, quien, riéndose, le dijo: "¡Pero no es *eso* lo que quiere decir ese versículo!" De cualquier manera que sea, el hecho real es que J. A. Dennis sanó, porque el Espíritu Santo le dijo: "¡Ese es el significado que *yo* quiero darle para ti, para edificar tu fe!" Esta clase de inspiración es para bendición, no para fijar una doctrina.

Hay muchas cosas que no entenderemos cuando empezamos a leer la Biblia. Peor aún ¡hallaremos cosas que no nos *gustan!* Y también cosas que parecen contradictorias. No importa; eso ocurre no porque la Biblia sea defectuosa, sino simplemente porque todavía no entendemos. Las respuestas a esas aparentes contradicciones, se esconden más allá de nuestro campo visual. No rechacemos las cosas que no comprendemos; pongámoslas a un lado y digamos: "¡No lo entiendo, Señor! ¡No siquiera me gusta! Pero voy a esperar hasta que me lo expliques. Mientras tanto, ¡te agradezco por las cosas que sí entiendo!"

¡Marquemos nuestras Biblias! En la referencia al *Libro de Oración Común* que citamos al comienzo del capítulo, no hemos de pensar que literalmente quiere decir "marcar con un lápiz o una lapicera" sino "prestarle estricta atención a". Sin embargo, podemos darle la interpretación de: "Subrayar las palabras que en nuestra Biblia nos hablan a nosotros." Cada uno tiene que fabricarse su propio sistema de marcación. O de lo contrario comprar una Biblia de páginas movibles, o Biblias ya subrayadas, o con un amplio margen; podemos también consultar con otros sobre la manera de marcar nuestras Biblias.

¡Aprendamos nuestras Biblias! ¡Aprendamos de memoria pasajes bíblicos. Hagámonos el firme propósito de aprender de memoria pasajes y aún libros enteros. No es tan difícil hacerlo como pareciera a primera vista, y es un excelente sistema para fijar los conceptos. Algunos matrimonios aprenden de me-

moria versículos alternados; el esposo aprende uno y la esposa el siguiente. Es una buena costumbre, pues de esta manera la lectura es compartida y al final resulta que los dos aprenden todo el pasaje. Recordemos la prohibición contra la Biblia que hay en muchos lugares detrás de la Cortina de Hierro. Podrá llegar una época en que quisiéramos haber aprendido de memoria más de las Escrituras. La Escritura nos dice que el Espíritu Santo "os recordará todo lo que yo os he dicho", pero no lo podrá hacer ¡si antes no lo hemos fijado en nuestra memoria! Cierto es que el Espíritu Santo puede, si lo estima conveniente, darnos un pasaje del cual nunca hemos leído antes, pero por lo habitual actúa despertando nuestra memoria. No debemos preocuparnos en demasía si nos olvidamos de un pasaje luego de haberlo aprendido de memoria. No lo hemos olvidado, en realidad. Allí está, en lo más recóndito de nuestra mente. Simplemente le hemos perdido la pisada por un tiempo, pero el Espíritu Santo puede sacarlo a luz cuando él quiera. Lo importante es que nosotros lo almacenemos allí.[2]

¡Digerirla internamente! Dejemos que la Palabra de Dios se transforme en una parte de nuestro ser. De esa manera adquirimos una mayor sensibilidad ante Dios, y nos capacita para reconocer lo que no es de Dios. "¡Eso no me parece la voz de Dios!" dirá la persona que conoce su Biblia, cuando escucha una falsa enseñanza. "¡Dios no actúa así en la Biblia!"

Llevemos siempre una Biblia con nosotros, no una demasiado grande que asuste a la gente. Tiene que ser una edición de formato pequeño, que quepa en

[2] Nosotros hemos descubierto un auxiliar muy útil para la memoria con una simple tarjeta de 8 cm. por 12 cm. Elijamos un pasaje que nos resulta familiar y que queremos aprender de memoria. Cubrámoslo con la tarjeta, y repitamos las palabras controlando con el texto línea por línea. Si nos "atascamos" echémosle una rápida mirada, para poder empezar de nuevo. Nos sorprenderá comprobar cuánto sabemos de los pasajes más conocidos de la Biblia. Luego repitamos la práctica una y otra vez. Y cada vez que lo hacemos tanto más se fija en nuestra memoria.

el bolsillo del hombre o en la cartera de la señora. Cuando el tiempo lo permita, durante el día, leamos la Palabra. Cuando estamos testificando, tenemos la Biblia a mano. La Sagrada Escritura es la "espada del Espíritu", ¡de modo que no debemos andar desarmados!

Teología. No nos asustemos por esa palabra. La teología no es otra cosa que el *resumen* de lo que la *Biblia* enseña sobre *Dios*. Sería la "verdad sobre la verdad sobre verdad! Cierto es que la Biblia es el resumen de nuestras creencias y de nuestras prácticas, pero también es cierto que necesitamos un resumen del contenido de la Biblia. No podemos leerle la Biblia entera a todo el mundo, ni tenemos el tiempo disponible para repasar todo el libro leyendo las referencias que vienen al caso en cada ocasión. La teología es eso, un resumen y sus conclusiones. Por ejemplo, ya hemos dicho que la Biblia presenta a Dios como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, como tres personas que conforman una Divinidad. La teología le da el título de "doctrina de la Trinidad", y señala las respuestas a la formulación de algunas preguntas sobre problemas de difícil solución. A simple título ilustrativo, si la Divinidad estuviera formada por una sola persona, si el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, de quienes leemos en la Biblia fueran en realidad todos ellos una misma Persona, surge, como lógica consecuencia que ¡fue el Padre mismo el que murió en la cruz! ¿Pero qué le hubiera ocurrido al mundo durante el tiempo en que Dios estaba muerto? Es obvio que no pudo ser el *Padre* el que fue crucificado. Sin embargo, todo el plan de la salvación, depende de que fue *Dios* quien murió en esa cruz. Si Jesús no fuera real y verdaderamente Dios, o si no hubiera muerto real y verdaderamente, no somos salvos, y estamos en nuestros pecados, pues solamente Dios podría hacer la oferta infinita. La única forma de ensamblar todo esto es diciendo que el Padre y el Hijo tienen que ser Uno en su Divinidad, pero diferentes en sus tres personas. Es la teología la encargada de entender, explicar e interpretar tales cosas.

Además, la doctrina de la Trinidad nos ayuda a ver que en la esencia misma de la Divinidad hay un compartir de mutuo amor. El amor es algo activo que tenemos que *ejecutar*, y es difícil imaginar cómo un Dios que fuera una sola persona podría por sí misma ser *amor*, desde el momento que no habría ningún otro ser de su misma naturaleza con quien compartirlo. Un teólogo lo explicó diciendo: "¡No es bueno que *Dios* esté solo!" Nuestro Dios, sin embargo, constituye una divina "comunidad" en sí mismo, una comunidad de amor y gozo compartido, Padre, Hijo y Espíritu Santo: perfectamente unidos, y sin embargo perfectamente diferenciados para poder gozar y amarse unos con otros. Esto es, también, una parte de la teología. Si no contamos con una verdadera teología, lo más probable es que adquiramos una falsa. Mucha es la especulación y las falsas enseñanzas que se esconden tras el nombre de "teología" en estos días, pero si recordamos que la teología es solamente el intento de hacer un resumen ordenado y útil de lo que la Biblia nos dice sobre Dios, no podremos equivocarnos. En el momento en que la teología pasa a ser especulación humana, o un juego intelectual, resulta peor que inútil.

Los resúmenes teológicos más concisos se llaman "credos". A la mayoría de los cristianos les resulta familiar el Credo de los Apóstoles, y no a tantos el Credo de Nicea. Es de mucho provecho que los creyentes conozcan bien estas dos declaraciones. Son verdaderas porque coinciden con las Escrituras. No señalan en su totalidad el camino de la salvación para el incrédulo. Son declaraciones para el *creyente* referidas a la naturaleza de Dios, de Cristo, del Espíritu Santo, la Iglesia, etc. Mucho menos conocido es el Credo de Atanasio; sin embargo es una magnífica declaración sobre la Trinidad, de gran ayuda para cualquier creyente. Cierto es que este último credo hace depender la salvación de una adecuada creencia intelectual, lo que sabemos que no es cierto; sin embargo no les hará mal a los cristianos modernos aprender algo más en ese sentido. Los tres credos fueron redactados en defensa contra falsas enseñanzas. Cada una de sus frases o cláusulas afirman un hecho importante frente a los intentos de Satanás de descarriar al pueblo de Dios. Hoy en día, debido a que la iglesia está siendo renovada y cobra nueva vida en el Espíritu Santo, florecen falsas doctrinas que son los contraataques de Satanás. Hemos de necesitar expandir aún más nuestras afirmaciones de fe como resúmenes útiles de sana doctrina, frente a las falsedades.

En las confesiones de varias iglesias existen afirmaciones teológicas más extensas y detalladas: la Confesión de Westminster, la Confesión de Augsburgo y los Treinta y Nueve Artículos son las más conocidas. Luego están los catecismos de diversas iglesias. No debemos *menospreciar ni descartar* de entrada estos productos de la experiencia cristiana. Debemos analizar cuidadosamente las afirmaciones de fe que son la herencia particular de nuestra iglesia. Bien puede suceder que muchos miembros de la iglesia han dejado de tomar en serio sus respectivas confesiones o catecismos. No importa. Lo que importa es que *nosotros* las tomemos en serio. Debemos estudiarlas a la luz de la Escritura, iluminados por el Espíritu Santo. Hallaremos verdaderas joyas de conocimiento que nos equiparán para la batalla. *Por supuesto* que también encontraremos cosas que no aceptamos —que son antibíblicas— pero ésas las podemos rechazar sin arrojar todo lo demás. "Someteos unos a otros en el temor de Dios" incluye someternos nosotros mismos a los creyentes que vivieron antes que nosotros, escuchando a nuestros antepasados, que también conocieron al Señor.

Nos parece propicia la oportunidad para hablar un poco sobre las lecturas cristianas en general. Hay excelentes libros populares sobre teología que nos ayudarán a ser soldados mejor equipados en el ejército del Señor. No es obligación aceptar todo lo que está escrito en un libro en particular, pero si el escritor es un creyente, podemos escuchar y aprender, descartando todo aquello que no nos parece correcto. Serán de gran ayuda libros escritos por hombres y mu-

jeres de la talla de C.S. Lewis, Dorothy Sayers, Andrew Murray, Watchman Nee y muchísimos otros.

El ministerio. Ya que hemos hablado de las iglesias y sus confesiones, y de la necesidad de una sana teología, es oportuno hablar del ministerio ordenado. Se ha extendido mucho el concepto popular de condenar a los ministros juntamente con las denominaciones, como si se tratara simplemente de una organización humana artificial carente de poder divino o de autoridad. Recordemos al respecto, que si bien Dios no está interesado en "rótulos" o en nuestras divisiones humanas, no deja de interesarse en llamar a la gente para su ministerio. La gente se impacienta con los pastores de sus iglesias muertas y tienen la tendencia de darles la espalda, pero debemos ser muy cuidadosos. Muchos de estos hombres fueron efectivamente llamados por Dios para ejercer el ministerio en la iglesia de Dios: ancianos, pastores, evangelistas, apóstoles, profetas, maestros. Pueden haberse dejado enredar en las redes del denominacional*ismo*, pero el Espíritu Santo está procurando liberarlos. Cuando Dios llama a un hombre, lo llama. Porque "irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios" y la Escritura nos dice que debemos respetar el ministerio estatuido por el Espíritu Santo. Debemos escuchar a nuestro pastor aunque éste, de acuerdo a nuestro testimonio interior, no haya dado cabida en su plenitud, a la obra del Espíritu Santo. Debemos ayudarlo, orar por él, y allanarnos a sus piadosas exhortaciones. Nuestras relaciones con el pastor, en tanto seamos miembros de la congregación, deben ser "obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a ellos" de la misma manera que la esposa cristiana debe obedecer a su esposo. Por supuesto que la esposa obedece al marido en todo aquello que no estuviere en contra de la voluntad de Dios, pero le obedece en todo lo que pueda. Lo mismo sucede en nuestras relaciones con el pastor. No podemos obedecerle si nos dice algo que está en contra de la Palabra de Dios, pero sí podemos hacerlo en muchas otras cosas. Dios nos bendecirá si actuamos de esa manera y pudiera ser un medio para guiar al pastor al bautismo en el

Espíritu Santo.[3] Pero si finalmente nos damos cuenta que no podemos respetar más al pastor, o consentir de ninguna manera con su liderazgo, entonces lo mejor que podemos hacer es abandonar esa congregación y buscar otra. No seamos "alborotadores". (Por supuesto que nos pueden acusar injustamente de ser alborotadores —eso no lo podemos evitar— pero evitemos ser real y conscientemente miembros *rebeldes.*)

La decisión sobre si hemos de permanecer o no en una iglesia que parece muerta, es algo que solamente nosotros podemos tomar. Nuestro consejo es "quedarnos quietos" en lo posible y no tomar las cosas a la tremenda, en tanto haya quien escuche nuestra posición. Pero por otra parte, no podemos aceptar una situación de incredulidad a menos de dejar bien sentado que no estamos de acuerdo con las falsas enseñanzas. No podemos quedarnos quietos si por esa actitud pareciera que estamos de acuerdo con lo que sucede y ser en parte responsable de que otros se extravíen. Si personalmente nos consideramos suficientemente fuertes para no ser influidos por esas enseñanzas, es posible que podamos quedarnos quietos. Si, en cambio, tenemos hijos pequeños cuya edad no les permite protegerse a sí mismos, no podemos exponerlos a ese riesgo y debemos encontrar una comunidad cristiana donde puedan ser adecuadamente alimentados. Algo así como lo expresó un hombre: "Si al sentarnos sobre una barra de hielo la podemos derretir, quedémonos allí; pero si nos helamos, ¡salgamos!"

Denominación. No debemos creer, de ninguna manera, que Dios está abandonando a las iglesias denominacionales. La mayor parte de las principales denominaciones comenzaron con una profunda fe y

[3] Cabe la posibilidad de que pertenezcamos a una iglesia cuyo pastor todavía no ha aceptado a Cristo. No debemos dar por sentado que porque es un ministro, necesariamente debe ser un creyente. Ya se trate de un ministro como de un laico, debemos averiguar bien cuál sea la relación que hay entre ellos y el Señor Jesús antes de orar y pedir para que ellos reciban el Espíritu Santo.

fervor cristianos. No se iniciaron por un deseo separatista sino para extender el fuego de Dios. El movimiento metodista es un excelente ejemplo. Wesley no tenía ningún deseo ni intención de separarse de la Iglesia de Inglaterra, y él, personalmente, no lo hizo. Todo lo contrario, fue la Iglesia de Inglaterra la que forzó a los primeros metodistas a formar su propia organización. Martín Lutero nunca quiso separarse de Roma, pero fueron los jerarcas de la Iglesia Católica Romana los que lo obligaron a hacerlo. Gradualmente, y con el correr de los años, fue muriendo gran parte del fervor inicial, y la denominación subsiste por un simple deseo de subsistencia. "Siempre ha existido en esta población una Iglesia Episcopal, y hemos de hacer todo lo posible para que siga subsistiendo, ¡aunque no haya más que dos personas atendiendo el culto!" Cuando Dios interviene en las iglesias de varias denominaciones, y aviva a la gente de esa congregación, se derrumban los muros denominacionales. Tenemos que dejar que el Espíritu Santo haga su trabajo que es, en realidad, el verdadero movimiento ecuménico.

No le prestemos atención a los que se "desafilian". A menudo, y con la mejor intención del mundo, crean nuevas denominaciones que complican más la escena. Cada una de las tradiciones tiene algo para contribuir a la comunión de los cristianos en el Espíritu Santo. Todos aquellos que, como nosotros, han estado trabajando entre los católicos romanos que están recibiendo el bautismo en el Espíritu Santo, comprueban la profundidad de una genuina humildad y clara visión de la piedad que se encuentra entre nuestros hermanos y hermanas católicos romanos; los bautistas restituyeron a la iglesia el pleno simbolismo del bautismo por inmersión; los luteranos nos recuerdan del permanecer firmes en la fe; los episcopales (anglicanos) tienen el derecho de reclamar para sí el haber sido utilizados para traer al mundo la gran versión inglesa de la Biblia del rey Jacobo, que por tantos años ha constituido el "patrón" de las Escrituras en el idioma inglés, y que no ha podido ser superada en belleza literaria; además a ellos les de-

bemos el "Libro de Oración Común", un clásico de los devocionarios cristianos, que debería ser conocido y amado mucho más allá de los confines de una sola denominación. Los pentecostales, por supuesto, trajeron el gran testimonio, que está reavivando a la iglesia de hoy, es decir, el conocimiento del bautismo en el Espíritu Santo. Fueron los metodistas quienes recordaron a las iglesias de habla inglesa del más importante de todos los mensajes, la salvación personal por medio de Jesucristo. Y así podríamos seguir. Dios está juntando estos tesoros para que sean una común herencia de todos.

18

La brújula

La brújula. Las *cartas de navegación* son importantísimas, pero también lo es la brújula, porque sin el instrumental de navegación no podemos seguir el derrotero fijado en la carta. Pero la brújula, para el cristiano, *no* es el Espíritu Santo; lo es nuestra *respuesta* al Espíritu Santo. La brújula, ya sea en un barco o en un avión, responde al polo magnético de la tierra, pero no siempre se puede confiar en el instrumento. Se torna indispensable hacer correcciones de variación, de desviación, de declinación, etc. De ahí la importancia de prestar atención a la exactitud de nuestra brújula, es decir, que usemos mucho de nuestro tiempo aprendiendo a responder con mayor precisión las indicaciones del Espíritu Santo. La brújula responde al polo magnético porque, a su vez, está imantada. Es el Espíritu Santo el que nos capacita para responder a Dios. De ahí se deduce que nuestra sensibilidad aumentará cuando permitamos que el Espíritu Santo nos inspire desde nuestro interior y nos haga entrar en acción. Y esto lo obtenemos por la alabanza y la oración y con una más estrecha comunión personal con Dios y una mayor experiencia de él. La mejor forma de sensibilizar los instrumentos es usándolos.

¡Fijémonos pautas de alabanza y oración para mantenernos sensibilizados! Dios nos creó con el único propósito de que lleguemos a conocerle personalmente y mantener una personal comunión con él. El cielo

es el estado de la perfecta comunión con Dios y con nuestros semejantes. ¡Aquí y ahora, podemos gustar de antemano esa comunión!

Son muchas las personas que creen que Dios creó al hombre solamente para "servirle", en el sentido de hacer de *mandaderos* de él. Recientemente, mientras recorríamos lugares apartados en un "viaje misionero", nuestro hijo mayor vino a nuestra casa y lavó y lustró el automóvil. No estaba *obligado* a hacerlo. Tiene hogar y familia propia y vive a una distancia de alrededor de 50 kilómetros. No le hamíamos pedido esa atención, ni siquiera se nos ocurrió que lo haría. Lo hizo porque nos ama. Cuando llegamos a casa Dennis no le dijo:

"¡Me alegro que finalmente te diste por aludido! ¡Para esto te concebí, para que me *sirvieras!* Y ya que estamos, ¿por qué no cortas el césped mañana y empiezas a pintar la casa?"

Imaginémonos diciéndole a nuestros hijos: "Hay mucho que hacer, de modo que no perdamos tiempo charlando sobre naderías. Cuando vengan a *servirnos* no se molesten en entrar a la casa. Salúdennos desde la ventana. Sabemos que nos aman, pero lo realmente importante es que el *trabajo* se haga."

Hay mucha gente que se lo imagina a Dios de esa manera. Piensan que su principal interés es que le llevemos recados y le hagamos de mandaderos, y que *ése* es el significado de "servir" a Dios. Pero la realidad es otra. Dios no necesita de nuestra ayuda para gobernar el mundo; en realidad lo haría mucho mejor sin nosotros, con toda seguridad. Pero porque nos ama permite que compartamos con él esa responsabilidad, de la misma manera que la madre permite que su niña de tres años de edad ¡la "ayude" a hacer la torta!

Dios creó al hombre para su *complacencia,* nos dice la Biblia. Quiso compartir su amor con nosotros. En el caso de que nuestro hijo viniera a nuestra casa a cortar el césped, le diríamos, casi con seguridad, lo siguiente:

"Entra, hijo, vamos a tomar una taza de café, mientras conversamos un rato. ¿Qué has estado haciendo

últimamente?" Y cuando estamos preparados, es probable que le digamos:

"Te voy a ayudar a cortar el césped y seguimos charlando un poco más."

Y eso es exactamente igual a lo que Dios quiere que hagamos: primero, dedicar un tiempo "visitándolo"; después, salir y hacer las cosas que nos permite compartir con él, y en su compañía. "Ayudándolos el Señor" dice la Biblia. "Somos colaboradores de Dios."

Cuando tenemos por delante un día lleno de compromisos, resulta a veces muy duro disponer de un tiempo adicional para participar de la comunión con Dios, alabándolo, orando y escuchando lo que él tiene que decirnos. No resulta fácil convencernos a nosotros mismos —cuando tenemos más cosas que hacer que el tiempo de que disponemos— de ocupar algunos momentos con Dios. Y, sin embargo, cuando estamos en comunión con él, podemos hacer varias veces la cantidad de la tarea calculada; logramos hacer todo en orden y estamos inspirados para hacer y decir las cosas apropiadas en el momento oportuno.

Hagámonos un tiempo, al comienzo del día, para estar con el Señor. Fijémonos un horario que sabemos de antemano que podremos cumplir —diez o quince minutos—. Dediquemos casi todo este período en alabar a Dios, decirle que lo amamos, y reconocer qué maravilloso es él. ¡No alabamos a Dios porque él sea "vanidoso"! Lo alabamos porque él es digno de ser alabado, y al hacerlo, nuestros corazones se abren a él y le amamos más aún. Imaginémonos a un esposo que llega a su casa después del trabajo, y se da con que lo espera una deliciosa cena. Luego de cenar le dirá a su esposa —si es un marido inteligente—: "¡Gracias, querida, por esta maravillosa comida!" Pero también le diría lo mismo a alguien a quien ni siquiera conoce. Si hubiera llevado a sus socios a cenar a un restaurante, y la comida hubiera resultado especialmente buena, quizá le diría al maître d'Hotel: "Por favor, agradézcale al cocinero de parte nuestra." Nunca lo ha visto al cocinero y tal vez nunca lo llegue a conocer. No es imprescindible *conocer* a alguien para *agradecerle*. Hay gente que agradece a Dios y se sienten verdaderamente agradecidos a Dios, ¡y sin embargo nunca le han conocido! El ha contestado las oraciones y, en gratitud, le están agradecidos. Es muy importante darle *gracias* a Dios, pero más importante aún es alabarle.

Si el marido de quien hablábamos recién, ama y aprecia realmente a su esposa, la *alabará*. Le dirá más o menos lo siguiente:

"Querida, ¡eres una maravillosa cocinera! En realidad, ¡eres una mujer maravillosa! ¡Te amo con todo mi corazón!" Lo mismo le diría aunque recién volviera de una estadía de dos semanas en casa de su madre, y no le hubiera hecho la comida durante dos semanas. No le está agradeciendo por algo que ella haya hecho, sino que la está alabando por lo que ella *es*. Se agradece a alguien por lo que ha hecho, pero se lo alaba por lo que es. De todo esto se deduce que para que podamos *alabar* a alguien tenemos que *conocerlo*.

Cuando el esposo *alaba* a la esposa, la esposa no se hincha de orgullo y dice: "¡Bueno, me gusta que reconozcas lo que valgo!" En cambio, dirá algo por el estilo: "Bueno, querido, ¡también tú eres maravilloso!" y de esa manera el amor se afianza entre ambos. La alabanza no es una adulación hipócrita. La esposa sabe que su marido está diciendo la verdad, pues ella *es* una buena cocinera y hace todo lo humanamente posible para ser una esposa maravillosa.

Dios se complace en el amor de sus hijos, y cuando lo alabamos, nuestros corazones se abren, no solamente para amarle más, sino también para permitirnos aceptar con mayor libertad las bendiciones que él está dispuesto a derramar sobre nosotros. Es por ello que debemos usar más nuestro tiempo en alabar a Dios, tanto privada como públicamente, y haciéndolo así aumentará nuestro amor por él. Esto, por supuesto, no va separado de la lectura inspirada de nuestra Biblia. Vamos a sentir la necesidad de relacionar nuestra lectura de la Biblia con la oración y la alabanza. Muchas personas prefieren comenzar leyendo la Escritura, buscando un versículo o un

trozo que tenga un mensaje especial para ellas y luego elevar sus corazones en alabanza y oración.

Hablemos en lenguas el mayor tiempo posible, dejando que el Espíritu Santo nos guíe en la oración y en la alabanza en el Espíritu." Esto es esencialmente importante.

Elevemos nuestros pedidos a Dios, confiadamente. Nada hay de malo en la oración de petición (pedirle cosas a Dios). Jesús les dio instrucciones precisas a sus seguidores en ese sentido. Dijo: "Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido." (Juan 16:24.) Recordemos que Jesús nos dijo que debíamos agradecer a Dios, de antemano, por la respuesta a nuestras oraciones. Marcos 11:24 dice: "...todo lo que pidiereis, orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá." No le agreguemos el dubitativo "si es tu voluntad" al final de cada oración. Si no estamos seguros sobre qué es lo que Dios quiere en una situación dada, entonces lo primero que tenemos que hacer es pedirle a él que nos enseñe a orar. Escudriñemos las Escrituras para ver qué es lo que Dios piensa sobre nuestras necesidades. Oremos confiadamente y veremos los resultados. También forma parte de nuestras diarias oraciones, la confesión de nuestros pecados. Debemos ofrendar a Dios inmediatamente todo lo malo que hacemos en nuestra vida, pidámosle su perdón, ¡y *aceptémoslo*! Es de igual importancia decir "Acepto tu perdón, Señor" como decir "Te pido que me perdones, Señor". Detengámonos muchas veces durante el día y ofrezcamos a Dios nuestras alabanzas y oración. Si podemos retirarnos de nuestro habitual lugar de trabajo y apartarnos a un lugar donde podamos orar en voz alta, con determinación, mucho mejor; de lo contrario, oremos donde estemos, en voz baja, pero hagámoslo. Así dice la Escritura: "Siete veces al día te alabo." (Salmo 119:164.)

Durante el resto del día, en el trabajo o en los momentos de distracción, mantengámonos sensibles a la dirección del Espíritu Santo. No temamos confiar en su dirección, siempre que concuerde con la Palabra de Dios, todo "decentemente y en orden". Cometemos errores, algunas veces, pero Dios cuidará de nosotros. Creamos con fe activa que Jesús nos abre el camino para satisfacer nuestras necesidades y obrar milagros en nuestra vida. La Escritura nos dice que el pecado más grande es no creer en Jesús. (Juan 16:9.) Y aquí no se refiere únicamente a nuestra *inicial* creencia y aceptación de él, sino a nuestro confiar en él, momento a momento para guardarnos y guiarnos. En toda ocasión en que somos presa de la preocupación, de la ansiedad o del desconcierto, reafirmemos nuestra activa creencia en Jesús y digámosle: "¡Creo! ¡Creo! ¡Creo que en este mismo momento estás haciendo frente a mis necesidades y guiando mi vida!" Jesús dijo: "Al que cree todo le es posible." (Marcos 9:23.)

Comunión. La fe cristiana no es un hecho aislado. Cierto filósofo moderro definió a la religión como aquello que el "hombre hace en su soledad". Referida esa definición a los cristianos, ¡nada más lejos de la realidad! Cuando Dios nos atrae, lo hace no solamente para que disfrutemos de él, sino para mostrarnos cuán hermoso es deleitarnos los unos con los otros en él. Es maravilloso gozar de Dios privadamente, pero mucho más lo es hacerlo en compañía de otros. Así se explica que los cristianos arriesgaban sus vidas a cada momento para "congregarse juntos", porque cuando lo hacían, la gloria de Dios alcanzaba límites tan sublimes, que a veces la pieza donde estaban reunidos era sacudida como por un terremoto. Cuando comparamos la actitud de hoy de "ir a la iglesia" —una especie de obligación aburrida si no fastidiosa— con lo que significaba para los primitivos cristianos el congregarse, nos damos cuenta cuán lejos hemos retrocedido en ese aspecto; pero el bautismo en el Espíritu Santo ha comenzado a restablecer esta comunión en el Señor. Un "servicio de adoración" debe ser un servicio en el cual el pueblo de Dios guste de antemano un poco del cielo, al compartir los unos con los otros el gozo en Cristo. Se reúnen para gozar juntos del Señor y para regocijarse mutuamente en el Señor. Y es justamente de este gozoso servicio de donde proceden los dones y el fruto del Espíritu Santo.

¿Dónde encontraremos esta comunión? Si pertenecemos a una iglesia en la cual el pastor y muchos de sus miembros conocen lo del bautismo en el Espíritu Santo, probablemente habrá una reunión de oración —o varias— con cuyos fieles podremos compartir la alabanza y la oración en la libertad del Espíritu. Si es así ¡alabemos a Dios! ¡Somos muy afortunados! Pero si en esa iglesia no se dan esas condiciones, no significa que debemos abandonarla. ¡Pero *sí* significa que debemos concurrir a otro sitio para obtener nuestras "viandas espirituales"! Esto quiere decir que debemos ser leales a nuestra propia iglesia, pero al mismo tiempo debemos asistir a reuniones de oración y estudio bíblico en sitios donde podamos obtener alimento espiritual, a fin de exteriorizar nuestro gozo en el Señor en nuestra *propia* iglesia. A Dios no le interesan nuestros rótulos; actúa hoy en día en todas las denominaciones para alcanzar a su pueblo. No rechaza a las iglesias conservadoras; está actuando en medio de ellas, —cuando se lo permiten— y si dejamos nuestras iglesias conservadoras, quizá al hacerlo abandonemos la tarea que Dios nos ha asignado. Además no es del todo raro que el grupo con quien nos estamos reuniendo, también tenga sus problemas.

Dios no está fundando en la actualidad nuevas iglesias y denominaciones, pero *sí* lo están haciendo muchas personas, a veces con la mejor de las intenciones. Están invadiendo el mundo minúsculos grupitos donde un líder declara: "¡Yo soy vuestro apóstol y vamos a fundar una iglesia *neotestamentaria, conmigo* a la cabeza!"

En el Nuevo Testamento leemos de cómo las iglesias compartían su ministerio. Profetas, apóstoles, evangelistas y otros, viajando de iglesia en iglesia, compartiendo, corrigiendo errores, estimulando, exhortando, reprendiendo en el Espíritu, toda vez que hallaban algo que estaba mal. No encontramos en el Nuevo Testamento ese tipo de comunión aislada reunida alrededor de un dirigente o maestro, ajenos a lo que sucedía con los demás. Tampoco comprobamos la presencia de hombres que reclamaban absoluta autoridad sobre una u otra iglesia. Lo que sí hallamos

es un ministerio compartido, sometidos los unos a los otros. No leemos de nadie, en el Nuevo Testamento, que dijera: "Yo obtengo mi palabra directamente del Señor." Por el contrario, la instrucción dada en el Nuevo Testamento es: "Someteos unos a otros en el temor de Dios." (Efesios 5:21.) Y esto se hacía tanto a nivel de las asambleas locales, como entre los dirigentes, y aún entre los apóstoles. (Gálatas 2.)

De modo que cuando buscamos una iglesia o un grupo de oración o de comunión, o cuando elegimos un maestro, lo más importante es su *comunión* y sumisión a otros, sobre las bases más amplias posibles. Judas habla de "los que causan divisiones; los sensuales, que no tienen el Espíritu". (Judas 19.) Pablo, en Romanos 16:17, ruega que "os fijéis en los que causan divisiones... y os apartéis de ellos". No debemos dejarnos engañar por algunos que citan el pasaje que dice: "Salid de en medio de ellos, y apartáos, dice el Señor." Si examinamos este versículo en su contexto, comprobaremos que se refiere a *creyentes* que deben apartarse de los *incrédulos, no* hermanos de entre hermanos. (2 Corintios 6:17.) El único caso en que debemos separarnos es cuando comprobamos que hay incredulidad —falsa enseñanza, negación de la fe— o un comportamiento inmoral que destruye la comunión con Dios.

Nadie puede "afiliarse a una iglesia". Cuando una persona conoce y acepta a Jesús, automáticamente entra a formar parte de la iglesia, del pueblo de Dios. Es Jesús el que nos une a la iglesia, y la "iglesia local" no es más que el lugar donde se reúnen, en una localidad dada, los que han recibido al Señor.

Si la hermandad con la cual nos juntamos, o el maestro a quien escuchamos, está sometido a otros, entonces podemos estar seguros que tendremos una "dieta balanceada" y los excesos o errores serán corregidos a medida que el Espíritu se mueva entre su pueblo. Recordemos, además, que debemos estar dispuestos a someternos a nuestros hermanos y hermanas en el Señor. Debemos estar dispuestos a escuchar y a aprender. La oveja está segura en tanto se mantenga en el redil y junto al pastor. Lo primero que

hace un lobo es procurar que la oveja se aparte del redil; entonces, con toda facilidad, el lobo la devora. Pablo dice que hay "lobos rapaces" rondando alrededor del redil de Dios (Hechos 20:29) y la primera medida del lobo es separar a la oveja del redil y capturarla con facilidad. El creyente más vulnerable es el ingenuo que dice: "No pertenezco a ninguna iglesia; yo simplemente sigo al Señor." A una oveja le resulta muy difícil seguir al pastor sin ser parte del rebaño. Si hemos de seguir al pastor, automáticamente nos constituimos en parte del redil.

Los cristianos necesitan de la comunión. Como ya lo hemos dicho, nada hay más hermoso que disfrutar del gozo del Señor en compañía de otros. Eso es el cielo, ni más ni menos. Recordemos, sin embargo, que podemos mantener esta comunión con el Señor en ausencia de otros creyentes. Si en forma regular no guardamos comunión con otros, será difícil mantener nuestra propia libertad en el Espíritu, pero *se puede* hacer. No debemos desesperar porque no hallamos comunión, o estamos en una situación en que momentáneamente no la podemos tener. Es por ello que Pablo nos dice:

"Sed llenos del Espíritu, hablando entre vosotros en salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones." (Efesios 5:18-19.) Cuando no podemos compartir con otros nuestra comunión en el Señor, debemos mantener ardiendo el fuego en nuestro propio corazón, hablándonos *a nosotros mismos* del gozo y de la gloria del Señor. De esa manera, cuando llega la oportunidad de participar de la comunión de otros, esa comunión alcanzará sus más altos niveles si cada uno de los miembros ha mantenido su propia comunión espiritual con Jesús mientras estaba separado de los demás. Pero no debemos descansar totalmente sobre esto, esperando de la reunión un "empujoncito" espiritual. Si todos los que asisten a la reunión de oración lo hacen esperando *sacar provecho*, es probable que todos se retiren hambrientos y frustrados. Tanto mayor es la bendición de la comunión cuando todos vienen a *compartir* algo.

Testimonio. En Isaías 9:3, dice la Escritura: "Se alegrarán delante de ti como se alegran en la siega..." y uno de los mayores gozos de nuestra vida cristiana se produce cuando le hablamos a alguien sobre Jesús, colaborando con Dios en la siega. Si no testificamos a otros sobre el Señor, no podremos mantener nuestro gozo en forma permanente. Una de las maneras más eficaces de estimular nuestra libertad en el Espíritu, es siendo un *testigo* personal. Ser un testigo personal significa contarle a otra persona, "frente a frente" lo que Jesús ha significado para nosotros, personalmente. Oremos para que esas oportunidades se multipliquen. Oremos a Dios para que nos permita testificar todos los días.

Cuando nos decidimos a testificar, esperemos que Dios nos abra las puertas. Un buen testigo no tiene que ser necesariamente apresurado y esperar la pregunta: "¿Es usted salvo?" o "¿Conoce a Jesús?" Si actuamos así bien puede ser que asustemos u ofendamos a la persona a tal grado que durante años rehuya a Dios. Jesús nos dijo que debíamos ser pescadores, y la pesca es una actividad que requiere mucha destreza. ¡También lo es el testificar! A veces es preciso iniciar la conversación hablando sobre temas generales, conociéndolo, dándole la impresión de que somos personas sensatas, normales, antes de si quiera empezar a hablar de lo que queremos decirle. Y en algunas ocasiones hasta será necesario interrumpir la conversación esa primera vez antes de entrar al tema principal, pero por lo menos habremos roto el hielo y ganado la confianza de la persona. ¡No demos conferencias! Dejemos que el interlocutor formule las preguntas, y no demos respuestas a preguntas que no ha formulado. En el instante en que da muestras de haber perdido interés, cambiemos de tema. Si *él* tiene que cambiarlo, es probable que se retire sacudiendo la cabeza y diciendo que hemos tratado de atragantarlo con religión. Pero si él o ella muestran verdadero interés, sigamos adelante.

Nos sorprenderá con qué facilidad las personas acceden a aceptar al Señor y recibir el bautismo en el Espíritu Santo, cuando somos sensibles al accionar del Espíritu. El Espíritu Santo tomará la delantera,

si somos sensibles a lo que está haciendo; será él quien abra las puertas, y todo lo que nosotros tendremos que hacer es entrar por las puertas que él abrió. Después de todo, es el Espíritu Santo el que condena al mundo por su pecado. Digamos, de paso, que éste debe ser, justamente, el centro de nuestro testimonio. No nos apartemos del tema discutiendo teología, moral o política; vayamos al grano. Una persona no es pecadora por sus hábitos o su comportamiento, sino porque no cree en Jesucristo. (Juan 16:7-11.) Testifiquemos con tranquilidad y alegría. No nos pongamos "tensos". ¡No seamos "coleccionistas de almas"! El apóstol Pablo dijo: "Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios." (1 Corintios 3:6.) Podremos ser utilizados para hablar con alguien apenas unas pocas palabras, como para empezar, y sea otro el que recoja la mies que nosotros plantamos. ¡Espléndido!; otra vez nosotros segaremos lo que otro plantó y regó.

Testificar, al final de cuentas, es algo bien simple. No se trata de otra cosa que de un ser humano diciéndole a otro ser humano de algo maravilloso que ha encontrado y de lo cual quiere compartir con otros. En nuestra región nuestros jóvenes preguntan: "¿Han tomado hoy su dosis de vitaminas espirituales?" queriendo significar con ello: "¿Han hablado con alguien hoy sobre Jesús?"

Gocemos de Dios nosotros mismos y glorifiquémoslo en nuestros corazones; luego salgamos y hablemos a otros sobre él. Recordemos, también, que los dones del Espíritu Santo son dados para testimoniar, de tal manera que otros puedan ver que Jesús es una realidad viviente, obrando a través nuestro. Esperemos que Dios nos honre cuando salimos para manifestar sus dones. ¿Está triste esta mañana la compañera de trabajo?

—Tengo un horrible dolor de cabeza— nos dice.

¿Y por qué no confiar en Jesús para curarla? No nos abalancemos sobre ella de repente, asustándola pero podemos decir algo por el estilo:

—¿Tendrías inconveniente si orara para que se te vaya el dolor de cabeza?

—¿Qué quieres decir con eso?— nos puede preguntar.

—Es que nosotros creemos que Jesús aún hoy en día cura a las personas, como lo hacía cuando vivía en la tierra, según la Biblia, y muchas veces oramos por las personas que están enfermas.

—¿Que Jesús cura a las personas? —podrá preguntar la compañera. ¡Pero si él vivió hace 2.000 años!

—Te diré. El Señor Jesús resucitó de entre los muertos, y nosotros creemos que todavía está con nosotros, y sigue haciendo las cosas que hacía cuando vivió acá en la tierra, con la única diferencia de que ahora actúa por intermedio de las personas que creen en él.

—Ah, bueno. Este dolor es insoportable. ¡No me importa lo que hagas!

Este es el momento en que debemos ser muy cuidadosos. Es cuando el diablo tratará de arrojarnos sobre la borda. Ya tenemos al pez en el anzuelo; *no* tratemos de sacarlo de un tirón. No le demos un sermón. ¡No nos levantamos de la silla de un salto y le impongamos las manos y comencemos a hablar en lenguas! Actuemos serenamente, y digamos algo así:

"Bueno, está bien, voy a orar." Hagamos las cosas con la mayor naturalidad. Ni siquiera inclinemos la cabeza, y todo lo demás; simplemente hablemos con Dios, tranquila y sencillamente.

"Señor, te ruego que le quites el dolor de cabeza a Juana. Muchísimas gracias."

Si nos parece bien, podemos poner nuestras manos sobre su hombro, pero tenemos que cuidarnos cómo lo hacemos. Hay mucha gente a quien les desagrada que la toquen.

¿Y qué hará Jesús? Si las vías están abiertas, la *sanará*.

"¡Eh! ¡Me siento mejor!" Y aquí es cuando debemos echar mano al máximo de prudencia. *No* digamos: "¡Espléndido! ¡Alabado sea el Señor!" Más bien digamos: "¡Qué bien!" Dejemos que *ella* recoja el guante. Tal vez necesite meditarlo bien antes de

animarse a formular más preguntas. Si ella reinicia su tarea sin preguntarnos nada más, dejemos las cosas así. No adelantemos ninguna información. No tenemos que ser cargosos y decirle, por ejemplo: "Ya lo ves, te dije que te sanarías. ¿No quieres saber algo más sobre el asunto?" Démosle lugar al Espíritu Santo para que la atraiga, y el Espíritu lo hará. Una de las partes más difíciles de nuestro testimonio es saber cuándo *no* tenemos que decir nada. Recordemos que toda esta tarea es del Espíritu Santo. Nosotros simplemente marcamos el compás de lo que él está ejecutando. Sin su apoyo no guiaremos a nadie al reino de Dios.

¿Y en el caso de que nada suceda? Dejemos ese problema al Señor. Casi nunca se da el caso de que las personas se resientan o rechacen de mala manera una oración en favor de la sanidad, se haya producido o no un resultado positivo. Aun en el caso de que no se produzca aparentemente una curación debido a que existe algún tipo de impedimento en la amiga que le impida aceptar los efectos esperados, es casi seguro que se sienta emocionada por nuestra preocupación por ella y por el solo hecho de haberle pedido orar por ella o por comprobar que nosotros creemos a pie juntillas en la oración, a tal grado que estamos dispuestos a jugarnos por entero en ese afán. La gente está tan acostumbrada a esa clase de religión en la cual nada sucede y ni siquiera se espera que suceda, que queda pasmada cuando comprueba que hay alguien que realmente cree.

Economía. El dar de nuestro dinero para la obra de Dios es una parte vital de nuestra vida en el Espíritu. No debemos pasar por alto este aspecto. Dios no puede bendecir nuestra vida financiera, a menos que esté abierta para él. El Espíritu Santo quiere guiar y bendecir nuestra cartera y nuestra chequera, de la misma manera que quiere guiar y bendecir y llenar todo el resto de nosotros. Recomendamos decididamente que adoptemos la norma del "diezmo" (Génesis 28:22), es decir, devolver a Dios el "diez por ciento" escogido, las "primicias" de lo que nos da Si recibimos cien dólares de renta, lo

primero que tenemos que hacer es separar diez dólares, con lo cual queremos significar que antes de utilizar el resto del dinero, debemos devolver la décima parte a Dios. Este diezmo básico debe ser entregado a la iglesia local —nuestro núcleo familiar en Dios— y no ser derivado a ningún otro propósito. Además de nuestro diezmo básico, podemos ofrendar donaciones especiales para la obra, algún proyecto misionero favorito, o alguien que esté necesitado y y queramos ayudar. Nunca podremos dar en exceso al Señor, y mientras más generosos seamos para con otros, más generoso será el Señor con nosotros.

Manera de vivir. Nuestra libertad y sensibilidad al Espíritu Santo se verán afectadas notoriamente según sea nuestra manera de vivir. Recordemos, también, que si hemos recibido el bautismo en el Espíritu Santo, la gente tendrá sus ojos puestos en nosotros observando nuestro comportamiento. También Satanás nos estará observando, porque bien sabe que obtendrá una doble victoria si logra hacer caer en desgracia a un cristiano que ha sido bautizado en el Espíritu Santo. En el momento en que recibimos al Espíritu Santo nos corremos hacia las "líneas del frente" en el ejército del Señor. En ese momento comenzamos a tomar una parte más activa en la batalla espiritual y descubrimos que tenemos poder y autoridad sobre las fuerzas del enemigo. Esto, por supuesto, no lo hace muy feliz a Satanás, el enemigo. Pero no dejemos que ese hecho nos inquiete; en tanto nos mantengamos a la sombra de Jesús, los disparos a mansalva del enemigo no nos alcanzarán. (1 Juan 5:18; 4:4.) ¡No nos alejemos imprudentemente de la protección del Señor! Debemos vigilar atentamente nuestro comportamiento, para nuestro propio beneficio y beneficio de aquellos a quienes testificamos. Ya lo dijo el apóstol Pablo: "Absteneos de toda especie de mal." (1 Tesalonicenses 5:22.) Es un excelente consejo.

El Espíritu Santo no se ocupa al principio de nuestros pecados específicos y de nuestros vicios y malos hábitos. En primer lugar nos condena por nuestra incredulidad. El principal pecado, el pecado básico, como ya lo hemos señalado, consiste en no creer en

Jesús. Cuando creemos en él y lo recibimos, comienza a *actuar* el Espíritu Santo para apremiarnos a que seamos más parecidos a Jesús, a que cambiemos nuestros hábitos de vida, a que actuemos como nos aconsejó hacerlo Pablo, cuando en la carta a los Romanos, expresa: "...no os conforméis a este siglo sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento..." (Romanos 12:2.) Algunos de estos *cambios tienen lugar rápidamente*, pero otros tardan más tiempo. Y en todos los casos Satanás nos tentará, procurando hacernos volver a nuestras viejas costumbres y estilo de vida.

Algunos esperan que este proceso de purificación y cambio se produzca en forma automática y sin esfuerzo de nuestra parte. Y así dicen:

"Abandonaré *mis* malos *hábitos* cuando Dios lo haga por mí: ¡dejaré que Dios me libre de ellos!"

Pero no es así la cosa. Tenemos que trabajar *con* el Espíritu Santo. El Espíritu Santo nunca nos despoja de nuestro libre albedrío. Tenemos que ayudarlo en el proceso de nuestra purificación, así como Jesús es puro. (1 Juan 3:3.) Por lo tanto, corresponde que el cristiano sea sumamente cuidadoso en su forma de vida. El cristiano que no paga sus cuentas, que no es del todo honesto en sus transacciones comerciales, cuyas reyertas familiares son ruidosas, no ayuda a la causa de Cristo con su comportamiento. El mundo también observará cómo es nuestra conducta en asuntos de menor cuantía. El cristiano de sucia apariencia, cuya casa está siempre desordenada —por no decir nada del jardín— deja mucho que desear como testigo del Señor. La madre que nunca está en su casa para recibir a los niños cuando vuelven de la escuela, sino que los deja solos para que hagan lo que quieran en el vecindario, *mientras* ella está en la iglesia o en un reunión de oración, no impresionará a sus amigos con su fe. Casi todo esto es una cuestión de sentido común y de preguntarnos: ¿Qué impresión me daría a mí, si yo fuera uno de los observadores?

Recreación y entretenimiento. Los obispos de la Iglesia de Inglaterra, declararon recientemente al Reino de Inglaterra, como un campo misionero. Re‹ono-

cieron con toda honestidad que era imposible continuar catalogando a Inglaterra como un país "cristiano". Será muy beneficioso para nosotros, los cristianos, si comprendiéramos que lo mismo podemos decir de los Estados Unidos de América, en su conjunto. De esa manera tendríamos una mejor perspectiva para *comprender que nuestra cultura moderna, difundida* universalmente por medio de la literatura, el arte, la música, las costumbres y la moralidad no es cristiana sino pagana.

Esto no quiere decir que los Estados Unidos vayan a permanecer así. Los fuegos del Espíritu Santo están echando llamas en muchas partes del mundo y en los Estados Unidos. Nos regocija el hecho de que numerosos animadores de espectáculos de primera categoría han hallado a Jesús y han recibido el bautismo con el Espíritu Santo, y ya se nota su influencia en el campo del esparcimiento.

Debemos estar alertados. No debemos condenar en masa a todo tipo de entretenimiento —películas cinematográficas, televisión, arte, música, etc.— pero sí cuidarnos al escoger en cuáles de estas actividades podemos participar. No permitamos que el televisor esté funcionando todo el día, metiendo como con cuenta-gotas en nuestros hogares la manera de pensar y las actitudes del mundo. No veamos cualquier película que sea, utilizando el cinematógrafo como un medio de escapismo. La mayoría de las películas son un veneno espiritual. No nos suscribamos a todas las revistas. Quedan algunas que podía podemos llevar a nuestros hogares; elijamos esas pocas. ¿Son creyentes nuestros niños? ¿Conocen a Jesús y la maravillosa experiencia de su Espíritu Santo? En caso afirmativo debemos explicarles que el escuchar la mayor parte de esa música de adolescentes les robará del gozo en Cristo, y llenará sus mentes de falsos conceptos. Debemos darles algunas de esas hermosas colecciones de discos de canciones cristianas y otros estilos semejantes que pueden obtenerse hoy en día

No edifiquemos nuestra vida familiar alrededor de los entretenimientos comerciales. En todo caso que sea la excepción y no la regla. Practiquemos entre

tenimientos que desarrollen nuestras facultades creadoras: juegos, recreación, pasatiempos, actividades al aire libre, en lugar de mirar la televisión o ir al cinematógrafo. ¡Es más seguro y mucho más divertido!

Buenas obras. Ya sabemos que las buenas obras no nos dan el rótulo de buenos cristianos, pero la Biblia nos dice repetidamente que Dios nos premiará de acuerdo a lo que hayamos hecho. Amar al prójimo como a nosotros mismos significa alimentarlo cuando está hambriento, vestirlo cuando le hace falta ropa, visitarlo cuando está enfermo o en la prisión. Y nuestro prójimo no se reduce a nuestro vecino, tal cual lo explicó Jesús, sino a cualquier persona necesitada que recurra a nosotros. El apóstol Santiago afirma que es una burla decirle a alguien que tiene hambre y frío: "¡Dios te bendiga! ¡Caliéntate! ¡Aliméntate!", *si no hacemos* algo para ayudarlos.

La *acción social de cristiano,* de lo cual tanto se habla hoy en día, se reduce, en pocas palabras, a la acción del cristiano en el mundo dondequiera se encuentre. No se supone que la iglesia, como organización, se transforme en un factor de poder político, pero los cristianos deben interesarse en la política, y traer sus convicciones con ellos. La iglesia, como organización, no debe intervenir directamente en las diferencias entre capital y trabajo, pero los cristianos que sean dirigentes en el campo del capital y del trabajo, deben participar con sus convicciones cuando se plantean las confrontaciones de los dos campos. El comerciante que está en Cristo, tratará a sus empleados como los trataría Cristo, y los empleados cristianos rendirán su jornada de trabajo como lo haría Jesús. La base de una verdadera "acción social" es actuar según la premisa establecida en 1 Juan 4:17: "...como él es, así somos nosotros en este mundo."

En compañía de toda la familia debemos participar colaborando con la obra de Dios sobre bases más amplias aún, ayudando al sostén del campo misionero, ayudando en los proyectos de la iglesia local, etc. Por supuesto debemos contar con el Señor, quien nos dirigirá en todas estas cosas, pero que el "esperar en el Señor" no se convierta en una excusa para no hacer nada. El hacerla constituye una parte vital de nuestra vida y testimonios cristianos.

Cooperando con Dios. La palabra *cooperar* significa simplemente "trabajar juntos", y la Escritura nos dice que Dios quiere que seamos colaboradores con él. (1 Corintios 3:9; 2 Corintios 6:1.) Todo esto quiere decir que si bien Dios nos ha creado como seres libres, él está pendiente de nuestra colaboración para introducir su amor al mundo.

El Señor Jesús no escribió ningún libro, pero el más importante de todos los libros del mundo escribe sobre él; nunca viajó más allá de unos pocos kilómetros de su lugar de nacimiento, y sin embargo trazó un plan para alcanzar los lugares más remotos del mundo. Después de limpiarlos de sus pecados, llenó a sus seguidores con el amor, el gozo y el poder de Dios, y los envió para derramar ese gozo, ese amor y ese poder sobre otros y decirles que ellos también podían ser perdonados y llenados de la gloria y del poder de Dios. En esto consisten las buenas nuevas, el evangelio, y las personas que lo escuchan y lo aceptan forman parte del pueblo de Dios, la Iglesia.

Es un método notablemente eficaz, pues si una persona recibe hoy a Cristo, y al mismo tiempo recibe un mayor poder para testificar recibiendo el bautismo en el Espíritu Santo, y mañana ayuda a otros dos a recibirlo, asegurándose de que éstos también sean bautizados en el Espíritu Santo, y a su vez esas dos personas alcanzan a cuatro en el día subsiguiente, y esos cuatro ganen a ocho, y se continúa en esa progresión geométrica, en un mes, es decir en treinta y un días, se habrán alcanzado y ganado para el reino de Dios, *¡mil millones de personas!* [1]

[1] Esta multiplicación extraordinaria se daría en el caso de que cada cristiano ganara solamente *dos* personas para Dios durante toda su vida. Como es de imaginar, un cristiano que cuenta con el poder de Dios debería orar pidiendo la oportunidad de testificar por Cristo *todos los días*, para que durante su existencia centenares de personas fueran ganadas para Cristo

Este es el principio sobre el cual se basó Jesús para alcanzar al mundo: cada persona contándole a los demás, y ellos, a su vez, a otros, hasta que sean millones los que estén llenos de la gloria de Dios en toda la redondez de la tierra. Este plan de acción ha sido iniciado una y otra vez, y luego ha fracasado, debido a la infidelidad y a lo olvidadizo del ser humano, y a la confusión y a las desviaciones provocadas por el enemigo. Pero mayormente el fracaso se ha debido a que el mensaje fue transmitido sólo parcialmente: perdón sin poder. Hoy en día, sin embargo, nuevamente es proclamado el "Evangelio Completo" no solamente el hecho esencial de que Dios perdona y ama a su pueblo, sino que al hacerlo les da poder para ganar a otros. El plan de Dios es que millones de hombres y de mujeres, y también de niños, en todo el mundo, sean portadores de su mensaje de amor, perdón, sanidad y poder para toda la humanidad. Estamos viviendo la era del reavivamiento de la iglesia, ¡y es algo tan emocionante! En todo el mundo la gente está descubriendo qué maravilloso es hablar a los demás sobre Jesús y el poder del Espíritu Santo, ¡y sabemos que el plan de Dios no fracasará! Bien pudiera ser éste el último avivamiento antes de la venida del Señor. Esperamos y oramos para que este libro ayude a muchos a *cooperar* con Dios y que, como hijos y colaboradores seamos llenados, hasta rebosar, *con su gran gozo.*